MENSAJE DE LA MISERICORDIA DIVINA

(El heraldo del amor divino)

SANTA GERTRUDIS DE HELFTA

BIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS

CLÁSICOS DE ESPIRITUALIDAD

Santa Gertrudis de Helfta (Sajonia) es una de las autoras místicas del siglo XIII más leídas en todos los tiempos. Sus escritos le han merecido el sobrenombre de la «Santa Teresa de Alemania». Se la llama también la «Santa de la Humanidad de Cristo». Es pionera de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que floreció en aquel su monasterio, donde convivieron las santas escritoras Matilde de Magdeburgo, Gertrudis de Hackeborn y Matilde de Hackeborn.

Revelationes o *Legatus divinae pietatis* (El heraldo del amor divino) ha tenido frecuentes ediciones en España desde el siglo XVI hasta nuestros días.

9 788479 144180

BIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS

La Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) fue fundada en 1944 con la finalidad de ofrecer al público en general un conjunto de obras fundamentales que le permitiesen conocer mejor las fuentes del cristianismo. Sus ediciones de la Biblia, santos padres y doctores, autores medievales y renacentistas, fuentes del derecho y documentos del magisterio de la Iglesia se cuentan entre las aportaciones más importantes de la Iglesia a la cultura española y constituyen uno de los exponentes más egregios del patrimonio inmaterial católico. Así lo ha reconocido también el Gobierno de España, que declaró a la BAC «De interés nacional» y la distinguió con la Orden Civil de Alfonso X el Sabio. La Biblioteca de Autores Cristianos ha gozado siempre del aprecio de la Santa Sede, que no solo ha expresado en numerosas ocasiones su estima por la labor realizada, sino alentado también a cuantos se afanan en llevar adelante tan elevado proyecto cultural y espiritual.
Ha reconocido, además, su singularidad, la calidad de su específico ministerio y su destacada significación histórica.

Mensaje de la Misericordia Divina

SANTA GERTRUDIS DE HELFTA

MENSAJE DE LA MISERICORDIA DIVINA

(EL HERALDO DEL AMOR DIVINO)

EDICIÓN PREPARADA POR

MANUEL GARRIDO BONAÑO, OSB

(Reimpresión)

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • MMXVI

Primera edición: abril de 1994
— *segunda impresión:* octubre de 2010
— *tercera impresión:* marzo de 2015
— *cuarta impresión:* noviembre de 2016

© Biblioteca de Autores Cristianos, 2016
Añastro, 1, 28033 Madrid
Tel. 91 343 97 91
www.bac-editorial.com

Depósito legal: M-40707-2010
ISBN: 978-84-7914-418-0

Impresión: Industrias Gráficas y Manipulados Afanias, Aeronáutica, 15. Polígono Urtinsa, Alcorcón (Madrid)

Impreso en España. Printed in Spain

Ilustración de cubierta: *Santa Gertrudis de Helfta,* de la escuela de Beuron

Diseño: BAC

¿Necesita utilizar un fragmento de alguna de nuestras obras? Diríjase a: CEDRO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE GENERAL

Págs.

DEDICATORIA XI
SIGLAS XIII
NUESTRA EDICIÓN XV
INTRODUCCIÓN XVII
BIBLIOGRAFÍA XXVII

PRELIMINARES

1. Aprobación de los doctores 3
2. Prólogo 4

LIBRO PRIMERO

Notas biográficas

1. Retrato de Santa Gertrudis 9
2. Testimonios sobrenaturales 12
3. Testigo segundo 13
4. Testigo tercero 17
5. Caracteres y ornato del cielo intelectual 18
6. Constancia en la justicia 20
7. Celo por la salvación de las almas 21
8. Caridad compasiva 23
9. Castidad admirable 24
10. Confianza maravillosa 25
11. Humildad y otras muchas virtudes 28
12. Cielo intelectual. Testimonios 33
13. Algunos milagros 34
14. Privilegios divinos 36
15. El Señor la manda escribir 39
16. Testimonios evidentes 40
17. Trato familiar con Dios 44

Págs.

Libro Segundo

Memorial de la experiencia de Dios

Prólogo 49
1. Primera visita del Señor 49
2. Iluminación del corazón 51
3. Gozosa inhabitación del Señor 52
4. Impresión de las llagas del Señor 54
5. Herida de amor 56
6. Visita del Señor en la fiesta de Navidad 59
7. Unión del alma con Dios 60
8. Unión más íntima 61
9. Inseparable unión del alma con Dios 63
10. Influjo divino 64
11. Tentación atrevida 66
12. Paciencia de Dios con los defectos humanos 67
13. Guarda de las pasiones 68
14. Conveniencia de la compasión 69
15. Más gracias 69
16. Manifestaciones en la Navidad y Purificación 70
17. Condescendencia divina 73
18. Instrucción paternal 74
19. Alabanza de la condescendencia divina 75
20. Privilegios especiales 76
21. Efecto de la visión divina 81
22. Acción de gracias por un don especial 83
23. Acción de gracias por dones diversos 84
24. Recomendación de este libro 91

Libro Tercero

Florecillas. Devoción al Sgdo. Corazón

Prólogo 95
1. Especial solicitud de la Madre de Dios 95
2. Los anillos del desposorio espiritual 96
3. Dignidad del sufrimiento 97
4. Menosprecio de las comodidades temporales 98
5. El Señor se inclinó al alma desalentada 99
6. Cooperación del alma con Dios 100
7. Compasión del Señor 100

Págs.

8. Las cinco partes de la Misa 101
9. Dispensación de la gracia divina 102
10. Tres ofrendas 106
11. Indulgencia y deseo de la voluntad de Dios 107
12. Transfiguración operada por la gracia 109
13. Satisfacción digna 110
14. Dos medios para la enmienda 111
15. El árbol de la caridad 114
16. Persecución y comunión espiritual 115
17. Condescendencia del Señor y participación 119
18. Preparación para comulgar y otros puntos 122
19. Cómo orar y saludar a la Madre de Dios 132
20. Especial amor a Dios y a la Virgen María 134
21. Descanso tranquilo del Señor 135
22. Enfermedad y negligencias 136
23. Triple bendición 136
24. La atención en la salmodia 137
25. Amor del Corazón divino a los hombres 138
26. Gracias que brotan del Corazón de Dios para el alma . . 139
27. El entierro del Señor 141
28. El cuerpo del Señor, claustro del alma 141
29. Unión y saludo del Señor 142
30. Voluntad, entrega del corazón y otras enseñanzas 143
31. Procesión de la Santa Cruz 157
32. Deseo de Dios y tentaciones en sueños 157
33. El Señor da más que le pedimos 159
34. Oblación del Señor y de los santos en favor del hombre . . 160
35. Frutos de la Sagrada Comunión 161
36. La comunión frecuente 162
37. Cómo el Señor subsana las limitaciones humanas 162
38. Efecto de la mirada de Dios 164
39. Provecho del recuerdo de la Pasión del Señor 165
40. Cómo el Hijo de Dios aplaca a Dios Padre 166
41. La mirada dirigida al crucifijo 166
42. Manojito de mirra 168
43. Una imagen del Crucificado 169
44. Cómo la divina suavidad atrajo al alma 170
45. La reverencia a la imagen del crucifijo 171
46. Las siete horas del Oficio de la Virgen 173
47. La amistad del Señor 175
48. Efecto de la compunción 175

		Págs.
49.	La oración que agradó al Señor	176
50.	Regalos de Dios al alma	177
51.	Latidos del Corazón de Jesús	179
52.	Cómo el Señor recibe la inquietud del amigo	180
53.	Complacencia del Señor	181
54.	Delectación sensible en Dios	182
55.	Enfermedad de amor	183
56.	Muerte o vida me es igual	184
57.	Sufrimiento del demonio	185
58.	Provecho de los propios defectos	185
59.	Un servicio hecho al Señor	186
60.	Renovación de los sacramentos	187
61.	Efecto de la caridad	187
62.	Celo de la observancia regular	188
63.	Fidelidad del Señor al alma	188
64.	Fruto de la buena voluntad	190
65.	Ejercicios que alcanzan los dones de Dios	192
66.	Muchas gracias derramadas por su intercesión	195
67.	Humillación bajo la justicia de Dios	195
68.	Dios acepta las obras externas	196
69.	Mérito de la paciencia	199
70.	Reconocimiento de los beneficios de Dios	200
71.	Efectos de la oración	201
72.	Provecho de la oración	202
73.	Diversas personas de una Orden	204
74.	La Iglesia figurada por los miembros de Cristo	210
75.	Del provecho espiritual	213
76.	Provecho de la tentación	214
77.	La comunión frecuente agrada a Dios	214
78.	Provecho del celo	215
79.	Provecho futuro de la oración	216
80.	Provecho de la obediencia	217
81.	La hebdomadaria que leía el Salterio	217
82.	Provecho de la sumisión	218
83.	De la fiel purificación del hombre	219
84.	El Señor suple por el hombre	219
85.	Del ofrecimiento de nuestras congojas	220
86.	Deslustres de la virginidad	221
87.	Impedimento del propio sentido	221
88.	Pureza de intención, obra bien hecha	221
89.	No preferir lo externo a lo interno	222

A los novicios y a los profesos temporales de la abadía benedictina de Santa Cruz del Valle de los Caídos, que con su paciente transcripción y relectura han hecho posible este trabajo.

SIGLAS

BAC	Biblioteca de Autores Cristianos.
BP	Biblioteca de Patrística (Madrid).
CM	Cuadernos Monásticos (Victoria, Argentina).
PL	Patrologia Latina. J. P. Migne (París).
SC	Sources Chrétiennes (París).

NUESTRA EDICIÓN

Revelationes, titulado también *Insinuationes* por algunos editores y *Legatus divinae pietatis* por otros *(El heraldo del amor divino),* es el conjunto más importante de los escritos gertrudianos, que en las ediciones actuales hacen *cinco libros.*

Por exigencias de la presente colección este volumen está formado por los tres primeros libros de Santa Gertrudis. El segundo es el núcleo esencial de la obra, memorial de sus experiencias místicas. El primero es un intento de biografía, compuesto después que murió la santa. El tercero podría haberse titulado *Florecillas de Santa Gertrudis,* en su mayor parte coleccionadas y algunas dictadas por ella misma o recogidas de viva voz.

En estos tres primeros *libros* se advierte la influencia de Santa Mechtilde de Magdeburg, beguina que en su madurez se retiró al monasterio de Helfta, donde siempre vivió Santa Gertrudis.

INTRODUCCIÓN

Santa Gertrudis nació el 6 de enero de 1256. A los cinco años fue confiada a las monjas benedictinas del monasterio de Helfta, cerca de Eisleben (Sajonia), pero nada se sabe de su familia, del lugar de su nacimiento, ni de las condiciones de su entrada en el monasterio. Alguno ha pensado que tal vez fuese hija ilegítima de algún noble de aquella época, pues las crónicas del monasterio dan muchos detalles de las otras religiosas que allí moraban, pero de ella no se dice nada. Su confidente justifica el silencio hermético sobre su origen y familia, que tal vez ni ella misma lo sabía, para atribuir sólo al Señor sus extraordinarios dones [1]. Por eso en biografías posteriores se han inventado muchos hechos sin fundamento, como el que fue abadesa de su propio monasterio.

Se ha discutido sobre si era benedictina o cisterciense. Esta cuestión está fuera de lugar. Una cosa es cierta: aquel monasterio se regía por la Regla de san Benito, aunque, como es corriente en aquella época, algunas prácticas religiosas parece que eran cistercienses o tal vez del monacato en general de aquella época. Es cierto que jamás estuvo ese monasterio sujeto a la jurisdicción del Císter. Fue sólo una influencia espiritual propia de aquella época en los monasterios de la Regla benedictina en los que se leían con fervor y provecho espiritual los escritos de san Bernardo.

Santa Gertrudis tuvo en Helfta una formación cultural muy distinguida, bajo la dirección de santa Matilde de Hackeborn, hermana de la abadesa que también se llamaba Gertrudis. A esto ayudó su gran inteligencia y su pasión por el estudio. Fue muy estimada entre las monjas de su comunidad por su palabra delicada y su afabilidad.

A la edad de 25 años descubrió la vida mística en una visión iniciadora, el 27 de enero de 1281, fiesta de san Juan Evangelista, después de Completas. No existen acontecimientos externos importantes en la vida de santa Gertrudis, salvo lo referente a su vida interior. Trabajó en el *scriptorium* monástico, copiando y miniando los códices. Su salud nunca fue buena, por lo cual faltaba bastante a los actos regulares de la comunidad, sobre todo

[1] *Mensaje*, I, 16, 5.

al final de su vida. Fue cantora junto con su maestra santa Matilde de Hackeborn, que también fue favorecida con gracias místicas y revelaciones. Entre las dos hubo una gran confidencia, tanto que se presentan inseparables en la historia de la espiritualidad. Santa Matilde murió en 1298 y santa Gertrudis el 17 de noviembre de 1302, o tal vez el año anterior, a los cuarenta y cinco años de edad.

Escritos

1. Santa Gertrudis escribió en latín. Con el nombre de santa Gertrudis han aparecido varios escritos, pero en realidad lo estrictamente gertrudiano son las llamadas «Revelaciones» o «Insinuaciones» [2] o, más propiamente, *Mensaje de la misericordia divina (Legatus divinae pietatis)* y los *Ejercicios Espirituales*. El *Mensaje*, que ahora publicamos aquí en sus tres primeros libros, consta de cinco en total. El principal es el libro segundo, en el que la misma santa ha consignado, en 1289, el recuerdo de su experiencia mística. En los años siguientes redactó algunos fragmentos, dictó otros «mensajes» o simplemente la redactora se inspira en algunas confidencias. Después de su muerte, una religiosa recogió todo en tres libros (3, 4, 5) e hizo preceder el libro segundo de algunas noticias biográficas, dando lugar al libro primero.

En la actualidad no se conocen más que cinco manuscritos de sus obras, dos de ellos incompletos. La primera edición latina fue la de los cartujos de Colonia, llamada de Lanspergio, en 1536. En los siglos XVI y XVII se siguieron editando en Colonia, Madrid, Salzburgo, París... En 1875 hizo la primera edición crítica Dom Paquelin, monje de Solesmes (Francia), y a partir de 1968 otro monje de Wisques (Dom Doyère) preparó una nueva, aparecida en Sources Chrétiennes. La primera traducción alemana se hizo en 1505 (Leipzig) y siguieron otras en distintos lugares: Italia, España, Inglaterra, Francia, etc. Citamos como una muy especial la del Padre Timoteo Ortega, monje de Silos, en 1932, que editaron en segunda edición los benedictinos de Buenos Aires en 1947.

[2] Es el título elegido por los editores latinos del siglo XVI: *Insinuationum divinae pietatis libri V*. La traducción española de la Liturgia de las Horas en la memoria de Santa Gertrudis del 17 de noviembre lo adopta. En el *Prólogo* de la obra se pueden ver los títulos particulares de cada parte.

Otro monje benedictino hizo una nueva traducción sin revelar su nombre y apareció ésta en Barcelona en 1943.

2. Los *Ejercicios Espirituales*. El título no es original. Son siete meditaciones afectivas, como un pequeño tratado de perfección espiritual con el tema de la unión con Dios, cada vez más perfecta: bautismo, toma de hábito, consagración, profesión, amor misericordioso, nupcias místicas, sublime consumación. Se han hecho muchas ediciones, junto con la anterior o separadas, así como traducciones.

3. *Preces gertrudianas*. No es un escrito de santa Gertrudis. Fueron compuestas por un jesuita anónimo de Colonia (1670). Han contribuido a dar a conocer la persona y los escritos de santa Gertrudis. Parece que santa Gertrudis compuso algunos opúsculos sobre diversos pasajes de la Escritura, la liturgia, la Regla de san Benito y algunas obras de san Bernardo. Se cree que santa Gertrudis conoció los escritos de algunos franciscanos y escritores renanos.

Revelaciones. Su sentido

En las obras de santa Gertrudis se habla mucho de visiones y de locuciones divinas. En toda su obra parece que no se hace otra cosa que referir un sinfín de cosas y escenas vistas y palabras supuestamente oídas en visiones. Además, algunas de estas visiones son referidas de tal modo que parecen extrañas y extravagantes o representaciones difíciles e incluso contradictorias. Ella misma no le daba mucha importancia a esto.

En el libro cuarto, que aquí no se publica, se propone explícitamente la cuestión, por dos veces, de si aquellas explicaciones que describe en sus visiones imaginativas no debieran considerarse, por si acaso, fruto de su propia industria. Y la respuesta que refirió como habida del mismo Cristo, es, en los dos casos, muy cauta. El Señor no la respondió y ella continuó buscando «laboriosamente» la solución de esta duda, y llegó a comprender su sentido. Encontró su sentido, mas no sin antes ella misma indagar con cierto afán. Como se ve, por este caso y por otros, las precauciones son muchas. Como quiera que sea, verificándose estas precauciones, la cuestión de saber si las explicaciones propuestas han sido verdaderamente inspiradas por una gracia especial o bien han sido fruto del trabajo natural del que las recibe, pierde toda importan-

cia. A nosotros toca revelar que todo esto lo sabía santa Gertrudis muy bien y que, por lo mismo, estaba muy lejos de atribuir importancia decisiva al origen propiamente sobrenatural o sólo natural de las lecciones que ésta iba obteniendo de sus visiones. Y es cierto que estimaba mucho aquellas instrucciones destinadas a los demás. Hasta tal punto, que en una ocasión en que el Señor la dejó la elección de ser ella misma iluminada, o por vía completamente superior y más profunda, pero incomunicable a los demás, o por una vía inferior, pero comunicable, prefirió esta segunda por ser más útil a los otros.

No cabe duda de que visiones y revelaciones se dan en la vida mística y que santa Gertrudis pudo también tenerlas de diversos modos aunque no en el sentido de que creamos que tenía una relación continua con el mundo sobrenatural. Elevada su alma a un grado especialísimo de vida espiritual y de unión con Dios, es natural que tuviera muchos actos de conocimiento sobre la vida espiritual y que Dios se lo hacía ver con ciertas visiones imaginativas. Por eso no se ha de ver en santa Gertrudis un «visionarismo» en sentido peyorativo.

Podemos preguntarnos entonces por qué aquella exuberancia de visiones imaginativas. La respuesta es fácil. Dios adapta el modo de comunicarse al lugar, al tiempo y a las personas. Santa Gertrudis es una medieval. La sed de simbolismos en la piedad medieval, y no sólo en la piedad, es un fenómeno bien conocido y muy general en aquella época, para que sea necesario insistir más en ello.

Fuentes y ambiente de las místicas de Helfta

La espiritualidad de las místicas de Helfta es cristocéntrica, como no podía ser menos debido a la influencia en ellas de la Escritura, la Liturgia y la Regla de san Benito. Su afán es conocer y amar más a Dios por el camino de una unión lo más perfectamente posible e íntima con el Verbo encarnado. Esto favoreció una gran espiritualidad afectiva de extremada sensibilidad.

El cuadro en que se desenvolvió esa espiritualidad fue el de un monasterio de monjas que sigue la Regla de san Benito. La característica de esta vida, como se sabe, está centrada preferentemente en torno a la liturgia. Sin esto es imposible comprender los escritos de santa Gertrudis. Se trata, por lo mismo, de un cuadro de vida

en el que la celebración de la sagrada liturgia domina no sólo cualitativamente, sino también cuantitativamente.

El resto de las ocupaciones en el monasterio de Helfta estaba constituido por el desempeño ordinario de los oficios y ocupaciones necesarias para la marcha de una comunidad de monjas y por el estudio. Los estudios humanísticos tenían gran relieve en el monasterio de Helfta, pero el estudio específicamente monástico era la *lectio divina:* estudio meditado de la Escritura, de los escritos de los Santos Padres y de los autores más recientes, en relación con los grandes temas de la vida espiritual y litúrgica. Entendida la *lectio divina* de este modo, preparaba inmediatamente a vivir la vida litúrgica profundamente. El paso de la *lectio* a la contemplación era considerado natural y continuo. A esto hay que añadir que su contacto con el mundo externo era muy escaso.

Aspectos de la espiritualidad gertrudiana

1. Purificación y ejercicio de virtudes. El sentido de purificación en la vida espiritual, como es conocido, perdura a su modo toda la vida, incluso cuando el alma ha alcanzado las cimas más altas de la vida espiritual. En santa Gertrudis no se trata de luchas dramáticas, contra los vicios y malas inclinaciones. Su vida es de una gran limpieza moral. Pero como la perfección no es absoluta en este mundo, sino que siempre podemos y debemos optar por un grado más de perfección, esto se dio en santa Gertrudis y a veces de un modo especial, sobre todo, como ya hemos dicho, al comienzo de sus experiencias místicas, hacia los 25 años. En el libro segundo, cuyo título sería *Memorial de la abundancia de la misericordia divina,* dice ella misma de ese momento: «¡Que el abismo de la sabiduría increada llame al abismo de la admirable omnipotencia, para ensalzar esta incomparable bondad que hizo descender los torrentes de vuestra misericordia hasta el profundo valle de mi miseria!».

Por eso en ella, alma sublimísima y llena de innumerables gracias del Altísimo, existía un espíritu de compunción, alimentado constantemente por la celebración de la liturgia, sobre todo en los tiempos litúrgicos de Adviento y de Cuaresma, pero también en las vigilias o vísperas de las grandes fiestas. En ella las gracias de intensa unión con Dios, el sentimiento profundo de la propia indignidad, el conocimiento y la corrección de los propios defectos

y la vida litúrgica, son cosas inseparables. Es un notable signo de su modo general de progresar en la purificación.

Sin rasgo alguno de tendencia laxista o quietista, en su psicología domina tranquilamente la conciencia de la soberanía de la gracia y de la *suppletio* que hace Cristo a los pobres esfuerzos de aquellos que le están unidos sinceramente con buena voluntad y pureza de corazón. De lo cual puede verse cuán eminentemente positivo, cristológico y teocéntrico fue el ascetismo de santa Gertrudis. Es uno de los frutos de su formación en la escuela de la liturgia, la cual, en el binomio inseparable Dios-hombre, gracia-esfuerzo humano, concentra la atención más sobre Dios y sobre la gracia que sobre el hombre y el esfuerzo humano.

Por eso, respecto al ejercicio de las virtudes, la vida de santa Gertrudis, según sus escritos, aparece sumergida principalmente en el ejercicio de las virtudes teologales, y en primera línea el amor de Dios, actuando continuamente como homenaje incesante de alabanza y de acción de gracias, incitado por el recuerdo de su grandeza y bondad, experimentadas cada vez más en las gracias recibidas. Y esto la dispone al ejercicio de las demás virtudes.

2. Vivencia de los diversos dogmas. Todos en la vida de santa Gertrudis están vividos en orden a la valoración tal como los presenta la Iglesia en su liturgia. Lo primero que se encuentra en los escritos de santa Gertrudis es Cristo. Es fácil de ver que se trata de Cristo como Mediador. De Cristo se sube incesantemente al Padre, a la Trinidad, y, aunque más raramente, a Dios. El centro y el vértice de la atención de santa Gertrudis no es simplemente Cristo, ni simplemente la Trinidad, sino que su mente sigue una dialéctica cristológico-trinitaria. Su pensamiento va incesantemente de Cristo a la Trinidad, a la cual gusta referirse con las fórmulas litúrgicas de su fiesta. Cristo, como se ha dicho, aparece en su función de Mediador. Es el tema de la *suppletio* tan característico en Helfta. Los mismos temas del Corazón de Jesús, de la pasión de Cristo, de sus llagas, de la Eucaristía como presencia real, tan destacado en ella, e incluso el culto a los ángeles y a la Virgen en sus diversos misterios, están relacionados con esto. Plenamente vivió santa Gertrudis la fórmula tan eclesial de *Por Cristo Nuestro Señor*. Confiesa, pues, el supremo sacerdocio de Cristo. Así también hay que ver la liturgia celestial, sobre todo en la celebración de la santa misa en relación con las diversas celebraciones litúrgicas de la Iglesia en la tierra.

Hay que subrayar el papel importante de la Virgen María en los escritos gertrudianos. Navidad, las fiestas de la Virgen en el año litúrgico, son siempre para Gertrudis momentos de intensa preparación espiritual y de grandes gracias. No menos vigoroso es el sentido de Gertrudis sobre la unidad con el mundo angélico. Santa Gertrudis muestra un afecto especial por san Juan Evangelista, por san Benito, san Bernardo, san Agustín y san Gregorio Magno. Lo mismo también con respecto a las almas santas del purgatorio y de la Iglesia militante, cuyos méritos los sentía vivamente santa Gertrudis.

La misa y la eucaristía, en general, tienen en santa Gertrudis un relieve especial. Esto ha sido muy resaltado unánimemente por los historiadores de la teología espiritual y colocan justamente este hecho en la gran corriente de espiritualidad y piedad eucarísticas tan desarrolladas en el siglo XII que culmina con la fiesta del Cuerpo de Cristo. La misa es para ella, ante todo, el sacrificio en el que Cristo se inmola infaliblemente sobre el altar por el ministerio de los sacerdotes en favor de la Iglesia y para gloria del Padre. En ella considera su valor de acción de gracias, de expiación, de propiciación y de «reemplazo».

3. Sobre la vida mística se puede escribir un tratado valiéndose de los escritos gertrudianos. Las gracias místicas que santa Gertrudis recibe están en íntima relación con la vida litúrgica y se realizan sin tensiones psicológicas ni distanciamientos. La irrupción mística acontece en santa Gertrudis durante las procesiones, durante la misa, durante la recitación coral del oficio divino, durante los sermones en la capilla y ello, indirectamente, mientras se canta, mientras se recita, o incluso mientras ella misma canta o recita, o en los intervalos de silencios que se encuentran en esas mismas celebraciones. O bien acontece inmediatamente antes o después de las mismas celebraciones litúrgicas y en conexión con ellas. Son muchos los pasajes de sus escritos en los que se advierte esta unión de fenómenos místicos y de gracias místicas con los actos de la celebración litúrgica.

El examen de las relaciones entre la vida mística y la vida litúrgica en santa Gertrudis nos proporciona, por vía de ejemplo, una lección práctica. Esta lección es que toda la vida mística, comprendidos sus grados más elevados, como se conocen por la experiencia de los santos, en lo que tienen de esencial, puede perfectamente y con toda naturalidad nacer, desarrollarse y madurar en el cuadro de una espiritualidad intensamente vivida en la liturgia.

4. Pero en santa Gertrudis no sólo hemos de ver lo litúrgico. También en ella existían muchos actos de oración extralitúrgica: meditación, devociones, ejercicios piadosos. Todo esto se realizaba, ciertamente, fuera de los actos litúrgicos, pero en consonancia y vivificado por la misma celebración de la liturgia. Bastaría citar sus *Ejercicios Espirituales*. Tenía una gran devoción a la humanidad de Cristo, a su sacratísimo Corazón, tanto que se ha presentado como precursora de esta devoción eclesial tan patrocinada por los papas, sobre todo a partir de León XIII. Es fácil ver en ella cómo acentuando la atención y el afecto sobre la humanidad de Cristo y sobre su amor, introduce en la visión el concepto del Sacratísimo Corazón de Jesús como símbolo de ese amor redentor, mediador, sacerdotal, única puerta para ir al Padre, único canal de gracias, único valorizador ante la Trinidad beatísima de todos aquellos esfuerzos que se hacen en la tierra para el cielo.

No es extraño, por lo mismo, ver en ella una gran devoción a las llagas de Cristo.

Por todo esto, y más aún que se podría decir, los escritos de santa Gertrudis son de gran actualidad y muy aptos para nutrir una vida espiritual de gran valor, sobre todo para vivir la celebración de la liturgia en todos sus aspectos con gran interioridad. Todos podemos ver cómo la liturgia y una vida espiritual intensa pueden marchar juntas sin esfuerzo y con gran fruto espiritual. Más aún, queda a la vista de todos cómo una vida litúrgica intensa e íntegra puede darse junto con la vida mística más elevada que se pueda pensar. Cómo la liturgia y las devociones o ejercicios piadosos aprobados por la Iglesia pueden y deben caminar juntos según lo expuso en 1947 Pío XII en la *Mediator Dei* y el concilio Vaticano II en la *Sacrosanctum Concilium*. Con estos escritos aprendemos también cómo podemos extraer de la liturgia bien celebrada y vivida una doctrina cristiana perfectísima que nos inmunice de todas las extravagancias y errores a que pueden inducir autores menos acertados.

Simbolismo nupcial

El principio por el que Dios adapta el modo de comunicar sus dones al lugar, al tiempo y a las personas nos ayuda a comprender y reducir a sus justas proporciones el fenómeno. Este hecho de las expresiones e imágenes propias de la vida nupcial puede extrañarnos hoy día, porque Gertrudis vive y explica sus relaciones místicas

de la unión del alma con Dios en el cuadro imaginativo, y con el vocabulario tomado de las relaciones esponsales o matrimoniales. Este modo de expresarse no es una innovación, pues lo aprendió en las mismas sagradas Escrituras, sobre todo en algunos profetas como Oseas y en el Cantar de los Cantares. Todas las místicas de Helfta, como otras muchas místicas germánicas del siglo XIII, viven en ese ambiente.

Y, sobre todo, lo vieron confirmado en algunos escritos de san Bernardo. Es cierto que, entre todas esas místicas germánicas, santa Gertrudis acentúa aún más la dosis. No podemos desconocer su legitimidad, como en tantos otros santos y santas, puestos al seguro por su misma eminente santidad, de representarse y expresar los misterios arcanos más altos de la unión mística con Dios, y que trascienden toda imaginación y sensibilidad, con las imágenes y vocabulario nupciales. Pero es también cierto que ese vocabulario no está unido necesariamente a la mística. Existen auténticos místicos que lo ignoran completamente, como san Ignacio de Loyola. Además es indudable que la presencia en un místico o en una mística de ese modo de representación y de hablar depende de circunstancias especiales y Dios se adapta a ellas.

Es lo que más tarde se ha llamado desposorio y matrimonio espiritual. Tal vez nos ayude a comprender este lenguaje este párrafo de santa Teresa: «Ya tendréis oído muchas veces que se desposa Dios con las almas espiritualmente. ¡Bendita sea su misericordia que tanto se quiere humillar! Y aunque sea grosera comparación, yo no hallo otra que más pueda dar a entender lo que pretendo que el sacramento del matrimonio. Porque, aunque de diferente manera, porque en esto que tratamos jamás hay cosa que no sea espiritual, "esto corpóreo va muy lejos, y los contentos espirituales que da el Señor, y los gustos, al que deben tener los que se desposan, van mil leguas lo uno de lo otro", porque todo es amor con amor, y sus operaciones son limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay cómo decirse; mas sabe el Señor darlas muy bien a sentir» [3].

Es san Pablo el que dice que el matrimonio del hombre con la mujer es signo de la unión de Cristo con su Iglesia (Ef 5,31-32).

* * *

[3] *Moradas* V, c.4, n.3.

Los escritos gertrudianos han influido en muchos autores espirituales, sobre todo en el venerable Luis de Blois [4]. La primera fiesta de santa Gertrudis se concedió a las benedictinas de San Juan Bautista de Lecce (Italia), en 1606; en 1606 a las concepcionistas de México, al mismo tiempo que se la declaraba Patrona de las Indias Occidentales.

En Francia penetró la devoción gertrudiana en Borgoña y Lorena. La Congregación Monástica de Monte Casino obtuvo la fiesta en 1654; la Congregación benedictina olivetana en 1663. Los benedictinos de Portugal en 1670, los de España en 1673. En la Orden Benedictina en general en 1674. Entró su fiesta en el Martirologio Romano el 22 de enero de 1678. En Sajonia se celebró ya en 1738. Su fiesta se extendió a la Iglesia universal en 1739. En la actualidad su nombre aparece en la lista para posibles declaraciones del doctorado en la Iglesia.

[4] Cf. Luis de Blois, *Obras selectas,* ed. por M. Garrido (Madrid 1995; BAC minor, 83).

BIBLIOGRAFÍA

I. Ediciones críticas

Doyère, P. *Gertrude d'Helfta: Oeuvres spirituelles, t. II-III Le Héraut* (Paris 1968); (SC, 139; 143).

[Paquelin], *(Revelationes Gertrudianae ac Mechtildianae): I. Sanctae Gertrudis Magnae Virginis Ordinis Sancti Benedicti Legatus divinae pietatis... Opus ad codicum fidem nunc primum integre editum Solesmensium O.S.B. monachorum cura et opera* (Pictavii-Paris 1875).

II. Ediciones y bibliografía española antigua

Castañiza, Juan de, *Insinuationum divinae pietatis libri quinque in quibus vita et acta sanctae Gertrudis monialis Ordinis sancti Benedicti continetur* (Matriti 1559).

[Manrique y Mendoza], Leandro de Granada, *Libro intitulado Insinuación de la divina piedad, revelado a Sancta Gertrudis Monja de la Orden de S. Benito* (Salamanca 1605; Sevilla 1606; Madrid 1689, 1732).

— *Segunda y última parte de las admirables y regaladas revelaciones de la Gloriosa S. Gertrudis, que contiene su feliz y dichosa muerte, no menos privilegiada y favorecida de su querido Esposo* (Valladolid 1607; Madrid 1614).

Andrade, Alonso de, *Vida de la prodigiosa santa Gertrudis la Magna abadessa de Eyslevio en el Condado Mansfeldense de la Orden del glorioso Padre y Patriarca San Benito, sacada de los cinco libros intitulados Insinuación de la Piedad divina que dio a luz Fr. Juan de Castañiza* (Madrid, 1663, 1734, 1804, 1896).

Lardito, J. B., *Idea de una perfecta religiosa en la vida de Santa Gertrudis la Grande, hija del gran padre y patriarca San Benito, sacada de sus Revelaciones...* (Madrid 1717).

Cañizares, Joseph de, *Primera parte de la comedia intitulada la Mas Amada de Christo Santa Gertrudis la Magna* (Madrid 1748).

— *Comedia nueva. La mas amada de Christo, Santa Gertrudis la Magna.* Segunda parte (Valladolid 1750).

III. EDICIONES Y BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA MODERNA

ANÓNIMO, *El Heraldo del Amor divino: Revelaciones de Santa Gertrudis* (Barcelona 1943).

BENEDICTINAS DE EL TIEMBLO, *Los Ejercicios de Santa Gertrudis;* versión de las... Prólogo de Justo Pérez de Urbel (Ávila 1944).

CARVALHO, José Adriano Moreira de Freitas, *Gertrudes de Helfta e Espanha: Contribuição para estudo da história da espiritualidade peninsular nos séculos XVI e XVII* (Porto 1981).

ORTEGA, Timoteo, *Embajador de la divina piedad: Revelaciones de Santa Gertrudis* (Silos 1932; Buenos Aires 1947).

PORCILE SANTISO, María Teresa, *Teología metafórica en el vocabulario de Santa Gertrudis de Helfta,* en: CM 27 (1992) 135-165.

ROJO DEL POZO, Agustín, *La primera confidente del Sagrado Corazón* (Salamanca 1930; Silos 1932, 1936).

VAGAGGINI, C., *El sentido teológico de la liturgia* (BAC, Madrid ²1965): cap. 22: El ejemplo de una mística: Santa Gertrudis y la espiritualidad litúrgica.

Para mayor información véase el *Dictionnaire de Spiritualité,* vol. 6, col. 331-339 (Pierre Doyère).

MENSAJE DE LA MISERICORDIA DIVINA

PRELIMINARES

1. APROBACIÓN DE LOS DOCTORES

En el año del Señor 1289, bajo la exuberante inspiración divina, se ha comenzado este libro. Por iniciativa de las superioras del monasterio, ha sido examinado por teólogos renombrados tanto de la Orden de Predicadores, cuanto de la Orden de los Menores (franciscanos). En primer lugar ha sido examinado y aprobado por un hombre sabio, el hermano Enrique de Mulhouse, que fue un hombre lleno del Espíritu Santo; luego por el hermano Enrique de Weriungerode, que entonces residía en el convento de Halle. Posteriormente ha sido aprobado satisfactoriamente por el hermano llamado de Burch, que, hacia el año del Señor 1300, se encontraba como lector en el convento de franciscanos de Halberstadt y ha gozado de gran fama por su eminente sabiduría y por la cualidad especial de sus dones espirituales. Luego el libro fue examinado atentamente por el hermano Nicolás, lector de Hildesheim, que, hacia el año del Señor 1301, ha sido prior de Halberstadt. Paralelamente, el hermano Teodorico de Apolda, que trató a la santa, aprobó sin reserva estos escritos por su estilo y por su doctrina. Además el muy famoso maestro Godofredo König quedó tan encendido por las palabras de esta santa en celo por cumplir la voluntad de Dios, que en adelante pasó felizmente su vida entera llena de sentimientos fervorosos y de deseos divinos. También el hermano Herman de Loweia, lector de la Orden de Predicadores, en Leipzig, y otros de su misma Orden, dignos de confianza, al leer los escritos de esta santa dieron en conciencia un testimonio sin reserva. Otro, al leer atentamente esta obra, escribió de esta manera: «Bajo la verdadera luz divina, manifiesto que nadie, guiado verdaderamente por el Espíritu Santo, pueda permitirse la audacia temeraria de contradecir estos escritos; más aún, sostenido por el espíritu de la verdad del único Amante del género humano, estoy dispuesto a defender dichos escritos hasta la muerte contra cualquiera que sea».

2. PRÓLOGO

El Espíritu Santo, dispensador de todos los bienes, y que sopla donde quiere (Jn 3,8), como quiere y cuando quiere, preferentemente guarda secretas sus inspiraciones y ordena, para bien de un mayor número de almas, el modo de manifestarlas, como sucede en el caso de esta sierva de Dios. Aunque las oleadas sobreabundantes de las ternuras divinas no hayan cesado de fluir en ella continuamente, sin embargo, se ha seguido un ritmo ordenado en su revelación. De ahí que este libro haya sido escrito en diversos momentos; la primera parte ha sido escrita ocho años después de la gracia recibida y la segunda fue terminada unos veinte años más tarde. Para ambas partes el Señor ha manifestado cada vez su aprobación. En efecto, cuando terminó la primera, la santa le presentó al Señor con toda humildad y recibió de su benignísima ternura esta respuesta: «Nadie puede alejar de mí el memorial de la abundancia de mi divina suavidad» (Sal 145,7); de donde entendió ser voluntad del Señor que este librito se titulase *«Memorial de la abundancia de la suavidad divina»*. Y añadió el Señor: «si alguno quisiera leer este libro con el deseo de progreso espiritual, lo atraeré hacia mí de modo que parezca tener el libro en mis manos y yo mismo lo leeré con él; así como, cuando dos personas leen juntas en el mismo libro, la una siente el aliento de la otra, así también yo aspiraré el aliento de sus deseos y llegarán a conmover mis entrañas para con ella (Gén 43,30), y yo le infundiré el hálito de mi divinidad con el cual se mueva interiormente por mi espíritu». El Señor dijo también: «Sobre el que transcriba las palabras de este libro, con esas mismas disposiciones haré descender las flechas de amor por la suavidad de mi divino Corazón y despertarán en su alma delicias de suavidad divina sumamente gratas». Cuando escribía la segunda parte, presentó ella, una noche, este asunto al Señor con gemidos inenarrables, y él, acariciándola con su acostumbrada benignidad, entre otras cosas, le dijo: «He aquí que yo te he establecido como luz de las naciones para que seas mi salvación hasta los confines de la tierra» (Is 49,6). Comprendiendo que estas palabras se referían a este libro, apenas comenzado, con gran admiración exclamó: «¿Cómo puede ser ¡oh Dios mío! que sea iluminado alguien por este librito con la luz del conocimiento, ya que me he propuesto no escribir más y que no se publique lo que ya está escrito?». A lo cual respondió el Señor: «Cuando elegí a Jeremías para ser profeta (Jer 1,5), él se creía

incapaz de hablar y de tener la discreción adecuada, sin embargo yo corregí con su palabra a pueblos y reinos. Del mismo modo, este rayo de luz y de bondad que yo he decidido hacer brillar por ti, no será frustrado, ya que nadie puede impedir mi predestinación eterna, pues llamaré a los que tengo predestinados, y justificaré a los que he llamado, según me complazca» (Rom 8,30). En otra ocasión en la que oraba insistentemente, esforzándose por alcanzar del Señor que le permitiese oponerse a la redacción de este libro, ya que el mandato de los prelados no era apremiante, el Señor le respondió bondadosamente: «¿No sabes tú que el que recibe una orden de mi voluntad está mucho más obligado que por cualquier otra obediencia? Si tú sabes que mi voluntad, a la que nadie puede resistir, es que escribas este libro, ¿por qué te inquietas? Yo mismo insto a la que escribe a que lo haga, y la ayudaré fielmente y guardaré ileso lo que es mío». Entonces ella, conformando totalmente su voluntad al querer divino, dijo al Señor: «¿Qué título queréis, Amado mío, que lleve este libro?». A lo que respondió el Señor: «Este libro se llamará *Mensaje de la misericordia divina,* porque en él se gustará de algún modo la sobreabundancia de mi piedad». Llena de admiración dijo: «Puesto que las personas que son mensajeros gozan de una gran autoridad, ¿cuál es la que te dignas conceder a este librito que lleva ese nombre?». Respondió el Señor: «Por virtud de mi divinidad concedo que cualquiera que con fe sincera, humilde devoción y piadosa gratitud, para gloria mía, leyere y buscare en él su edificación, conseguirá el perdón de sus pecados veniales y alcanzará la gracia, un consuelo espiritual y disposición para gracias más elevadas». Conociendo después que sería agradable al Señor que ambas partes fuesen unidas en un solo libro, pidió con fervorosas oraciones cómo hacer una sola cosa de partes tan diferentes, puesto que él mismo se había dignado separarlas y distinguirlas con títulos diferentes, como se ha dicho. El Señor le respondió: «Así como la hermosura de un hijo agraciado es, con frecuencia, el reflejo de ambos padres, del mismo modo he dispuesto que juntando ambas partes salga un libro con este título: *"Mensaje, memorial de la dispensación de la misericordia divina"* [1], porque será mensajero de mi divina piedad para perpetua memoria de mis elegidos». Las

[1] Éste sería el título general del libro. Pero como resulta tan ampuloso, casi todos los editores han tomado por título general de la obra el que corresponde solamente a los libros tercero, cuarto y quinto por ser más breve.

páginas que siguen manifiestan que la santa fue consciente constantemente de la presencia de la condescendencia divina. Sin embargo, a veces, cuando dice que «el Señor se le apareció» o «se presentó a ella» hay que entenderlo de modo que, aunque ella gozó de esta prerrogativa, esto sucedió de modo imaginativo para acomodarse a la capacidad de aquellos a quienes predispuso les fuesen notificadas esas gracias. Igualmente hay que entender lo que se halla expresado por modo diferente siguiendo el hilo de la narración, porque Dios, amador de todos, en la visita que hace a uno, busca de modo diverso la salvación de muchos. Aunque en los días ordinarios como en los días de fiesta, la bondad del Señor no cesa de difundir su gracia sin distinción alguna, sea por medio de imágenes sensibles, como por otras más elevadas iluminaciones intelectuales; sin embargo, para describir algunas de las imágenes sensibles apropiadas al entendimiento humano, para mejor acomodarlas al alcance y capacidad de los lectores, las hemos dividido en cinco libros. El primero contiene el testimonio de nuestra monja y los testimonios de su santidad. El segundo contiene lo que por instigación del Espíritu de Dios y en acción de gracias, ella misma ha escrito del modo como recibió esa gracia. En el libro tercero se exponen algunos de los beneficios que se le concedió o se le reveló. En el cuarto se anotan las visitas con que en fiestas determinadas la consoló la piedad divina. Finalmente, en el quinto libro se manifiestan algunas revelaciones que le hizo el Señor sobre los méritos de los que fallecían. Y se añaden algunos consuelos con los cuales el Señor se dignó prevenir sus últimos momentos. Mas porque Hugo de San Víctor ha dicho: «Me es sospechosa toda verdad que no se conforma con la autoridad de la Escritura», y más aún: «No puede admitirse ninguna revelación por verosímil que sea sin el testimonio de Moisés ni de Elías, es decir, sin la autoridad de la Escritura» [2]. Por eso he anotado en el margen los textos que mi pobre ingenio y humilde parecer me recordó, pero sería feliz si otros más perspicaces pudiesen referir textos más probables y convenientes.

[2] *Benjamin minor,* 18: PL 196,57.

LIBRO PRIMERO

NOTAS BIOGRÁFICAS

1. RETRATO DE SANTA GERTRUDIS

1. ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Cómo son admirables, ocultos y diferentes los procedimientos por los cuales él llama a sus predestinados, y justifica gratuitamente a sus llamados; más aún, les confiere sus dones con tanto esmero que se diría que ha encontrado en ellos una santidad perfecta y los considera dignos de participar en la plenitud de sus riquezas y de sus delicias. Esto se manifiesta en esta alma elegida que ha colocado, por pura gracia, como un lirio resplandeciente en el jardín de su Iglesia, en un vergel oloroso (Cant 6,1), esto es, entre las almas santas, pues a los cinco años la arrancó de los trabajos del mundo y la escondió en el tálamo de la vida religiosa, y aumentó en grado tal su pureza con todo género de flores que apareció graciosa a los ojos de todos e inclinó hacia ella el ánimo de muchos. Aunque era de pocos años y de complexión débil, era sensata, amable, inteligente y despierta (Est 2,15) y tan dócil que causaba admiración a cuantos la oían. Admitida en la escuela, distinguióse por la viveza de su inteligencia y talento superior, tanto que con gran ventaja superó en todo género de sabiduría y de doctrina a todas sus compañeras. Así transcurrieron los años de su niñez y adolescencia con un corazón puro y con gran avidez de las artes liberales, alejada de los entretenimientos pueriles en que suele abundar esa edad, guardada por el Padre de las misericordias, a quien sean dadas, sin fin, por estos dones, alabanza y acción de gracias.

2. Cómo agradó a aquel que desde el seno de su madre (Gál 1,15) y apenas de sus pechos la apartó y trasladó al sagrado banquete del Orden monástico y le concedió el don de pasar de lo visible a lo invisible, de la vida exterior al conocimiento espiritual por una revelación especial, se verá en seguida. Comprendió entonces que había estado lejos de Dios en la región de la desemejanza al darse con exceso a los estudios liberales; apegada demasiado vivamente a los gozos del saber humano, se había

privado de saborear toda la dulzura de la verdadera sabiduría. Entonces se dispuso a despreciar todo lo visible, y con razón, porque el Señor la introdujo en el lugar de la alegría y de la exaltación, en el Monte Sión, esto es, en la contemplación, donde la despojó del hombre viejo y de sus obras y la revistió del hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y en la santidad verdadera. Desde entonces pasó de la gramática a la teología paladeando cada vez más sabrosamente todos los libros divinamente inspirados que pudo tener o adquirir, llenando su alma hasta la saciedad de las más exquisitas y dulces palabras de la Sagrada Escritura, hasta llegar a tener en sus labios, siempre que el caso lo requiriese, una palabra divina y edificante para responder acertadamente a cuantos le consultasen y oponerse a cualquier error con testimonios de la Sagrada Escritura que nadie pudiese seriamente contradecir. De este modo, tenía siempre hambre de la maravillosa dulzura y del suavísimo placer de entregarse cuidadosamente a la contemplación divina y al estudio de la Sagrada Escritura, que le parecía un panal de miel para su boca, una armoniosa melodía a sus oídos y un gozo espiritual a su corazón. Más aún: para hacer sencillos y claros a las inteligencias más débiles ciertos pasajes oscuros, compuso y escribió varios libros, llenos de toda suavidad, con sentencias de los Santos, como hace la paloma con los granos de trigo que encuentra, para aprovechamiento de todos los que quisieran leerlos. También compuso oraciones más dulces que un panal de miel (Sal 19,11) y otros muchos y edificantes ejercicios piadosos, con un estilo tan perfecto que jamás maestro alguno se atrevió a corregir, sino al contrario, se recreó por su profundidad y su ternura; obra hábilmente sazonada con citas suaves de la Escritura que a nadie, sea teólogo o simplemente alma piadosa, puede hastiar. Hay que ver en todo esto, sin contradicción alguna, un don de su gracia sobrenatural. Sin embargo, aunque algunas de las cosas dichas suelen considerarse entre los hombres como alabanza puramente humana, como dice la Escritura en el libro de la Sabiduría: «Engañosa es la gracia, vana la belleza; la mujer que teme a Dios, ésa es de alabar» (Prov 31,30), añadamos aquí lo que en verdad debe ser exaltado.

3. Ella era, pues, una fortísima columna de la vida religiosa, defendiendo con integridad la justicia y la verdad, de modo que, juntamente, puede decirse de ella lo que el libro de la Sabiduría dice del Sumo Sacerdote Simón, que por su vida sostuvo la casa —esto es, la vida religiosa— y a lo largo de sus días ha fortificado

el Santuario de la devoción espiritual, es decir, que por sus amonestaciones y ejemplo se decidan otras muchas a adquirir mayor devoción. Podría afirmarse que «en sus días manaron las fuentes y pozos de aguas vivas», porque, verdaderamente, nadie como ella en nuestro tiempo ha irradiado tan copiosos raudales de saludable doctrina. Tenía una palabra dulce y penetrante, su elocuencia tan hábil y su discurso tan persuasivo, eficaz y seductor, que la mayor parte de los que oían sus palabras daban testimonio evidente al espíritu de Dios que hablaba en ella (Hch 6,10), por un admirable enternecimiento del corazón y cambio de la voluntad, pues esta palabra viva y eficaz y más penetrante que espada de doble filo (Heb 14,2), llegando hasta la división del alma y del espíritu, que habitaba en ella, realizaba todas estas cosas. A unos inspiraba por sus palabras el arrepentimiento del corazón, que debía salvarlos, a otros iluminaba con respecto al conocimiento de Dios, o con respecto a sus propias debilidades, a algunos les otorgaba el alivio de alegre consuelo, e inflamaba los corazones de otros con el fuego ardiente del amor divino. Pues muchos extraños, aunque sólo la oyeron una sola vez, manifestaban que habían recibido por ello gran consuelo. Y, aunque dotada de estas y otras gracias semejantes que suelen atraer la complacencia humana, no se crea que lo que sigue lo haya imaginado ella complacidamente, en la ingeniosidad y viveza de su entendimiento, o que lo ha escrito para satisfacer su talento literario y por la habilidad de su elocuencia; lejos de aquí, sino que firmemente y sin ninguna duda se ha de creer que todo ha sido don de la fuente de la sabiduría divina y gracia por el Espíritu aquel que sopla donde quiere (Jn 3,8), cuando quiere, a quien quiere, y lo que quiere, según las conveniencias de persona, lugar y tiempo.

4. Pero, como las realidades invisibles y espirituales no es posible traducirlas a la inteligencia humana más que por la analogía de las realidades materiales y visibles, es conveniente representarlas por medio de imágenes humanas y sensibles. El maestro Hugo (de San Víctor) enseña en su obra del hombre interior, capítulo 16: «Las divinas Escrituras, por alusión al conocimiento del mundo inferior y por condescendencia con la humana fragilidad, describen las realidades invisibles a modo de formas visibles e imprimen en nuestras mentes el recuerdo de objetos deseables a modo de ciertos atractivos. Por eso hablan de una tierra que mana leche y miel, de flores, perfumes, y los gozos celestiales a modo de canciones humanas o trinos de los pájaros. Leed el

Apocalipsis de San Juan y encontraréis descrita la Jerusalén celeste adornada con oro, plata, perlas y piedras preciosas de varias clases, aunque sabemos que no hay nada de eso en ese lugar, donde, sin embargo, nada falta, pero no específicamente, sino a modo de semejanza».

2. TESTIMONIOS SOBRENATURALES

1. Al Señor Dios, dispensador de los bienes verdaderos, se debe la gratitud de todos los seres del cielo, de la tierra y del profundo abismo [1], y cantar a Nuestro Dios esta alabanza eterna, infinita e inmutable que, procediendo del Amor increado, se perfecciona en sí misma por la abundancia desbordante de esta piedad [2], que dirigiendo sus ímpetus sobre los demás a ésta, hacia la cual se inclinaban los dones propios que él mismo le comunicaba. Como enseña la Escritura que por boca de dos o tres testigos se confirma un asunto (Dt 9,15; Mt 18,16), como existen muchos testigos, no se puede dudar que el Señor la ha escogido especialmente como instrumento para comunicar, por su medio, los arcanos de su misericordia.

2. El primer y principal testigo es Dios que ha confirmado con frecuencia, la verdad de sus predicaciones, ha mostrado los secretos por ella percibidos, ha concedido a muchos experimentar la eficacia de sus oraciones, ha concedido lo que pedían en consideración de sus méritos y ha librado de sus pruebas a los que le rogaban con un corazón humilde y sincero, no se puede dudar de que el Señor le ha escogido para ser un instrumento especial a fin de revelar los secretos de su piedad.

3. En cierta ocasión, cuando murió don Rodolfo, rey de los Romanos, mientras, junto con las demás, ella oraba por la elección de su sucesor, en el mismo día, y parece que a la misma hora en que se tuvo la elección, lo anunció a su abadesa y añadió que el que había sido elegido rey ese mismo día, sería asesinado por el que le sucedería; los hechos lo confirmaron.

4. Otra vez, estando el monasterio bajo la amenaza de un malhechor, con peligro inminente, lo que parecía inevitable, predijo a la abadesa, después de haber orado, que por la gracia de

[1] Canto de entrada del Dom. 21 de Pentecostés (cf. Est 13,10).
[2] Colecta del Dom. 11 de Pentecostés.

Dios, todo el peligro había pasado; viniendo entonces el procurador de la curia, confirmó que el tal malhechor había sido juzgado por los jueces, como lo supo ella por secreta revelación divina. De ahí que la abadesa y las monjas, al conocer tal hecho, dieron gracias a Dios con alegría espiritual.

5. Cierta persona, atormentada durante mucho tiempo por tentaciones, fue advertida en sueños que se encomendase a las oraciones de ésta, lo que hizo devotamente y pronto fue liberada por sus méritos.

6. He creído digno de ser relatado el caso de una persona que había de comulgar; se vio asediada por muchos pensamientos en días anteriores a la Misa, de tal forma que ya estaba inclinada a consentir a los deleites, por lo cual estaba muy molesta, pues no se atrevía a acercarse a la Eucaristía; movida por inspiración divina, según se cree, cogió por fin a escondidas un vil pedazo que había visto cortar y echar a un lado a esta elegida de Dios, del paño que servía para abrigo de sus pies, y confiada, se lo aplicó a su corazón, rogando al Señor por aquel amor con que tan bondadosamente había escogido por morada suya y colmado de dones espirituales el corazón de esta amada suya, desprendido de antemano de todo afecto humano, se dignase igualmente por los méritos de la misma librarla de esta tentación. ¡Cosa admirable y verdaderamente digna de toda reverencia y acatamiento! Después de aplicarse y apretarse con devoción sobre su corazón aquel paño, desapareció de ella toda tentación carnal y humana y nunca jamás volvió a experimentarla.

7. Nadie tenga dificultad de creer esto, pues dice el mismo Señor en el Evangelio: «El que cree en mí hará las obras que yo hago y aún mayores que éstas» (Jn 14,12). Porque el Señor, que curó en otro tiempo a la mujer hemorroísa con sólo tocar la orla de su manto (Lc 8,44), pudo igualmente, cuando le agradó a su bondad, por méritos de esta elegida suya, librar a un alma, por cuyo amor se dignó morir, del peligro de la tentación.

3. TESTIGO SEGUNDO

1. El testigo segundo verídico es el de los hombres, por la relación unánime y ponderada que hacen diversas personas como una sola voz. Cuando pedían sus oraciones para corregirse de sus

defectos o progresar en la virtud, todo lo que Dios les hizo comprender por ella siempre les pareció que era especialmente escogida y privilegiada, sobre todo por la abundancia de gracias con que fue favorecida. De ahí, por ejemplo, cómo, sólidamente establecida sobre el fundamento de la humildad y juzgándose totalmente indigna de todos los dones de Dios, se le ocurrió consultar a otras personas, que consideraba con una gracia superior a la suya, a fin de recibir por ellas la confirmación de Dios sobre algunos favores espirituales que había sentido. Estas personas, atentas y con frecuencia instruidas por la bondad divina, afirmaron con toda verdad la sublimidad de esa alma no sólo con respecto a los dones que ella les había revelado, sino a otros mucho mayores todavía.

2. Así, pues, una persona de gran autoridad en materia de revelaciones divinas vino de lejos a este monasterio, atraída por la fragancia de su buena fama, y no conociendo a nadie, manifestó en su oración el deseo de obtener del Señor encontrar allí a alguien de quien, por su divina misericordia, pudiera obtener un provecho espiritual. A lo cual el Señor le respondió: «La primera que se siente junto a ti es la más fiel y verdaderamente elegida». Dichas estas primeras palabras, la primera que se sentó, providencialmente, junto a ella, fue nuestra santa, mas queriendo por humildad esconderse, se hacía la desentendida; la otra se creyó engañada y se quejó al Señor con suspiros y abatimiento; pero el Señor le aseguró que era ésa la que antes le había señalado como la más fiel de todas. Después tuvo una conversación con doña Matilde de Hackeborn, nuestra cantora, de feliz recuerdo, y como le agradase en gran manera, de modo que sus palabras habían sido penetradas por la dulzura del Espíritu Santo, preguntó al Señor cómo era que ensalzando a aquélla sobre las demás no exaltaba igualmente a esta bienaventurada. Respondió el Señor: «Grandes cosas son las que obro en ésta, pero son mucho mayores las que realizo y he de realizar en aquélla».

3. Otra persona, rogando por ella y considerando la ternura de una inestimable delicadeza que el Señor tenía para con ella, se maravillaba, y dijo al Señor: «¡Oh Dios Amor!, ¿qué veis en ella que Tú mismo la tienes en tan gran estima y has puesto en ella tan dulcemente tu Corazón?». El Señor respondió: «Oblígame mi bondad gratuita, que por especial privilegio ha plantado y mantiene en su alma cinco virtudes en las que más me deleito, esto es: pureza auténtica, que recibe del continuo influjo de mi

gracia; verdadera humildad, derivada de mis muchos dones, porque cuanto mayores cosas obro en ella, tanto más se abate a lo profundo de su misma nada, por el conocimiento de su debilidad. Auténtica benignidad, que le hace desear la salvación de todos los hombres para alabanza mía; gran fidelidad, que, para alabanza mía, comunica con entero corazón todos sus bienes por la salvación de todo el universo; y verdadera caridad, con la que ardientemente me ama de todo corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas, y al prójimo como a sí misma por mí». En seguida el Señor mostró sobre su pecho una joya espléndida y maravillosamente decorada que tenía la forma de un triángulo a la manera de trébol, y dijo: «Esto lo llevaré constantemente en honor de mi esposa para que sus tres ángulos revelen con esplendor a toda la corte celestial tres cosas: en el primero, se ve claro que ésta es mi allegada, porque no hay otra viviente en la tierra que esté más junto a mí que ella por la pureza de intención y buena voluntad; en el segundo, resplandece que a nadie en la tierra estoy más inclinado tan deliciosamente que a ella; en el tercero, brilla su fidelidad más que en cualquier hombre en la tierra, volviendo amorosamente en gloria y honra mía todos los dones que ha recibido». Y el Señor añadió: «Jamás me hallarás más afectuosamente en la tierra que en el Sacramento del Altar, y, por consiguiente, en el corazón y alma de esta mi amante, hacia la que, de modo admirable, está dirigido todo el deleite de mi divino Corazón».

4. Asimismo, otra persona a cuyas oraciones se había encomendado devotamente, recibió, rezando por ella, la respuesta siguiente: «Yo soy todo suyo, pues con todo deleite me he arrojado en sus brazos, pues el amor de la divinidad la ha unido inseparablemente conmigo como con el fuego del oro y de la plata se hace el ámbar». Y esa persona dijo: «¿Qué es, pues, amadísimo Señor, lo que haces con ella?». Respondió: «Los latidos de su corazón se traban continuamente con los latidos de mi amor, y en esto tengo un deleite inestimable; sin embargo, retengo en mí mismo la fuerza de mis latidos hasta la hora de su muerte, pues entonces experimentará en ellos tres grandes afectos: el primero con cuánta gloria Dios Padre la llamará, el segundo con qué gozo yo la recibiré, y el tercero con cuánto amor llevará a cabo la unión conmigo el Espíritu Santo».

5. En otra ocasión, esta persona, orando por ella, recibió esta respuesta: «Ésta es para mí paloma sin hiel, porque detesta todo

pecado en su corazón como la hiel; es un lirio que me agrada tener en las manos, pues mi suprema delicia es complacerme en un alma casta y pura; es para mí una rosa perfumada; esto es, paciente y agradecida en las adversidades. Ésta es flor lozana en la que se recrean mis ojos, porque contiene en sí el deseo y la diligencia de las virtudes y de la plena perfección. Ésta es sonido de dulce armonía en mi diadema en la cual están suspendidas como campanillas de oro, para deleite de los habitantes del cielo, las adversidades que sufre».

6. También, antes del ayuno cuaresmal, mientras leía a la comunidad la lectura prescrita [3], puso mayor atención en aquello de que el Señor ha de ser amado con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, tanto que, movida a devoción por sus palabras, dijo el Señor: «Desde su infancia la traje y adoctriné entre mis brazos, guardándola para mí sin mancha hasta aquell hora feliz en que con toda su voluntad se juntó conmigo, y yo a mi vez me entregué a sus brazos; de ahí que el ardiente amor d su corazón para conmigo derrite continuamente mis entrañas par con ella en tal grado, que así como la enjundia se derrite en e fuego, del mismo modo la dulzura de mi divino Corazón, derretid al calor del suyo, destila continuamente en su alma». Y añadió e Señor: «Mi alma se complace tanto en ella que, con frecuencia ofendido por los hombres, reposo suavemente en ella, haciéndol sentir alguna pena dolorosa del espíritu o del cuerpo, lo cual ell recibe, unida a mi Pasión, con tal acción de gracias, y lo sufre co tanta paciencia y humildad, que, aplacado al instante, perdon por su amor a muchedumbre de pecadores».

7. Por deseo de ella, alguien oraba para que se enmendase d sus faltas, y recibió esta respuesta: «Las que parecen faltas de est elegida mía, se pueden llamar en realidad grandes aprovechamientos de su alma, porque, con la fragilidad humana, apenas podría guardarse del viento de la vanagloria la abundancia de la gracia que obro en ella, si no se escondiese bajo la apariencia de defectos. Porque del mismo modo que un campo bien abonado da mucho fruto, así ésta, del conocimiento de sus defectos, produce frutos más sabrosos de gracias». Y añadió el Señor: «Yo le he concedido por cada uno de sus defectos un don tal que con él aparecen corregidos a mis ojos, mas cuando con el transcurso del tiempo

[3] Probablemente el cap. 4 de la *Regla* de San Benito (Madrid ²1993; BAC 406) p.82-86.

los haya cambiado en virtudes, resplandecerá su alma como una luz brillantísima». Todo esto es suficiente para el testigo segundo; de otros hechos los completaremos en otros lugares.

4. TESTIGO TERCERO

1. En tercer lugar, es más evidente el testimonio de su propia vida, donde tanto las palabras cuanto los hechos manifiestan claramente [4] hasta qué punto buscaba ella no su propia gloria, sino la de Dios; no sólo la buscaba, sino que la procuraba tan ardientemente que había sacrificado no sólo su propio honor, sino también su vida y hasta su propia alma. He aquí un testimonio digno auténticamente de fe, según lo que dice el Señor en el Evangelio de Juan: «El que busca la gloria del que le envió, ése es veraz y no hay en él injusticia» (Jn 7,18). ¡Oh alma verdaderamente feliz, cuya vida muestra a las claras ser aprobada con tal y tan gran testimonio de la verdad evangélica! De ella puede decirse lo que se lee en la Sabiduría: «El justo confía como el león» (Prov 28,1). Por amor, pues, de la gloria de Dios, procuraba en todas las cosas la justicia y la verdad con una voluntad tan constante que menospreciaba totalmente las contrariedades que por ello le venían con tal de ganar la gloria de su Señor.

2. Trabajaba también asiduamente en recoger y escribir lo que juzgaba ser provechoso a los demás, y esto lo hacía puramente para la alabanza de Dios de tal modo que no quería la gratitud de nadie, sino que sólo deseaba la salvación de las almas. Por eso, comunicaba prontamente lo que había escrito a los que pensaba que les haría mayor bien. Y procuraba también enviar los libros más provechosos a los lugares en que sabía que carecían de la Sagrada Escritura con el fin de ganarlos a todos para Cristo. Más gozo que trabajo le daba interrumpir el sueño y el reposo, retrasar la comida y dejar todo cuanto servía para alivio de su propio cuerpo. Más aún, interrumpía con frecuencia la dulzura de la contemplación, cuando el deber la llamaba a socorrer al que era tentado, a consolar al afligido o ayudar caritativamente al menesteroso. Del mismo modo que el hierro entrado en el fuego todo

[4] *Regla* de San Benito, 2 (Madrid ²1993; BAC 406) p.74-80.

parece fuego, así ella, encendida por la caridad de Dios, quedó toda hecha caridad, deseando la salvación de todos.

3. Tan elevados y frecuentes eran sus coloquios con el Señor de la majestad, que no hemos conocido en nuestros tiempos quien en esto la igualase, y sin embargo, de aquí se esforzaba para más humillarse. De aquí solía decir que todo cuanto recibía gratuitamente de la sobreabundante bondad del Señor, a pesar de su indignidad y gratitud, le parecía estar escondido en un muladar mientras lo retenía y gozaba a solas, pero si lo comunicaba a alguno, entonces lo juzgaba como perla preciosa engastada en oro, pues tenía a todos por más dignos que ella: en este sentido estimaba que podría cualquier hombre, con un solo pensamiento, tributar a Dios mayor alabanza, en razón de la pureza y santidad de su vida, que ella misma con todas las prácticas exteriores pudiera alcanzar, por sus negligencias e indignidad. Esto es el solo motivo que la obligó a manifestar a alguna persona algunos dones que había recibido de Dios; y es que se creía totalmente indigna de toda gracia de Dios, en tal grado que no pudo persuadirse que se le había dado para ella sola, sino más bien para provecho de los demás.

5. CARACTERES Y ORNATO DEL CIELO INTELECTUAL

1. Puesto que, como hemos dicho antes, con el dicho de dos o tres testigos se funde todo aserto, donde tan veraces y calificados son los testigos, de ninguno ha de rechazarse la verdad que testimonian; avergüéncese más bien el contradictor incrédulo, por cuanto ya que en sí mismo no mereció ser agraciado con semejantes favores, descuidó además recaudar en provecho suyo por medio de alabanzas los que en su elegida quiso llevar a cabo la munificencia divina. No se puede dudar de que esta alma sea una de las elegidas de las que San Bernardo dice en sus escritos sobre el Cantar [5]: «Pienso que el alma elegida no sólo es celeste por su origen, sino que no sin razón se la puede llamar un cielo, por analogía, pues su vida está en los cielos (Flp 3,20). De donde la Sabiduría: "el alma del justo es la sede de la Sabiduría" (Prov 12,37), y más aún: "el cielo es mi trono" (Is 66,1). Comprendiendo que Dios es espíritu no duda señalarle una morada espiritual. Me confirma esto la promesa del que es la Verdad: "mi Padre y yo vendremos a él, es decir, al justo y haremos en él nuestra morada" (Jn 14,23). Y pienso que el profeta no entendía otra cosa cuando dijo: "Tú habitas en el Santuario, gloria de Israel" (Sal 22,4). Y el Apóstol dice claramente que Cristo habita por la fe en nuestros corazones (Ef 3,17). Pero yo en verdad suspiro desde lejos por unirme a esos santos de los que se ha dicho: "Habitaré en ellos y entre ellos andaré" (2 Cor 6,16). ¡Oh qué grande es esta alma! ¡Oh qué privilegio se ha concedido a sus méritos de poseer en sí la presencia divina y encontrarse digna de recibirla y capaz de contenerla, quedándole anchura donde pueda moverse su acción majestuosa! Creció en el Señor hasta ser un templo santo (Ef 2,21), creció, digo, a la medida de la caridad, que es la dimensión del alma. Entonces el alma santa es un cielo que tiene por sol la inteligencia, por luna la fe, por estrellas las virtudes; o mejor, por sol la justicia o el celo de una caridad fervorosa, y por luna la castidad. No hay que extrañarse que el Señor Jesús eligiese habitar este cielo, ya que no se contentó con fabricarlo y labrarlo como los otros, con una palabra sola de su boca, sino que luchó para ganarlo y murió por rescatarlo del poder del enemigo. Por eso, después de acabada la obra y satisfecho en su deseo, dijo: Éste es mi reposo para siempre jamás; aquí moraré, etc. (Sal 132,14)».

2. Ahora, pues, mostraré, en cuanto pueda, que ésta de quien hablamos es uno de esos bienaventurados que, según San Bernardo, Dios prefiere al cielo matinal para su morada. En alabanza suya escribiré cuanto en el transcurso de muchos años pude investigar sobre ella, gracias a la intimidad espiritual que con ella he tenido durante muchos años. Pues como muchas veces el referido San Bernardo diga que el cielo intelectual, esto es, el alma feliz que Dios se ha dignado habitar, debe tener por ornato del sol, de la luna y las estrellas el decoro de las virtudes, expondré brevemente aquí, en cuanto pueda, los resplandores de virtudes especiales que ésta irradió de sí, para que sea evidente que el Dios de las virtudes habitó en la intimidad de su alma, dándole magníficamente esta belleza visible de los astros rutilantes.

[5] 8,9,10; *Sermón* 27.

6. CONSTANCIA EN LA JUSTICIA

1. La justicia, pues, esto es, el celo de una ardiente caridad, que San Bernardo en el pasaje antes citado designa con el nombre de sol, brilla en ella de un modo tan eminente, que si se presentase la ocasión hiciera frente a mil ejércitos de hombres armados, por su defensa. No tuvo amigo tan querido a quien jamás defendiera ni con una sola palabra, aun contra su propio enemigo mortal si le tenía, en perjuicio de la justicia, antes bien habría consentido en la condenación de su propia madre si lo exigiere un motivo justificado, que no dar lugar en su ánimo a la injusticia contra un enemigo por molesto que fuera. Pues siempre que tuvo ocasión de dar algún aviso necesario a la edificación, rehusando toda reserva —aunque en ella brilla esta virtud con especial resplandor—, vencido el respeto humano e inconsiderado, confiando, por el contrario, en Aquel a cuyo servicio deseaba sujetar por las armas de la fe a todo el mundo, mojando la pluma de su lengua en la sangre del corazón, formaba las palabras con tan devoto afecto de piedad y graciosa sabiduría, que apenas se pudiera encontrar alguien con un corazón tan empedernido y perverso, en quien permaneciera alguna leve chispa de piedad, que no se ablandase con sus palabras, al menos hasta querer desear la conversión. Y cuando notaba que un alma, tocada por la llamada de sus consejos, se movía hacia ella con una inmensa compasión y tierna piedad, ella lo recibía con amor tan entrañable que se esforzaba en ofrecerse toda a dicha alma para su consuelo, con un corazón amante, a fin de socorrerla no tanto de palabra cuanto por encendida efusión y manifestación a Dios de sus oraciones y deseos; pues vigilaba cuidadosamente, al hablar, para no atraerse la amistad y el cariño de alguien que luego pudiera alejarla de Dios. Huía como de veneno mortal de toda amistad humana que no tuviera su fundamento en Dios, y con gran tormento de su corazón escuchaba la palabra amistosa de los que le mostraban algún afecto meramente humano; nunca quiso aceptar algún servicio, por necesario que fuese, de tales personas, prefiriendo carecer de toda ayuda y socorros humanos antes que consentir que el corazón de alguien se ocupase desordenadamente de ella.

7. CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

1. Tanto sus palabras cuanto sus obras testimonian el celo por las almas y por la vida religiosa por el que ardía su corazón. Pues si llegaba a conocer algún defecto en cualquiera de su prójimo deseaba que se corrigiese y si no veía efecto de su deseo, esto oprimía su alma con tal peso que no podía ser consolada hasta que por sus oraciones a Dios, sus exhortaciones personales, o las de otros por sugerencias suyas, pudo alcanzar al menos alguna enmienda [6]. Y si alguna vez, como es costumbre entre los hombres, queriéndola consolar, alguien le decía que no se preocupase de quien no quería corregirse, porque él mismo había de pagar la pena de sus faltas, esto le causaba tal dolor como si una espada penetrase en sus entrañas, y decía que prefería morir antes que ser consolada de ese modo por los defectos, cuyo efecto penoso sólo se experimentaría cuando, después de la muerte, se siguiera irremediablemente la condenación eterna. Por eso, todos los textos útiles que encontraba en las santas Escrituras si le parecían que eran difíciles a las inteligencias menos dotadas los traducía del latín en un estilo más sencillo para que fueran útiles a los lectores; y así consumió toda su vida desde la mañana a la tarde resumiendo los pasajes largos o aclarando los dificultosos, pues deseaba promover la gloria de Dios y la salvación de las almas.

2. Toda la belleza de tal virtud la describe Beda, cuando dice: «¿Qué gracia más sublime y ocupación más grata a Dios puede darse que trabajar con diario e incesante ejercicio en convertir a otros a la gracia y amistad de su Creador, en aumentar frecuentemente con la ganancia el gozo de la Patria celestial?» [7]. Y Bernardo dice: «La verdadera y pura contemplación que enciende ardientemente el alma con el fuego divino, la llena a la vez del deseo de ganar para Dios los corazones capaces del mismo amor, de tal modo que prefiere voluntariamente interrumpir el reposo de la contemplación, para dedicarse a la predicación y, habiendo cumplido este deseo, vuelve a su retiro con tanto más ardor que llega a conocer los frutos de esa interrupción» [8]. Si, en efecto, como dice San Gregorio, no hay sacrificio más agradable a Dios que el

[6] Esto recuerda el cap. 28 de la *Regla* de San Benito (Madrid ²1993; BAC 406) p.122-123.
[7] Hom. en la Vigilia de San Juan Bautista, PL 94,208.
[8] *In Cant.* 57,9 (Madrid 1987; BAC 491) p.727.

celo de las almas [9], no hay que extrañarse de que el Señor Jesús se haya dignado hacer con sumo gusto su morada en este altar vivo, donde sube con frecuencia el perfume tan suave de este sacrificio tan agradable para él.

3. En otra ocasión, se le apareció el Señor Jesús, el más bello de los hijos de los hombres (Sal 45,3), de pie, y vio sobre sus hombros reales y finos como una especie de palacio que parecía apoyarse sobre él, a punto de derribarse, y el Señor le dijo: «Mira con qué esfuerzo sostengo mi casa muy amada, esto es, el orden religioso, que está amenazado de ruina en casi todo el mundo, ya que se encuentran muy pocos en todo el mundo que quieran trabajar fielmente en su defensa y promoción. Así pues, amada mía, mírame y apiádate de mi cansancio». Y añadió el Señor: «Todos aquellos que contribuyen con alguna palabra o alguna obra para promover el estado religioso son como columnas firmes que me alivian, en cuanto pueden, de este peso y sostienen conmigo la casa». Conmovida por estas palabras en lo más profundo de su corazón, e incitada ardientemente a la compasión para con el Señor Dios, su Amor, se dispuso a trabajar con todas sus fuerzas para promover el estado religioso, observando exactamente la estricta disciplina por el bien del ejemplo. Tras haber perseverado fielmente, por algún tiempo, en estos ejercicios, no sufriendo el piadoso Señor el trabajo de su amada y queriendo introducirla en la holgura de una contemplación más suave, de la que, sin embargo, por especial don de Dios, no había sido privada al dedicarse a estos ejercicios, como dejamos escrito, le comunicó el Señor, por varios de sus familiares amigos, cesase en tal trabajo, y que en adelante se diese a él, su único amante, con entera devoción. Entonces, llena de audacia, se entregó totalmente al reposo de la contemplación que su alma anhelaba ardientemente, atenta únicamente, con dulce ardor de alma, al Señor, al que sentía en lo más íntimo de su ser, particularmente atento a su vez para con ella con el don eficaz de su gracia.

4. Séame permitido añadir aquí una página escrita por una persona devota de Dios que, como por divina inspiración, se expresaba así: «Oh esposa devota de Cristo, entra en el gozo de tu Señor (Mt 25,21), pues, en una incomparable suavidad de dulzura, el Corazón divino está inclinado a ti a causa de la fidelidad con la que te has esforzado en trabajar para defender la

[9] *Hom. 12 sobre Ez.* (Madrid 1958; BAC 170) p.389.

verdad, por el cumplimiento de su deseo, más que el tuyo, desea que vengas a reposar a la sombra (Cant 2,3) de su sosegada consolación. Pues como el árbol bien arraigado, plantado junto a las corrientes de agua para sacar jugo, da frutos copiosos, así tú, por gracia de Dios, ofreces al Amado por tus pensamientos, palabras y obras, los frutos más sabrosos, y jamás te marchitarás con el ardor de la persecución, porque continuamente eres regada con la abundancia de la gracia divina. Efectivamente, porque en todas tus obras no has buscado más que la gloria de Dios y no la tuya, has presentado al Amado cien veces más un fruto por todas las obras que deseabas realizar directamente o por sugerencia de los demás, en la medida de lo posible. Y, más aún, el mismo Señor Jesús suple por ti ante Dios Padre todas las deficiencias que tú deploras en ti o en los demás, y ha resuelto recompensarte por cada obra como si tú la hubieras realizado con toda perfección; por esto, toda la corte celestial asociándose a tu alegría, permanece en una maravillosa exaltación y da gracias al Señor por ti, en una alabanza unánime».

8. CARIDAD COMPASIVA

1. Con el celo de la justicia, del que hemos tratado, emana también de ella tal sentimiento de caridad compasiva que cuando ve a uno justamente atribulado o sabe de algún ausente que estaba acongojado, inmediatamente procura por todos los medios consolarlo con sus palabras o sus cartas, ofreciéndole su ayuda con tal deseo como si fuese un enfermo aquejado de grandes fiebres, esperando cada día su curación o alivio, así ella, de hora en hora oraba para que el Señor consolase a los que sabía estaban agobiados. Esto lo hacía no sólo con los hombres, sino también con toda criatura, mostrando tan tierno afecto de compasión, que si veía a cualquiera de ellas, ya fuesen aves o bestias, sentir molestias por el hambre, por la sed o por el frío, inmediatamente, doliéndose en el alma de lo que el Señor había creado, procuraba ofrecerle devotamente en perpetua alabanza aquella incomodidad de la criatura irracional, en misión de aquella dignidad que toda criatura posee soberanamente con perfección y nobleza en el Creador y deseaba que el Señor, apiadándose de su criatura, se dignase aliviar su desgracia.

9. CASTIDAD ADMIRABLE

1. La castidad, a su vez, que en San Bernardo está significada por la luna, ha brillado en ella con gran esplendor; hasta el punto de que afirmaba constantemente no haber mirado nunca en toda su vida el rostro de un hombre con tal atención que recordase algo de sus facciones. Todos los que la conocieron podían igualmente afirmar que por santo que fuera un hombre, por sencilla que fuera una conversación y por el tiempo que durara, se apartó de su presencia sin fijar en su persona la mirada. No sólo hemos de admirar su candor en la vista, sino también que en toda conversación siempre resplandecía en ella su pureza de corazón y gran castidad; lo mismo en todo lo demás, como gestos y compostura, de tal modo que las otras religiosas solían decirle jocosamente que por la pureza habían de colocarla entre las reliquias del altar. No hay que maravillarse de todo esto, pues se deleitaba en la Sagrada Escritura más que cuantas personas he conocido y, por lo mismo, se deleitaba en Dios que es el principal guardián de la castidad, de aquí que dice San Gregorio: «Contento el espíritu, desprecia toda carne» [10]. Y San Jerónimo: «Ama las letras y no amarás los vicios de la carne» [11]. Es significativo el hecho de estar tan aplicada a la lectura que, aunque no hubiera otros testimonios, era evidentísimo que en ella brilló la castidad. Si alguna vez encontraba en la Escritura algún pasaje menos conveniente, por su gran candor lo pasaba por alto y si no podía lo leía con gran rapidez disimulándolo, como si no lo entendiera y se le notaba en el color del rostro, señal de su purísima honestidad. Incluso si alguien menos inteligente le preguntaba de cosas semejantes, desviaba la respuesta con tanto pudor que le parecía serle más tolerable ser atravesada por la espada que oír semejante conversación. Pero, cuando por la salvación de las almas era necesario hablar de esto, lo decía con santa libertad, como convenía, y con toda naturalidad.

2. Habiendo hablado en cierta ocasión de su propia vida con un anciano bien probado, viendo éste que nunca se había encontrado con una persona de tal pureza de corazón, dijo que no había conocido una persona tan carente de conmoción carnal como ésta. Pasaré por alto otras cosas, pues es suficiente admirar en ella este don divino para comprender que había sido favorecida más que

[10] *Mor. in Job, 36.*
[11] *Epíst. 125* (Madrid 1995; BAC 220).

los demás de la revelación de los secretos de Aquel que ha dicho en el Evangelio: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Sobre lo cual comenta San Agustín: «Nosotros no veremos a Dios con los ojos del cuerpo, sino con los del alma, y lo mismo que la luz del día no es percibida sino por los ojos sanos, así Dios no es visto más que por un corazón puro, al que no le remuerde la conciencia de pecado, sino que es templo santo de Dios» [12].

3. En testimonio de esta misma virtud séame permitido insertar aquí lo que me ha comunicado una persona digna de fe. Deseaba esta persona que el Señor se dignase confiarla algún mensaje para esta elegida suya, de la que tratamos en este libro, y el Señor respondió: «Le dirás de mi parte: Hermosa y amena». Como no entendió lo que quería con ello, le rogó de nuevo el mismo deseo dos y tres veces y siempre recibió la misma respuesta. Sorprendida por esto, dijo: «Explícame, Dios lleno de amor, el sentido de estas palabras». Y el Señor le dijo: «Dile que me complazco en la belleza armoniosa de su alma, pues es el resplandor insigne de mi pureza y de mi inmutable divinidad el que ilumina su alma con una misteriosa armonía. Más aún, me complazco en la gracia particular de sus virtudes, porque la amenidad suave y alegre de mi humanidad deificada florece en todas sus obras con inmarcesible viveza».

10. CONFIANZA MARAVILLOSA

1. Podría ser probado con magníficos testimonios el grado magnífico en que ella poseyó, no diré la virtud, sino el don de la confianza. Efectivamente, la serenidad de su alma, en todo momento, era tal que ninguna prueba, ni daño, ni impedimento, ni siquiera sus propios defectos podían oscurecerla, porque siempre tuvo una confianza firme en la benignísima misericordia de Dios, ni siquiera la perturbaba cuando el Señor le quitaba su gracia acostumbrada, sino que permanecía como si le fuese indiferente recibir o no esa gracia; antes al contrario, en las horas de prueba se reforzaba su esperanza, pues no dudaba que todo cooperaba en bien suyo (cf. Rom 8,28), ya fuesen acontecimientos exteriores o

[12] *Epíst. 147* (Madrid 1953; BAC 99a) p.199.

favores interiores, y, así como se aguarda pacientemente al mensajero que ha de traer noticias dichosas, por mucho tiempo deseadas, del mismo modo ella esperaba con gozo la consolación divina más abundante, para lo cual confiaba estar mejor preparada por la misma prueba anterior. Jamás se abatía ni desesperaba por sus defectos, sino que pronto se veía levantada por la presencia de la gracia divina y se volvía muy preparada para recibir cualesquiera dones de Dios; y aun cuando le parecía estar negra como un carbón apagado, respirando al punto con la cooperación de la gracia de Dios, hacía lo posible por levantarse hacia el Señor con la intención; luego, volviendo sobre sí misma, recibía la semejanza de Dios, como un hombre que andando en la oscuridad se ve de repente iluminado por la luz del sol, así ésta se vio iluminada con el resplandor de la presencia divina, más aún la revestía y engalanaba con joyas preciosas, como conviene a la reina vestida con oro de Ofir (cf. Sal 45,10) estar ante el Rey inmortal de los siglos, hecha digna y escogida para la unión e intimidad divinas.

2. Había tomado la costumbre de acudir con frecuencia a los pies del Señor Jesús, para limpiar las manchas de que le parecía estar llena y sin las que no es posible estar en la vida humana; pero cuando, como hemos dicho, sentía que los raudales de la gracia divina eran más copiosos, secundando entonces el beneplácito divino, con entera libertad y totalmente, se entregaba como instrumento para que Dios ejercitase en ella y con ella toda obra de amor, de tal modo que no dudaba jugar de igual a igual con el Señor Dios del universo.

3. A esta misma confianza debía una gracia especial referente a la comunión en orden a unas palabras de la Escritura o de los hombres sobre los daños de comulgar indignamente (cf. 1 Cor 11,27-29), pues ella se acercaba a comulgar sin temor, poniendo toda su esperanza en la tierna misericordia del Señor. Tuvo en tan poca cosa todos los esfuerzos en prepararse, que jamás dejó de comulgar por haber olvidado oraciones y ejercicios habituales en la preparación a la comunión, juzgando que lo que es una gota con respecto al océano, así es todo esfuerzo humano en comparación con la excelencia del don gratuito. Y aunque no juzgaba medio alguno como preparación adecuada, confiando en la inconmutable largueza divina, procuraba antes que cualquier otra preparación recibir el Sacramento con limpio corazón y fervorosa devoción de amor. Además cualesquiera bienes de gracias espirituales que recibió, los atribuía sólo a la confianza, teniendo por

seguro ser tanto más gratuitos cuanto más verdaderamente sin merecimiento suyo reconocía haber recibido este noble don de confianza del dador de toda gracia.

4. Esta misma confianza le inspiraba con frecuencia el deseo de la muerte, pero siempre de acuerdo con la voluntad divina, de tal modo que en cada momento le era indiferente vivir o morir [13], viendo en la muerte el medio de alcanzar la bienaventuranza, y en la vida el aumento de la divina alabanza. Aconteció una vez que andando por un camino, resbaló y se alegró en gran manera, mientras decía en su espíritu al Señor: «¡Oh, mi amado Señor, qué bien sería para mí si este accidente me hubiera dado la ocasión de ir a ti!». Y cuando, admiradas, le dijimos si no temía morir sin recibir los santos sacramentos, respondió: «Ciertamente, deseo con todo mi corazón el auxilio de los saludables sacramentos, mas la voluntad y los deseos de mi Señor son para mí los mejores y más saludables auxilios, por lo mismo, iré a él contentísima de la manera que le plazca, bien por una muerte repentina o prevista, segura que de cualquiera de estas maneras en que muriese, jamás me ha de faltar su misericordia, sin la cual estoy segura de que no podré salvarme, tanto en la muerte prevista con anterioridad como en la muerte repentina».

5. Todos los acontecimientos le causaban gran alegría, pues siempre tenía su alma dirigida a Dios y en todo mostraba tan firme constancia que, en verdad, se le podía aplicar aquello de que «el que confía en Dios es fuerte como el león» (Prov 28,1). El mismo Señor se dignó atestiguar su virtud de la siguiente manera: consultó en cierta ocasión una persona al Señor, y como no recibía ninguna respuesta, se maravilló en gran manera de ello; finalmente, el Señor le respondió: «He dilatado tanto la respuesta de lo que me preguntabas, porque no confías en lo que mi gratuita clemencia tiene por bien obrar en ti, como confía aquella mi amada que, sólidamente arraigada en firme esperanza, en todas las cosas se apoya en mi amor, por lo cual jamás le negaré cuanto de mí desea».

[13] Responsorio en la fiesta de San Martín.

11. HUMILDAD Y OTRAS MUCHAS VIRTUDES

1. *Humildad.* Entre la claridad grande de resplandecientes virtudes que, como refulgentes estrellas, Dios la había decorado maravillosamente, para habitar en ella, brilló de modo particular su humildad, que es como el receptáculo de todas las gracias, la guardiana de las demás virtudes. Esta humildad es la que la hacía considerarse totalmente indigna de los dones divinos: y le parecía imposible que fuese debido a sus méritos el recibirlos; se consideraba canal por el que los secretos designios de Dios hacían pasar la gracia a sus elegidos, ya que le parecía ser totalmente indigna y recibía indigna e infructuosamente los dones de Dios tanto grandes como pequeños, salvo su esfuerzo, en escritos o en palabras, para hacerlos útiles al prójimo. Y esto lo hacía por la fidelidad con respecto a Dios, y por la humildad con respecto a sí misma, que le hacía pensar, diciendo para sí: «Aunque tuviera que sufrir las penas del infierno, como lo merezco, es, sin embargo, una alegría para mí que el Señor pueda recoger en las almas los frutos de estos dones». Ninguna persona tuvo por tan vil que no pensase estaba más provechosamente en ella que no en sí la gracia de Dios mas no por eso la rehusó jamás, sino por el contrario a todas las horas se ofrecía voluntariamente para recibir en sí misma los beneficios de Dios y luego los repartía en provecho del prójimo como si fueran propiamente menos suyos que de cuantos por su mediación los recibían.

Juzgándose a la luz de la verdad, se veía la última entre aquellos de los que el Profeta dice: «Todas las naciones son delante de mí como nada» (Is 40,17), y en otro lugar «como exiguo polvillo» (Is 40,15). Pues del mismo modo que el polvillo en una pluma u objeto semejante es imperceptible, bajo tenue sombra, a la luz del sol, así ella se esforzaba por esconderse para desviar la honra que podía venirle por tan insignes dones de Dios y únicamente atribuía esas gracias a aquel que por su espíritu reviene a los que llama y no deja de ayudar a los que justifica [14]; guardando para sí la falta de haber sido ingrata e indigna ante la munificencia de tales dones, según a ella le parecía. Y, sin embargo, para gloria de Dios no podía callar su piedad para con ella, sino que procuraba comunicarla a otros, con la intención que dijo de sí en una ocasión: «No conviene, en modo alguno, que la benevolencia de Dios para

[14] Oración *Actiones nostras.*

conmigo sea impedida de producir en los demás el fruto superior que no pudo producir en mí, vilísima depravadora».

2. Por eso, un día de paseo, con gran desprecio de sí misma, dijo al Señor: «El mayor de todos vuestros milagros, Señor, es para mí que esta tierra soporte a la gran pecadora que soy yo», a lo cual el Señor que exalta a toda alma humilde (cf. Lc 18,14), todo conmovido, respondió bondadosamente: «Con placer la tierra se ofrece bajo tus pies, mientras que toda la grandeza del cielo espere, con transporte de gran alegría, la hora bendita en que te pueda recibir». ¡Oh dulzura verdaderamente admirable de la dignación de Dios que eleva al alma a una mayor reverencia cuanto ella se rebaja en la consideración de la propia vileza!

3. Tenía en tan poco la propia estima que cuando estaba ocupada en la oración u otra buena obra, si le ocurría un pensamiento de esta clase, le aceptaba libremente en la idea que tenía de que «si alguno viendo esa obra se moviere a imitarla, entonces tú, Señor, cosecharás para ti este fruto de alabanza». Y así pensaba que en esta ocupación, ella era en la Iglesia de Dios como un espantajo en la casa del padre de familias, que no sirve para nada sino para que al tiempo de la fruta, atado a un árbol, ahuyente las aves, y así se pueda guardar la fruta.

4. *Piedad.* En lo que respecta a la cualidad de su piedad espiritual, el fervor y la suavidad aparecen con toda evidencia en el testimonio que nos ha dejado en sus muchos y provechosos escritos; más aún, el mismo escudriñador de los corazones (cf. Sal 7,10) se ha dignado testimoniarlo, pues cuando un varón devoto sintió un gran fervor en la oración, entendió que el Señor decía: «La suavidad de que gozas ahora, has de saber que muchas veces la tiene esa elegida mía, que escogí libremente para habitar».

5. Y en modo maravilloso se gozaba en el Señor como lo muestra que le causaban gran hastío los gozos transitorios, por contraste increíble como dice San Gregorio: «A quien gusta de las realidades espirituales, le parecen insípidas las materiales» [15] y San Bernardo: «Al que ama a Dios todo le resulta fastidioso mientras le falta el único objeto de su deseo» [16]. Por eso, en cierta ocasión, después de considerar la vileza del deleite humano, hastiada de todo dijo al Señor: «Nada encuentro en la tierra que me deleite, sino tú sólo, Señor mío dulcísimo». El Señor recomponiéndola, a

[15] *Mor. in Job* 36.
[16] *Carta 111.*

su vez, le respondió: «Igualmente, nada hay en los cielos ni en la tierra que me deleite sin ti, pues, por amor, te asocio siempre a todo deleite; por eso, tú eres mi delicia cada vez que me deleito en cualquier cosa y en la medida en que cause mi delicia, es más provechoso para ti».

6. Su asiduidad en la oración y en las vigilias aparece claramente en que jamás faltaba a la hora habitual de la oración, salvo cuando la enfermedad la retenía en el lecho o en que, para gloria de Dios, se ocupase en cosas referentes a la salvación del prójimo; y dejándola el Señor continuamente con el consuelo de su presencia, en sus oraciones, la hizo mucho más asidua a los ejercicios espirituales que a los ejercicios corporales que la hubieran robustecido. Pues con tanto gozo de su alma observaba las reglas de su Orden, como la regularidad en el coro, en los ayunos, en los ejercicios comunes, que nunca los omitía sin gran dolor, como dice San Bernardo: «El que ha gozado una vez del amor, acepta gozosamente todo trabajo y dolor».

7. La libertad de espíritu brilló en ella de tal modo que no podía sufrir por algún tiempo cosa alguna contra su conciencia. Pues también en esto la alabó el Señor a cierto devoto que pedía en la oración qué era lo que más le complacía en esta elegida suya, con estas palabras: «La libertad de corazón». Con gran sorpresa suya y como despreciando esta virtud, dijo esta persona: «Pensaba, Señor, que tu gracia había hecho llegar su alma a un elevado conocimiento espiritual y a un amor muy fervoroso para contigo». Y el Señor respondió: «Es así como has pensado; pero el camino es esta gracia de libertad, que es un bien tan excelente que la conduce directamente a la suma perfección. Pues, en todo momento, está dispuesta a la acción de todos mis deseos, sin permitir jamás a su corazón apegarse a cualquier cosa que supusiera obstáculo».

8. Esta gran libertad hacía que jamás aceptara lo que necesitaba, sino que con frecuencia, con los permisos necesarios, lo diese inmediatamente a otros, con tal discreción que lo entregaba a los más necesitados, sin tener en cuenta a los más amigos y predilectos.

9. Cuando sucedía que tenía que hacer o decir algo, siempre anteponía el mejor servicio de Dios o el ejercicio de la contemplación. Lo cual complacía al Señor, como él mismo lo reveló. Doña M. (Sta. Matilde), nuestra cantora, vio un día al Señor sobre un trono elevado (*Is* 6,1) y a ésta como yendo y viniendo delante de él mirando sin cesar el rostro del Señor y aspirando con fervor los efluvios de su Divino Corazón. Admirada por tal espectáculo,

recibió del Señor esta explicación: «Lo que tú ves es la imagen de su vida, en todo momento marcha ante mí con gran atención para conocer el beneplácito de mi corazón. Y en el momento en que conoce mi voluntad, inmediatamente se dispone a realizarla, para buscar otro de mis deseos y obedecerlo fielmente. Por eso, toda su vida es para mí una alabanza y glorificación». Matilde dijo: «Señor, si tal es su vida ¿cómo es posible que juzgue tan severamente las faltas y los defectos de los demás?». Con gran bondad respondió el Señor: «Desde el momento en que ella no permite en su corazón ninguna mancha, tampoco puede tolerar igualmente los defectos de los otros».

10. *Pobreza.* Con respecto a sus vestidos y objetos ella miraba más la necesidad y la utilidad que la delicadeza y comodidad, cuidándose mucho de lo que servía para el culto divino como los libros de lecturas más frecuentes y las tablillas en que escribía, así como los libros que las otras consultaban con más gusto o de los que más provecho sacaban. De modo general podemos afirmar que apreciaba más todo aquello que veía más contribuir al servicio del Señor, y en el uso de las cosas creadas que le venían de él no se miraba a sí misma, sino a la eterna alabanza del Señor. De aquí que se alegraba en gran manera cuando usaba alguna cosa en provecho suyo como si la hubiera ofrecido sobre el altar para honor del Señor o lo gastara en limosna, porque ya durmiera, o comiese, o de cualquier modo diese a su cuerpo algún descanso, gozaba en ofrecerlo al Señor, mirándola él en sí y a sí en él, según el precepto del Señor que dice: «Lo que hicisteis con uno de estos pequeños míos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40), considerando que su miseria hacía de ella la más pequeña y la más vil de todas las criaturas, por eso lo que hacía por sí, pensaba que lo hacía a uno de los pequeños del Señor. El Señor mismo le reveló que le alegraba este modo de pensar. Un día después de un trabajo tenía la cabeza cargada, tratando de aliviar su malestar mientras disolvía en su boca unas sustancias aromáticas para alabanza de Dios, y el Señor se inclinó bondadosamente hacia ella como que le gustaba eso y alejándose del olor de aquellos aromas se levantó, y con el rostro alegre, habló con todos los santos de esta manera: «He aquí un nuevo regalo recibido de mi esposa». Pero el gozo de esta esposa era infinitamente más grande cuando era a su prójimo a quien procuraba un beneficio semejante, como un avaro que por un céntimo recibe cien marcos.

11. Comunicaba tan plenamente con el Señor todas sus cosas que cuando le daban a escoger entre diversos objetos, para su alimentación, su vestido u otras necesidades, los cogía con los ojos cerrados, convencida de que hacía lo que el Señor quería para ella; cuando lo tomaba lo hacía con tal gratitud como si el mismo Señor se lo hubiese dado con sus propias manos. De ahí que, lo mismo que fuera óptimo o pésimo, le agradaban esos momentos. Esta disposición inspiraba todos sus actos y era para ella fuente de maravillosa alegría, de tal modo que cuando pensaba en la miseria de los paganos y de los judíos lo hacía con gran compasión, pues no podían participar como ella de la amistad con Dios.

12. *Discreción.* La virtud de la discreción ha brillado en ella de un modo poco ordinario, lo cual manifiesta evidentemente lo entendida y leída que era en la Sagrada Escritura, hasta el punto de que aventajaba a las demás en la riqueza de sentencias sacadas de ella, de manera que en una hora respondía a muchos que le pedían consejo en diversos asuntos, de modo tan atinado, que los dejaba llenos de admiración; sin embargo, ella con humilde discreción pedía a otros, mucho más inferiores en inteligencia, consejo en lo referente a sí misma y mostraba tal sumisión, que seguía con preferencia la opinión de los otros antes que la suya propia.

13. *Otras virtudes.* Parece superfluo seguir detalladamente enumerando las muchas virtudes que en ella brillaron, como la obediencia, la continencia, el espíritu de pobreza, la prudencia, la fortaleza, la templanza, la concordia, la constancia, la gratitud, la cortesía, el menosprecio del mundo y otras muchas más, puesto que su alma estaba tan particularmente regida por discreción, que es llamada la madre de todas las virtudes [17]. Por lo demás, la confianza en Dios, de la que antes hemos tratado, que es fundamento de todas las virtudes, a la cual nada se niega de cuanto se puede apetecer, sobre todo cuando se trata de virtudes, y estaba en ella de modo magnífico. Lo mismo hay que decir de la regia virtud de la humildad, guardiana atenta de todas las virtudes, tan arraigada en su corazón, como se ha dicho. Y, principalmente, la reina de todas las regias virtudes, el amor a Dios y al prójimo, que estableció su trono en ella tanto en su corazón como en sus obras, según aparece claramente en las páginas de este libro. Por brevedad omitiré lo que a mi entender se pudiera decir de cada una de sus virtudes separadamente, aunque, creo, mucho más podría

[17] *Regla* de San Benito, 64 (Madrid ²1993; BAC 406), p.174-177.

decirse de lo que hemos dicho y sería para el lector gran placer y no hastío. Mas basta lo dicho para testimoniar lo que ésta fue, uno de los cielos —o el único— en que el Rey de los reyes se dignó habitar sobre un trono de estrellas [18].

12. CIELO INTELECTUAL. TESTIMONIOS

1. En un texto litúrgico que celebra la dignidad de los cielos intelectuales se ha dicho de los Apóstoles: «Ellos son, oh Cristo, estos cielos en los que Tú habitas, sus palabras son tus truenos, sus milagros tu resplandor, y por ellos se esparce el rocío de tu gracia» [19]. Quisiera mostrar en la medida de mis posibilidades que estas tres afirmaciones se pueden aplicar algo a ésta como a los Apóstoles. Porque tanta y tan grande era la eficacia de sus palabras que casi siempre eran atendidas por los que la escuchaban, pues siempre conseguían, y siempre con mayor facilidad, todo lo que con ellas se pretendía, en cualquiera que fuese. De ahí que, con razón, podría apropiarse aquel dicho de los Proverbios: «Las palabras del sabio son aguijones y como clavos hincados en lo alto» (Ecl 12,11). Mas como la naturaleza humana no tiene siempre la fuerza de oír la verdad manifestada con celo por un espíritu fervoroso, una vez que había respondido con duras palabras a una que con ella vivía, ésta, movida con afecto de piedad, procuraba alcanzar del Señor atenuase en ella el ardor de su celo. Pero así la enseñó el Señor: «Yo mismo en mi vida terrestre he conocido el ardor de las santas pasiones, por la gran contrariedad que me causaba cualquier injusticia, y ésta es semejante a mí». Entonces ella replicó: «La dureza de tus palabras, aquí abajo, se refiere a los malvados, pero ésta lo hace con personas que son consideradas buenas». A esto respondió el Señor: «En aquella época los judíos eran considerados como hombres de grandes virtudes y, sin embargo, son los mismos a los que yo escandalicé». Por lo demás, Dios permitió también que por las palabras de esta elegida suya las almas se llenasen de gracia, pues son muchos los que manifiestan que se han arrepentido por una palabra que le oían más que por un largo sermón de buenos predicadores. Así lo atestiguan las

[18] Antífona de las Vísperas de la Asunción.

[19] Antigua secuencia *Coeli enarrant* en la fiesta de la Misión de los Apóstoles.

lágrimas sinceras de los que viniendo a ella tan duros y rebeldes que parecía no haber fuerza que los pudiese ablandar, al oír algunas palabras suyas se llenaban de compunción y prometían cumplir todos sus deberes.

2. Y no sólo por sus palabras, mas también con sus oraciones son muchos los que han experimentado la eficacia bienhechora de la gracia; porque habiéndose encomendado a sus oraciones fueron totalmente liberados de graves y continuas molestias, rogando muchas veces, llenos de admiración, a sus familiares y amigos diesen las gracias a Dios y a ella. No podemos pasar por alto qu algunos fueron avisados en sueños, manifestando a ésta sus pena y, después de haberlo hecho, consiguieron ser liberados. Piens que estas cosas no se diferencian mucho de los milagros refulgen tes, pues me parece que no es una gracia menor procurar la salu del alma que la del cuerpo. Pero, para dar una prueba manifiest de los poderes que testimonian auténticamente la presencia d Dios en ella, añadiré algunos hechos reconocidos que mostraro más claramente su fulgor.

13. ALGUNOS MILAGROS

1. Un año, en marzo, en que el rigor del frío era tal qu peligraba la vida de los hombres y de los animales, oyó de alguna personas que no había esperanza de recoger la cosecha aquel año pues, según el curso de la luna, el frío se prolongaría aún por larg tiempo; un día en que participaba en la misa en que había d comulgar pidió con gran fervor por esta intención y otras muchas. Al final de la oración recibió del Señor la siguiente respuesta: «Has de saber que has sido escuchada en todas las intenciones de tu oración». Ella respondió: «Señor, para confirmar esta certeza y permitirme que te dé dignamente las gracias, dame un signo de que se atenuará el rigor del frío». Después de dicho esto no pensó más en ello, mas al salir de coro, al terminar la misa, halló el camino todo muy húmedo y que en todas partes se deshacía el hielo y la nieve. Como todos sabían que esto no se podía atribuir a las condiciones naturales del tiempo, se preguntaban con extrañeza cómo había podido suceder esto, ignorando que esta elegida lo había pedido a Dios en su oración. Decían que no podía durar mucho tiempo temperatura tan benigna, pues no venía según el orden natural; sin embargo, se mantuvo tan apacible bonanza primaveral y así siguió varios días.

2. Otra vez, en el tiempo de la cosecha, llovía copiosamente y temieron que se perdiera, por eso todos oraban con fervor juntamente con ella, insistiendo ante el Señor para aplacarle, y él condescendió a tantos ruegos; hizo que el aire se cambiase y, aunque aparecieron negros nubarrones, salió el sol inundando toda la campiña con sus rayos luminosos.

3. Mas al atardecer, después de la cena, en el momento en que la comunidad estaba en un patio para acabar un trabajo, aún brillaba el sol, aunque también densas nubes de lluvia aparecían suspendidas en el aire; suspiró ésta en lo íntimo de su corazón y, oyéndolo yo, dijo al Señor: «¡Oh Señor Dios del Universo! Mi deseo no es que obedezcas, como forzado, a mi indignísima voluntad, mas si tu libérrima voluntad tiene a bien detener por mí esta agua contra el decoro de tu justicia, te ruego que pronto comience a llover y que se cumpla tu placidísima voluntad». ¡Cosa maravillosa! Aún no había terminado su plegaria y, repentinamente, estallaron relámpagos, truenos y grandes gotas de agua. Admirada, dijo al Señor: «Clementísimo Señor, si agrada a tu bondad, aplázalo hasta que terminemos el trabajo que nos ha encomendado la obediencia»; a cuyos ruegos el benignísimo Señor contuvo la lluvia hasta que la comunidad terminó el trabajo prescrito. Acabada la tarea y estando aún fuera la comunidad, sobrevino de repente una lluvia abundante acompañada de relámpagos y truenos y las que estaban fuera salieron bastante mojadas.

4. En otras muchas ocasiones conseguía milagrosamente el auxilio divino, casi sin pedirlo y como tratando jocosamente al Señor. He aquí un caso. Estaba un día sentada en una estera y se le caía de las manos el punzón, la aguja u otro objeto pequeño que era difícil encontrar en un montón de paja, y oyéndola todas decía al Señor: «Oh Señor, por más que me afane me resulta imposible encontrarlo, ayúdame a hallarlo», y, sin atender con la vista a lo que decía, lo cogía como si hubiera caído en un suelo luminoso. En estas circunstancias y en otras semejantes, pequeñas o grandes, su modo de obrar era dirigiéndose siempre al amado dueño de su alma y siempre encontró en él la ayuda fidelísima, constante y, en gran medida, complaciente.

5. Añadamos, después de lo dicho, que rogaba una vez al Señor, en un tiempo de viento y de sequía, y recibió esta respuesta: «La razón que algunas veces me inclina a escuchar las plegarias de

mis elegidos no es necesaria entre tú y yo, porque por mi gracia tu voluntad está tan unida a la Mía, que no puedes querer sino lo que yo quiero; así que, habiendo determinado por esta sequía ablandar los corazones de algunos rebeldes, para que al menos rogando para recibir remedio a esta necesidad vengan a mí, no atenderé a tus peticiones, pero recibirás por ellas un don espiritual». Lo cual fue para ella de gran alegría y en adelante rogaba mucho de no ser atendida en casos semejantes, sino que se cumpliese el beneplácito de Dios. Pues, como dice San Gregorio que el testimonio de la santidad no está en hacer milagros, sino en amar al prójimo como a uno mismo, de lo cual ya hemos tratado antes ampliamente, basta lo dicho como prueba de que verdaderamente la eligió el Señor a ésta para habitar en ella, pues no le faltó el esplendor de milagros magníficos y así hacer callar a lo que presentan motivos blasfemos contra la libérrima voluntad d Dios y, al mismo tiempo, para fortalecer la confianza de lc humildes, que esperan redundarán en provecho y en interés suy todos los beneficios que reconocen con gozo en algún elegido como recibidos de Dios.

14. PRIVILEGIOS DIVINOS

1. Hay que añadir aquí, como complemento de lo que ya s ha dicho, algunos hechos semejantes que me han resultado más difíciles de descubrir, como si hubieran estado escondidos bajo una losa, y otros testimonios que he recibido como auténticos de personas dignas de fe.

2. Como muchos solían pedirle consejo sobre asuntos dudosos y, especialmente, si debían abstenerse de comulgar por diversos motivos, ella daba a cada uno la respuesta más convincente, los aconsejaba y, a veces, los forzaba para que se acercasen al Sacramento del Señor, confiando en la gracia y en la misericordia de Dios. Pero en una ocasión, temiendo haberse sobrepasado en tal respuesta (como es costumbre en algunas almas puras), dándola prematuramente, recurrió como solía a la clemencia divina, manifestándole su recelo, y fue consolada por el Señor con esta respuesta: «No temas, consuélate, reconfórtate y estáte segura, pues yo el Señor Dios, tu bien Amado, por amor enteramente gratuito, te creé y te elegí para morar y recrearme en ti; di, sin duda alguna, por tus labios la respuesta

adecuada a todos cuantos devota y humildemente me buscaban por medio de ti. Recibe como promesa segura mía que jamás permitiré te pida algún consejo a aquel a quien yo juzgare indigno de recibir el sacramento de mi cuerpo y de mi sangre; por lo tanto, a cualquiera que te envíe, molestado y acongojado para que lo atiendas, le asegurarás que tiene expedito el camino para acercarse a mí, porque a ese tal, por el amor que te profeso y por respeto tuyo, jamás rehusaré abrirle mi seno, sino que le daré el abrazo de afecto amistosísimo y no le negaré el beso suave de la paz».

3. Una vez en que oraba con gran fervor por una persona, temiendo que ella esperase recibir más de lo que ella podía conseguir, con gran bondad, le respondió el Señor: «Todo lo que una persona puede esperar obtener por tu intención, lo recibirá de mí. Más aún, cuando tú prometas en mi nombre alguna gracia a cualquiera, con toda certeza yo se la concederé, aunque no perciba el efecto, a causa de la fragilidad humana; mi acción realizará en su alma el beneficio prometido por ti».

4. Después de algunos días, acordándose de esta promesa del Señor, sin olvidar su propia indignidad, pidió al Señor cómo era posible se dignase realizar mercedes tan grandes sirviéndose de ella, que era vilísima. El Señor le respondió: «¿Acaso no pertenece a toda la Iglesia la promesa hecha sólo a Pedro *"Todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo"* (Mt 16,19), de modo que se crea firmemente que esto mismo se hace por los ministros de la Iglesia? Igualmente, ¿por qué dudas tú que yo pueda o quiera realizar toda promesa que, movido por el amor, yo te he hecho con mi boca divina?». Y tocándole la lengua dijo: «*He aquí que yo pongo mis palabras en tu boca* (Jer 1,9) y confirma en mi verdad todas las palabras que, movida por mi Espíritu, tú dirás a cualquiera de mi parte y todo lo que tú prometas de parte de mi bondad, en la tierra, será ratificado irrevocablemente en el cielo». Y como a esto ella replicara, diciendo: «Pesaríame, Señor, en el caso de que alguno tuviese que ser castigado y le tuviese que decir por impulso del espíritu que alguna culpa no podría permanecer libre de castigo, u otra cosa semejante», el Señor respondió: «Todas las veces que la justicia o el celo de las almas te impulse a hablar de esta manera, mi misericordia rodeará a esta alma para llevarla a la compunción y librarla del castigo». Entonces pidió al Señor, diciendo: «Señor, si tú hablas verazmente por mi boca, según tu bondad se digna asegurarme, ¿cómo sucede que a veces hagan tan poco efecto en algunos las palabras que profiero con grandísimo

deseo de tu gloria por la salvación de las almas?». A lo que dijo el Señor: «No te extrañes de que alguna vez tus palabras no surtan efecto, siendo así que yo mismo en mi humanidad prediqué muchas veces con gran fervor de mi divino espíritu, y sin embargo en algunos no aprovecharon nada, porque todas las cosas se disponen según mi divina ordenación».

5. Después de esto, corrigiendo a alguno de cierto defecto, ella se refugió en el Señor para suplicarle humildemente se dignase iluminar su propia inteligencia con un rayo del conocimiento divino, para que nunca dijera algo contra el beneplácito de su voluntad divina. A lo cual el Señor respondió: «No temas, hija mía, sino ten confianza de que por un privilegio espiritual concedo que cuando alguien venga con fe y humildad a cualquier cosa, puedas, con la luz de mi propia verdad, juzgar esas cosas en conformidad con mi propio discernimiento, según las condiciones de circunstancias y personas: si Yo considero el caso más grave tu respuesta será en mi nombre más severa y si la considero más leve, tu respuesta será más suave». Reconociendo entonces su indignidad con profunda humildad, dijo al Señor: «Dueño de cielo y de la tierra, detened y contened esta sobreabundante generosidad, pues no soy más que polvo y ceniza y completamente indigna de tan inmenso don». Pero el Señor con dulzura y gran ternura: «¿Qué hay de extraordinario que yo te dé a conocer las razones de mi severidad después de haberte iniciado con frecuencia en los secretos de mi benevolencia?». Y añadió el Señor: «Cualquiera que esté abatido y contristado y venga con humildad, simplicidad y lealtad a buscar el consuelo de tus palabras, jamás será frustrado en su deseo, pues yo habito en ti, siendo Dios, y la ternura sin límite de mi amor me impulsa a desear multiplicar por ti mis beneficios y el gozo que en esto siente tu corazón sin duda lo obtiene de la sobreabundancia de mi divino Corazón».

6. En otra ocasión, rogando por los que se habían encomendado a ella, recibió del Señor esta respuesta: «Del mismo modo que antiguamente quien tocaba la esquina del altar se alegraba de haber hallado seguridad, así ahora, desde que escogí por pura benevolencia establecer mi morada en ti, el que se recomienda con confianza a tus oraciones, recibirá de mi gracia la salvación». Lo cual confirma bien el testimonio de doña M. (Sta. Matilde), cantora, de feliz memoria, que, orando por ésta, vio un corazón bajo la imagen de un puente firmísimo que por una parte parecía robustecido por la humanidad de Cristo y por otra por su divinidad. Entendió que el Señor le decía: «Todos los que se esfuercen para venir a mí por este puente jamás se desviarán ni caerán»; esto es, los que, recibiendo sus palabras, obedecen humildemente sus consejos, jamás se desviarán.

15. EL SEÑOR LA MANDA ESCRIBIR

1. En fin, comprendiendo que era voluntad de Dios que escribiera estas gracias para llegar al conocimiento de los hombres, ella se extrañó de la utilidad que podrían reportar estos escritos, pues había resuelto que no se manifestara cosa alguna de todo esto durante su vida y que, incluso después de su muerte, sólo podían perturbar a las almas al darse cuenta de que ningún provecho se sacaría de ello. A estos pensamientos respondió el Señor: «¿Qué provecho te parece puede seguirse de que se lea lo que está escrito de Santa Catalina, cuando al visitarla en la cárcel le dije: "Sé constante, hija mía, pues estoy contigo" y de que llamé a mi especial amado (San Juan) y le dije: "Ven, amado mío, hacia mí" y otras muchas cosas, ya de unos bienaventurados, ya de otros, sino que con esto crece la devoción de los hombres y se manifiesta la piedad para con el género humano?». Y añadió: «Por estos escritos se puede encender en las almas de muchos el deseo de todo lo que oyen que tú recibiste, y con esto procurarán enmendar su vida».

2. En otra ocasión, como se preguntase de nuevo, sorprendida, por qué el Señor le pedía tan constantemente que escribiese estas revelaciones, conociendo que con frecuencia ellas no inspirarían más que menosprecio a ciertas almas débiles, que las censurarían con desdén en vez de sacar motivos de edificación, el Señor la interrogó con estas palabras: «He dispuesto en ti mi gracia de tal manera que exijo de ella un gran fruto, de aquí que los que han recibido dones semejantes y, por negligencia, no saben estimarlos, conociendo los tuyos, se aumente en ellos el reconocimiento y gratitud, estimando sus propios dones y de este modo crezca mi gracia en ellos. Mas si alguno, en la malicia de su corazón, decide vituperarlos, caiga sobre ellos su pecado y tú quedas libre de toda responsabilidad; por eso dijo el profeta: *"Les pondré un tropiezo"* (Ez 3,20)». Esto le hizo comprender que, con frecuencia, el Señor inspira a los suyos actos que son para algunos ocasión de escándalo y que los justos no deben abstenerse de obrar con el pretexto de dejar en paz a los malvados: la verdadera

paz consiste en vencer el mal con el bien, lo que hará aquel que, sin abstenerse de una acción ordenada a la gloria divina, manifestará a los malvados su dulzura por su complacencia y su bondad, pues es así como se gana al prójimo (cf. Mt 18,15). Si no aprovecha, no produce su recompensa (cf. Mc 9,40). Según Hugo de San Víctor, *«Porque los fieles siempre tienen en donde poder dudar y los infieles donde creer, si quieren; por eso, justamente se premia a los fieles por la fe y se castiga a los infieles por su infidelidad»* [20].

16. TESTIMONIOS EVIDENTES

1. Meditando sobre la bajeza e indignidad, ya que en gran manera se juzgaba indigna de tan maravillosos dones del Señor, se dirigió a doña M. (Sta. Matilde), de feliz memoria, conocida y venerada por sus gracias místicas, pidiéndole humildemente consultase al Señor sobre los predicadores, no porque intentase aclarar dudas de los dones recibidos, sino para incitarse a un mayor agradecimiento por tan grandes beneficios y recibir una seguridad anticipada para el caso de que el peso mismo de su indignidad le hiciese caer en la duda. Doña M. (Sta. Matilde), según la había rogado, se puso en oración para consultar al Señor y vio al Señor Jesús, esposo lleno de gracia y de nobleza, con una apariencia que superaba la de miles de bellezas angélicas, con vestimenta de color verde que por dentro parecía de oro; estaba abrazando mansamente a esta por quien oraba, de tal manera que el lado izquierdo de ella, donde está el corazón, aparecía como clavado con la abertura de su llaga amorosa y ella parecía abrazarle por detrás con su izquierda. Maravillada doña M. (Sta. Matilde), deseaba saber qué significaba esta visión. Y el Señor le dijo: «Has de saber que mis vestidos verdes con interior de oro significan toda la vegetación y floración de mi acción divina procedente del Amor». Y continuó: «Esta alma es el objeto de toda esta acción. Y el ver su corazón unido a la llaga de mi costado advierte que de tal manera se adhirió a mí su corazón que en cada momento puede recibir directamente el influjo de mi divinidad». Entonces ella pidió: «Señor tú has dado a esta elegida tuya tales dones que con toda seguridad puede a los que vinieren a ella para consultarle sobre sus problemas darles la solución adecuada, según la verdad de tu juicio, ¿cómo te has

[20] *De arca morali* 4, 3: PL 176,668.

dignado prometérselo por esta revelación sobre la cual, en su humildad, ella me ha pedido que se la clarifique?». A lo que respondió el Señor con gran bondad: «Es cierto que yo le he favorecido con insignes privilegios para que todos obtengan con toda seguridad lo que esperaban recibir por su intercesión, y nunca en mi misericordia consideraré indignos a los que ella crea dignos de la comunión. Más aún, yo miraré con especial afecto al que ella haya animado a la comunión de acuerdo con mi discernimiento divino que ella tendrá, y juzgará por más graves o más leves las faltas de los que se dirigen a ella. Como son tres los testimonios en el cielo, esto es, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo (1 Jn 5,7), ella debe comprobar su testimonio por tres cosas: 1.° Sentirse impulsada por el Espíritu Santo al dirigirle la palabra a alguien. 2.° Si aquel a quien habla ha visto que está verdaderamente arrepentido de sus faltas. 3.° Descubrir en él una intención recta. Si ella constata estas tres cosas, puede sin temor alguno responder según su sentimiento, pues yo ratificaré ciertamente toda promesa hecha por ella en nombre de mi amor». Y añadió el Señor: «Cada vez que desee hablar a alguno, atraiga antes a sí por un profundo gemido el aliento de mi divino corazón; y cuanto hable entonces, ha de tener por cierto, sin ningún género de duda, porque ni ella ni los que la escuchan pueden equivocarse, sino al contrario, se manifestará claramente en sus palabras el secreto de mi divino corazón». Dijo además: «Conserve fielmente el testimonio de tus palabras; y si acaso después de largo tiempo siente enfriarse en ella la gracia recibida, por el ajetreo de diversas ocupaciones, como sucede con frecuencia, no desconfíe sin embargo, porque yo mantendré firme en ella estos privilegios todos los días de su vida».

2. Doña M. (Santa Matilde) preguntó entonces al Señor si ésta cometería alguna falta por esto o de dónde le venía que en todo momento se daba prisa para hacer lo que entonces debía y que lo mismo le daba orar que escribir o leer, instruir al prójimo, corregirle o consolarle, y el Señor respondió: «He unido indisolublemente mi Corazón con su alma de tal modo que hecha en todo y por encima de todo su espíritu conmigo, concuerde con mi voluntad tan conformemente como los miembros de su propio cuerpo concuerdan con su corazón y como el hombre pensando en su interior dice: haz esto, e inmediatamente la mano se dispone a hacerlo; igualmente, cuando piense: ve aquello, e inmediatamente los ojos lo ven sin dilación alguna; así ésta está presente en mí con toda solicitud y obro con ella de tal modo, que en todo

momento hace lo que yo quiero; porque yo la elegí para morada mía, de tal modo que su voluntad, y por lo mismo la ejecución de su buen deseo, está adherida a mi Corazón como la mano derecha al que obra con la que obra lo que yo obro. Y su inteligencia es para mí como el ojo, cuando piense en lo que yo me deleito; y el ímpetu de su espíritu es para mí como la lengua cuando impulsada por este espíritu habla lo que yo pretendo. Su discreción es para mí como el olfato, porque inclino los oídos de mi misericordia a todo lo que ella pide con afecto de compasión; y su intención es para mí como los pies, pues ella pretende lo que es conveniente que yo siga. De aquí que es conveniente que se dé siempre prisa según el ímpetu y vehemencia de mi Espíritu, a fin de que, terminada una obra, esté preparada para otra que yo le inspire. Y no le remuerde la conciencia si algo queda inacabado por l humana fragilidad, pues en otras cosas mi voluntad ha sido obedecida».

3. Otra persona, experimentada en cosas espirituales, que e sus oraciones daba gracias a Dios por los dones otorgados a ésta recibió semejante revelación con respecto a los escritos de su privilegios y unión con el Señor. Es absolutamente cierto que tod esto proviene del Señor, cuyos testimonios son dignos de cree (Sal 93,5); cada una de estas personas ha percibido en el oído d la inteligencia el murmullo, como el sonido de una leve bris (1 Sam 19,12), no pudiendo saber la una de la revelación de l otra más que los de Roma pueden saber lo que en ese moment hacen los de Jerusalén. Mas esta persona, en el relato de su revelación, añade que le fue manifestado que todo lo que ésta había recibido como dones de Dios era poco en comparación con lo que el Señor había dispuesto conceder a su alma. Y añade: «Ella (Gertrudis) llegará a tal unión con Dios, que sus ojos no verán sino lo que Dios se digne ver por ellos, ni hablará algo su boca, sino lo que Dios se digne hablar por ella, y así todo lo demás». Cuándo y cómo realizará el Señor esto, sólo él lo conoce y aquella a quien se dio felizmente experimentarlo, aunque algo vieron los que más atentamente observaron los dones que el Señor les comunicaba.

4. Otra vez rogó a doña M. (Sta. Matilde) que orase por ella y procurase alcanzar del Señor de modo especial la virtud de la paciencia y de la mansedumbre, pues le parecía que tenía necesidad de ello; haciéndolo doña M. (Sta. Matilde) como se lo había pedido, recibió del Señor esta respuesta: «La mansedumbre que a

mí me agrada toma el nombre de *commanendo* (residir), porque, efectivamente, yo he hecho mi residencia en ella, y le conviene, sin cesar, en todo instante estar como una esposa atenta que no se separe de su esposo; cuando tenga necesidad de salir fuera, tómele la mano, llévelo y oblíguelo a ir con ella; así ésta, siempre que le pareciere oportuno dejar el dulce reposo interior para instruir al prójimo, haga sobre su corazón la señal de la cruz, pronuncie mi nombre en una sola palabra y luego hable confiadamente cuanto se le comunique de mi gracia. Igualmente la paciencia que me agrada en ella toma el nombre de paz y de ciencia, el cuidado que ella debe tener de esta paciencia consiste en conservar en la adversidad la paz del alma, sin dejar de tomar conciencia del sentido de su sufrimiento, esto es, por amor, en signo de verdadera fidelidad».

5. Un cierto varón que la desconocía totalmente, salvo que se había encomendado a sus oraciones, orando un día por ella, recibió esta respuesta: «La he elegido para habitar en ella, porque me deleito de que todo cuanto en ella se ama, es obra mía, de modo que quien no consigue entender los dones interiores, esto es, espirituales, que posee, al menos ame en ella mis dones exteriores que en ella resplandecen, como son su inteligencia, su elocuencia, y otros que proceden de mí, por lo cual yo la he apartado de todos sus parientes para que nadie la amase por el parentesco, sino que yo sea la causa del amor que le profesen sus amigos».

6. Otro varón, rogado por ésta, pidió al Señor cómo a pesar del conocimiento que después de muchos años ella tenía de la presencia divina, le parecía, sin embargo, que actuaba con mucha flojedad, aunque no pecara gravemente que sintiera a Dios ofendido por sus culpas, y recibió esta respuesta: «La razón por la cual nunca me siento airado, es que juzga ser verdaderamente justas y buenas todas mis obras y jamás se deja turbar por algunos de mis actos, y aunque lo que le sucede le sea molesto, todo lo soporta pensando que todo aconteció por disposición de mi divina providencia. Pues como dice San Bernardo: *Quien gusta de Dios no puede menos de ser grato a Dios* [21] y así siempre me muestro aplacado para ella». Entendiendo que la bondad del Señor había dictado lo anterior, estimulada, según decía, a un extremado agradecimiento, dio al Señor devotísimas gracias por tal dignación con estas o semejantes palabras: «Cómo puede hacerse, mi bien Amado, que tu ternura se haya

[21] *Cant. Sermón 24,8.*

dignado ignorar mis faltas tan grandes y tan numerosas, sólo porque no puede desagradarme, oh Dios mío, tu perfectísimo obrar, pues esto no es por mi virtud, sino por tu infinita santidad». El Señor se lo explicó con esta comparación: «Cuando un lector ve la escritura de un libro tan pequeña que le resulta difícil leer, toma una lente para que la escritura aparezca mayor, lo cual no proviene del libro, sino de la lente; del mismo modo yo suplo por la abundancia de mi misericordia si algún defecto veo en ti».

17. TRATO FAMILIAR CON DIOS

1. Al no recibir, durante algún tiempo, la visita del Señor, sin sentir congoja por ello, en cierta ocasión preguntó al Señor la causa de esto y le respondió: «Suele suceder a veces que la demasiada proximidad estorba la visibilidad clara de los amigos, por ejemplo, como es costumbre en el abrazo o en el beso: así se privan del goce de la vista». Entendió, pues, por estas palabras que alguna vez la privación de una gracia acrecienta de muchas maneras el merecimiento, con tal de que el hombre, a pesar de la privación de esta gracia, no disminuya la diligencia, aunque lo haga con pesadumbre y sequedad de espíritu.

2. Pensando una vez cuál era la causa de que la visitara el Señor de otra manera que en tiempos anteriores, le dijo el Señor: «En los primeros tiempos te enseñé con frecuencia por respuestas con las que pudieses dar a conocer a otros mi voluntad; mas ahora, al manifestarme a ti solamente en espíritu, cuando oras, mi inspiración, que sería muy difícil explicártela de palabra, hago como que recojo el tesoro de las riquezas de mi gracia, con la intención de que cada uno encuentre lo que busca en ti, siendo tú como la esposa que conoce todos los secretos del esposo y que gracias a su trato continuo consigue conocer su voluntad en todas sus acciones, aunque no le sea lícito manifestar lo íntimo que conoce gracias a la mutua familiaridad».

3. Esto lo experimentó en alguna manera ella en sí misma, reconociendo que cuando oraba por alguna intención que le había sido especialmente encomendada, no buscaba ya obtener le diese el Señor respuesta, como antes solía, sino que le era suficiente sentir la gracia o impulso para hacer oración por algún motivo, porque entonces consideraba esto como signo seguro de inspiración divina, lo mismo que lo era antes la respuesta del Señor. Igualmente, si alguno le pedía consejo o consolación, inmediatamente sentía como si se le infundiese en el mismo momento la gracia de responder con tanta seguridad que se atreviera a morir por afirmar la verdad de sus palabras, aunque antes nada supiese del asunto ni por palabras ni por escrito, ni aun siquiera por el pensamiento. Mas si en la oración por alguna intención nada le mostraba el Señor, su gozo no era menos grande al pensar que la sabiduría divina es inescrutable e indisolublemente inseparable de su amor generoso, que lo más seguro es encomendarle a ella todas las cosas; esto le agradaba más que si se hubiera podido investigar los arcanos secretos de Dios.

LIBRO SEGUNDO

MEMORIAL DE LA EXPERIENCIA DE DIOS

PRÓLOGO

En el año noveno después de haber recibido la gracia, en el tiempo que va desde febrero a abril, en la tarde del Jueves Santo, cuando estaba esperando con toda la Comunidad que se llevara a una enferma el cuerpo del Señor, impulsada por un movimiento irresistible del Espíritu Santo, tomó una tablilla que traía colgada a un lado y escribió lo que sentía en su corazón, conversando serenamente con su bien Amado, en espíritu de acción de gracias y alabanza para con él en estos términos:

1. PRIMERA VISITA DEL SEÑOR

1. ¡El abismo de la sabiduría increada invoque al abismo de la admirable Omnipotencia para alabanza y exaltación de la Bondad maravillosa, que en exceso de vuestra misericordia ha bajado hasta el valle profundo de mi miseria! (Sal 41,8). Cuando, siendo de veinte y seis años de mi edad, en aquel lunes, para mí felicísimo, antes de la fiesta de la Purificación de mi castísima Madre que fue el 27 de enero (año 1281), a la hora escogida, después de Completas al comienzo del crepúsculo: Dios, que eres Verdad de un resplandor superior a todas las luces, pero más oculta que el profundo abismo [1], habías determinado ahuyentar la densidad de mis tinieblas, comenzando blanda y suavemente aquella turbación que un mes antes [2] habías levantado en mi alma, con la cual, según me parece, procurabas destruir la torre (Gén 11) de mi vanidad y curiosidad, en la cual habría crecido mi soberbia, que, ¡oh dolor!, llevaba el nombre y el hábito de la Religión. De este modo encontraste el camino por el que me mostraras tu salvación (Sal 49,23).

[1] San Agustín, *Confesiones*, 9,1 (Madrid ⁶1974; BAC 11), p.349.
[2] En el Adviento, como puede leerse en el cap. 23, n.5, de este libro II.

2. Entonces, en la predicha hora, en medio del dormitorio y después de haber saludado con una inclinación, según nuestro ceremonial, a una anciana que encontré, al levantar la cabeza vi a un joven amable y delicado como de diez y seis años, cuyo aspecto exterior no dejaba nada que desear a mis ojos. Con un rostro seductor y una voz dulce, me dijo: «Pronto vendrá tu salvación. ¿Por qué te consumes con tristezas? ¿Por ventura no tienes quien te aconseje, que así ha cambiado el dolor?» [3]. Mientras así hablaba, aunque sabía que corporalmente estaba en el lugar que he dicho, me parecía, sin embargo, estar en el coro, en el rincón en que suelo hacer mi tibia oración, y allí oír las palabras siguientes: «no temas, te salvaré, te libertaré». Cuando oí esto, vi que su tierna y delicada diestra tomaba la mía, como para asegurar estas palabras y añadió: «Lamiste la tierra con mis enemigos (Sal 71,9) y la miel entre las espinas, por fin vuélvete a mí y yo te embriagaré con el torrente de mi divino regalo» (Sal 35,9). Después de estas palabras, vi entre él y yo, esto es, sobre su derecha y sobre mi izquierda, un vallado de largura interminable, tanto que ni delante de mí ni detrás se veía el fin. Por la parte superior parecía estar cubierto de tanta espesura de espina que de ningún modo se hallaba paso libre para ir al joven predicho. Como, por mi parte, yo tenía tanta ansiedad, ardiendo de deseo y casi desfallecido él mismo, de repente, tocándome, sin dificultad me levantó y me colocó junto a sí, y habiendo reconocido en aquella mano de la que había recibido la predicha promesa, las joyas preciosas de las llagas de las cuales han sido anuladas todas las escrituras en contra nuestra, alabo, adoro, bendigo y doy gracias, como puedo, a tu sabiduría, fuente de misericordia, y a tu misericordia, fuente de toda sabiduría, ¡oh Creador y Redentor mío! que has puesto tal cuidado en sujetar mi dura cerviz a tu yugo suave, preparándome un remedio adecuado a mi debilidad. Desde entonces, pacificada por una alegría espiritual enteramente nueva, me he dispuesto a seguir tras el suave olor de tus perfumes y comprender cuán dulce es tu yugo y ligera tu carga (Mt 11,30), lo cual antes me parecía insoportable.

[3] Responsorio del Domingo II de Adviento.

2. ILUMINACIÓN DEL CORAZÓN

1. Salve, Salvador y luz de mi alma (Sal 26,1), gracias te sean dadas por todo lo que se contiene en el ámbito del Cielo, el orbe de la tierra (Est 13,10) y en lo profundo del mar, por esta gracia por la que has introducido mi alma en el conocimiento y en la consideración de lo íntimo de su corazón, que tanto había descuidado hasta entonces, por así decirlo, como del fondo de mis pies. Y he aquí que soy consciente de todo lo que en mi corazón ha sido ofensa a la extremada delicadeza de tu pureza, y de tanto desorden y confusión que haciendo completamente obstáculo a tu deseo de establecer allí tu morada (Jn 14,23), sin embargo, ni esto, ni ninguna de mis infidelidades te ha impedido, mi amadísimo Jesús, que en aquellos días en que me acercaba al alimento vivificante de tu cuerpo y de tu sangre, me favorecieses con tu presencia visible, aunque no te veía más claramente que como se ven los objetos al amanecer. Mas esta benigna condescendencia no dejaba de atraer mi alma hacia ti con una unión más íntima, una contemplación más viva y una alegría más grande.

2. Tales eran mis disposiciones de llevar mis esfuerzos en este sentido, en la fiesta de la Anunciación de Santa María, cuando te desposaste con la naturaleza humana en el seno virginal, tú que antes de que seas llamado dices: «Aquí estoy» [4], anticipaste aquel día llenándome, a mí indignísima, de dulces bendiciones (Sal 20,4) en la vigilia de esa fiesta, en el capítulo que a causa del domingo se tenía después de maitines. De esa manera, en lo más profundo de tu bondad y de tu dulzura, me has visitado, ¡oh luz que viene de lo alto! (Lc 1,78), de modo que no puedo expresarlo. Pero dame, dispensador de todo don [5], ofrecer en acción de gracias sobre el altar de mi corazón un sacrificio de dulzura que nos alcance seguir mi ardiente deseo, para mí y para todos los que son tuyos, de conocer esta misión que es dulzura, esta dulzura que es misión. Gracia que antes de esta hora me es completamente desconocida. Reconociendo lo que ha sido mi conducta, tanto antes como después, confieso con todo verdad que esto ha sido mi gracia enteramente gratuita y contra todo mérito. Gracia, efectivamente, de una luz más vívida del conocimiento y atractivo

[4] *Regla de San Benito*, prólogo, 18: (Madrid ²1993; BAC 491), p.67; cf. Is 58,9; 70,24.

[5] Secuencia *Veni, Sancte Spiritus.*

hacia el suave amor de tu bondad mucho más de lo que podría corregir la pena de tu severidad que bien merecida la tenía. No recuerdo que haya tenido tal gozo en otros días fuera de aquellos en los que me convidabas a los deleites de tu regia mesa, y no me consta claramente si esto venía de tu sabia providencia o a consecuencia de mi advertida negligencia.

3. GOZOSA INHABITACIÓN DEL SEÑOR

1. Igualmente tú no me dejabas actuar sola y eras tú el que estimulabas mi espíritu en ese día, entre Pascua y la Ascensión, en el que antes de Prima entré en el jardín y sentándome junto la piscina, consideraba la frescura de aquel lugar deleitoso para mí: por la limpieza del agua que corría, la frondosidad de los árboles circundantes, el revolotear de las aves y especialmente la libertad de las palomas, pero sobre todo, el sereno descanso de un retiro solitario. Pensaba en mi interior qué más podría desear para que las delicias de aquel lugar fueran totalmente perfectas y procuré pensar en algún familiar, amante, inteligente y afable amigo que viniera a consolar mis soledades. Entonces tú, mi Dios, creador de las delicias sin precio y que, me parece, atendiéndome con tu favor habías dirigido el comienzo de esta meditación, atrajiste asimismo hacia ti el fin de ella, que hiciste entender que si, igual que las aguas, volviese a ti el torrente de gracias recibidas de ti, con el debido agradecimiento; si, semejante a los árboles, creciese en el ejercicio de las virtudes, y me cubrieses de obras buenas como las hojas y flores; si, semejante a la paloma, menospreciase todo lo terreno, me elevase en un vuelo hacia las realidades celestes, y, cerrando los sentidos a los tumultos extraños de fuera, me ocupase solamente de ti, entonces nada faltaría a la agradable morada que tú ofrecerías a mi corazón.

2. Estando ocupado mi pensamiento en estas cosas, durante ese día, al atardecer, antes de acostarme, orando de rodillas, me vino a la memoria este pasaje del Evangelio: «*Si alguno me ama, mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada*» (Jn 14,23). Inmediatamente mi corazón de barro sintió tu venida y tu presencia. ¡Ojalá mil veces que pudiera pasar por mi cabeza todo el mar convertido en sangre (Éx 7,17) para que así inundada esta cloaca de extrema bajeza, que tú dispusiste para habitar en ella, quedase limpia!

O también, que mi corazón, sacado del cuerpo por una hora, fuese sometido fibra por fibra al fuego del carbón ardiente, y que, purificado de su escoria (Is 1,25), lo pudiera ofrecer a ti como morada, si no digna de ti, al menos no tan indigna. Porque tú, Dios mío, desde aquella hora te mostraste a mí, unas veces afable y otras severo, como era conveniente, o para enmendarme o para reparar las negligencias de mi vida, aunque, según creo, si la diligentísima corrección a la que alguna vez llegué, al menos por un solo instante, durara todo el tiempo de mi vida, de ningún modo podría acarrearme, como merecida, una manifestación tuya, ni aun de las más severas que alguna que otra vez experimenté, tras tan múltiples crímenes, y, desagradecidamente, tras graves pecados; porque tu demasiada suavidad me da a entender muchas veces que estás antes turbado que airado por mis faltas, manifestando, a mi parecer, haber tenido mayor virtud de paciencia en soportar tan disimuladamente tantas imperfecciones mías que en el tiempo de tu vida mortal manifestaste soportando a Judas, tu traidor.

3. En efecto, entre las distracciones de mi pensamiento y tantos alicientes inconsistentes, cuando, después de horas, ¡ay de mí!, de días, y lo que temo, ¡oh dolor!, de semanas, volviendo a mi corazón siempre lo encontré el mismo, de modo que no puedo dudar que te hayas ausentado, desde aquel momento hasta ahora, en que ha pasado ya el año noveno, salvo los once días anteriores a la fiesta de S. Juan Bautista, lo que sucedió el jueves, según pienso, por una conversación mundana, y duró hasta el lunes en cuyo día fue la vigilia de San Juan Bautista en la misa que comienza: *No temas, Zacarías.* Tu dulce humildad y admirable bondad de tu maravillosa caridad, viéndome tan insensata que no acababa yo de ver que había perdido tal tesoro, sin acordarme de haber perdido tal tesoro, sin acordarme de haberme afligido por ello, ni de tener el menor deseo por recobrarlo; de lo cual me extraña ahora qué locura había dominado mi alma, a no ser que lo permitiera para experimentar lo que dice San Bernardo: «Nos sigues cuando huimos. Te volvemos la espalda y corres a ponerte delante; suplicas, pero eres despreciado; ninguna confusión, ningún menosprecio te puede apartar de que sin cesar uses de tales medios que con ellos puedas atraer a aquella alegría que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha podido concebir el corazón humano». Y así

como al principio, sin yo merecerlo, me recreaste, después, siendo más grave el recaer que el caer por primera vez, sin mérito de mi parte, tuviste por bien devolverme la alegría de tu saludable presencia, que dura hasta este momento. Por lo cual será para ti la alabanza y la acción de gracias que procediendo suavemente del amor inmerecido y que, inaccesible a la inteligencia creada, refluye en ti mismo.

4. Por eso, para conservar en mí tan gran don, te ofrezco aquella misma excelentísima oración, cuyo intenso dolor, testificado por el sudor de tu sangre en la angustia extrema de tu parte, hizo tan recogida, y cuya inocencia y candor tan puro hizo tan devota y cuyo amor ardiente de tu divinidad hizo tan eficaz, a fin de que por la virtud de esta perfectísima oración consumes nuestra unión total, y desde lo más íntimo del ser me atraigas hacia ti, para que siempre y cuando fuere útil ocuparme en asuntos exteriores, no haya más que ofrecerme a ellos como de prestado y después de perfectamente terminados para gloria tuya, inmediatamente vuelva del todo a ti en mi interior; del mismo modo que un gran caudal de agua se precipita en las honduras, una vez quitados los obstáculos que la detenían, y me encuentres, por lo demás, tan devota, como yo te encuentro siempre presente en mí y me lleves por este medio a tanta perfección cuanta tu justicia jamás pudo permitir a tu misericordia conducir a un alma oprimida por el peso de la carne y que te ha resistido absolutamente; para que al exhalar mi último suspiro entre tus apretados abrazos y beso poderoso y eficaz, se halle sin dilación mi alma allí donde tú mismo, sin moverte, sin dividirte, vives y reinas en la floreciente eternidad, con el Padre y el Espíritu Santo, y eres Dios verdadero en la plenitud de los siglos sin fin.

4. IMPRESIÓN DE LAS LLAGAS DEL SEÑOR

1. En los primeros tiempos de todo esto, en el invierno del primer año, según creo, o en el segundo encontré en un libro una breve oración redactada de esta forma: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, concédeme anhelarte con todo mi corazón con un total deseo y un alma sedienta; concédeme respirar en ti, como en el aire más dulce y más suave, y te desee, a ti que eres la verdadera felicidad, con todo mi espíritu y todas mis entrañas. Señor misericordiosísimo, con tu preciosa sangre, inscribe tus heridas en mi corazón, pon en ellas tu dolor y al mismo tiempo tu amor y permanezca en lo íntimo de mi corazón el recuerdo de tus llagas, a fin de que se excite en mí el dolor de tu compasión y se encienda en mí el ardor de tu amor. Dame también que toda criatura sea nada para mí y sólo tú seas dulce para mi corazón».

2. Me agradó mucho esta oración y procuraba repetirla permanentemente con creciente fervor, y tú que no desprecias los deseos de los humildes, estabas presente para concederme lo que en esa oración se pedía. Pues poco tiempo después, en el mismo invierno, después de vísperas, durante la colación, yo estaba sentada junto a una persona a la que, en cierta medida, había revelado algo de mi vida espiritual; advierto aquí de paso, para bien del lector, que muchas veces sentí aumentado el fervor de la devoción con ocasión de haber descubierto algo semejante. No sé claramente si en esto me guiaba, Señor Dios, tu Espíritu, o un sentimiento meramente humano; aunque he sabido de personas versadas en esta materia que tales interioridades se revelan más perfectamente a aquel que es tenido por superior, no sólo por cariño de amistad familiar, sino por la reverencia a su cargo; no sabiendo a qué atenerme en esto lo encomiendo a ti, fidelísimo proveedor mío, con cuyo espíritu, que es más dulce que la miel, se sustenta todo el poder de los cielos (Sal 32,6-9). Si esto provenía de un afecto humano, es más conveniente que me hunda en un abismo de gratitud, cuanto que más dignamente tú, oh Dios mío, has querido unir el barro de mi vileza con el oro de tu infinita grandeza, para que de este modo, al menos, las piedras preciosas de tus gracias se incrusten en mí.

3. En la hora predicha, repasando con devoción en mi memoria estas cosas, sentí que, en lo más hondo de mi indignidad, yo recibía todo lo que en dicha oración había pedido, esto es, que en lo interior de mi corazón y, por así decirlo, en los lugares determinados, se imprimían los estigmas, dignos de respeto y de adoración, de tus santas llagas, llagas por las cuales tú has sanado mi alma y la has embriagado con el néctar de tu amor. Pero a pesar de esto, no halló mi indignidad agotado el abismo de tu misericordia que no recibiera del caudal de tu libérrima generosidad aquel don digno de eterno recuerdo y fue que cuantas veces al día pretendiese venerar en espíritu las señales de esta amorosa impresión, rezando los cinco primeros versos del salmo *Bendice alma mía*

al Señor (Sal 102), nunca pudiera quejarse de haber sido defraudada de algún especial beneficio.

4. Se me ha concedido, en efecto, al primer verso: *Bendice alma mía,* poner en las llagas de tus sagrados pies toda la escoria de mis pecados y vilezas de los placeres del mundo; en el segundo verso: *Bendice y no olvides,* lavar en esa fuente adorable, de donde brotó para mí la sangre y el agua, toda clase de satisfacción carnal y caduca. Por el verso tercero: *que se te perdone,* ir, por la paz de mi alma, como la paloma a tu roca, y hacer mi nido en la llaga de tu mano izquierda y allí reposar; en fin, por el cuarto verso: *que libra tu vida de la muerte,* acceder a tu mano derecha y hacerme con todas las cosas que faltan para la perfección de las virtudes, depositadas allí abundantemente para mí, y, adornada así decorosamente con ellas, merezca por el quinto verso: *que satisface tus deseos,* verme purgada de la infamia de los pecados y recibir lo que falta a mis méritos para poder, no obstante mi indignidad, gozar en tus castos abrazos de tu presencia infinitamente deseable y dulce.

5. Confieso que al mismo tiempo me fue concedido lo que se pedía en la oración, esto es, leer en tus llagas a la vez tu dolor y tu amor. Mas ¡ay de mí!, que fue por poco tiempo, aunque no te culpo por haberme quitado este regalo, sino que me quejo de haberlo perdido por mi propia ingratitud y negligencia. Sin embargo, como cerrando los ojos, tu inmensa misericordia y copiosa piedad me conservan hasta ahora, sin méritos de mi parte, antes al contrario, siendo yo indigna de tan gran favor, el primer y principal don que fue la impresión de las llagas, por todo lo cual te sean dados el honor, el imperio, la alabanza y el gozo por los siglos eternos.

5. HERIDA DE AMOR

1. Siete años más tarde, antes del adviento, según tú lo habías dispuesto, autor de todo bien, habría obligado a una persona que cada vez, ante la imagen del crucificado, dijese por mí esta oración: «Por tu Corazón herido, traspasado, amantísimo Señor, traspase el corazón de ésta con los dardos de tu amor, de modo que no pueda tener en sí nada terreno, sino que sea poseído por la sola eficacia de tu divinidad». Movido el Señor por esta oración, según

confío, durante la misa del domingo en que se canta *Gaudete in Domino* (alegraos en el Señor), cuando con el permiso de tu excesiva misericordia, anegada por la inmensa sobreabundancia de tu bondad, me acercaba a la comunión de tu cuerpo y de tu sangre, infundiste en mí un deseo que me hizo pronunciar estas palabras: «Señor, yo confieso que por mi propio mérito no soy digna (Mt 8,8) de recibir de ti el don más pequeño, sin embargo, por los méritos y los deseos de los que están aquí congregados, suplico a tu ternura traspasar mi corazón con el dardo de tu amor». Inmediatamente sentí que la fuerza de estas palabras había conmovido tu corazón divino, tanto por una gracia interior, cuanto por un signo evidente en una imagen de tu crucifixión.

2. En efecto, después de haber recibido el sacramento de la vida, fui a mi lugar en el coro y me parecía ver que salía del lado derecho del crucifijo pintado en una hoja, esto es, de la llaga del costado, como un rayo de sol, agudo a la manera de dardo, que, al parecer, estando extendido se encogía y luego se estiraba, y así durante buen rato, lo cual excitó tiernamente mi amor, pero no quedé plenamente satisfecha hasta el miércoles, cuando, después de la misa, se recuerda a los fieles el beneficio que nos mostraste en tu adorable Encarnación y Anunciación [6], en cuyo misterio entendí también yo, aunque menos devotamente de lo que debiera, y he aquí que tú estabas presente y como de improviso abrías una herida en mi corazón con estas palabras: «Se acomodan aquí todas las disposiciones de tu corazón, esto es, todo deleite, esperanza, gozo, dolor, temor, y todos tus sentimientos de fijan en mi amor».

3. Inmediatamente recordé que había oído decir muchas veces que es necesario lavar, limpiar y vendar las heridas. Pero cómo hacerlo no sólo me lo enseñaste, sino que me lo diste a conocer por otra persona [7], que sin duda es más constante y delicada que yo para tu gloria y acostumbrada a oír interiormente las inspiraciones de tu amor. Ella me aconsejó, efectivamente, a meditar con una piedad constante el amor de tu corazón crucificado, a fin de que yo pudiera coger agua, para lavar toda culpa, de la fuente de la caridad que hizo brotar el fervor de tan inefable amor y que del licor de la piedad producida por la dulzura de amor tan inestimable, obtuviera el agradecimiento de la unción del Espíritu Santo

[6] Misa del 20 de diciembre en la Liturgia renovada del Concilio Vaticano II.

[7] La persona a quien se refiere se cree que es Santa Matilde, su maestra.

contra toda adversidad y que, de la eficacia de la caridad producida por el fervor y fuerza de amor tan incomprensible, procurase tener por venda o atadura la justificación, para que este camino dirigiese hacia ti, por la fortaleza de tu amor, todos mis pensamientos, palabras y obras y así me uniese contigo con lazos indisolubles.

4. Allí donde mi malicia y mi perversidad han corrompido esta devoción, sólo puede suplir el poder del Amor que reside en la plenitud (Col 1,19), en el que sentado a tu derecha (Col 3,1) se hace huesos de mis huesos y carne de mi carne (Gén 2,23). Por esto tú nos das, en la virtud del Espíritu Santo, poder actuar con dignos sentimientos de compasión, con humildad y reverencia; por él yo te ofrezco la queja y sentimiento de mis muchísimas miserias e infidelidades contra tu bondad de nobleza tan divina, a la que ofendí de muchos modos con pensamientos, palabras y obras, y especialmente de que he usado estos dones tuyos de un modo tan infiel, negligente y con muy poca reverencia, pues, aunque a mí, indignísima, me hubieras dado un hilo de estopa, habría de mirarlo, con razón, muy respetuosamente.

5. ¡Dios mío!, tú conoces mis secretos (Dan 13,42) y sabes ser ésta la causa que tan fuera de mi voluntad, o mejor, contra ella, me obliga a escribir estas cosas, porque me considero haber desaprovechado totalmente tus gracias, que en modo alguno quiero creer que fueran dadas únicamente para mí, porque es certísimo que tu sabiduría eterna no puede ser engañada por nadie. Por esto, ¡oh Dispensador de todos los bienes [8] que tan gratuitamente y sin méritos míos me los otorgaste!, concede también a los que esto leyeran que su corazón, si es amigo tuyo, se compadezca de ti, viendo que por el celo de las almas has dejado tan regia y preciosa perla tantas horas en el barro de la hediondez de mi corazón; alabándote y rogándote ensalce tu misericordia, diciendo con sentimiento del corazón y palabras de su boca: *A ti, Dios Padre... De quien todo procede... Con razón te alaban... A ti, oh Dios... Bendición y gloria...* para que así, de alguna manera al menos se supla mi defecto [9].

[8] Secuencia *Veni, Sancte Spiritus.*

[9] La Santa torna esas palabras de las antífonas del oficio de la Santísima Trinidad, cuyo texto completo es como sigue: «A ti, oh Dios Padre que no fuiste engendrado, a ti Hijo Unigénito, a ti Espíritu Santo Defensor, Santa e indefinible Trinidad, con todo nuestro corazón y con la boca te confesamos, celebramos y bendecimos. A ti sea dada la gloria por todos los siglos. Gloria sempiterna sea dada a aquel de quien salió todo y en quien están todas las cosas. A ti se dé el honor y el imperio, la acción de la gracia, el poder y la fortaleza por los siglos de los siglos. Amén». En los manuscritos se lee: «aquí dejó de escribir hasta octubre».

6. VISITA DEL SEÑOR EN LA FIESTA DE NAVIDAD

1. ¡Oh Altura inaccesible (Rom 11,13) de la majestad admirable! ¡Oh profundo abismo de la Sabiduría inescrutable! ¡Oh inmensa anchura de la caridad deseable! ¡Cuán poderosamente han crecido los nectáreos torrentes de tu meliflua divinidad para rebosar y derramarse tan abundantemente en mí, gusanillo de gran vileza, que me deslizo en el barro de mis negligencias y defectos! Y he aquí que en el destierro de esta peregrinación terrena me han sido dados la posibilidad y el gozo de gustar, en la medida de mis fuerzas, las promesas de estas deliciosas alegrías supremas y de estas suavidades llenas de dulzura en donde el alma, unida a Dios, viene a ser un mismo espíritu con Él (1 Cor 6,17), y esta sobreabundante felicidad tan copiosamente difundida me hace atreverme a mí, polvillo desechado, para lamer algunas gotitas de esta manera.

2. En la noche secretísima, en la que los cielos destilaron por todo el mundo el dulce rocío de tu divinidad [10], el vellocino de mi alma humedecido en la era de la caridad (Jue 6,39) pretendió, meditando, presentarse y con devoción prestar algún servicio a aquel parto más que celestial en el que, como la estrella produce el rayo [11], la Virgen dio a luz a un Hijo, Dios y hombre verdadero [12], y conocí, como en una rápida y momentánea visión, que lo presentaban a mi alma y que ella recibía en el lugar en donde se encuentra el corazón un Niño tierno recién nacido, en el que está encerrado verdaderamente el don de la suma perfección y verdaderamente don óptimo (Sant 1,17). Mientras lo tenía en mi alma, repentinamente pareció que se mudaba en el mismo color que Él tenía, si se puede llamar color lo que no puede compararse con ninguna figura visible. Entonces mi alma entendió inefablemente el sentido de estas palabras llenas de dulzura: «Dios será todo en todo» (1 Cor 15,28), pues sentía tener en lo más íntimo de su interior a su Amado y se alegraba de que no le faltaba la presencia amorosa de su Esposo tan afable y bondadoso. De aquí le vino

[10] 2.º Responsorio de Navidad.

[11] Secuencia *Laetabundus.*

[12] Misa *Beatae Mariae Virginis,* Adviento.

beber con sed insaciable las palabras que eran como una copa de miel presentada por el Señor: «como yo soy la figura de la sustancia de Dios Padre (Heb 1,3), por la naturaleza divina, también tú serás la figura de mi misma sustancia por tu naturaleza humana recibiendo en tu alma deificada los rayos de mi divinidad, como el aire los del sol; para que penetrada hasta la médula por su acción, seas capaz de una mayor unión conmigo».

3. ¡Oh nobilísimo bálsamo de la divinidad que extiendes a todas partes los raudales de la caridad, que reverdeciendo y floreciendo en la eternidad, al fin de los tiempos te difundes por todas partes! ¡Oh verdadero poder invencible de su Diestra excelsa, pues un vaso tan frágil, y por mi culpa destinado a la ignominia, recogió y conservó en sí tan delicioso licor! ¡Oh testimonio verdaderamente calificado de la abundancia de la misericordia divina, pues no se apartó de mí que andaba tan perdida por las sendas de mis vicios, sino que me dio a gustar la suavidad de aquella feliz unión en la medida de mi capacidad!

7. UNIÓN DEL ALMA CON DIOS

1. Más tarde, en la fiesta de la sacrosanta Purificación, estando en la cama después de una grave enfermedad, por la mañana, en el amanecer, lloraba tristemente por tener que estar retenida a causa de mi enfermedad y verme privada de la visita del Señor que con frecuencia me solía favorecer en día semejante. La que es Mediadora entre el Mediador y los hombres (1 Tim 2,5) me consoló con estas palabras: «Así como no te acuerdas haber soportado más intenso dolor en el curso de tus enfermedades como éste, has de saber que jamás has recibido de mi Hijo don más noble que el que ahora recibirás, dando la enfermedad que has padecido fuerza a tu espíritu para recibirlo con mayor dignidad». Estas palabras me aliviaron y, aproximándose la hora de la procesión, meditando sobre Dios y yo misma, después de haber recibido el alimento de la vida, reconocí que mi alma se parecía a la cera (Sal 21,15) convenientemente ablandada por el calor del fuego, estaba ante el pecho del Señor como para imprimir en ella su sello; y, de repente, pareció que la envolvía y que en gran parte estaba dentro del mismo relicario en el que corporalmente habita toda la plenitud de la divinidad, marcada con el sello de la resplandeciente y toda serena Trinidad (Col 2,9).

2. ¡Oh Dios mío, carbón devastador (Sal 119,4) que encierras, difundes e imprimes vivo ardor, que prendiste sin poder ser apagado en la humedad de mi alma deleznable, secando primeramente en ella el agua de los delitos mundanos y ablandaste la dureza de mi propia voluntad, en la que durante tanto tiempo se había petrificado! ¡Oh verdadero fuego (Dt 4,24; Heb 12,29) consumidor, que de tal modo manifiestas tu fuerza y tu actividad contra los vicios que vales también como suave unción para el alma! En ti, y en nadie más, recibimos el poder de hacernos imagen y semejanza de nuestro origen (Hch 3,12). ¡Oh poderoso horno encendido (Dan 3), contemplado en la feliz visión de la paz verdadera [13] y cuya acción transforma las escorias (Is 1,25) en oro purísimo y precioso, cuando el alma fatigada aspira, en fin, con todas sus ansias a adherirse a todo lo que viene de ti, Verdad absoluta!

8. UNIÓN MÁS ÍNTIMA

1. Después de esto, en el domingo en que se canta *Ven aprisa a librarme* [14], durante la Misa has invitado a mi espíritu y ensanchado mi deseo hacia dones más magníficos que has decidido otorgarme, especialmente en los dos textos cuya eficacia total ha presentido mi alma, esto es, el verso del primer responsorio *Te bendeciré con toda clase de bendiciones* y el verso del responsorio noveno *te daré a ti y tu posteridad estas tierras...*, tocando en ese momento con tu venerable mano tu beatísimo pecho me mostraste qué tierras eran las que me prometía tu inagotable generosidad.

2. ¡Oh tierra santa y santificadora, desbordante de santidad, campo de delicias (Gén 2,15), del que el más reducido polvillo podría ser suficiente para satisfacer el deseo de la totalidad de los elegidos en todo lo que el corazón humano puede imaginar de atractivo, amable, deleitable, agradable y suave! Mientras atendía a lo que debía atender, si no como debería hacerlo, al menos como pude, he aquí que apareció la benignidad y la humanidad de

[13] Himno de la Dedicación de una iglesia.

[14] Canto de entrada de la misa del Domingo VI del Tiempo Ordinario en la liturgia renovada del Concilio Vaticano II.

nuestro Dios y Salvador no en razón de un mérito que hubiera adquirido, indigna de mí, sino por efecto de una inefable misericordia (Tit 3,5) que realizaba la adopción generadora que me fortifica y me habilita, no obstante mi extrema bajeza e indignidad, a esta unión íntima sobrenatural y estimadísima, objeto junto de estupor y de respeto, de veneración y de adoración.

3. Mas, ¿qué méritos míos, oh mi Dios, y qué razón pudo mover tu entendimiento a obrar en mí un don tan estimable? [15]. Es menester que el amor, olvidándose de su honor, mas dispuesto a honrar [16], sí, el amor impetuoso, que no atiende a juicio y escapa a todo razonamiento, a ti, oh Dios mío, infinitamente dulce, como ebrio, si así puedo hablar, hasta perder el sentido, te enloqueció para unir cosas tan diferentes, o hablando más apropiadamente, la infinita y connatural suavidad de tu benignidad, tocada en lo interior con la dulzura de la caridad, por la que no sólo eres amante, sino el mismo Amor (1 Jn 4,16), cuyo cauce natural has dirigido para la salvación del género humano, te decidió a sacarme de lo más hondo de mi miseria, a mí vilísimo vástago de la raza humana, necesitado y pobre de dones naturales y gratuitos y digno de ser despreciado por su misma vida y conducta y hacerla participar de la grandeza de tu majestad, o mejor, de tu divinidad, a fin de fortificar, por este ejemplo, la confianza de toda alma aquí abajo. Mi esperanza y mi deseo son que así suceda para todo cristiano y deseo grandemente que ninguno se encuentre inferior a mí en depravar y deshonrar los dones de Dios y en escandalizar a los prójimos.

4. Mas como las realidades divinas, invisibles, se pueden manifestar a la inteligencia humana por medio de las cosas creadas (Rom 1,20), apareció el Señor en aquella parte de su bendito pecho en el que el día de la Purificación dio entrada a mi alma en semejanza de cera cuidadosamente ablandada, apareció, digo, como mojado con gotas de sudor que con gran ímpetu brotaban, como si la sustancia de la cera referida, por el demasiado calor oculto, fuese deshecha en aquel líquido. Estas especies de gotas atraía dentro de sí aquel divino sagrario, con virtud maravillosa e inefable y que ni aun se puede imaginar, para que de todo punto se supiese qué poderosa fuerza tuvo allí el amor inmenso donde aparecía tal, tan grande y tan impenetrable secreto.

[15] San Bernardo, *In Cant.* 64,10 (Madrid 1987; BAC 491), p.807.
[16] Ibid., 9,2 (Madrid 1987; BAC 491), p.151.

5. Oh solsticio eterno, morada segura, lugar deleitoso, paraíso de delicias (Gén 2,15), bañado por ríos de inestimables caudales de agua, floresta de primavera que estás convidando con todo género de frescura, tu regalas con suaves músicas espirituales y recreas suavemente con dulce melodía, reanimados por los efluvios de exquisitos perfumes, embriagados por la dulzura meliflua de sabores interiores, y transformas por las caricias de tus abrazos. ¡Oh tres y cuatro veces dichoso y bienaventurado y diré aún cien veces santo aquel que, guiado por la moción de tu gracia, sus manos inocentes, su cuerpo puro (Ap 22,1) y los labios limpios, ha merecido acercarse a este lugar! ¡Oh, cómo decir qué ve, qué entiende, qué respira, qué gusta y qué siente! Pero ¿qué intenta balbucir mi trabada lengua? Porque por el favor de la benevolencia divina, yo fui admitida, cubierta, sin embargo, toda de callos envejecidos de mis propios vicios y negligencias, y como envuelta por todas partes con grueso cuero, ninguna cosa semejante podría entender; siendo así que, aunque se juntasen todo el poder angélico y humano para llegar a una ciencia aventajada, no bastaría para formar ni una sola palabra con la cual dignamente se manifieste, en lo más mínimo, la sublimidad de tan gran perfección.

9. INSEPARABLE UNIÓN DEL ALMA CON DIOS

1. Poco tiempo después, hacia la mitad de la Cuaresma, estando yo en el lecho por una grave enfermedad, una mañana en que estaba sola, y cada una en sus ocupaciones, el Señor, que no quiere abandonar a los que están privados del auxilio humano, se me presentó, verificando el dicho profético: *«Yo estoy con él en su tribulación»* (Sal 90,15). Mostraba jubilosamente, de mi lado izquierdo, como de lo más profundo de su Corazón un arroyo que tenía la pureza y la solidez del cristal (Ap 22,1), que se extendía y cubría su pecho adorable como si fuera un collar dorado y rosáceo entremezclado alternativamente con gran variedad. Al mismo tiempo, el Señor me dijo: «La enfermedad que tú padeces actualmente ha santificado tu alma de modo que cada vez que por mí condesciendes con otros en pensamientos, palabras y obras, no te alejarás de mí más de lo que se te ha mostrado en ese arroyo, y así como ese color dorado y rosado resplandece con pureza cristalina, del mismo modo la cooperación áurea de mi divinidad

y la perfección de la paciencia de mi rosada humanidad harán que por la pureza de intención me complazcan todas tus obras».

2. ¡Oh dignidad de este infinito polvillo que aquella piedra preciosa, entre todas las celestiales noblezas, ha tomado del fango para sobreponerlo conmigo! ¡Oh bienaventuranza de un alma feliz y bendita a quien el Dios de la majestad se ha dignado conceder tanta estima, pues no sólo manifiesta su omnipotencia al crearle sino que también le dio el alma, alma decorada con su imagen y semejanza, sin embargo tan distante de él cuanto lo es la creatura de su Creador! Y por tanto, mil veces bienaventurada ésta a quien se le ha concedido permanecer en este estado, al cual, ¡ay de mí!, temo que jamás he llegado; pero deseo vivamente que la clemencia divina me conceda una gracia si quiere, por los méritos de aquellos a quienes conservó por tanto tiempo, según me parece, en condición tan dichosa.

3. *¡Oh don sobre todo don!* (Flp 2,9) como es hartarse abundantemente en el cofre de los perfumes de la divinidad y embriagarse hasta no más en aquella deleitosa bodega con el vino de la caridad, y no sólo embriagarse, sino también hundirse de tal modo que ni siquiera puede mover el pie por poco que sea hacia donde se cree disminuiría la vivencia de tal fragancia. Y además de esto, por donde quiera que vaya, con la guía de la caridad, lleva los efectos de bebida tan abundante que puede distribuir el suave ámbar de la gran dulzura de la divina opulencia. Señor Dios, estoy completamente segura que puedes conceder este don a tus elegidos por tu omnipotencia (Sab 3,9). No dudando lo más mínimo de que también por tu amorosa benignidad me lo quieres otorgar a mí. ¿Pero cómo se realizará esto, viendo mi indignidad? No acierto a descifrarlo pues soy incapaz de penetrar en el secreto insondable de tu sabiduría. Por eso, glorifico y exalto la Sabiduría y la Bondad de tu omnipotencia. Alabo y adoro tu omnipotente y benigna Sabiduría. Bendigo y doy gracias a tu omnipotente y sabia benignidad, Dios mío, pues todas las gracias que se me han dado por tu inestimable generosidad, siempre las recibí en una medida superior a mis méritos.

10. INFLUJO DIVINO

1. Me parece tan poco conveniente escribir todas estas cosas, que en modo alguno podía hacerlo guiada sólo por mi conciencia. Así lo fui aplazando hasta la Exaltación de la Sta. Cruz (14 de sept.) y en ese día, durante la Misa, decidí dedicarme a otras ocupaciones. Pero el Señor redujo mi entendimiento con estas palabras: «Has de saber que no saldrás de la prisión de la carne hasta que hayas pagado el último óbolo que aún retienes». Y pensando que había restituido todos los dones en provecho de otras, si no por escrito, al menos por palabras, el Señor me objetó con las palabras que aquella misma noche había oído leer en Maitines: «Si el Señor hubiera dado a conocer su doctrina tan sólo a los presentes, sólo hubiera habido palabras y no escritos, pero ahora las Escrituras están destinadas para la salvación de muchos». Y añadió: «En estos últimos tiempos en que dispongo hacer bien a muchos, quiero tener en tus escritos el testimonio evidente de mi divina clemencia».

2. Entonces, entristecida, me puse a considerar la dificultad que tenía en ello, por no decir la imposibilidad de encontrar expresión y palabras que puedan hacer comprender, de un modo humano y sin escándalo, todo lo que me había dicho. El Señor, para remediar enérgicamente mi pusilanimidad, pareció descender sobre mi alma como una lluvia copiosa por cuya impetuosidad, yo, vil criatura abatida como una planta tierna de pocos días, nada pude absorber para provecho mío, salvo unas expresiones especialmente importantes, que mi espíritu solo no habría podido encontrar jamás. De ahí que, más abatida aún, pregunté qué podía sucederme con tales expresiones. Tu ternura bondadosa, oh Dios mío, con tu dulzura acostumbrada, aligeró el peso y confortó mi alma con estas palabras: «Puesto que crees que no puedes obtener provecho alguno de este aguacero desbordante, te pondré sobre mi Sagrado Corazón para descender sobre ti blanda y suavemente repetidas veces, conforme a la medida de tu capacidad».

3. Señor Dios, confieso que has realizado completamente lo que has prometido. Durante cuatro días, cada mañana, a la hora más conveniente, me has inspirado parte de las palabras referidas, de modo tan claro y suave, que sin trabajo alguno podía escribir lo inspirado, como si desde mucho tiempo lo hubiese tenido en la memoria; sin embargo, con tal moderación que habiendo escrito una parte suficiente, no podía con el esfuerzo de todas mis facultades descubrir una sola palabra de lo que al día siguiente, de modo tan abundante y fácil, podía hacerlo; por lo cual tú disciplinabas y moderabas en cierto modo mi impetuosidad, pues enseña la Escritura (Lc 10,41): *«Nadie se ha de entregar tanto a la vida activa, que descuide la contemplativa»*. De este modo, en el celo incesante

de mi salvación, mientras me dabas tiempo para gozar de los alegres abrazos de Raquel, no me dejabas carecer de la gloriosa fecundidad de Lía. Tu sabio amor se digne que pueda cumplir con ambos para tu satisfacción.

11. TENTACIÓN ATREVIDA

1. ¡De qué manera, en todo este tiempo, me has hecho gustar de tu presencia saludable! ¡De qué inmensa bendición de dulzura (Sal 20,4) has prevenido, sin cesar, mi pequeñez, especialmente durante los tres primeros años, y más especialmente aún cuando me has concedido recibir tu Cuerpo y tu Sangre! Me resulta imposible pagar uno por mil (Job 9,3), por eso confío esta deuda al eterno, inmenso e inconmutable agradecimiento por el que, oh resplandeciente y serena Trinidad, te recibe de ti, por ti y en ti, plenamente lo que te es debido, y participando, como ínfimo polvillo, gracias al que se sienta junto a ti y tiene mi naturaleza [17], yo te ofrezco todas las acciones de gracias que has hecho posible por él, en el Espíritu Santo, por todos tus beneficios [18], entre los que hay que contar especialmente esta circunstancia en que tú has hecho comprender tan claramente a mi insensatez para que viese de qué modo yo corrompía la pureza de tus dones.

2. Pues una vez en que participaba en una misa en la que debía comulgar y sentía que estabas presente con maravillosa condescendencia, usaste para instrucción mía esta semejanza: Me pareció que, como hombre sediento, me pedías de beber (Jn 4,7); y yo me quejaba por no tener agua y que ni siquiera podía sacar una gota, y me pareció que me dabas un cáliz de oro; al momento de recibirlo, se enterneció de modo muy suave mi corazón y brotó con ímpetu fervorosas lágrimas. Sin embargo, apareció a mi izquierda un ser despreciable, que me ponía en la mano una cosa amarga y envenenada; me forzaba con gran ímpetu para que la echase en el cáliz y envenenase el vino y al momento sentí un movimiento fuerte de vanagloria, con la cual se daba a entender con qué astucia el antiguo enemigo nos ataca, teniendo envidia de tus dones.

[17] Misal Romano: *Communicantes* de la Asunción.
[18] Oraciones para después de la comida.

3. Pero ¡gracias sean dadas a tu fidelidad, oh Dios, gracias sean dadas a tu protección, verdadera y una Deidad que no permites que seamos tentados sobre nuestras fuerzas! Si a veces para ejercitar nuestro progreso espiritual permites a nuestro enemigo la libertad de tentarnos, desde que tú nos ves confiar en tu auxilio, tú haces tuyo este combate contra nosotros y muestras tal munificencia que, guardando para ti la lucha, nos das la victoria, si nos adherimos a ti con toda nuestra voluntad. Entre todos estos dones, para que aumenten nuestros méritos, vuestra gracia nos conserva el insigne privilegio de nuestro libre albedrío; mas como nada permites al enemigo, así tú mismo en modo alguno quieres quitárnoslo.

4. En otra ocasión y con otra imagen o semejanza me enseñaste que cuanto más fácilmente consiente uno a las sugestiones del enemigo, tanto más fácil le abrimos el camino; pues la hermosura de tu justicia exige que tú, algunas veces, escondas el poder de tu misericordia en aquellos peligros en que nos puso más de cerca nuestra propia negligencia. Por eso, cuanto más rápida es nuestra resistencia a cualquier mal, tanto mayor es nuestra eficacia, nuestro provecho y felicidad.

12. PACIENCIA DE DIOS CON LOS DEFECTOS HUMANOS

1. Del mismo modo te doy gracias también por otro ejemplo, no menos útil y agradable, por el cual me has hecho comprender con qué benigna paciencia soportas nuestros defectos, a fin de que los corrijamos y nos hagas dichosos.

2. Una tarde, efectivamente, tuve un movimiento de cólera; en la mañana siguiente, antes del alba, como el momento era favorable a la oración, te vi aparecer en figura de un vagabundo, de modo que tu figura manifestaba ser un hombre sin recursos ni fuerzas. Entonces, mi conciencia culpable me reprochó la falta del día anterior, y me puse a reflexionar, con gemidos, sobre la inconveniencia que te había hecho desasosegar a ti, autor de la pureza y de la paz suprema, por los signos de vicios que nos inquietan y, con razón, pensé, más aún, deliberé que sería mejor que te retirases de mi alma y no morases en ella, al menos en el momento en que yo menos parecía resistir al enemigo, cuando me impulsa a

cosas que te son contrarias. A lo cual recibí respuesta de este modo: «¿Cómo es posible consolar a un enfermo que, cuando es llevado a hombros de otros para gozar de los rayos del sol que le son tan buenos, y sobrevino una tempestad, si no es con la esperanza de que vuelva el buen tiempo? Del mismo modo yo, vencido por tu amor, habiendo elegido habitar en ti entre todas las tempestades de vicios que todo lo inundan, miro a la serenidad de tu arrepentimiento y al puerto de tu humildad».

3. Todo esto que, por una generosidad creciente, me ha valido en este encuentro la continuidad de tu gracia, no puede expresarlo mi lengua; concédeme, por tanto, que el afecto de mi corazón progrese y que desde el fondo de esta humillación —que no es más, con toda verdad, que un rasgo de tu bondad que me pone en este estado— yo aprenda a tener como expresión efectiva de mi gratitud este movimiento afectivo de mi corazón hacia tu ternura.

13. GUARDA DE LAS PASIONES

1. Doy gracias, Dios de toda bondad, a tu ternura de que por otro medio despertases mi pereza y, aunque lo comenzaste por tercera persona, por ti, no menos misericordiosa que gratuitamente, lo terminaste. Esta persona, habiéndome expuesto que, según el Evangelio, en tu nacimiento en la tierra los primeros que te encontraron fueron los pastores, añadió este consejo, por ti inspirado: que si yo quería en verdad encontrarte, debía tener cuidado de mis sentidos, como los pastores de su rebaño (Lc 2,8 y 16). Acepté este consejo, no muy de mi agrado, por no considerarlo adecuado para mí, ya que sabía con seguridad que estabas prendado de mi alma, para servirte de otro modo como lo hace el pastor asalariado a su dueño. Y, reflexionando en mi interior desde la mañana hasta la noche con abatimiento de espíritu, después que me hube retirado, al terminar las Completas, al lugar de la oración, alegraste mi tristeza con esta sugestión: La esposa que se ocupa de alimentar los amores de su esposo, no por eso pierde todos sus regalos; por eso entendí que si yo trabajare por tu causa en la guarda de mis pasiones y mis sentidos, no por eso iba a ser menos regalada de la abundancia de tu gracia; como prueba de ello me diste en figura de una vara verde el espíritu de temor, con

el que yo, sin dejar de tener tus caricias, pudiera guiar mis pasos sin peligro por cualquier sitio donde los deseos o pasiones humanas, llevadas a su antojo, suelen extraviarse. Y añadiste que en toda circunstancia en la que me encontrase, si algo intentaba arrastrar en pos de sí cualquiera de mis afectos o pasiones, bien sea por la derecha, como el gozo y la esperanza, bien por la izquierda, como el temor, el dolor o la ira, lo amenazase con la vara de tu temor y luego te sirviese a modo de manjar suculento mediante aquella pasión, cocinada al calor del corazón, por el freno de los sentidos, como tierno corderillo lechal. Pero, ¡ay de mí!, cuántas veces forzándome la malicia y ofreciéndose ocasión por ligereza o por algún movimiento desordenado, en palabras y obras, retiraba lo que antes te había presentado y me parecía como si arrebatándolo de entre tus dientes se lo daba a tu enemigo; parecía que me mirabas con tan benigna serenidad como si, ignorando enteramente tal engaño, pensaras lo hacía por inocente y cariñosa travesura, con lo cual atrajiste con paciencia mi alma a tal dulzura de tierna emoción que dudo pudieras haberme doblegado mejor aterrándome con amenazas al gran deseo de enmendarme en adelante y vivir con vigilancia.

14. CONVENIENCIA DE LA COMPASIÓN

1. Antes de la Cuaresma, el domingo en que se canta la antífona *«Ven aprisa a librarme»* [19] me diste a entender que, atormentado y perseguido por la multitud, por las palabras de esa antífona me pedías la morada de mi corazón para descansar, y lo mismo sentí los tres días siguientes, cada vez que me recogía en mi interior.

15. MÁS GRACIAS

1. Igualmente por la gracia de tu piedad que ilumina mi inteligencia, me revelaste muchas veces cómo el alma, morando en el cuerpo de tan frágil humanidad, se encuentra entenebrecida como lo estaría un hombre que, encerrado en una estrecha habitación, recibiera en sí, de todas partes, de arriba, de abajo y de los lados,

[19] Véase nota 14.

una niebla espesa que aquella habitación despidiera, del mismo modo que una olla hirviendo esparce el vapor. También me enseñaste que, cuando acontece ser afligido el cuerpo con alguna dolencia, recibe el alma de parte del miembro atormentado un aire bañado de luz solar, por donde es maravillosamente clarificada; y cuanto mayor o más grave es el dolor, tanta más claridad da al alma; pero esto sucede más especialmente en la aflicción o ejercicio del corazón en la humildad, paciencia y cosas semejantes: tanto más se ilumina el alma cuanto más de cerca, más fuerte y eficazmente se le toca. Pero sobre todo se hace más serena y fúlgida con las obras de caridad.

2. ¡Gracias te sean dadas, oh amigo de los hombres, por las muchas veces que me has incitado a la paciencia! Pero ¡ay de mí y mil veces ay!, ¡qué floja y raramente consentí contigo!, y más aún, jamás hice cosa como debiera. Tú sabes, Señor, cuánto mi espíritu en prueba de dolor, de confusión y de abatimiento y cuánto desea mi corazón (Sal 38,10) que te repare de alguna manera mi falta. En otra ocasión, estando para comulgar en la misa, me hiciste la merced de darte a mí de modo más generoso que de costumbre; discurría en mi interior qué podía hacer para pagar y corresponder de alguna manera a tan gran dignación y tú, maestro sapientísimo, me propusiste aquello del Apóstol: «Anhelaba ser maldito en favor de mis hermanos» (Rom 9,3). Hasta ese momento yo sabía bien, porque tú me lo habías enseñado, que la sede de mi alma estaba en mi corazón, pero en ese momento me hiciste comprender que también estaba en mi cerebro, lo que después conocí por la Escritura, pero que antes no sabia y me dijiste ser cosa grande si el alma, dejando por tu causa la dulzura del gozo del corazón, vigilaba para regir los sentidos corporales y trabajaba en obras de caridad para la salvación del prójimo.

16. MANIFESTACIONES EN LA NAVIDAD Y PURIFICACIÓN

1. El día de tu sacratísima Navidad, yo te tomé en el portal, tierno niñito envuelto en pañales (Lc 2,8), impreso en mi corazón, con el fin de coger para mí un manojito de mirra de todas las amarguras y necesidades de tu niñez [20] y ponerlo en mi pecho

[20] San Bernardo, *In Cant.* 43,3 (Madrid 1987; BAC 491), p.583.

(Cant 1,12-13) para que, estrujándose el racimo de tu divina suavidad, propinara un regalado licor a mis entrañas. Estimando que no podía recibir mayor regalo que tú mismo, con frecuencia te agrada añadir a un don pasado otro más noble todavía, por lo cual también te dignaste enriquecer aún más en mi favor la abundancia de tu gracia saludable.

2. El año siguiente, en efecto, el mismo día, durante la misa *Dominus dixit* (la de medianoche), te recibí del seno de tu madre virginal bajo la forma de un niñito enteramente tierno y delicado, que guardé un rato sobre mi pecho y me parecía ser ayudada a ello por cierta compasión que mostré con oraciones particulares a un afligido, antes de dicha fiesta. Pero confieso que cuando recibí ese don lo honré, ¡ay de mí!, menos de lo que se merecía, pero ignoro si eso fue por causa de mi negligencia o lo permitió tu justo designio; sin embargo, espero que fuese designio justo tuyo, cooperando tu misericordia que lo había dispuesto así, para que, por una parte, reconociera mi indignidad y por otra temiera mi negligencia al no apartarme por mi pereza de pensamientos vanos. Pero ¿cuál fue la causa? Responde por mí, Señor, mi Dios (Is 38,14; Job 9,15).

De alguna manera puse todo mi empeño y esfuerzo en abrazarte con amorosa ternura y sentí que me aprovechaba poco, hasta que comencé unas oraciones por los pecadores, las almas del purgatorio o afligidas de cualquier modo. Pronto sentí un afecto, especialmente al proponer una tarde que en cualquier memoria mía a favor de las almas, en vez de orar en primer lugar por mis padres con la oración *Deus qui nos parentes...*, en adelante pondría en lugar preferente a tus fieles con la oración *Omnipotens sempiterne Deus, qui nunquam sine spe misericordiae* (omnipotente y sempiterno Dios, a quien jamás se suplica sin esperanza...) y me pareció que esto te era más agradable. Además parecía que te gozabas mucho cuando, poniendo todo mi interés en cantar, dirigía en cada nota mi intención hacia ti, al modo del que cantando lo que no sabe bien, mira al libro con toda diligencia. Pero ¡cuántas veces he tenido negligencia en estas circunstancias y en otras que yo conocía te agradaba! Yo me confieso, Padre de toda bondad, unida a las amarguras de la Pasión de tu Hijo enteramente inocente, Jesucristo, en el que tienes todas tus complacencias, como tú mismo has testimoniado al decir: «Éste es mi Hijo bien amado en el que me complazco» (Mt 17,5). Por él me arrepiento, pues es él quien suple mis negligencias.

3. El día de la sacratísima Purificación, mientras se conmemora la procesión por la que tú mismo has querido ser conducido al

templo como una víctima, Tú, nuestra salvación y redención, como se canta en la antífona *Cuando entraban con el niño Jesús,* la Virgen, tu madre, puso el rostro severo, como para reprocharme mi comportamiento para contigo, Hijo querido de sus entrañas, honra y gozo de su inmaculada virginidad. Pero yo, recordando que por la gracia que encontró ante tus divinos ojos fue dada como mediadora a los pecadores y como esperanza a los desamparados, prorrumpí con estas palabras: «Oh madre de ternura, tú has recibido la fuente misma de la misericordia, tu Hijo, a fin de conseguir la gracia para todos los necesitados y cubrir nuestros defectos con tu copiosa caridad» (1 Pe 4,8). Mientras decía esto, su rostro se cambió en apacible y sereno y manifestó que, aunque por mis maldades se puso enojada y severa, sin embargo estaba llena sin reserva de sentimientos de caridad y penetrada totalmente de las dulzuras de la Caridad divina. Lo cual se manifestó en seguida, pues con tan pocas palabras desapareció la severidad y brilló la dulce serenidad que le es natural. Sea, pues, la inagotable ternura de tu madre la que ejerza, por todas mis negligencias, de mediadora llena de gracia ante tu misericordia.

4. Finalmente, apareció más claro que la luz que no puedes detener la abundante corriente de tu dulzura, porque al año siguiente, en la misma sacratísima fiesta de tu Nacimiento, me favoreciste con un don análogo al precedente, pero mayor aún, como si del gran cuidado y diligencia de mi devoción hubiera merecido de ti este fervor, el año anterior, siendo así, por el contrario, que merecía rigurosa pena y no mayores gracias, por la pérdida del don predicho. Al leerse en el Evangelio: *«Dio a luz a su primogénito...»,* tu madre inmaculada me entregó con sus manos sin mancha a ti, Hijo suyo virginal, amable niñito, y parecía forcejeabas cuanto podías por venir a abrazarme. Y yo, ¡ay de mí!, aunque indigna te recibí, niño tierno, y apretabas tus pequeños brazos a mi cuello y del aliento de tu dulce respiración me sentía fortalecida y con razón te bendice mi alma por esto, Señor, Dios mío, y todo mi interior alaba tu santo nombre (Sal 102,3).

5. Procurando tu beatísima madre envolverte en los pañales de la infancia, pedía con todo mi corazón que me escondiera contigo, para que ni por medio de un delgado pañal te separaras de mí, pues tus abrazos y besos aventajan a los panales de miel [21] y así parecía que eras envuelto en blanquísima sábana

[21] Oficio del Nombre de Jesús; cf. PL 184,1318 y 1517.

de inocencia y fajado con el ánimo ceñidor de la caridad, y si quisiera ser envuelta y fajada contigo, era más conveniente que me hubiera esforzado más, de todos los modos posibles, por la limpieza de mi corazón y por las obras de caridad.

6. Te doy gracias, oh creador de las estrellas y de los astros del cielo [22], y de las diversas flores de primavera, porque, aunque no tienes necesidad de nuestras obras (Sal 15,2), sin embargo, me pediste, en el día de la Purificación, para mi sola instrucción, que te asistiera a ti, niñito hermoso, antes de tu presentación en el templo y una inspiración, procedente de lo más hondo de tu gracia divina, me hizo comprender cómo hacerlo, de la manera siguiente: Procuraba, con el cuidado y el esmero de que era capaz, alabar la purísima inocencia de tu limpísima humanidad con total y fidelísima devoción, que si por mí misma pudiera poseer toda la gloria, con toda santidad, lo ofreciera de buen grado en honor de tu benignísima inocencia, para hacerte más digno de alabanza (Rom 4,17). Tratando con la misma devoción el abismo de tu humildad, parecía que te presentabas ante mí con una túnica verde, símbolo de tu gracia, que está siempre frondosa y que jamás se marchita en el valle de la humildad. Meditando al mismo tiempo sobre el celo que aviva todas tus acciones, he aquí que aparecías envuelto en un manto de púrpura, para manifestar cómo es verdaderamente regia la vestimenta de la caridad, sin la cual no se puede entrar en el reino de los cielos (Mt 22). Finalmente, honrando, según mis posibilidades, estas mismas virtudes en tu gloriosa madre, me pareció que también ella llevaba esas vestiduras. Que esta Virgen bendita, rosa florida sin espinas [23], lirio blanco inmaculado en el que florecen sobreabundantemente todas las virtudes, sea para nosotros, te lo rogamos, una perpetua mediadora que remedie nuestra indigencia.

17. CONDESCENDENCIA DIVINA

1. Un día, después que me había lavado las manos para ir al refectorio, estaba con la comunidad de pie y noté que el resplandor del sol brillaba con todo su fulgor y fui turbada interiormente con

[22] Himno *Creator alme siderum* de Adviento.
[23] Secuencia: *Ave María.*

este pensamiento: «Si el Señor, que ha creado nuestro sol y del que se dice que el sol y la luna admiran en belleza [24] y que él mismo es un fuego abrasador (Dt 4,24) y estaba realmente unido a mi alma del modo en que frecuentemente me manifiesta su presencia, ¿cómo es posible que yo viviera entre los hombres con un corazón tan frío y mi trato fuera tan egoísta y perverso?». Inmediatamente tú, cuya palabra, que siempre es dulce, tanto más dulce me pareció entonces cuanto más necesaria era para mi vacilante corazón, me respondiste diciendo: «¿Cómo se exaltaría mi Omnipotencia si no pudiera, en cualquier lugar que estuviese, contenerme en mí mismo sin ser sensible y visible, más que cuando fuere conveniente, conforme al lugar, tiempo y persona en que he de obrar? Pues desde el comienzo de la creación del cielo y de la tierra, en toda la obra redentora, he manifestado más la sabia bondad que la autoridad soberana; y el ejemplo más elocuente de esta ternura reluce más tolerando a los imperfectos, hasta que sean conducidos al camino de la perfección por mi libre elección.

18. INSTRUCCIÓN PATERNAL

1. En cierto día festivo, viendo que se acercaban a comulgar muchas personas que se habían encomendado a mis oraciones y yo, apartada de tan divino convite por enfermedad corporal o, tal vez, como temo, desechada por disposición divina a causa de mi indignidad, recordé muchos de los favores que me habías otorgado y comencé a temer el viento de la vanagloria que podría secar las corrientes de la gracia divina y deseaba ser instruida, para ser preservada en adelante. Tu ternura paternal me hizo entender que debía mirar tu amor para conmigo como el de un padre de familia para con sus numerosos hijos, que se alegra con las alabanzas de los criados, familiares y vecinos, y entre esos hijos había uno pequeñito en el que nadie se fijaba y apiadándose de él lo toma en sus brazos, lo acaricia y regala más que a los otros con delicadas palabras y pequeños favores. Y añadiste que si, con un juicio sincero, me consideraba más imperfecta que los demás, el torrente

[24] Oficio de Sta. Inés.

melifluo de tu divinidad (Sal 35,9) no cesaría jamás de caer sobre mi alma.

2. Te doy gracias, oh mi Dios amantísimo y amigo de los hombres [25], por esta relación de gratitud recíproca entre las Personas de la adorable y venerable Trinidad, por esta lección y tantas otras por las que, de modo tan saludable, tú, el más eminente de los maestros, has iluminado con frecuencia mi ignorancia. Te manifiesto mis penas en la amargura de la Pasión de Jesucristo y te ofrezco mis dolores y lágrimas por todas las negligencias con las que apagué en mí tu suave espíritu (Sal 12,1) y te pido, en unión con la eficacísima oración de tu mismo Hijo bien amado, en virtud del Espíritu Santo, la corrección de mis faltas y la reparación de mis defectos. Dígnate escucharme por el amor a las almas que te ha hecho soportar que el único objeto de las delicias infinitas de tu ternura paternal fuese contado entre los malhechores, Jesucristo Nuestro Señor.

19. ALABANZA DE LA CONDESCENDENCIA DIVINA

1. Doy gracias, oh amantísimo Dios, a tu benigna misericordia y a tu misericordiosa bondad, por el testimonio exacto de tu ternura infinitamente excelente que me has dado para afianzar a mi alma vacilante y agitada, cuando, según mi costumbre, te importunaba de ser librada de esta prisión miserable de la carne (Rom 7,24), no ciertamente para no tener que soportar miserias, sino para que tu bondad quedara libre de la deuda de la gracia con que el amor vehemente de tu divinidad se comprometió para el rescate de mi alma; no porque tu divina omnipotencia y eterna sabiduría, forzada por la necesidad, te obligue a pagarlo contra tu voluntad, sino más bien por la prodigalidad sin medida de tu ternura para con una criatura tan indigna e ingrata como yo.

Tú, que eres el resplandor y la corona de la gloria (1 Tes 2,19) celeste, parecías descender del trono imperial de tu majestad, por un movimiento lleno de suavidad y de dulzura por el que se derramaba, en toda la extensión del cielo, el torrente de un licor infinitamente dulce, tal que todos los santos inclinados hacia ella con gratitud y como abrevados con el gozo del néctar embriagador

[25] Secuencia *Mittit ad Virginem*.

de este torrente (Sal 35,9), prorrumpieron en cantos melodiosos de alabanza divina. En medio de estos cantos entendí que me decías: «Considera cuán suavemente resuena esta alabanza en los oídos de mi ávida majestad y llega hasta las profundidades íntimas de mi corazón lleno de amor. Cesa, pues, de desear tan importunamente dejar esta vida, con el intento de no estar en la carne cual eres, al otorgarte yo tan gratuitamente mis ternuras, pues cuanto más miserable es la persona a la que me inclino, más justo es el homenaje por el que me exaltan las criaturas».

2. Como yo recibía este consuelo en el momento en que me acercaba a tu sacramento de vida y, por lo mismo, como tuviera toda mi intención en él, añadiste a la revelación anterior una nueva luz, enseñándome que con esa intención cada uno debería acercarse a la sacratísima comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre, que por el amor de tu amor y de tu gloria menospreciase, si fuera posible, conseguir su propia condenación (1 Cor 11,29), aunque no se siguiese más ventaja que la glorificación de la ternura divina, ya que no rehúsa entregarse a una criatura tan indigna. Sin embargo, a esto protesté para excusar al que, creyéndose indigno, se abstiene de comulgar, por temor de cometer por presunción una irreverencia para con este sacramento tan venerable. A esto recibí esta bendita respuesta tuya, con estas palabras: «Es imposible que una comunión hecha con tales disposiciones sea irreverente». Por todo esto, sea para ti alabanza y gloria por los siglos de los siglos.

20. PRIVILEGIOS ESPECIALES

1. Que mi corazón y mi alma, así como toda la sustancia de mi carne, con todas las fuerzas y movimientos de mi cuerpo y de mi espíritu, con todo el universo creado, te den alabanzas y acciones de gracias, Dios dulcísimo y fidelísimamente inclinado a la salvación de los hombres [26] por tu misericordia dignísima que no ha cerrado tu amor a mi audacia de acercarme, con frecuencia mal preparada, al banquete excelentísimo de tu Stmo. Cuerpo y Sangre. Tu munificencia insondable hacia la que es el más vil y despreciable de tus instrumentos se ha dignado añadir este esplendor a tu don. Por tu gracia he adquirido la certeza de que cualquiera que, deseando acercarse a tu sacramento, pero retenido por la timidez de una conciencia dudosa, viene con humildad a buscar ayuda en mí, la última de tus siervas, tu amor desbordante consideraba a esta alma, a causa de su mismo acto de humildad, digna de este sacramento, que ella recibiría efectivamente como fruto de eternidad; añadiendo que para lo que sería contrario a tu justicia de ser tenidos por dignos, no le concederías la humildad de recurrir a mi consejo. Oh Dueño Supremo, que habitas en las alturas celestiales y miras lo miserable de aquí abajo (Sal 112,5-6), qué pensar de este designio de tu misericordia, sino que viendo acercarse tan indignamente a tu sacramento y merecer por ello una justa condenación, queriendo por otra parte que otras almas se hicieran dignas por un acto de humildad, ha decidido tu bondad (aunque el resultado pudo ser mejor sin conseguirlo) realizarlo, sin embargo, por mí, en consideración de mi indigencia, a fin, al menos, de hacerme participar de los méritos de aquellos que por mis consejos han sido conducidos al gozo del fruto de salvación.

2. Mas ¡ay!, que como no sólo de esto tiene necesidad mi miseria, tampoco se contentó con mi solo remedio tu misericordia, ¡oh Dios de bondad!, porque me certificaste a mí, indignísima, que todo el que, doliéndose con corazón contrito y espíritu humillado [27], viniera a consultarme sobre algún defecto, según que de mis palabras oyere ser mayor o menor su falta, así tú, Dios misericordioso, lo juzgarías más o menos culpable; además, mediante tu gracia, lograría tal ayuda en adelante que aquel defecto dejaría de pesarle como antes. En esto tú has socorrido, igualmente, mi miseria y mi indigencia, ya que he sido durante toda mi vida tan negligente y perezosa, ¡ay de mí!; pues ningún defecto o vicio, por pequeño que sea, lo he vencido como era debido, al menos merezca participar de la victoria de los otros, siendo así, Dios mío bondadoso, que te dignas tomarme a mí, vilísimo instrumento tuyo, para comunicar por las palabras de mi boca a otros más dignos amigos tuyos la gracia de la victoria.

3. En tercer lugar, la abundante generosidad de tu gracia ha enriquecido también la pobreza de mis méritos con la garantía de que a todo el que por confianza de la piedad divina prometiere yo algún beneficio o perdón de algún delito, tu benigno amor tendría por tan firme la promesa tal cual yo la formulara como si

[26] Oración *Deus veniae largitor.*

[27] Misal Romano: Oración secreta del sacerdote.

esto mismo lo hubieras hecho tú con tu boca, y en confirmación de lo dicho añadiste que si pareciera que se aplazaba más de lo que ellos deseaban el efecto saludable, deberían sin cesar hacerte presente que yo les prometí de tu parte la salvación; de este modo, proveíste también la mía, según aquello del Evangelio: «Con la medida que midiereis, seréis medidos» (Lc 6,38). Así, ¡ay de mí!, como no dejo de caer con frecuencia en grandes faltas, al menos de esta manera tendréis ocasión de juzgarlas con más indulgencia.

4. En cuarto lugar, juzgaste necesario hacerme bien de otro modo nuevo, asegurándome, entre otras cosas, que cualquiera que con la humilde y devota intención se encomendase a mis oraciones, recibiría, sin duda alguna, todo el fruto que se puede conseguir de una fraterna intercesión; en esto proveíste a mi negligencia, pues olvidándome de orar por la Iglesia, tanto en lo obligado como en las oraciones voluntarias, de las cuales yo misma podría beneficiarme, según aquello de: *«Tu oración se volverá para ti»* (Sal 34,13), y de los frutos de tus elegidos, a cuyas peticiones beneficias por mí indignísima, por ti me es dada una participación, una porción de suplencia.

5. En quinto lugar, prometiéndome no poner traba alguna a mi salvación, me has concedido, como por un don especial, que todos los que, con buena voluntad, pureza de intención y humilde confianza, vinieran a tratar conmigo del progreso de su alma, no saldrían jamás sin haber sido edificados y consolados espiritualmente, queriendo, por así decirlo, proveer oportunamente mi indigencia, pues como a veces, ¡ay de mí!, me explayo en palabras inútiles y desparramo el talento de la elocuencia que tu munificencia ha confiado a mi indignidad, al menos algún provecho espiritual podré lograr por lo confiado a otros.

6. En sexto lugar tu liberalidad, Dios benigno, me ha concedido otro don por encima de todo lo necesario, asegurándome que cualquiera que con caridad hiciera oración por mí, la más vil de las criaturas de Dios, con devota fidelidad o también se ejercitase en obras buenas o recitase oraciones por la corrección de las faltas e ignorancias de mi juventud (Sal 25,7), sobre todo por mi malicia y perversidad (1 Cor 5,6), recibirá de tu generosa ternura la recompensa de no dejar este mundo sin haber recibido un don que responda bien a tus deseos de que ella te procure el gozo de una estrecha intimidad con su alma. En todo esto se descubre tu gran bondad paternal y mi inmensa miseria, ya que no ignoras cuánta y cuán grande enmienda me es necesaria, por mis innumerables delitos y negligencias [28], y como tu amor misericordioso no quiere soportar mi pérdida, sino que, por el contrario, sea salvada por tu gran piedad a pesar de mis negligencias, por esto he previsto para mí que este beneficio se aumente en cada uno por la aportación de todos.

7. Por un exceso de tu munificencia, benigno Dios, has añadido además a todos estos beneficios que si, después de mi muerte, recuerdan con cuánta afabilidad te inclinaste hacia mi pequeñez y, por eso, quieren encomendarse a mi intercesión, aunque indigna, lo atenderás benigno como si lo hicieras con algún otro a ruegos de un tercero, si para reparar los descuidos pasados te da humildemente las gracias especialmente por cinco beneficios:

1.° El primero es el amor por el que con tan gratuita ternura me elegiste desde toda la eternidad. Para decir la verdad, es realmente, entre todos los dones gratuitos, el mayor de todos, pues no podías ignorar lo que sería toda mi conducta perversa, todos los detalles de mi malicia, de mi indignidad e ingratitud, en tal grado que aun entre los paganos me podrías negar justamente el esplendor y hermosura de la razón humana: sin embargo, tu piedad, que supera en gran manera nuestras maldades, me escogió entre los demás cristianos para ser consagrada en la vida religiosa.

2.° Por haberme atraído a ti y realizar mi salvación; confieso igualmente y con justicia reconozco ser éste un don de tu mansedumbre natural y tu piedad, pues uniste a él mi corazón indómito (Éx 2,4), que en justicia no merecía más que las cadenas de hierro y ha sido atraído a ti con caricias nuevas, como si encontraras en él una digna compañía de tu mansedumbre y consiguientemente en esta unión tu mayor felicidad.

3.° Que me uniste íntimamente contigo, favor que debo, con toda justicia, atribuir a la desmedida sobreabundancia de tu munificencia; como si la multitud de los justos no llegase a recibir todo el exceso de tu amor, es a mí, a la que tiene menos méritos, a quien te has dignado llamar, no para realizar una santificación fácil de un alma ya dispuesta, sino para manifestar con más esplendor en mi alma muy imperfecta el milagro de tu benevolencia.

4.° Por tener tus delicias en esta unión, cosa que no puedo atribuir más que a la locura, si puedo hablar así, de tu amor, y no te desdeñaste de dar testimonio de esta verdad con palabras,

[28] Misal Romano.

diciendo ser tus regalos que tu omnipotente sabiduría se goce en una tal unión de un modo incomprensible con ser tan diferente e inadecuada.

5.º Por este beneficio por el que te has dignado realizar esta consumación venturosa que de una humilde y firme esperanza en la fiel promesa de tu verdad y, no obstante mi indignidad, espero de la dulcísima ternura de tu amor enteramente amable y que mi amor, libre de todo temor, haga suya con gratitud, no en virtud de algún mérito de mi parte, sino por la sola y gratuita clemencia de tu misericordia, ¡oh mi sumo, único, entero, verdadero y eterno bien! [29].

8. Por todos estos beneficios recibidos de tu bondad magnífica, desde lo más hondo de mi debilidad, yo no podía en modo alguno darte una digna acción de gracias; por esto, has querido ayudar mi indigencia, llevando por tus promesas a otras almas a hacer acciones de gracias, por cuyos méritos se pudiera remediar y suplir mi deficiencia. Por todo esto sean dadas a tu bondad alabanza, acciones de gracias dignas, en el cielo, en la tierra y en el infierno (Flp 2,10).

9. Además de todo esto, la inestimable virtud de caridad [30], oh Dios mío, ha añadido la dignísima confirmación de todos estos beneficios, realizados del modo que yo diré: Un día, efectivamente, reflexionaba en mi interior y comparando tu ternura con mi dureza, a la que, con gozo, veo que supera grandemente, tuve la audacia de reprocharte no haber sellado el pacto, como se suele hacer en las promesas humanas, uniendo las manos, a lo cual tu dulzura infinitamente acomodaticia prometió satisfacerme: «Cesa en estos reproches», dijiste, «ven y recibe la confirmación del pacto». Y luego mi pequeñez te vio abrir con ambas manos el arca de la divina lealtad e inefable verdad, es decir, tu deífico corazón, y me mandaste a mí, perversa, que, como los judíos buscaba maravillas y señales, llegase a él mi derecha y cerrando la abertura, ya metida en ella mi mano, dijiste: «He aquí que prometo guardarte los dones a ti otorgados, de modo que si, por algún tiempo, por secreto designio de mi providencia, disminuyo y aparto el efecto de los mismos, me obligo a pagarlo después todo con ganancias tres veces más de parte de la omnipotencia, sabiduría y

[29] San Agustín, *Confesiones* 2,6 (Madrid [6]1974; BAC 11), p.121.
[30] *Pregón pascual.*

benignidad de la gloriosa Trinidad, en medio de la cual vivo y reino, verdadero Dios, por los eternos siglos de los siglos».

10. Después de estas palabras de tu dulcísima ternura, como retirase mi mano, aparecieron en ella siete círculos de oro como siete anillos, en cada dedo el suyo y en el dedo anular tres, testimonio fiel de que los anteriores privilegios me eran confirmados, según mi deseo; luego tu ternura sin medida añadió estas palabras: «Cuantas veces, reflexionando sobre tu indignidad, reconoces no merecer mis dones y, esto no obstante, confías en mi piedad, otras tantas me ofreces el debido tributo de mis bienes».

11. ¡Con qué delicadeza tu sentido paternal supo proveer a los hijos degenerados en extrema vileza (Lc 15,11-12) cuando, después de haber gastado los bienes de la inocencia y perdido la devoción tan de tu agrado, te dignas aceptar, como grato obsequio, el reconocimiento que tengo de la vileza de mis merecimientos, siendo cosa que no se puede ocultar! ¡Dame, oh Repartidor de los dones, de quien procede todo bien y sin el cual ninguna cosa se puede tener por firme o buena, dame para gloria tuya y provecho mío que reconozca mi indignidad en todos tus dones, bien sean externos o internos, y, además, confíe con toda plenitud y sosiego en tu piedad!

21. EFECTO DE LA VISIÓN DIVINA

1. Juzgaría todo esto injusto, al recordar los beneficios gratuitos de tu amada misericordia para conmigo, indigna, si omitiese por una apariencia de ingrato olvido lo que un día de Cuaresma he recibido de la admirable dignación de tu amantísima ternura. En la misa del domingo segundo, mientras se cantaba antes de la procesión el responsorio *Vidi Dominum facie ad faciem* (Vi al Señor cara a cara), mi alma se iluminó con un resplandor maravilloso (Éx 40,33); en esta luz de divina revelación apareció, como tocando mi rostro, otro, el cual, según dice S. Bernardo [31], «No es formado, sino formador, no hiere los ojos del cuerpo, sino que alegra el rostro del corazón; agradable no por su color, sino por el regalo de amor». En esta visión, fuente de dulzura, parecían los soles de tus ojos mirar de hito en hito los míos y nadie podrá

[31] *In Cant,* 31,6 (Madrid 1987; BAC 491), p.459.

encarecer el modo con que tú, suave dulzura mía, alegraste no sólo mi alma, sino también mi corazón con todos los miembros del cuerpo; sólo tú sabes lo que obraste en mí; por lo tanto, mientras viva te rendiré un humilde servicio.

2. Y, aunque muy de otra manera da contento la rosa en los días de primavera, cuando lozana y florida despide un perfume suave, que en invierno cuando se seca de tiempo atrás se dice haber olido, parece sin embargo que despierta algún deleite el recuerdo de las alegrías pasadas. Por lo mismo deseo declarar con la imagen que pueda encontrar más adecuada, en alabanza de tu amor, lo que sintió mi piedad en aquella visión tan agradable que de ti gocé, para que, si alguno de los que esto leyere recibiera dones semejantes, se estimule en darte gracias y yo misma, al recordarlos también con frecuencia, ahuyente y disipe de algún modo las tinieblas de mis descuidos, con acciones de gracias, como si fuera un espejo que reverbera el Sol.

3. Habiendo pues juntado conmigo, indigna, según he dicho, tu deseadísimo rostro [32] en el que se muestra la riqueza de la infinita bienaventuranza, sentí que de tus ojos divinos entraba en los míos una luz suavísima, para mí inexplicable, que traspasando lo íntimo de mi ser, parecía actuar de modo maravilloso en todos mis miembros con un prodigioso poder, pues primeramente parecía que sacaba los tuétanos de mis huesos y luego aniquilaba mis huesos juntamente con mi carne, de tal modo que sentía como si toda mi sustancia no fuese otra cosa sino el mismo resplandor divino que, recreándose en sí mismo de un modo inexplicable, comunicó a mi alma la alegría inestimable de la serenidad.

4. ¡Oh!, y ¿qué más diré de esta dulcísima visión, si así puedo llamarla? Pues para decir la verdad como yo la veo, la elocuencia de todas las lenguas nunca, según mi parecer, me persuadirá, en todos los días de mi vida, de esta no pensada y excelentísima manera de verte aún en la gloria celestial, si tu condescendencia, Dios mío, única salvación de mi alma, no me lo hubiera hecho experimentar.

Me alegra poder decir esto, pues si el orden divino se parece al humano, el poder de tu mirada sobrepasa infinitamente lo que yo experimenté en esta visión, hasta el punto que pienso, si hablo con sinceridad, que si no se moderase la fuerza divina, jamás dejaría al alma morar en el cuerpo, después de haber recibido por

[32] Himno de Vísperas del Común de Apóstoles en Tiempo Pascual.

un momento tan señalado favor. No ignoro que tu omnipotencia inescrutable, en el exceso de su ternura [33], acostumbre a acomodar con gran acierto la visión o el abrazo o el beso y las demás muestras de amor, conforme al lugar, tiempo y persona, como lo he experimentado muchas veces. Por todo esto te doy las más rendidas gracias, en unión con el mutuo amor de la Trinidad eternamente adorable. Repetidas veces he experimentado la mansedumbre y suavidad de tu dulcísimo beso, en tal grado que algunas veces que estaba sentada ocupándome interiormente de ti y recitando las horas canónicas o el oficio de difuntos, con frecuencia, diez o más veces, durante un salmo, estampaste en mi boca un deliciosísimo beso, que excedía en suavidad a todo aroma o dulce bebida y observé además muchas veces tu mirada llena de amor entrañable y sentí en mi alma estrechísimo abrazo. Y aunque todas estas cosas fueran de maravillosa suavidad, confieso verdaderamente que nunca en ninguna de ellas experimenté tal efecto ni tanta virtud como en aquella excelentísima mirada que he dicho. Por este favor y otros muchos, sólo conocidos plenamente por ti, se te ofrezca suavidad que en la celestial alabanza de la vida íntima de la divinidad comunica una persona a otra, con gozo tan grande que sobrepase todo sentimiento humano.

22. ACCIÓN DE GRACIAS POR UN DON ESPECIAL

1. También se te ha de dar semejante acción de gracias o tal vez mayor, si es posible, por un don de suprema excelencia, que sólo tú conoces; cuya grandeza y dignidad no es posible expresar con palabras humanas y sin embargo no puedo callarlo, pues si por ventura llegara en algún modo, por humana debilidad, aunque injustamente a olvidarlo, lo que Dios no permita, pueda al menos recordarlo por estos escritos y dar gracias por ello. Pero tu benignísima piedad, Dios mío, aparte de mí, la más indigna de todas las criaturas, la perversa locura de que por un ligero movimiento de mis ojos deje de darte gracias por el don agradabilísimo de tu visita, merced que tan gratuitamente recibí de tu infinita generosidad y que, sin merecerlo, guardé por tantos años. Pues aunque soy la más indigna de todos los mortales, confieso, sin embargo,

[33] Colecta del Domingo 19 después de Pentecostés.

que recibí este don singularísimo, más que hombre alguno podrá gozar en esta vida. Anhelo, pues, de la dulzura de tu piedad que me lo conserves para tu alabanza con la misma benignidad con que gratuitamente y sin méritos míos me lo otorgaste y obre por él tales efectos en mí, desecho del mundo (1 Cor 4,13), que por ello seas alabado para siempre de toda criatura, pues cuanto más claramente se descubre mi indignidad, tanto más resplandece la gloria de tu amor.

23. ACCIÓN DE GRACIAS POR DONES DIVERSOS

1. ¡Que te bendiga mi alma, Señor Dios, Creador mío, te bendiga mi alma y desde la intimidad de mis entrañas alabe tus misericordias, con las cuales tu natural modo de ser inclinado a la piedad, sin yo merecerlo, me asedió, oh dulcísimo amador mío! Te doy gracias, con todas mis posibilidades, por tu inmensa misericordia; mi alabanza glorifica la longanimidad de tu paciencia, que te hace cerrar los ojos, en los años de mi infancia, de mi niñez, de mi adolescencia y de mi juventud, hasta que al fin, a los veinticinco años que pasé con tan ciega locura, que con pensamientos, palabras y obras parece, todo cuanto se me ofrecía, dondequiera que encontraba ocasión para hacerlo, lo habría hecho a mi antojo, si tú no lo remediaras o con el natural aborrecimiento que tengo de lo malo y contento de lo bueno, o por la corrección fraterna, habría vivido como pagana entre paganos y nunca hubiera entendido que tú, oh Dios mío, piensas lo bueno y castigas lo malo, siendo así que desde mi niñez, esto es, desde los cinco años, me elegiste para hacerme capaz de tu servicio entre los más fieles de tus amigos, en el retiro de la vida religiosa.

2. Aunque tu bienaventuranza, Dios mío, no pueda crecer ni disminuir y aunque no necesitas de nuestros bienes (Sal 15,2), sin embargo, mi vida tan culpable y tan negligente puede, en cierto modo, ser acusada de una falta perjudicial a esta alabanza que te debe sin cesar, en cada instante, toda mi naturaleza y toda criatura. El sentimiento que de estas cosas tiene o puede tener mi corazón, movido hasta los fundamentos por tu benevolencia, llena de mansedumbre para conmigo, sólo tú puedes conocerlo.

3. Por esto, bajo la inspiración de esta misma emoción, yo te ofrezco para el perdón de mis pecados, oh Padre amantísimo, todo

el sufrimiento de tu Hijo bienamado desde aquel momento en que en el pesebre, acostado sobre pajas (Lc 2,7), dio un primer sollozo y soportó sin tregua las incomodidades de la infancia, menesteres de niño, adversidades de la adolescencia, pruebas de la juventud, hasta la hora en fin en que, sobre la cruz, inclinando la cabeza, te entregó el alma con un gran grito (Mt 27,50). Del mismo modo, para suplir todas mis negligencias, te ofrezco, Padre amantísimo, toda la santísima vida, tan perfecta en todos sus pensamientos, palabras y obras, de tu Unigénito Hijo, desde la hora en que enviado desde lo más alto del cielo entró en nuestra región por el oído de una Virgen [34] hasta que presentó ante tu rostro de Padre la gloria de su humanidad victoriosa [35].

4. Y, por cuanto es justo se compadezca de ti el corazón de tu amigo, en cualquier adversidad, te suplico por tu Hijo Unigénito, en virtud del Espíritu Santo, que cualquiera que movido por mis ruegos de cualquier otro modo se determinase a suplir voluntariamente mi negligencia, para tu alabanza, siquiera por un suspiro u otra obra por pequeña que sea, durante mi vida o después de mi muerte, recibas también por él este ofrecimiento de la Pasión y vida de tu Hijo bienamado, para corrección y compensación de todos mis pecados y negligencias. Y para obtenerlo, te pido permanezca ante tu divino acatamiento mi deseo inmutable hasta el fin del mundo, aun cuando, por tu gracia, reine contigo en los cielos.

5. Del mismo modo, en acción de gracias, hundiéndome en lo más profundo de tu humildad, yo alabo y adoro al mismo tiempo la suprema excelencia de tu misericordia y la extremada dulzura de esta benignidad por la que, Padre misericordioso (2 Cor 1,3), en medio de mi vida de perdición me has testimoniado pensamientos de paz y no de aflicción [36] exaltándome por la multitud y grandeza de tus beneficios, como si, mejor que todos los hombres, hubiera llevado aquí abajo una vida angélica [37]. Comenzaste esto en aquel adviento que precedió a la fiesta de Epifanía en que cumplía veinticinco años, comenzando con cierto sobresalto que alteró mi alma hasta empezar a perder todo atractivo por las

[34] Responsorio *Descendit* de Navidad.
[35] Himno *Optatus* de la Ascensión.
[36] Jer 29,11; Misal Romano: Canto de entrada del Domingo 33 del Tiempo Ordinario.
[37] Oficio de San Benito, antífona *Gloriosus*.

pasiones de mi juventud y fue así como tú preparaste, en cierto modo, el camino para recibirte en mi corazón. Había entrado en el año veintiséis de mi edad, cuando, el lunes, antes de la fiesta de la Purificación, en el crepúsculo, después de Completas, en la noche de la perturbación ya dicha, tú, luz verdadera que alumbra en las tinieblas, pusiste fin al día de mi vana juventud toda oscurecida por la ignorancia espiritual. Pues a esa hora, con una evidente y maravillosa condescendencia, con una dulzura inmensa, manifestaste tu presencia y, participando de tu amistad, me has dado parte de tu conocimiento, de tu amor y me has introducido en lo interior y selecto de mí misma que me era muy desconocido hasta ese momento, y comenzaste después a tratarme con maravillosas y sencillas maneras, para que de ahí en adelante siempre pudieras tener con mi alma tus alegrías en mi corazón, como goza un amigo en su propia casa con otro, o mejor, como el esposo con la esposa.

6. Este cambio de afecto me ha valido y diversas circunstancias y maneras tu visita, pero de un modo más especial en la Vigilia de la Santa Anunciación; finalmente, cierto día, antes de la Ascensión en el que esta presencia fue más afectuosa, desde la mañana, para terminar plenamente por la tarde, después de Completas, y me diste este don digno, estupendo, digno de toda reverencia; esto es, que desde ese día hasta el momento presente, nunca sentí o conocí que te habías ausentado de mi corazón, ni durante un pestañear de ojos, antes al contrario, supe que siempre me estabas presente, cuandoquiera que me volvía dentro de mí, salvo un período de once días. No pudiendo expresar con palabras cuántos y cuán grandes beneficios, incomparables, acompañaron tu presencia, que es mi salvación, haciéndola más agradable aún, concédeme, Dios Dispensador de todas las gracias, ofrecerte en adelante, en espíritu de humildad, un sacrificio de alabanza como gratitud, sobre todo por lo que tú has preparado en mi corazón, para tu propia satisfacción, y has hecho de él tu digna morada. Todo lo que he leído u oído decir del Templo de Salomón o del palacio del rey Asuero, no es nada en comparación a los deleites y regalos que tú has dispuesto en lo más profundo de mi alma —yo lo conocía por tu gracia—, de los cuales me concediste a mí, indignísima, gozase juntamente contigo, como la reina con el rey.

7. Entre estos favores hay dos que prefiero especialmente, a saber: que estampaste en mi corazón las joyas resplandecientes de tus llagas, e incrustaste además en él tan clara y eficazmente la herida de amor que, si nunca me hubiesen concedido consuelo alguno, ni exterior ni interior, con estos dos soles me colmaste de felicidad muy grande para sacar de ellas a todas horas, aunque mil años viviera, como de manantial purísimo, gran consuelo, enseñanza y agradecimiento.

8. Añadiste a estos favores el de la inestimable amistad, porque de modos diferentes me otorgaste aquella nobilísima arca de tu divinidad, esto es, tu corazón deífico como veneno de todas mis complacencias, unas veces completamente gratuito, y otras, para mayor signo de mutua familiaridad, trocándolo con el mío. Por este modo me manifestaste lo íntimo de tus secretos designios a la vez que tus plenas ternuras y derretiste mi alma muchas veces con regalos tan amistosos que si no conociera el abismo sin fondo de tu misericordia, me maravillaría el entender mostrase afecto de tan grandísima familiaridad y regalo a la sola digna, a tu Madre beatísima, más que a cualquiera otra criatura [38].

9. Sin embargo, a veces, durante algún tiempo, y de un modo muy dulce, me condujiste a tener conocimiento saludable de mis afectos y tanto cuidado pusiste en no sacarme los colores al rostro ni avergonzarme, como si tú, cosa verdaderamente imposible, hubieras de perder la mitad de tu reino, si en lo más mínimo (Mc 6,23) se despertara lo más mínimo mi rubor pueril. De este modo me revelaste con secreta y astuta maña que no te agradan los defectos de algunos y me vi más culpable con respecto a esos defectos que cualquiera de aquellos que me mostrabas y, sin embargo, jamás me diste a conocer ni siquiera con la señal más pequeña que habías encontrado en mí la menor apariencia de esos defectos.

10. Además, tan fieles promesas han sido para mí un reclamo al mostrarme los beneficios que querías darme a la hora de mi muerte y después de ella; que aunque no hubiera recibido de tu generosidad otro beneficio que éste, con razón deseara continuamente mi corazón ir tras de ti con viva esperanza, por sólo este don. Pero no se agotó con estos dones el piélago inmenso de tu liberalidad [39], sino que has escuchado bastante mis oraciones por los pecadores, por mis amigos y por otras intenciones, con bene-

[38] La gracia recibida es de tal plenitud que sólo por fe puede entender que la Virgen pudiera recibir gracias mucho más grandes de familiaridad con el Señor.

[39] San Juan Damasceno, *De dormitione*, 2,16.

ficios increíbles, tanto que nunca encontré conmigo al que me hubiera atrevido a hacer tal confidencia por la flaqueza del corazón humano en creerlos.

11. Para colmo de tus beneficios me diste a tu dulcísima Madre, la Bienaventurada Virgen María, por procuradora y muchas veces con gran amor me confiaste a su ternura, como jamás el más fiel esposo encomendaría su esposa a su propia madre.

12. Además, con frecuencia me has destinado para mi servicio especial a nobilísimos príncipes de tu palacio, no sólo del coro de los ángeles y arcángeles, sino también de los esclarecidos según tu piedad, benignísimo Dios, juzgaba me convenía mejor para mayor provecho en mis deberes espirituales, hasta poder ofrecerte el obsequio de mayor reverencia que ellos de por sí te tributan. Sin embargo, cuando disminuías un poco, para mi mayor bien, el gusto de tus deleites espirituales, yo, indignísima y enteramente desagradecida a tantos dones, me olvidaba de ellos como si nada valieran, y si, transcurrido algún tiempo, me arrepentía con el auxilio de tu gracia, y te pedía el don que había perdido, u otro favor cualquiera, al punto me lo otorgaste íntegramente, como si yo con cuidado dilectísimo lo hubiera colocado en tu seno para que me lo guardaras.

13. Sobre todo esto se ha de preferir de modo admirable que muchas veces, y de modo especial en la fiesta de Navidad, en el Domingo *Esto mihi* [40] y en otro domingo después de Pentecostés, me guiaste o, más bien, me arrebataste a una unión más íntima contigo, que me admiro mucho más que ante un portentoso milagro cómo después de aquellas dulces horas pude vivir humanamente entre los hombres, y lo que es espantoso, más aún, horrible, ¡ay de mí!, es que no corregí después mis defectos como era justo que lo hiciera.

14. Pero en todo esto no se ha secado la fuente de tu misericordia, oh Jesús amantísimo entre todos los amantes, o mejor, el único que ama verdadera y gratuitamente a los indignos.

15. Pues como con el tiempo yo, que soy tan vil, tan indigna y tan ingrata, comenzase a perder el gusto de estos dones, siendo así que son tan excelentes y grandes que con razón el cielo y la tierra los debieran ensalzar con gozo extremado, especialmente porque tú, tan infinitamente sumo, tuviste por bien inclinar tu regia majestad, tú, Dador, Renovador, Conservador de todo bien,

[40] Véase la nota 13.

me despertaste de mi letargo; y para que te diese las gracias debidas descubriste a unas personas, que supe eran muy amigas y devotas tuyas, los dones que me habías dado, cosa que tenía la certeza que no pudieron conocer de hombre alguno, pues yo a ninguno lo había dicho y, sin embargo, oí de su boca las palabras que yo entendí en el secreto de mi corazón.

16. Con estas palabras y otras muchas que en ese tiempo se me ofrecieron a mi memoria, con ellas yo quiero devolverte lo que es tuyo y por el instrumento melodioso que es tu divino Corazón, bajo el amor del Espíritu Santo, haciendo oír, Señor Dios, Padre adorable [41], alabanzas y acciones de gracias de todas las criaturas en el cielo, en la tierra y en el infierno (Flp 2,10), que son, fueron y serán.

17. Si el oro es el más brillante en contraste con otros colores y más especialmente con el negro, por la desemejanza que tiene con él, así también añado yo de lo mío, esto es, lo negro de mi vida tan desagradecida, en comparación con el resplandor divino de la muchedumbre de tus beneficios para conmigo. Pues del mismo modo que no podrías conceder otros dones dignos de ti, en razón de la munificencia real, más aún, divina, que te es innata, así también, según mi natural rusticidad, no las recibí de otra manera que como una vilísima pervertida. Y tu natural regia mansedumbre lo disimulaba, de modo que jamás por ello parecía que me hacías menos bien. Pues habiendo escogido tú, para guiar en el celestial palacio de la benignidad paternal que te esté preparado un trono, has escogido un lugar en la casa de mi pobreza, yo, hospedera indigna y enteramente descuidada, he sido negligente en la atención de velar tu bienestar, mientras que aun por natural cortesía debiera con razón obsequiar más bien a algún leproso que, tras haberme hecho muchas injurias y vejaciones, por necesidad se hubiera acogido a mi hospitalidad.

18. Igualmente, oh Creador de los astros [42], en respuesta a este favor que me has hecho en la dulzura más íntima de mi alma, de la impresión de tus llagas sagradas, de la revelación de tus designios, de la manifestación de tus caricias amorosas y familiares que me han hecho saborear deleites más suaves en cosas espirituales que pudiera encontrar, según mi entender, en las cosas terrenas, aunque recorriera el mundo de oriente a occidente, yo, en mi

[41] Oficio de Sto. Tomás.
[42] Himno *Creator alma siderum*, de Adviento.

inmensa ingratitud, he desdeñado tus dones y he buscado en otras cosas mi consuelo, como prefiriendo las cebollas y ajos (de Egipto) a tu maná celestial. ¡Oh Dios de verdad!, desconfiando yo de tus solemnes promesas, rechacé los benéficos efectos de la esperanza, como si fuera un hombre mentiroso (Sal 115,11; Rom 3,4) que nunca paga lo que promete.

19. En pago a que con tanta benignidad has escuchado mis plegarias, muchas veces, ¡ay de mí!, he endurecido mi corazón contra tu voluntad, hasta hacer —lo que no se puede decir más que con lágrimas— disimular para no verme forzada por la conciencia a cumplirla.

20. En respuesta a la bondad que me has concedido de la intercesión de tu gloriosa Madre y de todos los espíritus bienaventurados, con frecuencia los he hecho ineficaces, buscando miserablemente las oraciones de mis amigos de aquí abajo, en lugar de contar, como era debido, contigo sólo. Sería asimismo muy razonable, por cuanto en tu dulzura me has conservado íntegramente tus dones, no obstante mis negligencias, que yo correspondiera con más agradecimiento y estuviera más atenta para no ir en pos de mis malas inclinaciones; al contrario, haciendo el mal por el bien (Gén 18,20), como hacen los tiranos y, lo que es peor, los demonios, tengo la audacia de vivir sin cautela.

21. Pero por encima de todo esto, mi mayor pecado, después de una tan increíble unión contigo, de la que sólo tú puedes tener una idea, es que no ha temido marchar de nuevo mi alma con estos defectos que tú has permitido se adhirieran a mí, con el fin de que luchando los venciera con tu ayuda y así tuviera, juntamente contigo, en el cielo una gloria mayor. Tampoco estuve libre de culpa cuando, al dar tú a conocer a mis amigos los dones que me diste con el fin de que fuera más agradecida, yo, en cambio, omitiendo lo que tú querías, me gozaba a veces con una satisfacción puramente humana y fui negligente en responder con la debida gratitud.

22. Y ahora, ¡oh benignísimo Creador de mi corazón!, por todas estas faltas y todas aquellas que pueden presentarse a mi espíritu, suba hacia ti el gemido de mi corazón (Sal 37,9). Recibe el dolor que te ofrezco por todas mis miserias con las que he ofendido a la tan generosa bondad de tu divina clemencia; recíbelo con el gesto de compasión y reverencia que nos diste a conocer por tu Hijo amantísimo, en el Espíritu Santo, de parte de todos los del cielo, la tierra y los infiernos (Flp 2,10). Siendo yo incapaz

para hacer dignos frutos de enmienda, suplico a tu piedad, dulcísimo amante mío, inspires te ofrezcan holocausto de purificación aquellos cuyos corazones te están unidos con tan inquebrantable y devota fidelidad, que por eso mismo te pueden satisfacer, a fin de que llenen el vacío que existe en mí y tanto desdice de los dones tuyos tan excelentes, con gemidos u oraciones o con obras buenas, en alabanza que sólo a ti, Señor Dios, es debida. Porque tú, escudriñador de mi corazón (Prov 24,12), sabes claramente que ninguna cosa me obligó a escribir esto, sino el puro amor de la alabanza de tu bondad, a fin de que, después de mi muerte, muchos al leer estas cosas se compadezcan de la mala correspondencia a tu piedad benignísima, ya que por causa de la salvación humana, tu amor me humilló hasta el extremo de que dones tan grandes e innumerables permitieses fueran vilipendiados como yo, ¡ay de mí!, he despreciado todos los tuyos.

23. Mas, en cuanto me es posible, doy rendidas gracias a tu clemente misericordia, Señor Dios, Creador y Reparador, porque del abismo inagotable de tu piedad me aseguraste con certeza que cualquiera, aunque pecador, que con la intención antes dicha quisiera recordarme en alabanza tuya, bien orando por los pecadores, bien dando gracias a los elegidos, o haciendo cualquier obra buena lo más devotamente posible, jamás acabará esta vida presente antes de premiarlo tú con una gracia especial para que te llegue a agradar su comportamiento, y logres gozar en mi corazón de la dulzura del trato amistoso; por todo lo cual te sea dada aquella alabanza eterna que procediendo del amor increado refluye perpetuamente en ti mismo.

24. RECOMENDACIÓN DE ESTE LIBRO

1. He aquí, amantísimo Señor, que esta gracia de tu misericordiosísima intimidad, talento confiado a la extremada miseria de mi indignidad (Mt 25,14-30), es por amor de tu amor [43] para aumento de tu alabanza, bien en lo que ya está escrito, bien en lo que después he de escribir; porque, como espero con seguridad, me atrevo a afirmar con tu gracia que no he tenido otro fin al escribir o hablar de estos temas más que la obediencia a tu

[43] San Agustín, *Confesiones* 2,1 (Madrid ⁶1974; BAC 11), p.112.

voluntad, al deseo de alabarte y al celo por la salvación de las almas. Tú mismo eres testigo de que verdaderamente deseo seas alabado y te sean dadas rendidas gracias porque no se apartó de mi indignidad la desbordante ternura de tu bondad. Igualmente deseo que seas alabado cuando alguien lea alguno de estos escritos y se recreen saboreando la dulzura de tu piedad, y sean atraídos por ello a morar dentro de ti, experimenten cosas mayores, del mismo modo que los estudiantes comienzan por aprender el alfabeto y llegan, tras esto, alguna vez a entender filosofía, así estos lectores por estos escritos mal pergeñados sean llevados a gustar el maná escondido (Ap 2,17) que no es posible mezclar con imágenes corporales, y que los que llegan a gustarlo tendrán más hambre (Sab 24,29) de no privarnos de este alimento durante el largo camino de nuestro destierro, hasta que, contemplando la gloria del Señor cara a cara, seamos transformados en su misma imagen, yendo de claridad en claridad (2 Cor 3,18), como con el soplo de tu suavísimo espíritu.

2. Y mientras tanto, concede, según lo prometiste y es mi humilde deseo bien deliberado, a todos los que, llenos de humildad, leyeren este escrito, un sentimiento de gratitud por tu condescendencia, de compasión por mi indignidad y mi deseo sincero de su propia perfección, a fin de que de estos corazones, incensarios de oro encendido con el fuego del amor, suba hasta ti el novísimo perfume (Ap 8,3-4) capaz de reparar sobreabundantemente toda mi ingratitud y toda mi negligencia.

LIBRO TERCERO

FLORECILLAS. DEVOCIÓN AL SGDO. CORAZÓN

PRÓLOGO

1. La gracia de una profunda humildad y el ímpetu de la voluntad divina que la impelía con urgencia, la movieron a comunicar a otra persona cuanto sigue. Ella se veía a sí misma indigna y pensaba que su gratitud no era suficiente para corresponder a la grandeza de los dones de Dios. Por eso, una vez que los manifestó a dicha persona, se alegró mucho por la gloria que esto daría a Dios, como si esta perla —así se lo figuraba ella— hubiese sido sacada del oscuro cieno y engastada en la dignidad del brillante oro. Poco después esta persona, por mandato de sus superiores, escribió las siguientes páginas.

1. ESPECIAL SOLICITUD DE LA MADRE DE DIOS

1. Había entendido, por una revelación espiritual, que una adversidad estaba a punto de sucederle, con la cual iban a aumentar sus méritos. Pero viendo el bondadoso Señor que, a causa de su flaqueza humana, este anuncio le hacía temblar, condescendiendo a su pusilanimidad, le dio a su misericordiosa Madre, la augusta Reina de los cielos, como benigna auxiliadora, para que cuando el peso de la adversidad excediera sus fuerzas, encontrara siempre un recurso seguro en esta Madre de Misericordia y se sintiera por su medio aliviada.

2. Poco tiempo después le sobrevino una gran angustia, pues una persona consagrada a Dios la presionaba a que manifestara las gracias especiales con las que el Señor la había favorecido en la fiesta precedente y que ella, por varias causas, juzgaba difícil hacer. Sin embargo, temía que una total oposición fuera contraria a la voluntad divina. Entonces recurrió a la Consoladora de los afligidos, deseando ser instruida sobre lo que más convenía hacer en este caso. Y recibió esta respuesta: «Entrega todo cuanto tienes, porque mi Hijo es muy rico para devolverte todo lo que tú hubieres entregado por su gloria».

Pero como todas las mañas que había ingeniado para ocultar su secreto le hacían verdaderamente difícil su manifestación, se postró entonces a los pies del Señor suplicándole que le mostrara lo que más le agradaba y la fuerza necesaria para cumplirlo. Y mereció que la bondad divina la asegurara con esta respuesta: «Pon mi dinero en el banco para que yo, a mi vuelta, lo recoja con los intereses» (cf. Lc 19,23). Y fue así como comprendió que todas estas razones que ella creía legítimas e inspiradas por el Espíritu Santo, en realidad tenían su origen en motivos humanos y en el propio juicio. Por eso en adelante aflojó en la rigidez de su propósito, como justifican estas palabras de Salomón: «Es gloria de los reyes ocultar alguna cosa y gloria de Dios indagar algo» [1].

2. LOS ANILLOS DEL DESPOSORIO ESPIRITUAL

1. Mientras ofrecía al Señor, en una breve oración, todo el sufrimiento, tanto corporal como espiritual, que la afligía y toda la alegría, tanto espiritual como corporal, de la que se veía privada, se le apareció el Señor con esta doble ofrenda del sufrimiento y de la alegría, representada por dos anillos adornados con piedras preciosas que Él llevaba en sus manos a manera de sortijas. Comprendió ella el significado de esta visión y renovó muchas veces la misma oración. Algún tiempo después, mientras repetía su ofrenda, sintió que el Señor Jesús frotaba su ojo izquierdo con el anillo de su mano izquierda, símbolo del sufrimiento corporal. Y desde este día sintió la repercusión en su cuerpo de lo que el Señor había obrado en su espíritu, y tanto le dolió ese mismo ojo que ya nunca recuperó del todo su salud anterior.

Comprendió entonces que, así como el anillo es señal de desposorio, así también la adversidad, tanto corporal como espiritual, es la señal más verdadera de la elección divina y del desposorio del alma con Dios. Y tanto es así que la persona que se encuentra en la adversidad puede decir con toda verdad y con toda confianza: «Mi Señor Jesucristo me ha puesto su anillo nupcial». Y si en la adversidad encuentra fuerzas además para elevar su pensamiento a Dios y

[1] Prov 25,2. Probablemente haya querido citar Tob 12,7, cuyo sentido está más en consonancia con su pensamiento: *«Bueno es mantener ocultos los planes secretos del rey, pero las obras de Dios hay que desvelarlas y glorificarlas con dignidad».*

darle gracias con alabanzas, puede decir también con alegría: «Y ha colocado sobre mi cabeza la corona de esposa» [2]. En efecto, la gratitud en la adversidad es una corona gloriosísima, incomparablemente más preciosa que el oro y el topacio (cf. Sal 1 19,127).

3. DIGNIDAD DEL SUFRIMIENTO

1. Tuvo un día una prueba muy evidente de que la privación de alegría en el sufrimiento es aumento de gloria, cosa que ella misma no había comprendido hasta ese momento.

En efecto, en uno de los días cercanos a Pentecostés se sintió atormentada con un dolor de costado tan insoportable que las personas que se hallaban presentes, si no hubiesen sabido que ya en otras muchas ocasiones se había curado de semejante dolor, habrían juzgado que era más fácil que muriera ese mismo día antes que sobrevivir.

El Amor bueno y el verdadero Consolador del alma la correspondía de la siguiente forma: cuando se hallaba desamparada por negligencia de las que la cuidaban, el mismo amoroso y benigno Señor la asistía y con su dulce presencia calmaba su dolor. Pero cuando las enfermeras la atendían con más diligencia, entonces se retiraba el Señor y el dolor arreciaba. De este modo comprendió que cuanto más abandonados estamos de los hombres, con más piedad nos mira la Divina Misericordia.

Al atardecer de aquel día, encontrándose afligida por violentos tormentos, pidió al Señor que aliviara su dolor. Entonces, levantando el Señor sus brazos, le mostró que llevaba, como una joya sobre su pecho, el sufrimiento que ella había soportado durante el día. Al ver aquella joya tan perfecta y acabada, sin defecto alguno, esperaba con alegría que, desde ese momento, su dolor sin duda cesaría. Pero el Señor añadió a continuación: «Lo que sufras de aquí en adelante añadirá esplendor a esta joya». Ésta, en efecto, aunque cuajada de piedras preciosas, brillaba poco, como oro mate (cf. Lam 4,1).

El sufrimiento que le sobrevino después fue una especie de peste, pero no fue tan grave como su privación de alegría, la cual le hacía sufrir más que la intensidad del dolor.

[2] Oficio de Santa Inés: antífona de Vísperas.

4. MENOSPRECIO DE LAS COMODIDADES TEMPORALES

1. En torno a la fiesta de San Bartolomé, a causa de una tristeza desordenada junto con impaciencia, cayó en tan grandes tinieblas, que le parecía haber perdido en gran parte el gozo de la presencia divina. Pero el sábado pudo alegrarse al ver cómo dichas tinieblas se suavizaban por intercesión de la Virgen Madre de Dios, mientras se cantaba en su honor la Antífona «Stella maris Maria» (María, estrella del mar).

El día siguiente, domingo, regocijándose en la bondad de Dios que la acariciaba muy suavemente y recordando su pasada impaciencia y sus demás defectos, comenzó a despreciarse mucho a sí misma y, con un gran espíritu de humildad, suplicó al Señor que la enmendara. Y como desesperanzada por los muchos y grandes defectos que en sí hallaba, le dijo al Señor: «Oh, misericordiosísimo Señor, pon fin a mis males, que no consigo corregir ni suprimir. "Líbrame, Señor, y ponme junto a ti y ármese contra mí el brazo de quien quiera"» (Job 17,3).

Entonces el misericordioso Señor, compadeciéndose de su desconsuelo, le mostró un pequeño y estrecho jardín lleno de vistosas flores variadas, cercado de espinos y atravesado por un arroyuelo de miel, y le dijo: «¿Preferirías el deleite que puedes hallar en la belleza de estas flores a mí?». Respondió ella: «¡De ninguna manera, Señor Dios!».

Le hizo ver después un jardincillo cenagoso, cubierto de un mustio verdor en el que estaban esparcidas algunas raquíticas florecillas, casi descoloridas y sin ningún valor, y de nuevo el Señor le preguntó: «¿Es éste quizá el que tú prefieres a mí?». Y apartando ella su mirada, le dijo como indignada: «Lejos de mí tal cosa, que yo prefiera lo que es falso y vil, lo que no considero bueno sino malo, a ti, que eres el único, verdadero, sumo, firme, estable y eterno Bien». Y el Señor añadió: «Pues ¿por qué desconfías como si no poseyeras la caridad que no puede dejar de tener quien ha sido enriquecida con tantos bienes? ¿Es que no dice la Escritura que "la caridad cubre una multitud de pecados" (1 Pe 4,8)? No has preferido tu voluntad a la mía, con la que podías haber llevado una vida cómoda y honesta, sin ninguna adversidad, gozando del favor de los hombres y de fama de santidad. Esa vida te la he mostrado con la imagen del jardín florido; y en el verdor del jardín cenagoso te quise dar a entender el deleite de la vida de la carne».

Respondió ella: «¡Oh!, ojalá sea cierto, y mil veces lo sea, que yo haya renunciado totalmente a mi propia voluntad despreciando el jardín florido que me mostraste, mas temo que fue su estrechura lo que me movió rápidamente a rechazarlo».

Replicó el Señor: «De este modo suelo, con amor generoso [3], limitar las comodidades temporales a todos los elegidos, por medio de remordimientos de conciencia, para que más fácilmente las tengan en poco».

Entonces ella, renunciando definitivamente a toda alegría celestial y terrena, se reclinó en el pecho del Amado, estrechándolo con tanta fuerza y pegándose a él tan firmemente, que le parecía que ninguna fuerza humana sería capaz de apartarla ni un poco siquiera de aquel lugar de reposo, en donde le fue dado el gozo de sacar, del costado abierto del Señor, un sabor de vida que aventajaba en mucho la suavidad del bálsamo.

5. EL SEÑOR SE INCLINÓ AL ALMA DESALENTADA

1. El día del apóstol San Mateo, después de haberla preparado Dios con una copiosa bendición de dulzura (cf. Sal 21,4), en el momento de la elevación del cáliz, ofreció ella al Señor este mismo cáliz en acción de gracias. Pero luego pensó en su corazón que le aprovecharía muy poco esta oblación del cáliz si no se entregaba ella misma a los sufrimientos que debía padecer por Cristo. Y en seguida, en un arranque impetuoso, separándose del pecho del Señor en el que le parecía deleitarse, se arrojó al suelo como un vil cadáver, diciendo estas palabras: «Yo, Señor, me ofrezco a soportar todo aquello que sea para tu alabanza». Y el Señor, levantándose al instante a toda prisa, se reclinó junto a ella en el suelo y, tomándola de nuevo consigo, dijo: «Esto es mío».

Reanimada por el poder de su presencia se levantó ante el Señor y dijo: «Sí, Señor mío, yo soy la obra de tus manos». Y el Señor: «Y yo te digo aún más: mi amor está tan unido a ti que no puedo vivir feliz sin ti».

Llena de admiración por el gran favor de tales palabras, dijo: «¿Por qué, Señor mío, hablas de esta manera, si desde el momento en que te has dignado deleitarte en tus criaturas, son innumera-

[3] Misal Romano. Oración colecta del Domingo 27 del T. O.

bles, tanto en el cielo como en la tierra, aquellas con las que puedes vivir feliz, aun cuando yo nunca hubiese sido creada?». A lo que el Señor respondió: «El que se ha visto siempre privado de un miembro, no es atormentado por ningún dolor; sí lo es, en cambio, el que ha sufrido una amputación siendo ya adulto. Pues así también yo: una vez que he puesto mi amor en ti, ya nunca podré soportar que estemos separados el uno del otro».

6. COOPERACIÓN DEL ALMA CON DIOS

1. El día de la fiesta de San Mauricio, durante la celebración de la Misa, en el momento de la consagración de la hostia, dijo ella al Señor: «Oh, Señor, esta obra que ahora vas a realizar, tan inestimable y excelentemente se ha de venerar, que mi pequeñez no se atreve ni siquiera a mirarla. Por lo tanto me arrojaré en el más profundo valle de la humildad que pueda encontrar y en él me sumergiré, esperando desde allí mi parte, pues de esta obra brota para todos los elegidos la salvación».

El Señor le respondió: «Cuando una madre habilidosa quiere hacer un trabajo en seda o en perlas, de vez en cuando coloca a su hijito en un sitio elevado para que desde allí le sostenga el hilo o las perlas o de cualquier otra manera le pueda ayudar. Pues así también yo te he puesto en un lugar elevado para que participaras en esta Misa. Porque si tu voluntad tuviese la fuerza necesaria y quisieras trabajar con ahínco, aun cuando la tarea sea difícil, para que esta oblación produjera en todos los cristianos, tanto vivos como difuntos, la plena eficacia que le corresponde conforme a su dignidad, entonces me habrías ayudado perfectamente, según tu medida, en la realización de mi obra».

7. COMPASIÓN DEL SEÑOR

1. El día de los santos Inocentes, viéndose imposibilitada para prepararse a la comunión a causa de los tumultuosos pensamientos que la asaltaban, imploró en este estado la ayuda divina y recibió de la benévola misericordia del Señor la siguiente respuesta: «Si alguno, asaltado por la tentación, con firme esperanza se refugia bajo mi protección, podré decir de él solo entre todos:

"Una es mi paloma, escogida entre millares, la cual con una sola mirada de sus ojos traspasa mi corazón divino" (Cant 6,8; 5,10; 4,9). De tal manera esto es así que, si supiera que no le podía socorrer, sentiría mi corazón una pena tan angustiosa que todas las alegrías del cielo no lo podrían aliviar. Porque en mi humanidad, que está unida a mi divinidad, tienen siempre los elegidos un abogado (cf. 1 Jn 2,1; Heb 4,15) que me obliga a compadecerme de ellos en todas sus necesidades».

Respondió ella: «Señor mío, ¿cómo es posible que tu cuerpo inmaculado, en el que jamás tuviste contradicción alguna, te pueda obligar a compadecerte de nosotros en nuestros múltiples abatimientos?».

El Señor respondió: «El que reflexione, fácilmente se persuadirá de ello. ¿No dijo el Apóstol de mí: "Hubo de asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de hacerse misericordioso?" (Heb 2,27)». Y añadió: «Ésta es la inquebrantable confianza que debe tener en mí: una "sola mirada de los ojos de mi escogida" traspasa mi Corazón; que verdaderamente puedo, sé y quiero asistirla fielmente en todas las cosas. Esta confianza fuerza tanto mi amor que de ninguna manera puedo abandonarla».

Y ella: «Señor mío, siendo esta confianza un bien tan seguro que nadie la puede poseer si no es por un don tuyo, ¿qué puede merecer quien carece de ella?».

A lo cual respondió el Señor: «Sin embargo, cualquiera puede vencer, de alguna manera, su falta de confianza, como lo atestiguan las Escrituras. Si no con todo el corazón, al menos todos pueden decir con la boca aquellas palabras de Job: "Aunque estuviese sumergido en lo profundo del infierno, de allí me sacarás" (cf. Job 30,23-34), y también: "Aunque me mataras, seguiría esperando en ti" (cf. Job 13,15) y otras semejantes».

8. LAS CINCO PARTES DE LA MISA

1. Cierto día en que debía comulgar, pero que no podía asistir a misa por estar en cama, le dijo al Señor con su corazón afligido: «He aquí, mi amadísimo Señor, que si hoy me veo imposibilitada de asistir a misa, debo atribuirlo sólo a tu divina disposición. ¿Cómo puedo entonces prepararme a recibir tu sacratísimo cuerpo

y sangre cuando, según yo veo, mi mejor preparación siempre suele ser la asistencia atenta a la misa?».

A lo cual el Señor le respondió: «Ya que me echas la culpa de esto, escúchame con atención, que voy a cantarte dulces y amorosos epitalamios.

Atiéndeme, tú que has sido redimida con mi sangre, y considera que todo el tiempo de treinta y tres años que yo en este destierro trabajé por ti, no fue otra cosa que una embajada para nuestros desposorios. Que esta consideración te aproveche como la primera parte de la misa.

Atiéndeme, tú que has sido dotada de mi Espíritu, y comprende que así como en aquella embajada, como te acabo de decir, trabajé con mi cuerpo durante treinta y tres años, así también, por unirme contigo, celebré en espíritu nuestros alegres y anhelados desposorios. Que esta consideración te aproveche como la segunda parte de la misa.

Atiéndeme, tú que también estás llena de mi divinidad, y reconoce que esta misma divinidad mía tiene el poder de proporcionarte, en medio de los sufrimientos exteriores del cuerpo, muy gratos, suaves e íntimos deleites espirituales. Que esta consideración te aproveche como la tercera parte de la misa.

Atiéndeme, tú que has sido además santificada por mi amor, y reconoce que no tienes absolutamente nada por ti misma, pero que por mí todo lo posees y por eso puedes agradarme. Que esta consideración te aproveche como la cuarta parte de la misa.

Por último, atiéndeme, tú que has sido sublimada por tu unión conmigo, y reconoce que habiéndome sido dado "todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt 28,18), nada puede impedirme, según mi beneplácito, exaltarte junto a mí. Pues como a la esposa del Rey le corresponde llamarse reina, así también debe honrársela con los honores debidos.

Deléitate, por lo tanto, en meditar estas cosas y no te lamentes más de verte privada de la misa».

9. DISPENSACIÓN DE LA GRACIA DIVINA

1. El Señor había revelado a una persona que se dignaría librar de las penas del purgatorio a un gran número de almas por las

oraciones de la comunidad y con esta intención se había prescrito una oración especial para toda la comunidad.

La monja de quien se escribe en este libro, lo mismo que las demás, se dispuso a cumplir, con la mayor devoción posible, la oración prescrita en el domingo, día en que la sobredicha multitud de almas debía ser liberada de sus penas, ofreciéndose a sí misma al Señor por la salvación de las almas.

Acercándose entonces más al Señor, lo vio como un rey en su gloria repartiendo dones, pero sin poder distinguir claramente en qué consistía aquello que parecía que realizaba él con tanto empeño.

Dijo ella entonces al Señor: «Oh Dios, lleno de bondad, el año pasado, en la fiesta de Santa María Magdalena, tú me hiciste saber a mí, indigna, que tu misericordia te había forzado a inclinar hacia tus plantas toda tu bondad, pues un gran número de almas, en ese mismo día, a ejemplo de la bienaventurada pecadora (más verdaderamente enamorada de ti), irían a postrarse humildemente a tus pies. Dígnate en tu piedad revelarme también hoy lo que haces en este momento y que se esconde a los ojos de mi espíritu».

Le respondió el Señor: «Reparto dones».

Por estas palabras comprendió que el Señor estaba distribuyendo las oraciones de la comunidad en favor de las almas allí presentes, a las que ella, sin embargo, no pudo ver.

Añadió entonces el Señor estas palabras: «¿No quieres ofrecer tú también tus méritos como aumento de mis dones?».

Suavemente enternecida por estas palabras e ignorando que toda la comunidad estaba haciendo esta misma oración a ruegos de la antedicha persona a la que se le había prometido la liberación de las almas, aceptó ella con gran agradecimiento que el Señor le pidiera algo tan especial y respondió con gozo en el espíritu: «Sí, Señor, y no sólo mis bienes, que son poco menos que nada, sino también los bienes de toda la comunidad, los cuales, por mi unión con ella, mediante tu gracia, hago plenamente míos y que, en unión de tu perfección, con mi voluntad libre, te ofrezco con grandísimo gozo». Lo que el Señor aceptó de muy buen grado.

2. Entonces el Señor, como seducido por ella, extendió por encima de ellos dos solos una especie de nube, se inclinó después hacia ella y, atrayéndola a sí, tiernamente le dijo: «Ocúpate de mí solo y goza de la dulzura de mi gracia».

Dijo entonces ella: «¿Por qué, Dulzura mía, Dios mío, me has privado del todo de aquel don que manifiestamente concediste a

esa persona, acerca de esta revelación sobre las almas, siendo así que te has dignado con bondad descubrirme muchos de tus secretos?».

«Acuérdate, le dijo el Señor, que muchas veces te sientes humillada juzgándote indigna del don de mi gracia y pensando que lo recibes como la paga que se da a un mercenario por sus servicios. Crees además que, sin este don, no me mostrarías fidelidad alguna y por eso consideras a los otros superiores a ti, porque sin haber sido contratados con tal don, manifiestan, sin embargo, serme fieles en todas las cosas. En esto te he hecho semejante a ellos: en que, a pesar de no haber comprendido más que los otros acerca de estas almas, te has preocupado fielmente por ellas. Pues del mismo modo no carecerás tampoco del mérito que alabas en los otros».

3. Arrebatada fuera de sí por estas palabras, comprendió qué maravillosa e inefable es la bondad divina, tanto cuando se inclina hacia el hombre infundiéndole generosa y copiosamente su gracia, como cuando le niega gracias más pequeñas para conservar en él la humildad, que es el fundamento y salvaguardia de todas las gracias. Y cómo el Señor hace concurrir tanto una manera como otra para el bien del alma que le ama (cf. Rom 8,28).

Transportada de gratitud y admiración por tan infinita bondad de Dios para con ella, aniquilada en su interior y casi desfallecida, como fuera de sí, se arrojó sobre el pecho del Señor diciendo estas palabras: «¡Oh, Señor mío, mi pequeñez no puede soportar esta carga!». Entonces el Señor le atenuó la magnitud de aquel conocimiento. Y recobradas sus fuerzas, le dijo al Señor: «Oh Dios infinitamente bueno, puesto que la sabiduría de tu providencia es tan incomprensible e inestimable que exige que yo carezca de este don, en adelante no lo quiero desear más».

4. Y añadió: «Sin embargo, Señor, ¿me escuchas cuando pido por alguno de mis amigos?». El Señor, como confirmándolo con juramento, dijo: «Por mi virtud divina, te escucho siempre». Repuso ella: «Entonces te pido por aquella persona que me ha sido encomendada muchas veces». Y al instante vio salir del pecho del Señor un arroyo de pureza cristalina que penetraba en lo más íntimo de aquella persona por la que oraba.

Preguntó entonces al Señor: «Señor, ¿qué le aprovecha esto a esa persona si ella no siente este derramamiento?».

El Señor le respondió: «Cuando un médico administra a un enfermo una bebida medicinal, los que están a su alrededor no

ven que el enfermo recobre al punto la salud, ni éste se siente curado instantáneamente; y sin embargo el médico, que conoce la virtud de la bebida medicinal, sabe muy bien cómo le ha de aprovechar al enfermo».

Dijo ella: «¿Y por qué no le quitas sus hábitos desordenados y sus otros defectos, como te he pedido muchas veces?».

El Señor respondió: «De mí está escrito, cuando era niño: "Jesús crecía en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres" (Lc 2,52). Así también esta persona irá progresando de hora en hora, cambiando sus defectos por virtudes, y yo le perdonaré todo lo que hay en ella de humano para que reciba, después de esta vida, todo lo que he preparado para el hombre, a quien he determinado exaltar por encima de los ángeles».

5. Acercándose mientras tanto la hora de comulgar, suplicó al Señor que al mismo número de almas que, por las oraciones de esta persona ya mencionada a menudo, iba a liberar de sus penas aquel mismo día, asociándolas a los coros celestiales, se dignase asimismo anticipar el tiempo de su gracia a un igual número de pecadores destinados a la salvación, pues no se atrevía a interceder por los que eran merecedores de la condenación.

Pero el Señor le reprochó su timidez, diciéndole: «¿Es que la majestad de la presencia de mi Cuerpo inmaculado y de mi Sangre preciosa no merece que también estos que están en estado de condenación sean reintegrados a un estado de vida mejor?».

Viendo ella en estas palabras la inmensa generosidad del Señor, dijo: «Puesto que tu inestimable bondad se digna escuchar mis indignas oraciones, suplico a tu Majestad, unida al amor y deseo de todas tus criaturas, que me concedas, conforme a este número de almas, el estado de gracia para un mismo número de pecadores que viven en estado de condenación, de cualquier tiempo y dondequiera que estén, por los cuales principalmente tú te has dignado ser invocado. Y en esto no pienso con preferencia en mis amigos, ni en mis parientes o allegados».

El Señor aceptó este ruego y bondadosamente se lo aseguró.

6. Dijo después ella: «Yo quisiera saber, Señor, qué te gustaría que añadiera para completar estas súplicas».

Y no habiendo recibido respuesta alguna, dijo: «Pienso, Señor, que mi infidelidad no merece recibir respuesta a tal pregunta, porque tú, que conoces todos los corazones, sabes que soy tan negligente que quizá no hubiese cumplido lo que me hubierais encomendado».

Entonces el Señor, con rostro sereno, respondió amorosamente: «La confianza sola basta para alcanzar fácilmente todas las cosas; pero si tu celo desea ofrecer alguna cosa más, reza trescientas sesenta y cinco veces el salmo *Alabad al Señor todas las naciones* (Sal 117) para suplir la alabanza divina que ellos descuidaron darme».

10. TRES OFRENDAS

1. El día de la fiesta de San Matías, al no sentirse movida a comulgar por varias razones, determinó renunciar a la sagrada comunión. Durante la primera misa, mientras concentraba su atención en Dios y en sí misma, se le mostró el Señor con un sentimiento de amistad tan grande, que jamás un amigo podría manifestar a su amigo un amor tan tierno.

Pero esto a ella no la satisfacía, acostumbrada como estaba a recibir favores mayores y de un modo más elevado. Deseaba ser totalmente arrebatada fuera de sí misma y ser transportada al Amado, que es llamado fuego abrasador, para unirse a él en íntima unión y derretirse en el ardor de su caridad.

Mas como en aquel momento de ninguna manera podía conseguirlo, renunció a ello para gloria de Dios, alabándole entonces de un modo que le era habitual: ensalzando en primer lugar la bondad y benevolencia infinita de la adorabilísima Trinidad, por todas las gracias que, de su abismal sobreabundancia, se derramaron para siempre en beneficio de todos los bienaventurados; en segundo lugar, por todas las gracias otorgadas a la dignísima Madre de Dios; en tercer lugar, por toda la gracia infusa de la santísima humanidad de Jesucristo, suplicando a todos los santos en general y a cada uno en particular que ofreciesen en sacrificio a la resplandeciente y siempre serena Trinidad, para suplir así sus propias negligencias, el cuidado y la preparación con la que cada uno de ellos, en el día de su entrada en los cielos, habiendo alcanzado su perfección, se presentó ante el Señor de la gloria para recibir la eterna recompensa. E hizo esto recitando tres veces el salmo *Alabad al Señor todas las naciones* (Sal 117): la primera vez, en honor de todos los santos; la segunda, en honor de la bienaventurada Virgen, y la tercera, en honor del Hijo de Dios.

Pero el Señor le dijo: «¿Y cómo piensas recompensar a mis santos las ofrendas que hagan por ti, cuando hoy te dispones a suprimir la comunión que habitualmente me ofreces en acción de gracias por su intención?».

Ante lo cual, ella calló.

2. Después de esto, en el momento del ofertorio, deseaba ardientemente (cf. Lc 22,15) hallar la ofrenda que pudiera ofrecer dignamente a Dios Padre, en alabanza eterna. A lo cual recibió del Señor esta respuesta: «Si te preparas a recibir hoy el vivificador sacramento de mi Cuerpo y de mi Sangre, con toda certeza podrías conseguir los tres beneficios que en esta Misa has deseado: gozar de la dulzura de mi amor para que, derretida por el fuego de mi divinidad, te unas a mí, como se funde el oro con la plata. Después poseerías también este preciosísimo tesoro, digno de ser ofrecido por ti en alabanza eterna a Dios Padre, y finalmente todos los santos verían muy plenamente cumplida su remuneración». Convencida por estas palabras, se inflamaba con un deseo tan grande, que no le hubiera parecido difícil tener que pasar por medio de espadas para recibir tan saludable Sacramento.

Después de haber recibido el Cuerpo del Señor, mientras daba con devoción gracias a Dios, el mismo Amante de los hombres le hablaba de esta manera: «Tú hoy, por tu propia voluntad, determinaste servirme como los demás con paja, barro y ladrillo (cf. Éx 1,14), pero yo te he colocado entre aquellos que se sacian suavísimamente de las delicias de mi mesa real».

Como, ese mismo día, otra persona se había abstenido de la sagrada comunión sin ningún motivo razonable, le dijo ella al Señor: «¿Por qué permitiste, misericordiosísimo Señor, que fuera tentada de esta manera?».

El Señor le respondió: «Y ¿qué culpa tengo yo de que ella de tal manera haya cubierto sus ojos con el velo de su indignidad, que de ningún modo ha podido ver la ternura de mi amor paternal?».

11. INDULGENCIA Y DESEO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

1. En una ocasión oyó que se predicaba una indulgencia de muchos años para recaudar limosnas, como es costumbre hacer. Dijo entonces al Señor con devoto corazón: «Señor, si yo ahora abundara en grandes riquezas, de muy buena gana daría gran

cantidad de oro y plata para ser absuelta por esta indulgencia de mis pecados, en alabanza y gloria de tu nombre».

El Señor le respondió con bondad: «Pues recibe, por mi autoridad divina, la plena remisión de todos tus pecados y negligencias». Y al punto vio su alma sin mancha alguna y resplandeciente de nívea blancura.

Varios días después, volviendo sobre sí misma, encontró que su alma resplandecía aún con la misma blancura de antes y comenzó a temer que esta manifestación de la inocencia de su alma fuera efecto de una ilusión, pues le parecía que dicha blancura, si hubiese sido verdadera, debería aparecer ahora algo manchada, a causa de las continuas caídas en negligencias y ligerezas que la flaqueza humana no deja de cometer.

Pero el Señor consoló su pena con estas palabras: «¿Acaso no reservo yo para mí mismo un poder mayor que el que concedo a las criaturas? Si he dado al sol la virtud de limpiar en un instante, por la fuerza del calor de sus rayos, una mancha que cayera en un lienzo blanco, aniquilándola completamente y recobrando incluso una blancura mayor, ¿con cuánta más razón podré yo, que soy el creador del sol, dirigir mi misericordiosa mirada sobre el alma y conservarla limpia de todo rastro de pecado o imperfección, borrando en ella, por la fuerza de mi encendido amor, todo lo que está manchado?».

2. En otra ocasión, la consideración de su indignidad y flaqueza de tal manera la abatía, que no podía de ningún modo ocuparse en la alabanza divina ni aspirar, como era su costumbre, al gozo de la contemplación. Por fin, por la generosa misericordia del Señor y por la comunión con la vida de Jesucristo, fue reanimada de tal manera que le parecía, según su deseo, que se acercaba y se presentaba ante el Señor, Rey de reyes, de la misma manera que Ester estuvo en presencia del rey Asuero.

El Salvador, en su bondadosa benevolencia, le habló con estas palabras: «¿Cuáles son tus órdenes, mi Señora Reina?».

A lo que respondió ella: «Pido y deseo con todo mi corazón, oh Señor, que tu laudabilísima voluntad se cumpla plenamente en mí según tu infinito beneplácito».

Entonces el Señor, nombrando una por una a todas las personas que se habían encomendado a sus oraciones, le dijo: «¿Qué pides pues para ésta y para esta otra y también para aquélla que en este día se han encomendado de una manera especial a tus oraciones?».

Respondió ella: «Oh Señor, ninguna cosa quiero pedir para ellas sino que se cumpla perfectamente en cada una tu dulcísima voluntad».

Entonces le preguntó de nuevo el Señor: «Y por ti, ¿qué quieres que haga?».

Respondió ella: «Lo que yo deseo, más que todas las delicias, es que se cumpla, en mí y en todas las criaturas, tu dulcísima y laudabilísima voluntad. Y para que se realizase esto, estaría dispuesta a exponer cada uno de mis miembros a cualquier sufrimiento».

La infinita bondad de Dios, que se le había anticipado inspirándole estos deseos, la acompañó también recompensándola y de este modo le dijo: «Ya que con una piedad tan viva te has entregado a promover mi voluntad, he aquí que, según mi acostumbrada benevolencia, recompenso tus esfuerzos concediéndote que aparezcas tan agradable a mis ojos como si nunca en la más mínima cosa hubieras omitido mi voluntad».

12. TRANSFIGURACIÓN OPERADA POR LA GRACIA

1. Mientras se cantaba la antífona: «Sobre mi lecho, durante la noche, he buscado a quien ama mi alma» (Cant 3,1), en la que se repiten cuatro veces las palabras «a quien ama mi alma», comprendió ella que hay cuatro modos de buscar a Dios para el alma fiel.

Entendió que el primer camino para buscar a Dios es la elevación de la alabanza en la quietud de la contemplación. Pero a continuación se dice que «lo he buscado y no lo he hallado», porque el alma, revestida como está de carne mortal, nunca puede desplegarse plenamente en alabanza a Dios.

Sigue diciendo el texto: «Voy a levantarme y daré la vuelta a la ciudad por las calles y las plazas, buscando a quien ama mi alma». Estas palabras la hicieron comprender que el segundo modo de buscar a Dios consiste en el ejercicio de la acción de gracias, en el que el alma escruta con atención las «calles y las plazas», es decir, los diversos modos con que Dios favorece a su criatura. Pero como aquí tampoco en modo alguno le es posible al alma tributar la alabanza convenientemente, por eso dice también: «Lo he buscado y no lo he hallado».

El tercer modo lo encontró en estas palabras que siguen: «Halláronme los guardianes que rondan la ciudad». Le fue dado a entender que la justicia y la misericordia de Dios advierten al alma a entrar en sí misma y, considerando su indignidad ante los beneficios recibidos de Dios, comienza a gemir y a hacer penitencia por sus pecados y a implorar la misericordia de Dios diciendo: «¿Habéis visto a quien ama mi alma?».

Y de este modo, desconfiando de sus propios méritos, se vuelve con humilde confianza hacia el amor de Dios por medio de una ferviente oración, puesto que ya el alma fiel, por inspiración de la gracia, ha encontrado al que ama.

2. Terminada la antífona, con la cual la bondad divina le había concedido saborear estas gracias, además de otras que sería imposible poner por escrito, sintió que su corazón se agitaba con tan irresistible fuerza que incluso todos sus miembros se conmocionaron a tal punto que le parecía que habían perdido todo su vigor. Dijo entonces al Señor: «Ahora veo que puedo decir con toda verdad: he aquí, Amado mío, que no sólo mis entrañas sino incluso todos mis miembros se han conmovido por ti (cf. Gén 43,30)».

El Señor respondió: «Lo que ha salido de mí y vuelve a mí, yo bien lo siento y conozco. Pero tú, revestida aún de carne mortal, no puedes de ningún modo saber en qué manera mi bondad divina se ha conmovido por ti». Y añadió: «Sin embargo, has de saber que, por la fuerza de esta gracia, has recibido una gloria ante mí semejante a la que recibió mi cuerpo en el monte Tabor en presencia de mis tres discípulos, de tal manera que yo también con propiedad puedo decir de ti, conmovido por la dulzura del amor: "Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido plenamente" (Mt 17,5). Es propio de esta gracia que tanto el cuerpo como el alma sean iluminados de modo maravilloso con una gloria resplandeciente».

13. SATISFACCIÓN DIGNA

1. Sucedió que un día, al doblar los ornamentos, se cayó una hostia y se dudaba si había sido consagrada o no. Entonces ella lo consultó al Señor e, iluminada por él, entendió que aquella hostia no había sido consagrada, de lo que, como es natural, se alegró mucho, pues de este modo no se había cometido una -

irreverencia tan grande. Pero deseando ardientemente ganar gloria para Dios, dijo al Señor: «Aunque tu inmensa bondad haya impedido que se te hiciera en este lugar tal ultraje en el Sacramento del altar, sin embargo ya que, oh Dios del universo, eres tan a menudo injustamente ultrajado, no digo sólo por tus enemigos, los paganos y los judíos, sino, ¡ay!, también por tus mejores amigos, es decir, por los fieles rescatados con tu preciosa Sangre e incluso, y esto lo digo con lágrimas (cf. Flp 3,18), por los sacerdotes y religiosos (cf. Mt 22,6; Mc 12,4), yo no revelaré jamás que esta hostia no estaba consagrada para no privarte por mi causa de una reparación».

2. Y añadió: «Dame comprender, Señor Dios, la reparación que más te agrade ante cualquier ofensa, que, aunque hubiera de gastar todas mis fuerzas, de buenísima gana yo la procuraré cumplir para alabanza y gloria de tu amor».

Comprendió entonces que el Señor aceptaba que se recitasen doscientos veinticinco padrenuestros en honor de sus sagrados miembros y que se hicieran otras tantas obras de caridad para con el prójimo, en reverencia de aquel que dijo: «Lo que hicisteis a uno de estos mis pequeñuelos, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40), y en unión de aquel amor por el que Dios se hizo hombre por nosotros.

Comprendió también que se ofreciesen, para su propia alegría divina, un mismo número de renuncias a vanos e inútiles deleites.

¡Oh, qué grandes e inefables son la misericordia y la bondad del Señor, que nos ama y que de tan buena gana acepta de nosotros tales ofrendas, que hasta incluso nos recompensa por cuanto le ofrecemos y si no se las ofreciéramos, recaería sobre nosotros en justicia un castigo proporcionado a la pena!

14. DOS MEDIOS PARA LA ENMIENDA

1. Suele a veces el Señor, celoso siempre de la salvación de sus elegidos, hacerles a éstos muy gravosas aun las cosas pequeñas, viniéndoles por ello un aumento no pequeño del tesoro de sus méritos.

Así también a ella un día le resultó tan penosa la obligación de la confesión que le parecía imposible, por sus propias fuerzas, ser capaz de realizarla. Se encomendó entonces al Señor en la oración

con la mayor devoción que le fue posible. Y recibió del Señor la siguiente respuesta: «¿Me confías esta confesión con entera confianza, disponiéndote a realizarla sin esfuerzo alguno ni más trabajos?».

A lo que respondió ella: «Sí, oh mi amadísimo Señor, con toda verdad confío plena y absolutamente en tu omnipotencia y bondad. Pero considero conveniente, ya que te he ofendido con mis pecados, reflexionar sobre ellos con amargura de mi alma, trabajando para darte pruebas de alguna enmienda».

Habiéndole agradado al Señor estas razones, se entregó ella totalmente a considerar sus pecados y apareció ante sí misma con su piel algo desgarrada, como si se hubiese revolcado entre cañas espinosas.

Manifestó entonces esta miseria suya al Padre de las misericordias para que la curase, como médico muy experimentado y seguro. Y el Señor, inclinándose con bondad hacia ella, le dijo: «Con mi aliento divino calentaré para ti el baño de la confesión; y cuando te hubieres lavado a tu gusto, aparecerás ante mí sin mancha».

Impaciente por desvestirse para entrar en este baño, dijo al Señor: «Señor mío, por amor a tu gloria, me despojo de todo favor humano; y, si es preciso, estoy dispuesta a manifestar al mundo entero todas mis miserias».

Entonces el Señor, estando ya ella desvestida, la cubrió con su manto y la recostó sobre su pecho, mientras esperaba que el baño estuviese preparado.

2. Pero al acercarse la hora de la confesión, sintiéndose muy apesadumbrada por algunos contradictores, dijo al Señor: «Señor, si el amoroso Corazón de tu paternal misericordia no ignora lo costoso que es para mí hacer esta confesión, ¿por qué permites, oh bondadoso Dios, que sea afligida por estos contradictores?».

A lo que le respondió el Señor: «Las jóvenes bañistas son asistidas por masajistas que les dan friegas; del mismo modo, esta incomodidad producida por tus contradictores es para ti una ganancia».

Y entonces apareció a la izquierda del Señor un baño que despedía mucho calor y a su derecha le mostró el Señor un jardín muy ameno y deleitoso, repleto de variadas flores, entre las que se distinguían muy especialmente unas bellísimas rosas sin espinas, las cuales, con toda la fuerza de su lozanía, exhalaban la dulzura de un perfume vivificante, ejerciendo sobre los que se

acercaban una prodigiosa atracción. Y el Señor le hizo señas para que entrase en aquel ameno jardín, si es que lo prefería al baño que ella consideraba tan excesivamente caliente.

Pero ella respondió: «De ningún modo, Señor. Yo entraré sin vacilación en el baño que, con tu aliento divino, has calentado para mí».

Y el Señor le respondió: «Que él sea tu eterna salvación».

3. Comprendió ella entonces que este jardín significaba la íntima suavidad de la gracia divina que, soplando suavemente con el tenue austro del amor (cf. Cant 4,16), impregna al alma fiel con un dulce rocío de amorosas lágrimas y al instante la vuelve más blanca que la nieve y plenamente segura, no sólo del perdón de sus pecados, sino también de haber sido colmada con abundantes méritos. Por esto supo ella cómo había sido muy agradable al Señor el que, por amor a él, hubiese escogido lo más costoso, dejando lo más suave.

Después de la confesión se retiró al oratorio y experimentó la presencia del Señor que la asistía con su benevolencia infinita. En efecto, aquella confesión le había resultado tan gravosa por voluntad divina, que le había costado mucho trabajo manifestar aquellas faltas que cualquier otra persona no se hubiera avergonzado de contar incluso delante de mucha gente.

4. Así pues, hay que saber que son principalmente dos los medios por los que el alma se purifica de todos sus pecados. El primero es la amargura de la penitencia y lo que la acompaña, lo cual está significado en el baño. El segundo medio es el dulce fuego del amor divino y lo que lo acompaña, que está simbolizado en el ameno jardín.

Después de la confesión se representó, en su contemplación, la llaga de la mano izquierda del Señor, para descansar de su esfuerzo —como si se tratara de la sudación relajante que sigue al baño—, hasta que satisficiera la penitencia impuesta por el sacerdote.

Pero como esta penitencia no la podía satisfacer en el acto, se afligía mucho pensando que, antes de su cumplimiento, no le sería concedido gozar con mayor libertad e intimidad de la presencia de su dulcísimo y amantísimo Señor. Después, durante la misa, cuando la hostia sacrosanta era ofrecida por el sacerdote para reconciliar a toda la humanidad pecadora muy verdadera y eficazmente, ella ofreció esta misma ofrenda al Señor en acción de gracias por el saludable baño y en expiación propiciatoria de todos sus pecados. La ofrenda fue aceptada y ella misma fue acogida en el seno del benignísimo Padre, donde experimentó que verdade-

ramente la había visitado el Sol que nace de lo alto [4] con sus entrañas de misericordia y verdad.

15. EL ÁRBOL DE LA CARIDAD

1. Al día siguiente, durante la misa, en el momento de la elevación de la hostia, una especie de somnolencia disminuía su atención y devoción. Pero el sonido de la campanilla la despabiló repentinamente y entonces vio al Señor Jesús Rey (cf. Is 6,5), que tenía en sus manos un árbol cortado a ras de suelo, pero cuajado de magníficos frutos; cada una de sus hojas emitía, a manera de estrellas, rayos de maravilloso resplandor. El Señor sacudió este árbol en medio de la corte celestial y todos gozaron extraordinariamente de sus frutos.

Pero poco después el Señor depositó este árbol en su corazón, como en medio de un jardín, a fin de que ella trabajase para acrecentar sus frutos (cf. Gén 2), reposase bajo su sombra y de él reparase sus fuerzas. Tan pronto como lo tuvo plantado en su corazón, empezó, con el fin de acrecentar sus frutos, a orar por una persona que la había disgustado muy pocos momentos antes, ofreciéndose a sufrir de nuevo el dolor profundo que poco antes había sentido, para que le fuese otorgada más copiosamente la gracia de Dios.

Mientras pedía esto, vio en lo más alto del árbol una flor de un color agradabilísimo que llegaría a dar fruto si ponía por obra su buena voluntad. Este árbol simbolizaba pues la caridad, la cual no sólo abunda en frutos de buenas obras, sino también en flores de buenos deseos y aun en relucientes hojas de santos pensamientos. Por eso, los ciudadanos del cielo experimentan una gran alegría cuando un hombre se inclina hacia otro hombre y se esfuerza en aliviar, en la medida que le es posible, las necesidades del prójimo.

También en ese mismo instante de la elevación de la hostia recibió un adorno resplandeciente de oro (cf. Sal 45) que se añadía al vestido rosa que había recibido la víspera, cuando reposaba sobre el pecho del Señor.

2. El mismo día, durante la hora de nona, se le apareció el Señor bajo la figura de un distinguido y hermoso joven pidiéndole que cogiera algunas nueces de aquel árbol y se las ofreciese. Luego,

[4] Cf. Cántico del *Benedictus*.

la levantó en vilo y la puso sobre una rama del árbol. Dijo ella entonces: «¡Oh, amabilísimo joven!, ¿por qué me pides esto a mí que soy débil tanto por mis virtudes como por mi sexo? ¿No sería más propio que tú me las alcanzaras?».

«No —respondió él—; la esposa en casa de sus padres está como en su propia casa y puede obrar con más libertad que el discreto esposo, que va sólo de visita de vez en cuando. Pero si la esposa ha prestado a la discreción del esposo algún servicio, cuando éste la reciba en su casa, no verá la hora de poder corresponderla con igual gratitud en todas las cosas».

Con estas palabras le dio a entender que es absurda la excusa que algunos ponen: «Si Dios quisiera que yo hiciese esto o aquello, me daría con seguridad la gracia para ello», como si no fuera justo que el hombre en esta vida deba someter su juicio a Dios, sin que conceda a su propia voluntad sacar ventaja personal alguna. Y en el futuro le será recompensado con gran reconocimiento.

Al querer ella entonces ofrecer al joven las nueces, subió éste al árbol y sentándose junto a ella, le indicó que les quitase la cáscara y la piel, preparándolas así para que él las pudiese comer. Con esto quería darle a entender que no basta que el hombre someta su juicio determinándose a hacer el bien a su enemigo, sino que es preciso también buscar la ocasión para ponerlo por obra. Así pues, la enseñanza que se le daba en esta alegoría de las nueces es que debía hacer el bien a los que la perseguían.

Por eso el Señor solamente le señaló en ese árbol, que tenía otros frutos, las nueces, que tienen la cáscara amarga y dura, porque la caridad para con los enemigos debe mezclarse con la dulzura del amor de Dios, que es el que dispone al hombre a sufrir incluso la muerte por Cristo.

16. PERSECUCIÓN Y COMUNIÓN ESPIRITUAL

1. Mientras cantaba la comunidad la misa «Salve, Sancta Parens», en honor de la Madre de Dios, el último día en que se celebraban los Divinos Oficios, tras el que habían de omitirse por un entredicho [5], dijo al Señor en su oración: «¿De qué manera nos

[5] Este entredicho había sido lanzado por los canónigos de Halberstadt contra el monasterio, durante la vacante de la sede episcopal, por competencia de ciertos derechos temporales sobre él.

consolarás, oh Dios de infinita bondad, en esta tribulación actual?».

A lo que respondió el Señor: «Aumentaré mis delicias en vosotras. Así como el esposo goza más libremente de la esposa en privado que en público, así también vuestros suspiros y desconsuelos serán mis delicias. En vosotras también crecerá mucho más mi amor, como se acrecienta la fuerza del fuego cuando se cubre. Y más todavía: lo mismo que el agua cuando va en crecida se desborda irrumpiendo con ímpetu, así también se desbordarán y aumentarán mis delicias en vosotras y vuestro amor en mí».

Entonces preguntó ella: «¿Y cuánto tiempo durará este entredicho?».

Le respondió el Señor: «Mientras dure, durarán también estas gracias».

Pero ella añadió: «Los grandes príncipes consideran deshonroso admitir en su intimidad a alguna persona de la más baja y vil condición. De la misma manera también tú, Rey de reyes, podrías considerar inconveniente descubrirme a mí, la más vil de todas las criaturas, los secretos de tu divina providencia. Creo que ésta es la causa de que no me hayas dado una respuesta clara a mi última pregunta, aun cuando antes de que todas las cosas tengan su principio, ya es patente para ti su término».

Respondió el Señor: «No es por eso, sino por el gran cuidado que tengo de tu salvación. Por eso unas veces te doy entrada a mis secretos elevándote por la contemplación y en otros momentos, por el contrario, te los oculto para guardar tu humildad. De este modo, cuando los recibes, descubres lo que eres por mí; y cuando te ves privada de ellos, reconoces lo que eres por ti misma» (cf. *Diálogos,* 21).

2. También durante el canto del ofertorio *Acuérdate, Virgen Madre,* al llegar a las palabras: «que intercedas en nuestro favor», se dirigió ella a la Madre de todas las gracias. Entonces el Señor le dijo: «No es necesario que alguien interceda por vosotras, pues yo, por mí mismo, os soy del todo propicio».

Pero ella, acordándose de las muchas imperfecciones, tanto de sí misma como de las otras hermanas, dudaba de que el Señor hubiese podido asegurar que estaba completamente satisfecho. Entonces entendió que el Señor le decía tiernamente: «La bondad de mi naturaleza me inclina a fijarme en la parte mejor, abrazándola con toda mi divinidad. Las partes más imperfectas las cubro con las más perfectas».

Dijo entonces ella: «¡Oh Dios infinitamente esplendoroso!, ¿cómo puedes concederme ahora tantos y tan consoladores dones de tu gracia, tan indigna y tan poco preparada como estoy para recibirlos?».

A lo que el Señor contestó: «El amor me fuerza a ello».

Dice ella: «¿Dónde están entonces estas manchas ocasionadas por la impaciencia de mi corazón que hace tan sólo unos momentos he cometido y de la que me he dejado llevar un poco en mis palabras?».

El Señor respondió: «El fuego de mi divinidad las ha consumido totalmente. Así es como destruyo yo toda mancha de imperfección en las almas a las que gratuitamente me inclino, llevado sólo por mi bondad».

Dijo entonces ella: «¡Oh clementísimo Dios!, ya que tantas veces tu gracia se ha anticipado a mi indignidad, querría saber si estas faltas de impaciencia y otras semejantes las deberá purificar mi alma después de la muerte».

Y como el Señor, en su gran bondad, aparentara no haber oído, insistió de nuevo ella: «Verdaderamente, Señor, si la perfección de tu justicia así lo exigiera, libre y gustosamente bajaría incluso al infierno para corregirme conforme tú lo mereces. Pero si glorifica más a tu naturaleza bondadosa y misericordiosa que estas faltas sean consumidas por tu amor, con total libertad exigiré a tu amor que purifique mi alma, aunque no lo merezca, de todas sus manchas». Lo que el Señor bondadosamente aceptó, conforme a la abundancia de su divina clemencia.

3. Al día siguiente, mientras se celebraba la misa para el pueblo, hacia el momento de la comunión, dijo ella al Señor: «¿No te da lástima, oh clementísimo Padre, de que a causa de estos bienes temporales necesarios para sustento nuestro en tu servicio, nos veamos privadas de este bien tan precioso, como es el de tu cuerpo y sangre?».

A lo que el Señor respondió: «¿Cómo podría sentir lástima de mi esposa cuando yo mismo la conduzco a las ricas y hermosas salas del banquete, componiendo además con mis propias manos sus desordenados vestidos y adornos, con el fin de introducirla allí con mayor decoro, aunque para ello, antes de entrar, tenga que apartarla un poco a un lugar más austero?».

Dijo ella entonces: «¿Cómo pueden, Señor mío, gozar de tu gracia los que nos han infligido este daño?».

Y el Señor: «Tú déjalos; yo lo trataré con ellos».

4. Otro día, hacia el momento de la consagración de la hostia saludable, cuando ella iba a ofrecer esta misma hostia en alabanza eterna y por la salvación de toda la comunidad, la recibió el Señor en sí mismo y exhaló de lo más íntimo de sus entrañas una vivificante suavidad diciendo: «Con este aliento las saciaré de un alimento divino».

Dijo entonces ella al Señor: «Señor mío, ¿vas a hacer partícipe de ello a toda la comunidad?».

«No —respondió él—, sino solamente a las almas que lo desean o a las que querrían desearlo. Respecto a las demás, ya que pertenecen también a este monasterio, recibirán el beneficio de desearlo, como el que teniendo poco apetito, sin embargo se ve arrastrado por el agradable olor de los alimentos y termina comiéndolos con placer».

5. El día de la Asunción, en el momento de la elevación de la hostia, comprendió que el Señor le decía: «Yo vengo a inmolarme a Dios Padre, en favor de mis miembros».

Ella respondió: «¿Y permites tú, mi amadísimo Señor, que nosotras, que somos tus miembros, seamos apartadas de ti por la excomunión con que nos amenazan los que quieren arrebatarnos nuestros bienes?».

El Señor le contestó: «Si alguien pudiese quitarme lo más íntimo de mi ser, donde vosotras estáis unidas a mí, ese tal os apartaría de mí». Y añadió: «Esta excomunión, que os ha sido impuesta por esos motivos, no os hará más daño que el que haría un cuchillo de madera a un objeto imposible de cortar; sería absolutamente imposible que pudiese penetrar y, como mucho, sólo dejaría un ligero rastro».

Dijo ella entonces al Señor: «Oh Señor Dios, tú que eres la verdad infalible, ¿acaso no me hiciste saber, a pesar de mi indignidad, que estabas dispuesto a aumentar en nosotras tus delicias y a acrecentar nuestro amor a ti? ¿Cómo es que entonces se quejan algunas de haberse enfriado su amor a ti?».

Y el Señor le respondió: «Yo conservo dentro de mí todos los bienes y soy yo el que reparte a cada uno, a su debido tiempo, lo que le conviene».

17. CONDESCENDENCIA DEL SEÑOR Y PARTICIPACIÓN

1. Un domingo en el que coincidió la doble celebración de la fiesta de San Lorenzo y el aniversario de la dedicación de la iglesia, durante la primera misa, mientras pedía por algunas personas que devotamente se habían encomendado a sus oraciones, vio que bajaba, desde el trono celeste hasta el suelo, una cepa verde cuyas hojas extendidas servían de peldaños para subir desde el suelo. Ella comprendió que ello significaba la fe, por medio de la cual los elegidos son elevados a las realidades celestes.

A la hora en que la comunidad debería haber comulgado, de no haberlo impedido el entredicho, reconoció ella a muchos miembros de la comunidad que estaban en la parte más alta, a la izquierda del trono, y al mismo Hijo de Dios, que estaba de pie, con gran reverencia, en presencia del Padre celestial. Entonces experimentó un gran deseo de que, tanto a ella como a las demás allí presentes, les fuese ofrecido espiritualmente el Sacramento de vida, por la divina clemencia, a la que ningún poder humano puede impedírselo.

Vio entonces que el Señor Jesús, como si hubiese mojado en el corazón de Dios Padre la hostia que llevaba en su mano, la sacaba después enrojecida, como teñida en sangre. Esto la dejó muy perpleja y dentro de sí se preguntaba por su significado, puesto que el color rojo es el símbolo de la pasión y nunca hubo en Dios Padre ninguna clase de sufrimiento, como lo daría a entender dicho color.

Absorbida por estos pensamientos, no se dio cuenta si se había realizado el deseo que ella había manifestado. Sólo un poco más tarde entendió que el Señor se había preparado, en el corazón y en el alma de todas las que había visto antes encumbradas en las alturas, una agradable morada de reposo. Pero no pudo de ninguna manera saber cómo ello se había llevado a cabo.

2. Entre tanto se acordó de que una persona, justo antes de la santa misa, se había encomendado con humildad y devoción a sus oraciones; pidió al Señor por ella, suplicándole que la hiciese partícipe de este mismo favor.

Y recibió a este respecto la siguiente respuesta: «Nadie puede llegar hasta allí si no se eleva, a través de esta subida que te he mostrado, por medio de la confianza, de la que esta alma por la que ahora me pides tiene muy poca».

Respondió ella: «Señor, me parece que lo que debilita su confianza es su humildad, virtud a la que tú también sueles dar muy abundantes gracias».

Respondió el Señor: «Yo bajaré y comunicaré mis dones a esa alma y a las demás que están en el valle (de la humildad)».

Después vio al Señor de los ejércitos bajar por una escalera teñida de rojo y luego se le apareció en medio del altar de la iglesia, revestido con los ornamentos pontificales y teniendo en sus manos una píxide parecida a las que sirven habitualmente para guardar la hostia consagrada. Durante la misa, hasta el prefacio, permaneció sentado de cara al sacerdote. Y una gran multitud de ángeles, que llenaba completamente toda la parte de la iglesia que estaba a la derecha del Señor, es decir, al septentrión, formaba su cortejo. Estos ángeles manifestaban su singular alegría de visitar estos lugares en los que sus conciudadanos, es decir, las monjas de la comunidad, habían ofrecido muchas veces sus devotas oraciones a Dios. A la izquierda del Señor, es decir, hacia la parte del mediodía, había un solo coro de ángeles. Un poco más lejos, el coro de los apóstoles, luego el coro de los mártires, después el coro de los confesores, tras los cuales se hallaba también el coro de las vírgenes.

Mientras contemplaba admirada este espectáculo y recordaba que «la incorrupción, como atestigua la Escritura, nos hace estar cerca de Dios» (Sab 6,19), entendió que entre el Señor y las santas vírgenes resplandecía un fulgor especial de nívea blancura que las unía al Señor más que los demás santos, con una suavísima dulzura y con una maravillosa y gozosa familiaridad.

Entendió también que algunos rayos de maravilloso resplandor se dirigían hacia algunas personas de la comunidad y las alcanzaban directamente, como si no hallaran ningún obstáculo entre el Señor y ellas, aun cuando muchos muros de la iglesia las separaban de donde estaba el Señor.

3. Mientras se deleitaba maravillosamente en estas cosas, su solicitud se dirigía también hacia otros miembros de la comunidad. Dijo entonces al Señor: «Puesto que tu generosa bondad, Señor, me ha favorecido ahora con esta gracia tan increíblemente dulce, ¿qué darás también a las que quizá en este momento estén ocupadas en trabajos exteriores y que gozan menos de semejantes gracias?».

A lo que respondió el Señor: «Yo las unjo con bálsamo, aunque estén distraídas».

Considerando ella la virtud de este bálsamo, se maravilló mucho de que pudiesen alcanzar el mismo fruto tanto las que se ejercitaban en las cosas espirituales como las que no, ya que el efecto del bálsamo es el de preservar de la corrupción a los cuerpos que son ungidos por él y poco importa que sean ungidos estando dormidos o despiertos.

Recibió también, a modo de ejemplo, esta comparación más clarificadora: cuando el hombre come, todo su cuerpo, en cada uno de sus miembros, se siente fortalecido, aunque sólo la boca se deleita saboreando el alimento. Así también cuando algunas almas escogidas reciben gracias especiales, la bondad infinita de Dios concede un aumento de méritos a todos los miembros, especialmente a los miembros de una misma comunidad, excepto a los que, por su envidia o mala voluntad, a sí mismos se lo impiden.

4. Durante la entonación del «Gloria», el Señor Jesús, Pontífice supremo, exhaló hacia el cielo, para gloria del Padre, un soplo divino semejante a una ardiente llama. Y a las palabras: «Y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor», dirigió a todos los presentes el mismo soplo, bajo la forma de una luz blanca. Luego, al «Levantemos el corazón», el Hijo de Dios se levantó y, como si ejerciera sobre ellos una poderosa atracción, arrastró hacia sí los deseos de todos los presentes. Después, volviéndose hacia el oriente, escoltado por todas partes de innumerables ángeles, se puso en pie con las manos en alto y ofreció a Dios Padre, por las palabras del prefacio, los votos de todos los fieles. A continuación, a la entonación del «Cordero de Dios», se alzó con toda su majestad sobre el altar y al segundo «Cordero de Dios» derramó, en lo más íntimo de cada una de las almas allí presentes, su insondable sabiduría. Y al tercer «Cordero de Dios», dirigiéndose hacia el cielo y llevando en sí mismo los deseos y los votos de todos, los presentó en ofrenda a Dios Padre. Después, conforme a su infinita bondad, con su sagrada boca dio el beso de paz a todos los santos allí presentes. Sin embargo, con el coro de las vírgenes quiso tener una predilección especial, que no había tenido con los demás: tras el ósculo de paz, les concedió también el privilegio de depositar en sus pechos un beso infinitamente dulce.

Después de esto, el Señor, derramándose todo él en suave amor divino, se entregó a sí mismo a la comunidad con estas palabras: «Soy todo vuestro, en propiedad. Por lo tanto, goce cada una de vosotras de mí en la medida de sus deseos».

Dijo ella entonces al Señor: «Señor, aunque yo me encuentro ahora saciada de una increíble dulzura, sin embargo cuando estás en el altar, me parece que estás muy lejos de mí. Por eso, durante la bendición de esta misa, obra en mí con tal eficacia, que mi alma se vea hecha una cosa contigo».

18. PREPARACIÓN PARA COMULGAR Y OTROS PUNTOS

1. Acercándose un día a recibir el Sacramento de vida mientras se cantaba la antífona «Goza y alégrate», al llegar a las palabras «Santo, Santo, Santo», se postró en tierra con humildad de corazón, suplicando al Señor que se dignara prepararla para que, en alabanza suya y bien del mundo entero, pudiese dignamente participar en el banquete celeste.

Entonces el Hijo de Dios, cual tierno enamorado, se inclinó de repente hacia ella e imprimió en su alma un beso lleno de suavidad; y mientras se cantaba el segundo «Santo», le dijo: «En este Santo, que está dirigido a mi persona, te doy con este beso toda la santidad de mi divinidad y humanidad para que con ella puedas acercarte a recibir la comunión dignamente preparada».

2. Pero al día siguiente, que era domingo, mientras daba gracias a Dios por tal don, el Hijo de Dios, el más hermoso sobre millares de ángeles (cf. Sal 45,3), la tomó en sus brazos, como gloriándose de ella y con gozo la presentó a Dios Padre, con toda la perfección de santidad que él, de su misma Persona, le había dado. Y Dios Padre, a través de su Hijo Unigénito, tanto se complació en su alma que, como si no pudiera contenerse, le dio él también, juntamente con el Espíritu Santo, su correspondiente Santo, para que de este modo alcanzase una perfecta bendición de toda su santidad, como también de su Omnipotencia, Sabiduría y Bondad.

3. En otra ocasión, estando para comulgar, vio que muchas hermanas no podían hacerlo por distintos motivos. Entonces, alegrándose en su espíritu, «con íntimo sentimiento del corazón» (*Regla* de S. Benito, c.7, 51), dijo al Señor: «Te doy gracias, oh Dios mío, amadísimo Amador, de que me hayas puesto en tales condiciones, que ni mis parientes ni ninguna otra causa pueden impedirme la participación en tu dichosísimo banquete».

A lo que el Señor le respondió, con su acostumbrada y bondadosa dulzura: «Así como tú misma reconoces que nada puede impedirte acercarte a mí, así también has de saber que absolutamente nada, ni en el cielo ni en la tierra, ni tan siquiera el juicio ni la justicia, podrán impedirme que, conforme a la plena complacencia de mi divino Corazón, yo te conceda mis bienes».

4. En otra ocasión, mientras se disponía también a recibir la comunión, con grandes deseos de ser preparada dignamente por el Señor, éste, con dulzura y amor, le dirigió estas consoladoras palabras: «He aquí que yo me revisto de ti para poder favorecer a los contumaces pecadores, extendiendo hacia ellos mi divina mano sin menoscabarla. Y a ti te revisto de mí mismo para que traigas ante mí a todos aquellos que conservas en tu memoria; más aún, que lleves a esta dignidad a todos los que comparten tu misma naturaleza, para que yo pueda beneficiarles, según mi real munificencia».

5. Otro día, en que debía igualmente participar en los divinos misterios, mientras traía a su memoria los beneficios de Dios para con ella, se acordó de aquel pasaje del libro de los Reyes: «¿Quién soy yo y quién es la familia de mi padre?» (1 Sam 18,18). Y dejando a un lado lo de «¿Quién es la familia de mi padre?», pues pensaba que aquellas personas habían vivido en su respectivo tiempo conforme a la ley de Dios, se consideró a sí misma una planta muy pequeña que, puesta junto al fuego inextinguible del Corazón divino, recibía sus beneficios y se abrasaba dentro de sí misma de una forma natural y que por las faltas de sus negligencias iba de hora en hora perdiendo sus fuerzas por incuria y, ya casi reducida a la nada, le parecía que yacía como un pobre carbón apagado.

Se volvió entonces a Jesús, Hijo de Dios, intercesor benignísimo, y le suplicó que se dignara presentarla, sea como fuere, ya reconciliada, a Dios Padre. Le pareció entonces que el amorosísimo Jesús la atraía hacia sí en la llama de amor de su Corazón traspasado, la lavaba con el agua que salía de él y la rociaba con la sangre vivificadora de su costado. Esto la reanimó y, de un pequeñísimo carbón, ella se transformó en un árbol frondoso cuyas ramas se dividían en tres partes a la manera de los lirios. Entonces el Hijo de Dios, tomando este árbol, lo presentó con gratitud y reverencia a la Trinidad eternamente adorable.

Una vez ofrecido, toda la santa Trinidad se inclinó hacia él con gran benevolencia. Dios Padre, por su poder divino, colocó en las ramas más altas todos los frutos que esta alma hubiese podido dar

si se hubiera puesto convenientemente a disposición de la omnipotencia divina. Le parecía igualmente que, tanto el Hijo de Dios como el Espíritu Santo, depositaban los frutos de la sabiduría y bondad en las otras dos partes de las ramas.

6. Seguidamente, después de haber recibido el Cuerpo de Cristo y de haber visto su alma, como antes dijimos, bajo la forma de un árbol que tenía hincadas sus raíces en la llaga del costado de Jesucristo, ella sintió de una manera maravillosa y nueva que de la misma llaga subía la virtud de la humanidad y de la divinidad, como sube la savia por la raíz y como si penetrara por cada una de las ramas, frutos y hojas. Y de tal manera fue esto así que el fruto de toda la vida del Señor adquirió un nuevo esplendor, lo mismo que el oro brilla más a través del cristal.

Por eso no sólo la Santísima Trinidad, sino también todos los santos, experimentaron una satisfacción de maravillosa alegría. Éstos, levantándose en señal de reverencia a la Santísima Trinidad [6] y doblando sus rodillas, ofrecieron cada uno de ellos sus méritos en forma de coronas, colgándolas en las ramas del mencionado árbol, en alabanza y gloria de aquel que, resplandeciendo por medio de ella, se dignaba alegrarlos con un nuevo gozo.

Pidió luego al Señor que concediera a todos los que están en el cielo, en la tierra e incluso en el purgatorio (ya que todos, con razón, deberían haberse beneficiado del fruto de sus trabajos, si ella no hubiese sido negligente) el provecho, al menos ahora, de los frutos que la divina bondad le había comunicado a ella. Entonces cada una de estas obras, representadas por los frutos del árbol, comenzó a destilar un licor muy benéfico, una parte del cual cayó dulcemente sobre los bienaventurados, aumentándoles su alegría; otra parte fue a parar al purgatorio, mitigando las penas de las almas; y, por último, una tercera parte descendió sobre la tierra, aumentando en los justos la dulzura de la gracia y en los pecadores la amargura de la penitencia.

7. Un día, durante la misa, en el momento de la elevación de la Hostia, mientras ella ofrecía esta misma Hostia sacrosanta a Dios Padre como digna reparación de todos sus pecados y en compensación de todas sus negligencias, comprendió que su alma, presentada ante la divina Majestad, había sido aceptada con aquella complacencia con la que Cristo Jesús, esplendor e imagen de la gloria del Padre (cf. Col 1,15; Heb 1,3), Cordero de Dios sin

[6] Cf. *Regla* de San Benito, 9,7 (Madrid ²1993; BAC 406), p.102.

mancha, se ofrecía a sí mismo a Dios Padre sobre el altar, en aquel mismo instante, por la salvación del mundo. Porque Dios Padre la veía, a través de la purísima humanidad de Jesucristo, limpia de todo pecado e inmaculada y, a través de su excelentísima divinidad, enriquecida y adornada con toda clase de virtudes con que la misma gloriosa divinidad de Jesucristo distinguió a su misma santísima humanidad.

8. Mientras daba gracias al Señor, como podía y gozosa con el maravilloso favor de la bondad divina, el Señor le hizo comprender que cuantas veces alguien asiste con devoción a la misa, uniéndose a Dios, que en este sacramento se ofrece a sí mismo por la común salvación del mundo, Dios Padre verdaderamente le contempla con la misma complacencia que a la Hostia sacrosanta que a él se ofrece, como le sucede al que saliendo de la oscuridad a la luz del sol, de repente se ve totalmente iluminado.

Entonces, preguntó ella al Señor: «¿Pero acaso, Señor mío, no pierde inmediatamente esta dicha el que cae en pecado, como el que al volver de la luz del sol a la oscuridad pierde la agradable claridad de la luz?».

«No —respondió el Señor—, pues si bien el que peca se oculta a sí mismo un tanto de la luz de la misericordia divina, sin embargo mi bondad siempre conserva en el hombre, en orden a la vida eterna, un rastro de aquella bienaventuranza, la cual aumenta y se multiplica cada vez que procura asistir con devoción a los sagrados misterios».

9. Meditando un día, después de comulgar, con cuánta diligencia se debía guardar la lengua, que de entre todos nuestros miembros es la que de una manera especial recibe el precioso sacramento de Cristo, fue instruida con esta comparación: el que no guarda su lengua de palabras vanas, mentirosas, torpes, maledicentes y otras semejantes y se acerca a la Santa Comunión sin arrepentirse, recibe a Cristo —por cuanto entra dentro de él— como el que en la misma entrada de su casa recibiera a un huésped sepultándolo bajo una lluvia de piedras amontonadas en el dintel de la puerta o golpeara su cabeza con el duro cerrojo.

El que esto leyere considere, con profundos sollozos de compasión, que la acusación a una tan gran crueldad se hizo con tan gran bondad, y a pesar de todo, aquel que vino con tanta mansedumbre a salvar a los hombres, fue cruelmente perseguido por aquellos mismos que venía a salvar. Y esto mismo puede experimentarse con cualquier otro pecado.

10. Otro día en que iba a comulgar, considerándose insuficientemente preparada y que el momento de hacerlo se acercaba, habló de esta manera a su alma: «Mira, ya el Esposo te llama, ¿cómo vas a salir a su encuentro sin estar, como sería justo, preparada y adornada de méritos?».

Entonces ella, viéndose aún más indigna y desconfiando absolutamente de sí misma, poniendo su esperanza en la misericordia de Dios, se dijo para sus adentros: «¿De qué me serviría detenerme?, pues aunque me dedicase durante mil años con todo mi empeño a prepararme, de ningún modo estaría convenientemente preparada, ya que no hay absolutamente nada en mí que pueda servir para tal preparación. Saldré pues a su encuentro con humildad y confianza y cuando él me vea de lejos, conmovido por su propio amor y poderoso como es, me enviará aquello que sea necesario para presentarme ante él dignamente preparada». Y con estos sentimientos avanzó teniendo los ojos de su corazón fijos en su deformidad y falta de compostura.

11. Mas apenas había dado algunos pasos cuando se le apareció el Señor dirigiéndole una mirada de compasión o, mejor, de amor, enviando a su encuentro su inocencia, con el fin de prepararla convenientemente, para que se vistiera con ella, como con una blanca y delicada túnica; su humildad, con la cual él tiene a bien unirse a criaturas tan indignas, para que se cubriera con ella como con una vestidura de color violeta; su esperanza, con la que él anhela y se abrasa en deseos de abrazar al alma, sería su adorno de color verde; su amor, que le hace conmoverse por las almas, la rodearía como con un manto dorado; su alegría, que le hace deleitarse en el alma, sería para ella como una corona de piedras preciosas; finalmente, su confianza, con la cual él se digna apoyarse sobre una vil criatura de naturaleza frágil, pues puso sus delicias en habitar con los hijos de los hombres (cf. Prov 8,31), le serviría de calzado. Y de este modo podía dignamente presentarse ante él.

12. Después de recibir la comunión, estando recogida dentro de sí misma, se le mostró el Señor bajo la figura del pelícano, tal como suele representársele, traspasando con el pico su corazón. Preguntó entonces llena de admiración: «Señor mío, ¿qué quieres enseñarme con esta alegoría?».

El Señor le respondió: «Que consideres qué inestimables estímulos de amor me mueven a entregar este don tan precioso, que preferiría, si no fuese impropio hablar así, volver a morir después

de haber entregado este don, antes que negárselo al alma amante. Además, considera también de qué manera tan excelente tu alma, después de haber recibido este don, ha sido vivificada con una vida que permanece para siempre, como el polluelo del pelícano es vivificado por la sangre del corazón de su padre».

13. Otro día en que un predicador había hablado largamente sobre la justicia divina, consideró ella con tanta atención lo que se decía que, espantada, no se atrevía a acercarse a los divinos misterios. Entonces el Señor, en su bondad, la animó con estas palabras: «Si desdeñas mirar con tus ojos interiores mi bondad, que de múltiples modos te he mostrado, mira al menos con los ojos del cuerpo en qué píxide tan pequeña estoy encerrado para salir a tu encuentro. Y ten por cierto que el rigor de mi justicia está completamente encerrado en la mansedumbre de mi misericordia, la cual muestro favorablemente para con el género humano en la manifestación de este sacramento».

14. En otra ocasión, en una circunstancia parecida y de la misma manera, la bondad divina la invitó a saborear la dulzura de su suavidad con estas palabras: «Mira la pequeña forma en la cual yo te manifiesto toda mi divinidad y mi humanidad y compara sus dimensiones con las del cuerpo humano y juzga por ello la benevolencia de mi bondad, pues de igual modo que el cuerpo humano excede en dimensión a mi cuerpo, es decir, a la cantidad de la especie de pan bajo la cual está presente mi cuerpo, así mi misericordia y mi amor me mueven en este sacramento a permitirle al alma amante que de alguna manera prevalezca sobre mí, de la misma manera que el cuerpo humano supera en dimensiones al mío».

15. Otro día, mientras se distribuía la Hostia de la salvación, le manifestó de nuevo el Señor su benevolencia con estas palabras: «¿Has caído en la cuenta de que el sacerdote al distribuir la Hostia mantiene sobre los brazos los ornamentos de que está revestido por reverencia del Sacramento y toca mi cuerpo con sus manos desnudas? Comprende por esto que aunque, como es propio, yo mire con bondad todas las obras que se hacen para mi gloria, como son las oraciones, los ayunos, las vigilias y otros ejercicios semejantes, sin embargo —aunque no lo entiendan las almas menos preparadas— me hago presente a mis elegidos con un amor más compasivo cuando ellos, espoleados por el acicate de su fragilidad humana, se refugian en mi misericordia. Esto es lo que te he

querido enseñar al hacerte ver que la mano de carne del sacerdote está más cerca de mi cuerpo que sus ornamentos».

16. En otra ocasión, cuando la campana tocaba para la comunión y se entonaba la antífona, sintiéndose ella insuficientemente preparada, dijo al Señor: «¡Oh Señor mío, he aquí que ya estás para venir a mí! ¿Cómo es que no me has enviado de antemano, según tú puedes hacer, los aderezos de la devoción con los que hubiese podido salir a tu encuentro más dignamente preparada?».

A lo que respondió el Señor: «A veces al esposo le gusta más ver el cuello blanco de la esposa que cubierto con un collar y se deleita más en acariciar sus delicadas manos que en verlas ricamente engalanadas con guantes. Del mismo modo yo también algunas veces me complazco más en la virtud de la humildad que en la gracia de la devoción».

17. Un día en que, por algún impedimento, varios miembros de la comunidad se abstuvieron de comulgar y en que ella, por este motivo, después de recibir los santos Misterios, daba gracias al Señor con mayor devoción, le decía: «Convidada a tu banquete, vine dándote gracias» [7].

Entonces el Señor, con suavísimas palabras, «más dulces que la miel, que la miel virgen del panal» (Sal 19,11), le dijo: «Sábete que yo te deseaba con todo mi corazón».

Dijo entonces ella: «Oh Señor, y ¿qué gloria deleitable puede sacar tu divinidad de que con mis indignos dientes triture tus inmaculados sacramentos?».

A lo que respondió el Señor: «El amor que se siente en el corazón hace dulces las palabras del amigo. Así también yo, a causa de mi amor, encuentro en mis elegidos una alegría que ellos mismos a veces no experimentan».

18. En otra ocasión, durante la distribución de la comunión, deseaba ella vivamente ver la Sagrada Hostia, pero se lo impedía el gran número de personas que se acercaban a comulgar. Entendió entonces que el Señor tiernamente la convidaba y le decía: «Este dulce secreto que se realiza entre nosotros conviene que sea desconocido por aquellos que están lejos de mí. Pero si tú quieres tener la dicha de conocerlo, acércate y experimenta, no viéndolo, sino gustándolo, a qué sabe este "maná escondido" (Ap 2,17)».

19. Viendo un día que una de las hermanas se acercaba muy temblorosa a recibir los sacramentos de la vida, se apartó al

[7] De un antiguo Responsorio del Oficio divino.

instante de ella disgustada y como indignada. Entonces el Señor dulcemente la reprendió con estas palabras: «¿No ves que no es menos conforme la reverencia de honor que se me debe dar que la dulzura de amor? Ahora bien, puesto que las deficiencias de la naturaleza humana la hacen incapaz de cumplir indistintamente tanto uno como otro deber con un único sentimiento y puesto que sois miembros las unas de las otras, es conveniente que lo que una no tiene por sí lo reciba por medio de otra. Por ejemplo, el que se siente muy tocado por la dulzura del amor, que se dedique menos al sentimiento de la reverencia, alegrándose de que otro le supla con su entrega a la reverencia y a su vez desee que éste alcance los consuelos de la unción divina».

20. En otra ocasión, viendo también a otra hermana que se asustaba por el mismo motivo, rogó por ella al Señor y él le respondió: «Yo querría que mis elegidos no me juzgaran tan cruel, sino que creyesen y aceptasen que tengo por bueno, más todavía, por sumamente bueno, todo servicio que hagan a sus expensas por mí. Por ejemplo: da culto a Dios a sus expensas quien, sin tener el sabor de la devoción, no deja de servir por ello menos a Dios con oraciones, genuflexiones y otros actos semejantes y, sobre todo, confía en que la bondad de Dios aceptará con agrado este servicio».

21. Mientras oraba por otra hermana que se quejaba también de tener menos devoción el día en que debía comulgar que los otros días ordinarios, le respondió el Señor: «Esto no sucede por casualidad, sino que responde a un plan mío. En efecto, cuando en los días ordinarios o a horas imprevistas, yo infundo la gracia de la devoción, es para procurar elevar hacia mí el corazón del hombre, pues si no, permanecería quizá en su tibieza. Y al contrario, cuando en los días festivos o en el momento de la comunión yo retiro mi gracia, los corazones de los elegidos se ejercitan más en la determinación de sus deseos o en su humildad. Por eso a veces les aprovecha más para su salvación este ejercicio de su voluntad o una tal mortificación espiritual que la gracia de la devoción».

22. Orando también en otra ocasión por una persona que se había abstenido de recibir el cuerpo del Señor con el fin de que no se escandalizaran los que la vieran, debido a una culpa leve que había cometido, fue instruida por el Señor con esta comparación: «Cuando una persona encuentra en su mano una mancha manifiesta, inmediatamente se lava las manos, y después de lavár-

selas, no sólo desaparece dicha mancha, sino que incluso sus mismas manos quedan más limpias que antes. Lo mismo les sucede a veces a mis elegidos: permito que caigan en alguna culpa leve para que así, arrepintiéndose de ella, su humildad les haga más agradables a mí. Pero algunos, a cambio de un tal beneficio, me contrarían, pues menosprecian la belleza interior con que yo me complazco después que han hecho penitencia y se preocupan sólo de una limpieza exterior dependiente del juicio de los hombres. Así sucede, por ejemplo, cuando no se preocupan de aprovecharse de la gracia que yo les doy al recibir el Sacramento, por parecerles que los hombres les van a tener en menos por no haberse preparado diligentemente a la recepción de dicho Sacramento».

23. Otro día, antes de comulgar, sintiendo en su interior que el Señor la invitaba, le parecía encontrarse ya en el palacio celeste para sentarse junto a Dios Padre en el reino de su gloria y comer con él a su mesa, pero viéndose tan mal preparada y tan poco ataviada, se turbó y trataba de retirarse. Salió entonces a su encuentro el Hijo de Dios y pareció llevarla a un lugar apartado, para prepararla él mismo. En primer lugar le lavó las manos, para significar con ello la remisión de sus pecados, transmitiéndole la fuerza curativa de su pasión. Después se despojó de los adornos que llevaba (collar, brazaletes y anillos) y se los puso a ella, invitándola a caminar así con dignidad y no como una insensata, que por falta de decoro y de costumbre no sabe andar y se atrae el desprecio del ridículo más que el honor del respeto. Por estas palabras entendió ella que los insensatos que caminan con los adornos del Señor son aquellos que, después de haber tomado conciencia de su imperfección, piden al Hijo de Dios que les remedie su miseria, mas una vez que han recibido este favor permanecen tan temerosos como antes, porque no tienen una confianza absoluta en la perfecta reparación que el Señor ha ofrecido por ellos.

24. Otro día en que iba también a comulgar, ofreció al Señor la hostia consagrada como remedio de las almas del purgatorio y supo que por esta oración les había sobrevenido a estas almas un gran alivio. Dijo entonces llena de admiración al Señor: «Ya que tú, oh dulcísimo Señor mío —digo esto por tu gracia—, te dignas siempre visitarme y aun habitar dentro de mí, a pesar, ¡ay!, de mi gran indignidad, ¿cómo es que no realizas por mi medio siempre

este mismo efecto que acabo de experimentar ahora al recibir tu sacratísimo Cuerpo?».

A lo que el Señor respondió: «Cuando un rey mora en su palacio, no se concede fácilmente la entrada en él a cualquiera, mas cuando, movido por el amor a la reina que vive cerca de él, se digna salir de su palacio e ir a la ciudad para visitarla, todos los habitantes y ciudadanos de esta ciudad, a causa de la reina, disfrutan más fácil y libremente de la magnificencia y liberalidad real y se alegran de su poder. De igual modo, cuando por pura bondad y vencido por la dulzura de mi corazón me inclino, por el Sacramento de vida del altar, a un alma que está libre de pecado mortal, todos los habitantes del cielo, de la tierra y del purgatorio reciben un aumento de inestimables beneficios».

25. Otro día, antes de ir a comulgar, le sobrevino el deseo de abismarse en lo más profundo del valle de la humildad y de ocultarse en él por respeto a la maravillosa condescendencia del Señor, que comunica a sus elegidos su cuerpo precioso y su sangre. Entonces se le descubrió aquel sublime abajamiento con el que el Hijo de Dios descendió al limbo para liberar a los que allí estaban cautivos. Y lanzándose en unión con aquel abajamiento, se vio sumergida en el abismo del purgatorio, en donde, abajándose cuanto pudo, entendió que el Señor le decía: «Cuando recibas el Sacramento, yo te atraeré hacia mí de tal modo, que tú arrastrarás contigo a todos los que llegue el olor de tus deseos, que es como perfume precioso en tus vestidos».

26. Después de haber recibido esta promesa y de haber comulgado, rogó al Señor que le concediera tantas almas como partículas en que habría de fraccionarse la hostia en su boca y con este fin procuraba ella desmenuzarla en muchas partes. Entonces le dijo el Señor: «Para que entiendas que mis misericordias están por encima de todas mis obras [8] (cf. Sal 145,9) y que no hay quien pueda agotar el abismo de mi bondad, heme aquí dispuesto a concederte, por el mérito de este Sacramento de vida, mucho más de lo que te atreves a pedirme».

27. Por último, otro día, antes de comulgar, al ver su indignidad, se sintió con una necesidad de retirarse mayor de lo que en ella era habitual. Entonces suplicó al Señor que recibiese él personalmente en su lugar la Hostia sacrosanta y la uniese a sí y

[8] O bien «exceden a todas mis obras»: se entiende en cuanto a los efectos, pues todos los atributos divinos son igualmente grandes.

luego, por medio de su suavísimo soplo divino, la alentase a cada hora, en la medida en que él viera que convenía a su flaqueza. Entonces se reposó un instante en el pecho del Señor, como a la sombra de sus brazos, de tal manera que le parecía que su lado izquierdo estaba colocado sobre el sagrado costado derecho del Señor. Y después, al incorporarse un poco, vio que en su costado izquierdo, al contacto con la amorosa llaga del santísimo costado del Señor, se le había estampado una cicatriz rosácea. Al acercarse a continuación a recibir el Cuerpo de Cristo, le pareció ver que el Señor recibía en su divina boca la Hostia sacrosanta, la cual, pasando por su interior, salía después por la llaga de su costado, quedando perfectamente adherida a esta vivificante herida como si se tratara de un emplasto. Y el Señor le dijo: «Esta Hostia nos unirá de tal manera a los dos, que uno de sus lados cubrirá tu cicatriz y el otro mi herida, siendo como un emplasto para ambos. Este emplasto lo cambiarás todos los días como para limpiarlo, repitiendo con devoción el himno *Jesu, nostra redemptio*» [9]. Después le agradó al Señor que aumentara cada día esta práctica de devoción, con el fin de que crecieran igualmente sus deseos. Y así, que el primer día recitara este himno una vez, dos veces el segundo, tres el tercero, y así sucesivamente hasta el día en que comulgara de nuevo.

19. CÓMO ORAR Y SALUDAR A LA MADRE DE DIOS

1. Un día, a la hora de la oración, mientras se ponía en presencia de Dios y preguntaba al Señor qué era lo que más le gustaría que meditase durante esa hora, él le respondió: «Quédate junto a mi Madre, que está sentada a mi lado, y dedícate con esmero a alabarla».

Entonces ella saludó piadosamente a la Reina del cielo con los versos: «Paraíso de delicias», etc., alabándola por haber sido la agradabilísima morada que la inescrutable Sabiduría de Dios, que conoce todas las criaturas y vive en las alegrías de las delicias del Padre, se eligió para habitar en ella. Le pidió que le diera un corazón tan adornado de diversas virtudes, que a Dios también le agradara habitar en él. La Bienaventurada Virgen pareció inclinarse entonces hacia ella, como queriendo plantar en su corazón orante varias flores de virtudes: la rosa de la caridad, el lirio de la castidad, la violeta de la humildad, el girasol de la obediencia y otras más. Por esto le dio a entender que está siempre dispuesta a escuchar los ruegos de los que la invocan.

[9] Himno de la Ascensión del Señor.

2. Después siguió saludándola con este verso: «Alégrate, modelo de las buenas costumbres», etc., alabándola por haber regido con tanto esmero, mejor que ninguna persona humana, sus afectos, sus inclinaciones y sentimientos y todos sus demás impulsos, que tributó al Señor un agradabilísimo servicio, de modo que ni en pensamientos, ni en palabras, ni en obras, cometió jamás nada indecoroso. Y como le rogaba que le obtuviese esa misma gracia, la Virgen Madre pareció enviarle sus afectos bajo la figura de unas delicadas doncellas, ordenándoles que cada una de ellas se uniese a cada uno de los afectos de la que se lo pedía y se emplearan con ellos en el servicio del Señor, procurando completar sus posibles deficiencias. Con esto dio también a entender lo pronta que está a ayudar a los que la invocan.

Pero al sobrevenir un momento de interrupción, dijo ella al Señor: «Oh hermano mío, puesto que te has hecho hombre para remediar todas las deficiencias humanas, dígnate ahora reparar también por mí ante tu santísima Madre, si en algo falté al tributarle sus alabanzas». A estas palabras, el Hijo de Dios se levantó con grandísimo respeto y, al pasar delante de su Madre, hincó sus rodillas y con una inclinación de cabeza la saludó con tanta dignidad y amor, que no pudo menos que serle agradable aquel homenaje cuya imperfección había sido tan copiosamente reparada por su amantísimo Hijo.

3. Al día siguiente, orando también de la misma manera, se le apareció la Virgen Madre en presencia de la siempre venerable Trinidad, bajo la imagen de un lirio blanco, con los tres pétalos con que suele representársele: uno erguido y los otros dos inclinados. De este modo se le dio a entender que la Bienaventurada Madre de Dios es llamada con razón «el lirio blanco de la Trinidad», pues recibió plena y dignísimamente en sí, más que ninguna otra criatura, los dones de la adorable Trinidad, que jamás empañó ni con el más pequeño polvo de pecado venial. El pétalo erguido significa la omnipotencia de Dios Padre, y los dos inclinados, la sabiduría y la bondad del Hijo y del Espíritu Santo, todo lo cual se halla de una manera muy semejante en la Virgen.

La Bienaventurada Virgen le reveló también que si alguien con devoción la saludaba llamándola «lirio blanco de la Trinidad y rosa resplandeciente de celestial hermosura», le manifestará claramente el poder que ella tiene, recibido de la omnipotencia del Padre; le dará a conocer cuántas gracias le ha concedido la sabiduría del Hijo en orden a la salvación del género humano y cómo la bondad del Espíritu Santo se ha desbordado infinitamente sobre ella en entrañas de ternura. Y añadió también: «Y al que así me saludare, me mostraré a la hora de su muerte tan resplandeciente de belleza que le proporcionaré las alegrías celestiales, para maravilloso consuelo suyo».

Después de esto, determinó saludar a la Bienaventurada Virgen, o a las imágenes que la representan, con estas palabras: «¡Salve, blanco lirio de la resplandeciente y siempre tranquila Trinidad! ¡Salve, deslumbrante rosa de celestial belleza, de la que quiso nacer y con cuya leche quiso alimentarse el Rey de los cielos! ¡Alimenta también nuestras almas con los divinos raudales!».

20. ESPECIAL AMOR A DIOS Y A LA VIRGEN MARÍA

1. Tenía ella la costumbre, como es propio de los que se aman, de referir a su Amado todo lo que le agradaba y le producía gusto. Por eso, cada vez que oía una palabra o un canto de saludo o de alabanza a la Bienaventurada Virgen o a un santo cualquiera que pudiera impresionar con una mayor dulzura su amor, se volvía siempre con este motivo, como es justo, más que hacia los santos cuya celebración o fiesta se conmemoraba, hacia el mismo Rey de reyes, su único Señor por encima de todos, su único amado y escogido.

Así, en la fiesta de la Anunciación del Señor, al exaltar el predicador a la Bienaventurada Virgen, pero sin hacer mención alguna de la tan saludable obra de la Encarnación del Señor, se contristó por ello y al pasar, terminado el sermón, por delante del altar de la gloriosa Virgen y saludarla, no experimentó tan plenamente aquella suavidad de sentimiento hacia la Madre de toda gracia, sino que más bien, cada vez que la saludaba o la alababa, su pensamiento se dirigía siempre con mayor ternura hacia Jesús, el fruto bendito de sus entrañas. Y comenzó a temer si no habría caído por esto en desgracia de tan poderosa Reina. Mas el bondadoso Consolador le disipó con ternura este temor, diciéndole: «No temas, amada mía, pues un tal saludo o alabanza a mi amada Madre, en el que principalmente fijas tu atención en mí, le agrada mucho a ella. Sin embargo, puesto que a tu conciencia le resulta gravoso, procura en adelante, cuando pases por delante del altar, saludar con mayor devoción la imagen de mi purísima Madre, sin saludar la mía».

Respondió ella: «¡Lejos esto de mí, oh Señor, mi único y sumo bien! Mi corazón jamás podrá consentir abandonarte a ti, de quien pende la salud, más aún, la vida de mi alma, para dirigir a otro mi saludo y afecto».

Entonces el Señor le dijo con ternura: «Confórmate en este momento conmigo, amada mía, y todas las veces que, privándote de mí, saludes así a mi Madre, yo lo aceptaré y te lo recompensaré a mi vez con aquella misma perfección con la que el alma verdaderamente fiel se aparta resueltamente de mí, que soy el céntuplo de todos los céntuplos, para mayor gloria mía».

21. DESCANSO TRANQUILO DEL SEÑOR

1. El primer domingo después de la fiesta de la Trinidad, se le apareció el Señor como en un ameno jardín, lleno de flores y de verdor, «sesteando al mediodía» (Cant 1,6) y sentado en un trono real, como si estuviera dulcemente dormido, «embriagado por el vino del amor» (Sal 78,65). Se prosternó entonces ella a sus pies y se los besaba, como acostumbraba a hacer muy a menudo y de diversas maneras acariciaba a su Amado, sin recibir de él, sin embargo, como solía, gozo alguno durante tres días. Al cuarto día, durante la misa, no pudiendo soportar por más tiempo el sueño de su Amado, se apartó de sus pies y, en el ímpetu de su fervor, se arrojó sobre su pecho, de cuyo deseo ardía, para intentar, a fuerza de amor, despertar del sueño a su Amado. El Señor se despertó en seguida, la abrazó con sus dos brazos dulcemente y le dijo, estrechándola a sí fuertemente: «He aquí que lo que anhelaba, ya lo poseo [10]. Porque así como el zorro que desea cazar las aves se tumba por tierra boca arriba, como si estuviese muerto, de suerte que cuando las avecillas, volando a su alrededor sin

[10] Cf. Oficio de Santa Inés.

recelo, empiezan a picotearlo, él entonces al instante las captura. Del mismo modo yo, abrasado por el amor que te tengo, he usado de un ardid parecido, para poseerte completamente cuando tú te lanzaras sobre mí».

22. ENFERMEDAD Y NEGLIGENCIAS

1. En una ocasión en que la enfermedad la impedía observar la regla de su Orden, se sentó para asistir a Vísperas e, impulsada por el deseo y al mismo tiempo por la pena de su corazón, le dijo al Señor: «¿No sería acaso más glorificador para ti, oh Señor, que estuviera yo ahora en el coro con la comunidad, dedicada a la salmodia y practicando los demás quehaceres regulares, que no, retenida ahora por esta debilidad, malgastar tanto tiempo en esta inacción?».

Pero el Señor le respondió: «¿Crees tú que el esposo se complace menos en su esposa cuando en su cámara nupcial goza con ella íntima y dulcemente de sus anhelados abrazos, que cuando disfruta viéndola avanzar engalanada ante la mirada del mundo?».

Comprendió ella por estas palabras que el alma se presenta engalanada ante el público cuando se ejercita con ahínco, para la gloria de Dios, en las buenas obras; y que reposa con su esposo en la cámara nupcial, cuando las enfermedades del cuerpo le impiden entregarse a tales obras. Y es entonces cuando, privada de los goces de sus propios sentidos, se abandona a la sola voluntad divina. Por eso el Señor tanto más se goza en el hombre cuanto menos halla él en sí mismo en que pueda complacerse y gloriarse vanidosamente.

23. TRIPLE BENDICIÓN

1. Un día en que, con toda su mayor devoción posible, asistía a misa, al llegar el «Señor, ten piedad», le pareció que el ángel que Dios le había dado por custodio la tomaba en sus brazos, como a un niño, y la presentaba a Dios Padre para que la bendijera, diciendo: «Bendice, Señor, Dios Padre, a tu hijita». Pero como Dios Padre guardaba un prolongado silencio, como si considerara indigno el bendecir a una criatura tan pequeña, entonces ella,

vuelta en sí, comenzó a considerar ruborizada su indignidad y bajeza. Pero el Hijo de Dios, levantándose, le entregó como complemento los méritos de su vida santísima. Se vio entonces arreglada con espléndidos vestidos, ricamente adornados, y que había crecido hasta llegar «a la medida de la estatura de la plena madurez de Cristo» (Ef 4,13). De este modo Dios Padre, inclinándose hacia ella con benignísima misericordia, le dio una triple bendición, juntamente con la triple remisión de todos los pecados que ella había cometido de pensamiento, palabra y obra contra su omnipotencia. Ella entonces a su vez ofreció a Dios Padre en acción de gracias todos los santísimos méritos de su Unigénito.

Apenas hizo esto, todas las piedras preciosas con que parecían estar adornados sus vestidos se entrechocaban unas con otras, produciendo una muy dulce y agradable melodía en alabanza eterna a Dios Padre. Por esto le era dado entender cuánto agrada a Dios Padre el que se le ofrezcan los perfectísimos méritos de su Hijo.

Luego, el mismo ángel custodio la presentó, de la misma manera, al Hijo de Dios, diciendo: «Bendice, Hijo del Rey, a tu hermana». Recibió ella entonces una triple bendición en remisión de todos los pecados que había cometido contra la divina sabiduría.

Por último, el ángel la presentó al Espíritu Santo, diciendo: «Bendice, oh amador de los hombres, a tu esposa». Y también recibió de él una triple bendición, en remisión de todos los pecados que había cometido contra la bondad divina.

Así pues, quien lo desee, podrá asimismo meditar, durante el «Señor, ten piedad», sobre estas nueve bendiciones.

24. LA ATENCIÓN EN LA SALMODIA

1. Un día, en la fiesta de un santo, mientras se entregaba a la alabanza divina y de aquel santo con toda su devoción cantando las horas canónicas, se le hicieron visibles todas aquellas palabras que estaba cantando en forma de una aguda lanza que salía de su corazón al de Jesucristo y, penetrando en él profundamente, lo enternecía de una manera incomparable con una dulcísima alegría.

De la punta de la lanza, aparecían asimismo como rayos semejantes al brillo de las estrellas más resplandecientes. Estos rayos

caían sobre cada uno de los santos, enriqueciéndolos maravillosamente con nuevos reflejos de gloria. Pero el santo cuya fiesta se celebraba aquel día, aparecía radiante, con una magnífica gloria de singular resplandor. Sin embargo, del lado inferior de la lanza corría abundantemente una especie de lluvia impetuosa, la cual proporcionaba a los hombres un aumento de gracia especial y a las almas del purgatorio un saludable alivio.

25. AMOR DEL CORAZÓN DIVINO A LOS HOMBRES

1. Otro día en que ella se esforzaba en pronunciar con toda su atención cada palabra y cada nota del oficio divino, pero que la debilidad humana a menudo se lo impedía, se dijo a sí misma con tristeza: «¿Qué provecho puede sacar de un esfuerzo tan grande el que se encuentra con tanta inconstancia?».

Entonces el Señor, no pudiendo sufrir su tristeza, le presentó, como en sus propias manos, su corazón, semejante a una ardiente lámpara, y le dijo: «Aquí tienes mi Corazón, dulcísimo instrumento de la eternamente adorable Trinidad, que pongo ante los ojos de tu alma para que le ruegues con confianza que supla por ti cuanto no puedes completar por ti misma. De este modo aparecerá todo perfecto ante mis ojos. Porque lo mismo que un servidor fiel está siempre dispuesto a poner por obra la voluntad de su señor (cf. Lc 12,37), así también mi Corazón de aquí en adelante velará por ti siempre, para reparar en todo momento tus negligencias».

2. Llena de admiración ante esta inaudita bondad del Señor, juzgó para sí como algo muy impropio que el Corazón de su Señor, sagrado tesoro y sin igual de la divinidad, que contiene todo bien, se dignara tratarla a ella, una criatura tan insignificante, como un servidor a su amo, supliendo sus negligencias. Pero el Señor, saliendo con bondad al encuentro de su pusilanimidad, se dignó animarla con esta comparación: «Si tuvieras una voz muy sonora y flexible y además te gustara mucho cantar y te encontraras al mismo tiempo ante una persona que cantara mal, con una voz muy ronca y desentonada, la cual, después de muchos esfuerzos, apenas pudiera emitir algunos sonidos, tú sin duda te indignarías de que esa persona no te encomendara a ti el canto que ella realiza con tanta dificultad, cuando tú lo podrías ejecutar con competencia y facilidad. Pues de igual modo mi divino Corazón, conocedor

de la fragilidad e inestabilidad humanas, ansía y espera con un deseo insaciable que tú, si no con palabras, al menos con alguna señal, le encomiendes que supla por ti y realice lo que por ti mismo no puedes llevar a cabo. Y como él, por su fuerza poderosa y su insondable sabiduría, sin dificultad alguna y con perfección puede y sabe hacerlo, por lo mismo desea ardientemente, por la dulzura de su bondad que le es natural, dar plena satisfacción a esos deseos, con una alegría llena de amor».

26. GRACIAS QUE BROTAN DEL CORAZÓN DE DIOS PARA EL ALMA

1. Después de esto, un día en que meditaba con agradecimiento sobre este don tan magnífico del que acabamos de hablar, preguntó anhelante al Señor hasta cuándo se dignaría conservárselo. El Señor le contestó: «Durante todo el tiempo que tú desees conservarlo; de este modo, no tendrás que lamentarte de que yo te lo haya quitado».

Dijo entonces ella: «¡Oh Dios, autor de maravillas tan grandes!, ¿cómo puede ser que tu deífico Corazón quede suspendido como una lámpara, en medio del mío tan indigno y, sin embargo, cada vez que con la ayuda de tu gracia me es dado acercarme a ti, tengo la alegría de volver a encontrar dentro de ti este mismo Corazón suministrándome abundantes delicias?».

A lo cual le respondió el Señor: «Cuando tú quieres coger alguna cosa, extiendes la mano, pero una vez que has cogido lo que deseabas, la encoges de nuevo hacia ti. Del mismo modo yo, "desfalleciendo de amor" (Cant 5,8) por ti, cuando tú te vuelves hacia las cosas exteriores, extiendo mi Corazón para atraerte a mí. Y si consientes en recogerte en el interior de tu alma para ocuparte de mí, hago volver de nuevo mi Corazón hacia mí, juntamente contigo, y te doy a gozar en él de todas sus riquezas».

2. Así pues, considerando de nuevo con gran admiración, y al mismo tiempo con agradecimiento, la tan gratuita bondad de Dios para con ella y reconociendo por otra parte la múltiple miseria de sus defectos, se sumergió, con el más grande desprecio de sí misma, en el profundísimo valle de la humildad que le era tan familiar, teniéndose por completamente indigna de toda gracia.

Después de haber permanecido allí oculta durante un rato, el Señor, que, aunque «habita en lo más alto del cielo» (Sal 113,5), se goza sin embargo en comunicar su gracia a los humildes, parecía que hacía salir de su Corazón una especie de conducto dorado, el cual, semejante a una lámpara, quedaba suspendido sobre aquella alma que estaba de esta manera abismada en el valle de la humildad. Por medio de este conducto, maravillosamente derramaba sobre ella un raudal de todas las gracias deseables. Así, por ejemplo, si se sentía humillada al recordar ella sus miserias, el Señor, compadeciéndose al punto, derramaba en su alma, desde su sagrado Corazón, la agradable frescura de sus divinas virtudes, las cuales hacían desaparecer todas sus imperfecciones y no dejaban aparecer más su rastro ante los ojos de la divina misericordia. Asimismo, si deseaba ella alguna gracia o esos dulces y agradables favores que el corazón humano puede desear, al instante todos estos beneficios se derramaban suavísima y gozosamente en su alma por medio de este canal de que hemos hablado.

3. Habiendo dulcemente gozado de este modo durante un cierto tiempo de tales delicias y encontrándose, por la acción de la gracia divina, convenientemente preparada y colmada en perfección de todas las virtudes (por lo demás no suyas, sino de su Señor), oyó ella, con el oído de su corazón, una dulcísima voz, como de citaristas que acompañan dulcemente su cautivadora melodía tañendo sus cítaras (cf. Ap 14,2), que le decía: «Tú, que eres mía, ven a mí; tú, que eres mi bien, entra dentro de mí; tú, que formas parte de mí, permanece conmigo».

Su dulce Señor se dignó darle el significado de este cantar: «Tú, que eres mía, ven a mí, porque te amo y deseo que estés siempre a mi lado, como esposa queridísima; y por eso te llamo.

También, porque hallo en ti mis delicias, deseo introducirte dentro de mí, como el joven desea que la alegría de su corazón sea completa.

E igualmente, puesto que yo, que soy Dios-amor, te he escogido, deseo que tú mores conmigo en una unión indisoluble, a la manera del hombre, el cual no puede vivir ni siquiera un instante si pierde su aliento vital».

Mientras duró este dulcísimo gozo, ella sintió cómo una y otra vez penetraba en el Corazón del Señor, de una manera maravillosa, a través de este mencionado conducto, hallándose así felizmente en lo más íntimo de su Esposo y Señor. Lo que allí sintió, lo que vio, lo que oyó, lo que gustó o lo que tocó, sólo ella lo sabe y también aquel que se dignó admitirla a tan excelente y sublime unión, es decir, Jesús, el Esposo del alma amante, «que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos» (Rom 9,5).

27. EL ENTIERRO DEL SEÑOR

1. Un Viernes Santo, después de los oficios, mientras se celebraba el entierro del Señor, pidió ella al Señor que tuviera a bien sepultarse en su alma y morar allí para siempre. El Señor, en su infinita bondad, accedió a ello y le dijo: «Puesto que yo soy llamado "Roca" (cf. 1 Cor 10,4), seré una roca puesta a la entrada de todos tus sentidos; por guarda pondré soldados, es decir, mis amores, los cuales de ahora en adelante guardarán tu corazón de todos sus malos impulsos y actuarán en ti, conforme a mi impulso, para que procures mi gloria eterna».

2. Poco tiempo después, temiendo que había juzgado con demasiada severidad —al menos así lo sentía ella— una acción de otra persona, dijo al Señor arrepintiéndose de ello: «Señor, tú has puesto soldados a la entrada de mi corazón, pero, ¡ay de mí!, temo que se han alejado dejando la entrada libre, por haber juzgado tan duramente la conducta de mi prójimo».

El Señor respondió: «¿Cómo puedes decir que ellos se han marchado dejando la entrada libre, si en este mismo instante estás experimentando la fuerza de su acción en ti? En efecto, a quien quiere permanecer unido a mí debe desagradarle lo que con razón a mí me disgusta».

28. EL CUERPO DEL SEÑOR, CLAUSTRO DEL ALMA

1. Mientras se cantaba en vísperas «Vi salir agua del templo», le dijo el Señor: «Mira mi Corazón, éste será tu templo. Elige además, entre las demás partes de mi cuerpo, otros aposentos donde puedas llevar tu vida regular, porque de ahora en adelante mi cuerpo sea tu claustro».

A lo que ella respondió: «Señor, soy incapaz de buscar y de escoger más, porque he hallado tal abundancia de dulzuras en tu dulcísimo Corazón, al cual te has dignado llamar templo mío, que

fuera de él me es imposible recibir alimento o reposo, dos cosas que son sin embargo necesarias en un monasterio».

Le dijo el Señor: «Si tú lo deseas, puedes muy bien hallar estas dos cosas en mi Corazón, pues como ya sabes, algunos santos nunca salían del templo y recibían en él el alimento e incluso, como Santo Domingo, dormían dentro. Sin embargo, elige otros lugares de mi mismo cuerpo que sean útiles para tu monasterio».

Entonces ella, obedeciendo las órdenes del Señor, eligió como claustro o galería los pies del Señor; como sala de labor, sus manos; como locutorio o capítulo, su boca; sus ojos como sala de lectura, y como confesonario, sus oídos. El Señor le enseñó entonces que debía subir a este confesonario, después de cada caída, ascendiendo por los cinco grados de humildad que se indican en estas palabras: «Yo, vil, pecadora, pobre, mala e indigna, acudo a ti, desbordante abismo de la misericordia, para ser lavada de toda mancha y purificada de todo pecado. Amén».

29. UNIÓN Y SALUDO DEL SEÑOR

1. Recordando un día en su espíritu algunas circunstancias que le habían hecho experimentar su inconstancia, dirigiéndose al Señor, le dijo: «Es bueno para mí unirme solamente a ti, Amado mío» (cf. Sal 73,28).

Entonces el Señor, inclinándose hacia ella, la abrazaba diciéndole: «Y también para mí es dulce siempre unirme a ti, amada mía». Apenas había dicho estas palabras, cuando todos los santos se levantaron y ofrecieron sus méritos con reverencia, ante el trono de Dios, para que se los comunicara a ella y de este modo se hiciera en su alma una más digna morada. Esto le hizo comprender con qué facilidad se inclina el Señor hacia el alma y de qué buen grado todos los santos le sirven a fin de que sus méritos suplan la indignidad del alma.

2. Entonces, con todo el ardor de su alma, exclamó ella: «Yo, vil mujercilla, te saludo, oh amadísimo Señor».

Y el Señor, con su dulcísima bondad, le respondió: «Y yo, a mi vez, te saludo también a ti, oh amadísima mía».

Con esto ella comprendió que si un alma, con profunda devoción, dice a Dios: «Amado mío, mi dulcísimo, mi amadísimo Señor», u otras expresiones parecidas, recibirá del Señor frecuentemente una tal respuesta y tendrá en el cielo como un privilegio de especial gloria, igual que San Juan Evangelista gozó en la tierra de una gloria especial y así fue llamado «el discípulo a quien amaba Jesús».

30. VOLUNTAD, ENTREGA DEL CORAZÓN Y OTRAS ENSEÑANZAS

1. Durante la misa *Veni et ostende* [11], se le apareció el Señor como envuelto por la dulzura de la miel de la gracia divina, exhalando su vivificante soplo divino. Se levantó del trono sublime de su gloria soberana, como para derramar con mayor abundancia el raudal de su gracia divina sobre toda alma que la deseare, en la fiesta de su dulcísimo Nacimiento. Rogó entonces ella por todas las almas que le estaban confiadas, con el fin de que el Señor concediera a cada una un aumento de gracia.

Díjole entonces el Señor: «He dado a cada alma una caña de oro de una tal virtud con la cual pueden sacar todo cuanto deseen, de lo más íntimo de mi divino Corazón».

Comprendió ella que esta caña era la propia voluntad, con la cual el hombre puede apropiarse de todos los bienes espirituales del cielo y de la tierra. Por ejemplo, si un hombre, con encendido deseo, quiere tributar a Dios todas las alabanzas, las acciones de gracias, la obediencia y la fidelidad que cualquier santo ha dado a Dios, esta voluntad es aceptada por la infinita bondad de Dios como si se tratara de una obra perfectamente realizada. Por este motivo, se realza este conducto con el color dorado cada vez que el hombre agradece a Dios el haberle dado tan noble voluntad con la que puede obtener infinitamente más que lo que pudiera conseguir la humanidad entera con sus propias fuerzas.

Comprendió ella entonces que todas las monjas de la comunidad que estaban allí ante el Señor, gracias a estas cañas que habían recibido, atraían hacia sí la gracia divina, cada una según su medida. Unas parecía que la sacaban directamente de lo más íntimo del divino Corazón, otras sin embargo recibían lo que les llegaba a través de las manos del Señor y, por eso, cuanto más lejos de su Corazón absorbían, con más dificultad obtenían las gracias

[11] Del sábado de las cuatro témporas de Adviento.

deseadas. Y al contrario, cuanto más cerca del Corazón del Señor se esforzaban por aspirar, tanto más fácil, dulce y abundantemente bebían. Es decir, que las monjas que bebían directa e íntimamente en el Corazón del Señor, representaban las almas que se conforman y se someten totalmente a la voluntad divina, deseando que por encima de todo se cumpla plenamente en ellas esta adorable voluntad, tanto en el orden espiritual como en el orden material.

Estas almas excitan tan profunda y eficazmente el Corazón divino en relación a ellas, que a la hora fijada por el Señor reciben el torrente de la dulzura divina con tanta mayor abundancia y suavidad cuanto más perfectamente se abandonaron del todo a su voluntad.

Las otras monjas que procuraban beber a través de otros miembros del Señor, representan a las almas que se esfuerzan por conseguir, conforme a su deseo, un determinado don de la gracia o un aumento de tal virtud, según su propio gusto. Estas almas tanto más difícilmente alcanzan lo que desean cuanto más se apoyan en su propia voluntad y se entregan menos en manos de la divina Providencia.

2. Un día ofreció ella su corazón al Señor con estas palabras: «He aquí, Señor, mi corazón, desprendido de toda criatura, que te ofrezco con plena voluntad, suplicándote que lo purifiques por la virtud del agua de tu costado santísimo y lo embellezcas con la preciosa sangre de tu dulcísimo Corazón, haciéndolo perfectamente digno de ti con la aromática exhalación de tu divino amor».

Entonces se le apareció el Hijo de Dios, ofreciéndole este corazón a Dios Padre, unido a su divino Corazón, bajo la figura de un cáliz, formado por dos partes que estaban unidas con cera. Al ver esto, dijo ella con humilde devoción al Señor: «Oh amadísimo Dios, haz que mi corazón esté siempre ante ti, como esas vasijas que se emplean en las comidas de los señores, a fin de que, teniéndolo siempre limpio según tu beneplácito, lo llenes o vacíes en cualquier momento que lo desees y en provecho de quien te agrade».

Y aceptando con benignidad el Hijo de Dios este ofrecimiento, dijo al Padre: «Oh Padre santo, que este corazón derrame, para tu alabanza eterna, lo que contuvo el mío en mi humanidad para ser distribuido».

Después de esto, al continuar ella ofreciendo su corazón con frecuencia con estas mismas palabras, veía a éste colmado y unas veces se desbordaba, por medio de sus alabanzas y acciones de

gracias, acrecentando el gozo a los habitantes del cielo, y otras veces contribuía también al provecho de los de la tierra, como se verá a continuación. Porque ella entonces comprendió que agradaba al Señor el que mandara poner por escrito estas cosas para provecho de muchos.

3. Durante el tiempo de Adviento, en el Responsorio: «He aquí que vendrá el Señor, nuestro protector, el Santo de Israel», ella comprendió que si alguien, con voluntad plena, desea que toda la conducta de su vida, lo mismo en la prosperidad que en la adversidad, se rija en conformidad con la laudabilísima voluntad divina, da a Dios con tal determinación, mediante la gracia divina, el mismo honor que da al Emperador aquel que pone sobre su cabeza la corona real.

4. Por estas palabras de Isaías: «Despierta, despierta, levántate, Jerusalén» (Is 51,17), comprendió también el provecho que recibe la Iglesia militante de la piedad de los justos. Porque, en efecto, cuando un alma enamorada se vuelve al Señor con todo su corazón y con entera voluntad, para satisfacer por completo de muy buena gana, si le fuera posible, todas las ofensas hechas contra Dios en detrimento de su gloria y así, abrasándose en la oración con llamas de amor, le muestra a Dios su ternura, tanto queda él aplacado, que a veces perdona a toda la humanidad, reconciliándose con ella. Y esto es lo que quieren decir las palabras: «Has bebido del cáliz hasta apurarlo» (Is 51,17). Porque, por este medio, la severidad de la justicia se ha cambiado enteramente por la serenidad de la misericordia. Pero lo que sigue: «Bebiste hasta las heces» (Is 51,17), significa que para los condenados, a los que les corresponde la hez de la justicia, no hay redención posible.

5. Por estas palabras de Isaías: «Darás gloria a Dios si no sigues tus caminos» (Is 58,13), comprendió que quien reflexiona en lo sucesivo considerando tanto sus obras como sus palabras y advierte que no hay en ellas provecho alguno, si entonces refrena lo que le pudiera dar gusto, obtiene por ello tres beneficios: primero, le es dado encontrar en Dios más suaves delicias, según está escrito: «Te gozarás en el Señor» (Is 58,14); segundo, podrán menos contra él los malos pensamientos, según está escrito: «Te levantaré sobre las alturas de la tierra» (Is 58,14); y tercero, en la vida eterna el Hijo de Dios le concederá una mayor participación en los frutos de su vida santísima, en la que con nobleza puso resistencia él mismo a toda tentación y las superó felizmente, como está escrito: «Y te daré a comer la herencia de Jacob, tu padre» (Is 58,14).

En las palabras de Isaías: «He aquí que su recompensa le acompaña» (Is 40,10), entendió cómo el Señor, en su amor, es él mismo la recompensa de sus elegidos, lanzándose a ellos tan suavemente, que el alma amante puede con toda verdad afirmar que es dignísimamente recompensada muy por encima de sus méritos. «Y su obra está delante de él» (Is 40,10), es decir, cuando el alma se entrega totalmente a la divina Providencia y no desea otra cosa que cumplir en todos sus actos la voluntad divina, entonces, por la gracia de Dios, aparece ya perfecta ante él.

6. Por las palabras: «Santificaos, hijos de Israel» [12], comprendió ella asimismo que, si un alma hace sinceramente penitencia de todos sus pecados cometidos o de omisión y con todo su corazón se entrega a obedecer los mandamientos de Dios, será verdaderamente santificada en la presencia de Dios y se considerará que está preparada, como aquel leproso que fue purificado por la palabra del Señor: «Quiero, queda limpio» (Mt 8,3).

7. Por las palabras: «Cantad al Señor un cántico nuevo» (Is 42,10), comprendió que canta al Señor un cántico nuevo todo aquel que canta con fervorosa devoción, porque, por lo mismo que recibe de Dios la gracia de poder dirigirse hacia él de esta manera, ya renovado, será agradable a Dios.

8. Por las palabras: «El Espíritu del Señor está sobre mí» (Is 61,1) y las que siguen: «Para curar a los contritos de corazón» (Is 61,1), entendió que el Hijo de Dios, habiendo sido enviado para curar a los contritos de corazón, suele algunas veces quebrantar a sus escogidos con alguna incomodidad, aunque sea pequeña y a veces por medio de circunstancias exteriores, para tener así ocasión de curarlos. Visitando con este motivo al alma, no cura aquella incomodidad que aflige al corazón, pues ésta no es nociva, sino que más bien cura todo cuanto halla de dañino en el alma.

9. También por aquellas palabras: «En los esplendores de los santos» (Sal 110,3), comprendió que la luz de la divinidad es tan grande y tan inabarcable que si cada uno de los santos, desde Adán hasta el último hombre, hubiese recibido un conocimiento tan singular, claro, profundo y extenso como nunca criatura alguna pudo recibir, de tal manera que nadie hubiese podido hacer partícipe a otro de su conocimiento e incluso aunque el número de los santos fuese mil veces mayor, la divinidad permanecería, sin embargo, inexhausta e infinitamente por encima de toda inteligencia. Por eso no se dice en el salmo «en el esplendor», sino «en los esplendores de los santos, del vientre, antes de la aurora, te he engendrado».

[12] Responsorio de la Vigilia de Navidad.

10. Mientras se cantaba en honor de un mártir la antífona: «El que quiera venir en pos de mí» (Mt 16,24), vio ella al Señor caminando por un sendero ciertamente ameno por su vegetación lozana y por la hermosura de sus flores, pero estrecho y áspero por sus abundantes espinas. Vio también que el Señor caminaba precedido por una cruz, que iba apartando las espinas a cada lado del camino dejándolo cómodamente ensanchado. Entonces, volviendo el Señor su rostro sereno hacia los que le seguían, los estimulaba y les decía: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». Por estas palabras, ella comprendió que la cruz de cada uno es su propia tentación (aquello mismo que le hace sufrir). Por ejemplo, para algunos supone una cruz el tener que actuar, aguijoneados por la obediencia, en contra de sus deseos; otros, en cambio, abrumados por las enfermedades, se ven impedidos de hacer lo que quisieran. Y así para cada uno.

Así pues, cada cual debe llevar esta cruz de buen grado, poniendo en ello toda su voluntad, sufriendo aquello que le contraría y procurando lo mejor que pueda no despreciar nada de lo que sabe que es para alabanza de Dios.

11. Mientras se cantaba en un salmo este versículo: «Las obras de los malvados», etc. (Sal 65,4), entendió ella que si una persona, por fragilidad humana, ha cometido una falta y es corregida por ella de una manera excesiva, este exceso provoca la misericordia de Dios y se convierte para el culpable en un aumento de sus méritos.

12. Mientras se cantaba la «Salve Regina», al llegar a las palabras: «Esos tus ojos misericordiosos», deseó ella que le fuese concedida la salud del cuerpo. Entonces el Señor le dijo, sonriendo dulcemente: «¿No sabes que te miro con mi misericordiosísima mirada cuando sufres en tu cuerpo y cuando tu alma está angustiada?».

13. Igualmente, con ocasión de la fiesta de unos mártires, cuando se cantaban las palabras «derramaron su gloriosa sangre», comprendió que así como la sangre, de por sí tan repugnante, sin embargo es ensalzada en la Sagrada Escritura cuando se derrama por Cristo, así también ciertas omisiones en la observancia religiosa, que están impuestas por la obediencia o que exige la caridad

fraterna, son tan agradables a Dios que pueden merecer el nombre de «gloriosas».

14. En otra ocasión, comprendió que Dios, por un plan secreto suyo, permite a veces que una persona malvada, con mala intención, busque obtener de los elegidos la revelación de algún secreto. Y entonces sucede a veces que la respuesta que recibe la hace aún más obstinada en la maldad de su error. Y esto ocurre para poner en evidencia su perversidad y confirmar por otra parte a los elegidos. Por eso dice el profeta Ezequiel: «Aquel que haya erigido en su corazón sus ídolos y haya puesto ante sus ojos el escándalo de su pecado y luego acuda al profeta pidiéndole mi oráculo, yo, el Señor, le responderé según la multitud de sus ídolos, para cogerlo en su propio corazón» (Ez 14,4-5).

15. Por las palabras que se cantan en honor de San Juan: «Este santo ha bebido un veneno mortal», entendió que así como la fe preservó a San Juan del veneno mortal, así también el consentimiento de la voluntad conserva inmaculada al alma, por mortal que sea el veneno que se insinúa, a pesar de ella, en su corazón.

16. Por el versículo: «Dígnate, Señor, en este día guardarnos del pecado» [13], comprendió ella que cada vez que un hombre se encomienda a Dios, rogándole que le preserve del pecado, si a pesar de esto, por un plan secreto de Dios, cometiere alguna falta grave, nunca este pecado será tal que la gracia de Dios no lo sustente a manera de báculo, permitiéndole más fácilmente que vuelva a hacer penitencia.

17. Mientras se cantaba el Responsorio: «Bendiciendo...», se presentó ella ante el Señor, como si se tratara del mismo Noé (cf. Gén 4,9), pidiéndole su bendición. Después que la hubo recibido, pareció que el Señor a su vez también se la pedía a ella. Por lo que comprendió que el hombre bendice a Dios cada vez que se arrepiente interiormente de haber ofendido a su Creador y le pide su ayuda para guardarse de hacerlo en adelante. Entonces el Señor de los cielos, mostrando su agradecimiento, se inclinó profundamente para recibir dicha bendición, expresándole de tal manera su gozo como si de ella sola dependiera toda su felicidad.

18. Por estas palabras: «¿Dónde está tu hermano Abel?» (Gén 4,9), comprendió ella que el Señor pide cuenta a cada religioso de toda falta cometida por su hermano contra la observancia regular, la cual habría podido de alguna manera evitar si hubiese sido

[13] Himno *Te Deum laudamus.*

diligente en amonestar a ese hermano o en hacer alguna sugerencia a los superiores. Por eso la excusa que alegan algunos de que «yo no estoy encargado de corregir a otro», o también la de que «yo mismo soy peor que él», vale tan poco ante Dios como la excusa de Caín: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (Gén 4,9). Así pues, cada uno está obligado a apartar a su hermano del mal y ganarlo para el bien. Y siempre que no hace caso de esta obligación de conciencia, peca contra Dios. Y de nada le sirve que pretexte que no le está encomendado esto, porque verdaderamente Dios se lo ha mandado. Además, su propia conciencia se lo manifiesta. Pero si, a pesar de esto, él sigue sin hacer caso, Dios pedirá cuenta a su alma, incluso de una manera más rigurosa que al superior, pues quizá éste no estaba allí presente o, si lo presenció, no tuvo advertencia de dicha falta. Y por eso la Escritura amenaza diciendo: «¡Ay del que hace el mal! ¡Ay, ay del que lo consiente!» (cf. Rom 1,34).

Así pues, quien disimula la falta, la consiente y por lo tanto es culpable, cuando, si lo hubiese manifestado, habría dado gloria a Dios.

19. Por las palabras del Responsorio: «El Señor me ha revestido» (cf. Is 61,10), etc., entendió ella que aquel que, con sus palabras u obras, promueve la Religión y la defensa legítima de la justicia, viste al Señor, por así decir, de un vestido saludable y, al mismo tiempo, magníficamente adornado. Y el Señor, a su vez, le recompensará en la vida eterna, conforme a la largueza de su real munificencia, envolviéndole en un manto de alegría y adornándole, como aumento de su premio, con una corona de gloria espiritual.

Pero entendió además, de una manera más particular, que aquel que promoviendo el bien y la Religión sufra adversidades, será tanto más agradable a Dios cuanto es más agradable para un pobre un vestido que, al mismo tiempo que le sirve para cubrirse, le da además calor. Y si a pesar de trabajar en pro de la Religión no llegare a sacar provecho alguno, a causa de los que intentan impedírselo, no por ello disminuirá en nada su galardón delante de Dios.

20. Mientras se cantaba el Responsorio: «El Ángel del Señor llamó» (cf. Gén 22,11), entendió cómo los ejércitos de los ángeles, cuyo auxilio nos sería del todo suficiente, rodean a los elegidos para protegerlos. Pero el Señor, en su paternal providencia, suspende a veces esta protección, permitiendo que sus elegidos sean

tentados en alguna cosa, para poder recompensarlos después con tanta mayor gloria cuanto que han sabido triunfar por su propia virtud, habiéndoles sido quitada de antemano la protección y guarda de los ángeles.

21. Mientras se cantaba el versículo: «El Ángel del Señor llamó a Abraham», entendió que así como Abraham, en el momento en que extendía su brazo para obedecer la orden del Señor, mereció ser llamado por un ángel, así también el justo que por Dios dirige su espíritu a la realización de una obra que le resulta difícil, poniendo en ello toda su voluntad, en ese mismo instante, por un favor de la gracia divina, merece el alivio que experimenta de que su propia conciencia atestigüe en beneficio suyo. Y es así como la generosísima liberalidad de Dios anticipa la recompensa eterna, en donde «cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo» (1 Cor 3,8).

22. Un día, recordando ella sufrimientos pasados de su vida, preguntó al Señor por qué había permitido que algunas personas la hubiesen incomodado. Recibió entonces esta respuesta: «Cuando la mano de un padre quiere castigar a su hijo, la vara no puede resistírsele. De igual modo, yo desearía que mis elegidos no atribuyeran nunca a los hombres las penas que sufren, sino que tengan siempre ante sus ojos mi amor paternal, el cual de ningún modo consentiría que el más tenue viento los rozase, si yo no tuviese presente la salvación eterna que pueden recibir en recompensa. Compadézcanse más bien de aquellos que a veces, al hacerles sufrir, a sí mismos se manchan».

23. En otra ocasión, ante la dificultad de cierto trabajo, dijo ella a Dios Padre: «Señor, te ofrezco este trabajo por medio de tu único Hijo, en la virtud del Espíritu Santo, para gloria eterna tuya». En ese mismo instante comprendió la eficacia de esta palabra, a saber: que toda ofrenda hecha con esta intención queda ennoblecida de una manera maravillosa sobre toda apreciación humana y se hace agradable a Dios Padre. Porque, así como todo objeto que se mira a través de un cristal verde parece verde y rojo si el cristal es rojo y así sucesivamente, del mismo modo no hay nada más agradable y aceptable a Dios Padre que cualquier cosa que se le ofrece por medio de su Unigénito Hijo.

24. Un día preguntó al Señor en la oración de qué servía que ella pidiese tan a menudo por sus amigos, pues no veía ningún provecho en ellos. El Señor entonces la instruyó por medio de esta comparación: «Cuando un niño, después que ha estado ante el

Emperador, vuelve enriquecido con inmensos feudos, ¿quién de los que mira el rostro de aquel niño ve al instante el fruto de esta merced, aun cuando no ignoren estos testigos la grandeza y calidad que en un futuro alcanzará con las riquezas que le han sido otorgadas? Así pues, no te extrañes de que materialmente no veas el fruto de tus oraciones, ya que mi sabiduría eterna dispone de él para un provecho mayor. Y cuanto más se ruega por alguno, más grande será su bienaventuranza, porque ninguna oración constante quedará sin fruto, aunque los hombres no sepan el modo».

25. Deseando saber cuál será el fruto que obtendremos por dirigir nuestros pensamientos hacia Dios, le fue enseñado que cuando el hombre dirige sus pensamientos hacia Dios, ya sea meditando, ya sea centrando su atención en ello, presenta a Dios, ante el trono de su gloria, como un espejo de maravilloso resplandor en el que el Señor, con una alegría infinita, contempla su misma imagen, porque él es el que inspira y dirige todo bien. Cuanto más dificultosamente se esfuerza el hombre a veces en estos trabajos, a causa de algunos impedimentos; cuanto más penosamente se afana, tanto más deliciosamente adornado aparecerá este espejo ante la mirada de la siempre veneranda Trinidad y de todos los santos. Y esto permanecerá eternamente para la gloria de Dios y para alegría perpetua de esta misma alma.

26. No pudiendo cantar en un día de fiesta, al impedírselo un dolor de cabeza, preguntó al Señor por qué permitía que le sucediera esto más a menudo en semejantes días. Y recibió la siguiente respuesta: «Por miedo a que, arrebatada por el encanto de la melodía, te hagas menos apta para recibir mi gracia».

Dijo ella: «Pero, Señor, tu gracia podría guardarme muy bien de caer en este peligro».

Replicó el Señor: «Es más provechoso para el hombre que le sea quitada la ocasión de la caída con la fuerza de la enfermedad, pues de este modo el aumento de su mérito es doble: el de la paciencia y de la humildad».

27. Impulsada un día por el ímpetu de su amor, exclamó al Señor: «¡Oh, Señor, ojalá poseyera yo un tal ardor que mi alma se derritiese y, cual fluidísima sustancia, pudiera con más sutileza derramarme totalmente en ti!».

El Señor le respondió: «Ese fuego que anhelas es tu voluntad».

Por estas palabras entendió que el hombre, por medio de su voluntad, puede realizar plenamente todos los deseos que dicen relación a Dios.

28. Como a menudo se esforzaba en obtener del Señor, por medio de sus oraciones, la extirpación de los vicios, tanto de ella como de los demás, pensaba con frecuencia que no lo conseguiría tan plenamente si la bondad divina no aliviaba esta persistente oposición que es fruto de las malas costumbres. De este modo se haría más fácil la resistencia al mal, impidiendo que aumente dicha dificultad a causa del mal hábito, que es llamado segunda naturaleza. En esto reconoció ella el admirable plan que tiene la bondad divina de procurar la salvación del género humano. En efecto, con el fin de aumentar en el hombre la medida de su glorificación eterna, permite Dios que sea más fuertemente atacado por muchas tentaciones para poder con mayor gozo alegrarse de su victoria.

29. Oyó en un sermón a un predicador que decía que ningún hombre podría salvarse sin amor de Dios o, por lo menos, sin tener algo de ese amor que le mueva a arrepentirse y a abstenerse del pecado por amor de Dios. Ella pensó entonces en su corazón que parecía que muchos dejaban este mundo más por temor al infierno que por amor a Dios.

Pero el Señor le respondió: «Cuando veo agonizar a los que se acordaron dulcemente de mí alguna vez o hicieron alguna obra meritoria en la proximidad de su muerte, me muestro a ellos tan amable con mi tierna bondad, que, desde lo más íntimo de su corazón, se arrepienten de haberme ofendido, y así por esta penitencia se salvan. Por eso, desearía que mis elegidos me glorificaran por esta dignación, dándome gracias especialmente por este beneficio, sin olvidar todos los demás».

30. Un día, en su meditación, empezó a tomar tanta conciencia de su deformidad interior y a experimentar a causa de ella tal desprecio de sí misma que, como si se tambaleara llena de ansiedad, pensaba cómo podría siquiera una vez agradar a Dios, que veía en ella tantas manchas, pues allí donde ella descubría una, el ojo tan penetrante de Dios veía infinitas.

Pero el Señor le dio esta consoladora respuesta: «El amor hace al alma agradable». Por estas palabras comprendió ella que, si entre los hombres de la tierra tiene el amor tanta fuerza que, a veces por el amor, aunque deformes, los hombres agradan a aquellos de quienes son amados, hasta el punto incluso de que los enamorados desean parecerse a los amados por la fuerza del amor, ¿cómo creeremos pues que Dios, que es caridad, no puede hacer amables a los que él ama por la fuerza de su amor?

31. También en otra ocasión, tenía ella un gran deseo, como el Apóstol, de verse separada de su cuerpo y de estar con Cristo (cf. Flp 1,23). Impulsada por este deseo, clamaba a Dios, desde lo más profundo de su corazón, con muchos gemidos. Y un día fue consolada con la siguiente respuesta: que cada vez que con corazón sincero expresara su deseo de verse libre de esta cárcel de muerte (cf. Rom 7,24), pero que, sin embargo, se mostrara al mismo tiempo con la firme voluntad de permanecer en el cuerpo (cf. Flp 1,24) todo el tiempo que Dios quisiera, el Hijo de Dios le comunicaría a su vez toda su santísima vida, de suerte que ella apareciese ante los ojos de Dios Padre con una admirable perfección.

32. Reflexionando un día sobre las distintas y múltiples gracias recibidas de la generosa bondad de Dios, se consideró miserable e indigna de todo bien, pues había desperdiciado por su negligencia tan innumerables dones de Dios, que le parecía que no había sacado de estas gracias ningún fruto, ni para sí misma, aprovechándose de ellas o dando gracias, ni tampoco para los demás, a quienes hubiese podido servir de edificación y de progreso en el conocimiento de Dios.

Pero el Señor la consoló entonces con esta luz: que él no derrama sobre sus elegidos sus gracias exigiendo que cada uno le reporte dignos frutos, ya que muchas veces lo impide la flaqueza humana, sino que como la desbordante bondad y generosidad de Dios no conoce medida, aunque sabe que el hombre no es capaz de hacer fructificar todos sus dones, derrama sobre él no obstante sin cesar la abundancia de sus gracias, con el fin de irlo capacitando para la bienaventuranza eterna. Sucede lo mismo con las cosas terrenas: a veces se conceden a un niño bienes que no es capaz, por el momento, de ver su utilidad; pero, más tarde, una vez adulto, sabrá aprovecharse de la abundancia de estos bienes. De igual modo, el Señor, cuando confiere a sus elegidos su gracia en esta vida, los está preparando y les está dando a participar de estos mismos bienes con los que después, en el cielo, vivirán felices con gozo eterno.

33. En cierta ocasión, se lamentaba en su corazón de no poder tener un deseo tan grande como convendría para alabar a Dios. Dios entonces le hizo comprender que si uno no puede hacer más, Dios se contenta con que el hombre tenga la voluntad sincera de un gran deseo. Y cuanto más grande sea su deseo, tanto más grande lo será ante Dios. Y es que Dios se complace más en habitar

en un corazón que consigue tener este deseo, es decir, la voluntad de tener este deseo, que el hombre en habitar en un ameno y deleitoso vergel de flores.

34. Otra vez, debido a sus enfermedades, estuvo durante algunos días menos atenta a Dios. Cuando advirtió esta negligencia, sintió tal remordimiento, que decidió confesar su falta al Señor con una piadosa humildad. Y, como ella temía que tendría que trabajar durante mucho tiempo para poder recobrar las anteriores dulzuras de la divina gracia, de pronto, en un instante, sintió que la bondad de Dios se inclinaba hacia ella y le decía, en un abrazo lleno de amor: «Hija mía, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo» (cf. Lc 15,31).

Estas palabras le hicieron comprender que aunque el hombre, a causa de su flaqueza, se descuida a veces en dirigir su atención a Dios, la tierna misericordia de Dios no deja por eso de considerar todas nuestras obras dignas de una recompensa eterna, con tal que la voluntad no se aparte de Dios y el hombre se arrepienta muy frecuentemente de todo lo que le reprocha su conciencia.

35. Sintiéndose enferma en vísperas de una fiesta, rogó al Señor que le conservara la salud hasta después de la festividad o, por lo menos, que mitigara su enfermedad, con el fin de que no le impidiera celebrarla. Sin embargo, se entregó sin reserva a la voluntad divina. Y recibió del Señor la siguiente respuesta: «Por esta súplica y, sobre todo, por tu adhesión a mi voluntad, me llevas a un jardín de delicias, plantado con variadas flores, que me es muy agradable. Pero quiero que sepas que si hago lo que me pides, quitándote el impedimento para poder celebrar la fiesta empleada en mi servicio, te sigo entonces yo a ti al lugar del jardín en el que más te recreas. Pero si no lo hago y tú con paciencia perseveras, serás tú la que me sigas a donde yo más me recreo. Yo encuentro, en efecto, más complacencia en ti, si tienes grandes deseos, aunque sea en medio de trabajos, que si tienes devoción con gustos».

36. Trataba un día de comprender por qué algunos reciben en el Oficio un abundante alimento espiritual, mientras que otros permanecen en la aridez. Entonces iluminó el Señor su entendimiento con estas palabras: «El corazón del hombre ha sido creado por Dios para contener en sí la alegría espiritual, como el vaso ha sido hecho para contener el agua. Pero si este vaso deja escapar el agua que contiene por algún pequeño resquicio, sucederá que, poco a poco, se vaciará del todo y se quedará seco. Pues del mismo modo si el corazón humano, que encierra en sí la alegría espiritual,

la arroja fuera de sí por medio de los sentidos corporales (la vista, el oído y todos los demás sentidos del cuerpo), dejándoles actuar a su antojo, termina vaciando su corazón y dejándolo sin capacidad para deleitarse en Dios. Esto lo puede experimentar cada cual en sí mismo. En efecto, cuando uno quiere mirar alguna cosa o decir algo cuyo provecho será nulo o casi nulo, si en seguida lo pone por obra, tiene en nada la alegría espiritual, la cual se derramará como el agua. Pero, por el contrario, si por amor a Dios trata de dominarse, crece en él de tal manera dicha alegría, que apenas puede contenerla. Por eso, el hombre que ha aprendido a vencerse en estas ocasiones, adquiere la costumbre de deleitarse en Dios y cuanto mayor trabajo le cueste, tanto más sabrosas serán las delicias que encontrará en Dios».

37. En una ocasión experimentó una pena insufrible por una cosa de poca importancia y le ofreció a Dios, en el momento de la elevación de la hostia, esta misma desolación interior para alabanza eterna de él. Entonces le pareció que el Señor atraía hacia sí su alma por medio de esta hostia sacrosanta, como a través de una celosía, y la reclinaba suavemente sobre su propio pecho y le decía con ternura estas palabras: «Mira, en este lugar de reposo podrás descansar de toda inquietud; pero cada vez que te apartes de él, tu corazón volverá a sentir esa profunda amargura, la cual te servirá de saludable antídoto».

38. Un día en que se encontraba fatigada por falta de fuerzas, dijo al Señor: «¿Qué será de mí, Dios mío? ¿Qué has determinado hacer conmigo?».

El Señor respondió: «Como una madre consuela a sus hijos, así también yo te consolaré a ti» (Is 66,13). Y añadió: «¿Acaso no has visto cómo acaricia una madre a su hijo?».

Y como ella se callaba, pues no lo recordaba, entonces el Señor le hizo recordar cómo seis meses antes había visto a una madre acariciar a su hijito y le hizo caer en la cuenta especialmente de tres cosas en las que ella no había reparado. La primera, que la madre pidió muchas veces a su hijito que la besara y que el niño, a causa de la debilidad de sus miembros, se esforzaba por acercarse a ella. Le dio a entender con esto el Señor que también el alma debía elevarse por medio de la contemplación, con un gran esfuerzo, para gozar de su suavísimo amor.

Segundo: que la madre puso a prueba la voluntad de su hijo diciéndole: «¿Quieres esto? ¿Quieres aquello?», sin que le diera ni una cosa ni otra. Así Dios tienta también a veces al hombre

haciéndole temer aflicciones que nunca llegan. Dios, sin embargo, viendo que el hombre las ha aceptado con su intención, se da por satisfecho y le hace digno de la recompensa eterna.

Tercero: ninguna de las personas presentes, salvo su madre, comprendía el lenguaje del niño, incapaz aún de articular palabras. Del mismo modo, solamente Dios conoce la intención del hombre y le juzga según ésta, al revés de los hombres, que sólo ven las apariencias.

39. En cierta ocasión, el recuerdo de sus pecados pasados la llenó de tal confusión, que hizo esfuerzos por esconderse totalmente. Pero el Señor se inclinó hacia ella con tanta compasión que toda la corte celestial, llena de admiración, se esforzaba por retenerle. A lo que el Señor contestó: «De ningún modo puedo contenerme de ir tras la que, con tan eficaces cuerdas de humildad, arrastra hacia sí mi Corazón divino».

40. Preguntando un día al Señor en qué quería que fijara su atención en aquel momento, le respondió: «Quiero que aprendas la paciencia» (se encontraba ella, en efecto, profundamente turbada y no sin motivo). Y preguntó de nuevo ella: «¿Cómo y por qué medio podré aprenderla?». Entonces el Señor, cual maestro bueno que pone sobre sus rodillas a su tierno discípulo, se le acercó y le propuso por medio de tres letras los medios que la debían animar en la práctica de la paciencia. Por la primera letra, le dijo: «Fíjate con qué familiaridad trata el rey a aquel que, entre todos sus cortesanos, más se le parece. Juzga por esto cuánto crece mi afecto hacia ti cuando, por mí, sufres ultrajes parecidos a los que yo sufrí (cf. Hch 5,41)».

Por la segunda letra, le dijo: «Fíjate también cómo la corte reverencia al que es íntimo del rey y que en todo se le asemeja. Juzga por esto cuánta gloria se te reserva en el cielo por tu paciencia».

Y por fin a la tercera letra le dijo: «Considera el consuelo que da la simpatía compasiva de un fidelísimo amigo y por ello apreciarás la dulce bondad con que yo te consolaré a ti en el cielo por los insignificantes disgustos que aquí te acongojan».

31. PROCESIÓN DE LA SANTA CRUZ

1. A la vuelta de una procesión, que se había determinado hacer a causa del mal tiempo, cuando la comunidad se disponía a entrar de nuevo en el coro precedida de la cruz, entendió que el Hijo de Dios decía desde la misma imagen: «Heme aquí que vengo con mi ejército a suplicarte a ti, Dios Padre, bajo esta forma con la que reconcilié al género humano». A estas palabras ella comprendió que el Padre celestial se había aplacado en su infinita bondad, como si hubiese recibido, por todos los pecados de los hombres, una reparación cien veces mayor. Le pareció también que Dios Padre levantaba la cruz en los aires, diciendo: «Ésta será la señal de la alianza entre mí y la tierra» (Gén 9,13).

2. En otra ocasión en que el mal tiempo afligía mucho a la población y al ver que sus oraciones y las de otras personas, con las que imploraban la misericordia de Dios, no tenían efecto alguno, dijo finalmente al Señor: «Oh dulcísimo amador, ¿cómo puedes dilatar por tanto tiempo el cumplimiento de los deseos de tantas personas, siendo así que yo, a pesar de mi indignidad, tengo tal confianza en tu bondad que yo sola podría obtener de tu misericordia cosas aún mayores?».

Le respondió el Señor: «No hay que extrañarse de que un padre permita que su hijo le pida un cuarto si cada vez que lo hace, el padre reserva, en beneficio de su mismo hijo, cien marcos. No te extrañes pues tú tampoco de que yo tarde en escuchar vuestras súplicas sobre este asunto, pues cuantas veces me invocáis por ello, aunque sea con palabras o pensamientos insignificantes, otras tantas reservo para vosotros bienes eternos de un valor muchísimo mayor que estos cien marcos».

32. DESEO DE DIOS Y TENTACIONES EN SUEÑOS

1. Durante una misa de difuntos, mientras se cantaba el Tracto: «Como el ciervo...», etc., al llegar a las palabras: «Mi alma tiene sed...», etc., sacudiendo su tibieza, dijo al Señor: «¡Ay, Señor!, son tan tibios los deseos que tengo de ti, verdadero bien mío, que rara vez puedo decir con verdad: "mi alma tiene sed de ti"».

El Señor le respondió: «No es raro, sino muy frecuente, que me digas que tu alma tiene sed de mí, porque la bondad de este amor

que yo tengo por la salvación de los hombres me impulsa a creer que mis elegidos, al desear ciertos bienes, me desean a mí mismo, ya que todo bien está en mí y de mí sale. Por ejemplo, si un hombre desea salud, seguridad, comodidad, sabiduría y otras cosas semejantes, pienso, con el fin de que aumente más el mérito de su recompensa, que es a mí a quien desea, excepto en el caso en que voluntariamente se apartara de mí, por ejemplo buscando la sabiduría para ensoberbecerse o la salud para cometer pecados». Y el Señor añadió: «Suelo por eso afligir muchas veces a mis siervos con enfermedades corporales o penas del alma u otras pruebas parecidas, para que, deseando alcanzar de mí los bienes contrarios, mi Corazón, ardiendo en amor, pueda recompensarles con mayor abundancia conforme al deseo de mi liberalidad».

2. En otra ocasión, bajo inspiración divina, ella comprendió que el Señor, «cuyas delicias consisten en estar con los hijos de los hombres» (Prov 8,31), cuando no encuentra nada en el hombre que le convide a morar gustosamente en él, le envía pruebas y sufrimientos, tanto corporales como espirituales, para tener así ocasión de permanecer junto a él, porque dice la Escritura con toda verdad: «El Señor está cerca de los que tienen el corazón atribulado» (Sal 34,19). Y también: «Con él estoy en la tribulación» (Sal 91,15).

Tales consideraciones y otras parecidas mueven a la pequeñez humana al agradecimiento y a exclamar con todo el fervor de su corazón como el Apóstol: «¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!» (Rom 11,33), caminos que él dispuso para la salvación del género humano.

3. Una noche, mientras dormía, la visitó el Señor con un dulce sueño y le parecía saciarse de la presencia del Señor, como si se tratara de sabrosísimos manjares. Al despertarse, dio gracias al Señor, diciéndole: «¿Por qué, Señor, he merecido yo, la más indigna, este favor, mientras que otras personas se sienten a menudo tan atormentadas por sueños que a veces asustan con sus gritos a las demás?». A lo que el Señor respondió: «Cuando aquellos a quienes mi paternal providencia ha resuelto santificar por medio del sufrimiento, buscan durante el tiempo en que están despiertos las comodidades de su cuerpo, privándose de este modo de las ocasiones de merecer, yo, en mi bondad divina, les aflijo durante el sueño para que al menos de este modo adquieran algún mérito».

«Pero, Señor —dijo ella—, ¿cómo pueden sacar algún provecho y merecer si padecen sin su consentimiento y contra su voluntad?».

Respondió entonces el Señor: «Por efecto de mi bondad. En el mundo sucede lo mismo: algunos se adornan con piedras de cristal y oropel y, sin embargo, se les mira con respeto; pero en cambio a los que se cubren con oro y perlas preciosas se les considera de mayor dignidad. Lo mismo sucede también con relación a estas personas».

4. Un día, mientras rezaba las horas canónicas con poca atención, se dio cuenta de que estaba a su lado el antiguo enemigo del género humano, el cual, como haciendo mofa, continuó el salmo, diciendo el siguiente versículo precipitadamente: «Maravillosas son tus normas» (Sal 119,129), y una vez acabado continuó diciendo: «¡Qué bien supo tu Creador, tu Salvador y tu Amador dotarte de soltura en el hablar! Esa capacidad te permite hablar de lo que quieras a quien lo desees. Pero, cuando te diriges a él, hablas con tanta precipitación que, sólo en este salmo, te has comido ya un gran número de letras, sílabas y palabras». Con esto comprendió ella que si este astuto enemigo había contado en aquel salmo con tanta precisión una por una las letras y las sílabas, del mismo modo, en la hora de la muerte, podría presentar una terrible acusación contra los que tienen la costumbre de recitar las horas canónicas con precipitación y sin atención.

5. En otra ocasión, después de haber encomendado con devota intención su trabajo a Dios, mientras hilaba con precipitación, dejó caer al suelo algunos hilos de lana. Vio entonces al diablo que recogía estos hilos de lana, como para probarle su negligencia. Pero ella invocó al Señor, el cual arrojó fuera al diablo y le reprendió por haber osado entremeterse en una obra que desde su comienzo había sido ofrecida a Dios.

33. EL SEÑOR DA MÁS QUE LE PEDIMOS

1. Un día en que se sentía abrasar por un amor más ardiente hacia el Señor, le dijo ella: «Oh Señor mío, ¿podría yo ahora dirigiros una oración?». A lo que el benignísimo Señor le respondió dulcemente: «Por supuesto, reina y señora mía, puedes incluso darme órdenes, pues estoy dispuesto a cumplir en todas las cosas

tu voluntad y deseo con más prontitud con la que jamás servidor alguno sirvió a su señora». Dijo ella: «Dejando a salvo en todas las cosas tu piadosa y condescendiente palabra, oh benignísimo Dios, sin embargo ya que te muestras tan dispuesto a servirme a mí, que soy tan indigna, ¿cómo es, te pregunto, que tantas veces carece de efecto mi oración?».

Respondió el Señor: «Cuando la reina dice a su criado: dame el hilo que está colgado detrás de mi hombro izquierdo (creyendo, en efecto, que es así, ya que no puede ver lo que tiene detrás), el criado, que quiere cumplir la orden, pero ve que el hilo, en vez de colgar del hombro izquierdo, cuelga del derecho, lo toma entonces sencillamente de donde está y se lo da a su señora, considerando que sería ilógico sacar un hilo de la parte izquierda de la túnica, con el pretexto de obedecer exactamente. Del mismo modo, yo, que soy la sabiduría inescrutable, si algunas veces no escucho tus súplicas conforme a tus deseos, es porque sin duda preparo siempre para ti cosas más beneficiosas. Y es que tu humana fragilidad te impide discernir lo que es mejor».

34. OBLACIÓN DEL SEÑOR Y DE LOS SANTOS EN FAVOR DEL HOMBRE

1. Un día en que iba a recibir el Cuerpo de Cristo, sufrió viéndose tan mal preparada. Rogó entonces a la Santísima Virgen y a todos los santos que ofrecieran por ella al Señor toda la dignidad con la que cada uno de ellos había sido revestido para recibir tal o cual gracia. Suplicó también a nuestro Señor Jesucristo se dignara ofrecer él mismo aquella perfección de que estuvo revestido el día de su Ascensión, cuando se presentó ante Dios Padre para su glorificación. Y al intentar conocer, un poco más tarde, lo que había conseguido con esta oración, le respondió el Señor: «Esto es lo que has obtenido: has aparecido ante la corte celestial adornada con esos méritos que habías pedido». Y añadió: «¿Cómo podrás desconfiar de que yo, que soy Dios infinitamente bueno y omnipotente, no pueda realizar lo que cualquier hombre es capaz de hacer incluso aquí en la tierra? Pues, en efecto, cualquier hombre que posea un traje o una prenda de adorno o de cualquier otro tipo puede dárselo a su amigo para que se vista con él y pueda así aparecer ante los demás tan ricamente ataviado como él».

2. Después de esto, acordándose de que había prometido a algunos comulgar aquel día por ellos, pidió con fervor al Señor que les concediera también a ellos esta misma gracia, a lo que el Señor le contestó: «Yo se la doy, pero dejo a su libre albedrío el momento en que ellos quieran disponerse a recibirla».

Ella preguntó entonces de qué modo quería él que estas personas se preparasen debidamente. Y el Señor le contestó: «En cualquier momento en que a partir de ahora se vuelvan a mí con corazón puro y entera voluntad invocando mi gracia, aunque sea sólo con una palabra o un pequeño suspiro, en ese mismo instante aparecerán ante mí adornadas tal como pediste para ellas en tus oraciones».

35. FRUTOS DE LA SAGRADA COMUNIÓN

1. Un día en que también le pedía al Señor que, en la hora de su muerte, como último alimento para su cuerpo, le concediera el vivificante sacramento del Cuerpo de Cristo, recibió en su espíritu la respuesta de que esta petición no era de ningún modo necesaria para su salvación, puesto que el efecto de este sacramento no puede quedar reducido a aliviar sólo una necesidad corporal y, mucho menos todavía, a que sirva sólo de alimento a un enfermo que, por otra parte, debido a su penoso estado físico, lo toma contra su gusto, tan sólo con el fin de conservar su vida para gloria de Dios. Por eso, así como la recepción de este santísimo Sacramento, en virtud de la unión que se realiza entre Dios y el hombre, ennoblece todas las facultades humanas, así también, con mucha más razón, a la hora de la muerte, después de haber recibido el Sacramento, todos los actos realizados con pureza de intención pueden ser meritorios. Sufrir con paciencia, tomar un poco de alimento o beber algo, y otras cosas parecidas, por la unión con el Cuerpo de Cristo, aumenta el tesoro eterno de los méritos.

36. LA COMUNIÓN FRECUENTE

Otra vez cuando iba a comulgar dijo: «¡Oh, Señor!, ¿qué me vas a dar?». El Señor le respondió: «Me entrego a mí mismo enteramente con todo mi poder divino, tal cual me acogió mi Madre, la Virgen». Y respondió ella: «¿Qué se me añadirá a los que te recibieron ayer conmigo y hoy no lo hacen, siendo así que Tú te das siempre enteramente?». El Señor repuso: «¿No es cierto que entre los antiguos romanos era costumbre que quien había sido cónsul dos veces precedía en honor a quien lo había sido una sola? ¿Cómo no iba a sobrepasar mucho más en gloria en la vida eterna quien me recibiese más frecuentemente en la tierra?». Entonces ella le decía entre sollozos: «Entonces, ¿con cuánta gloria me precederán los sacerdotes que por su ministerio comulgan todos los días?». Y el Señor le contestó: «Los que tienen acceso al altar y celebran con la debida dignidad ciertamente resplandecerán con gloria singular; pero de muy distinta manera siento el afecto del que se deleita en mí que el honor del que preside. De donde se sigue que es muy diferente también la recompensa de los que vienen a mí por el deseo y el amor que la de aquellos otros que me toman con temor y reverencia, y diferente también la de los que se preparan a recibirme con el fervor de la oración. Y ninguna de éstas recibirá aquel sacerdote que sólo celebra por rutina».

37. CÓMO EL SEÑOR SUBSANA LAS LIMITACIONES HUMANAS

En una de las fiestas de Santa María Virgen, cuando se hubo percatado de los especiales dones prodigiosos recibidos, y reflexionando en su ingratitud y negligencia, se sentía abatida en su espíritu, porque le parecía haber mostrado muy poca veneración a la Madre del Señor y a todos los santos de Dios, a los que sin embargo tendría que haber glorificado ese día mucho más por razón del don recibido ese mismo día. El Señor consolándola con su acostumbrada benignidad dijo a su Bienaventurada Madre y a los demás santos: «¿Os parece bien lo que os he reparado por ella comunicándola en vuestra presencia el don de mi persona en la efusión deleitable de mi divinidad?». A lo que ellos respondieron: «Ciertamente esto nos repara mucho más de lo que nos debía».

Entonces el Señor vuelto tiernamente a ella le dijo: «¿Te basta a ti mi reparación?». Ella respondió: «Me bastaría, Señor mío, si no subsistiera esta única dificultad: que aunque hayas enmendado mis negligencias pasadas, en seguida añadiré otras nuevas, pues no ignoro mi propensión al mal».

«De tal modo me daré a ti —le dijo el Señor— que no sólo repararé plenamente las negligencias pasadas, sino también las futuras. Por tu parte ocúpate solamente de que después de recibido el Sacramento te conserves ilesa de toda mancha de pecado». «¡Ay, Señor! —repuso ella—, me temo que esto no llegue a hacerlo como convendría. Pero te ruego me enseñes, tú que eres el más paciente de los maestros, cómo puedo limpiar las faltas que sin duda he de contraer». El Señor respondió: «No dejes que pase tiempo una vez contraído, sino que tan pronto como sientas que estás manchada, en seguida di este versículo con fervor de corazón: *"Ten misericordia de mí, Dios mío"*, o este otro: *"Cristo Jesús, mi único Salvador, borra mis culpas por tu muerte salvadora"*». Entonces al disponerse a recibir el Cuerpo de Cristo tuvo conciencia de su alma transparente como la nieve, y la divinidad de Cristo participada por ella brillaba milagrosamente como oro incrustado en el vidrio: y esta divinidad ejercía en ella efectos tan maravillosos y deleitables por encima de lo que se puede desear, y que brindaban a la adorable Trinidad y a todos los santos unos homenajes de tal cualidad, que comprendió ella que era esto mismo lo que se dice en la Escritura, que no hay pérdida espiritual que el alma no pueda reparar por la digna recepción del Cuerpo de Cristo. Y tan sumamente gozoso parecía aquel afecto de la divinidad, que toda la corte celestial daba testimonio de que era su delicia contemplar al alma en la que se obraban estas maravillas. Con respecto a lo dicho anteriormente, sobre la promesa del Señor de subsanar las futuras faltas de esta alma, se ha de entender de este modo: que así como a través de un cristal se puede ver tanto lo que queda de la parte del que está frente a él como del lado contrario, de la misma manera, este efecto divino se lleva a cabo en dicha alma tanto si se propone hacer buenas obras como si no se lo propusiere por debilidad humana, es decir, exceptuado solamente el caso de quedar obscurecida por la ceguera de sus pecados, pues éste es el único impedimento que privaría a esta alma de tan saludable y dignísimo favor divino.

38. EFECTO DE LA MIRADA DE DIOS

1. Sentía frecuente devoción y deseo de recibir el Cuerpo de Cristo: pero en cierta ocasión en que se preparaba con más devoción que en los días anteriores, al llegar la noche del Domingo notó un desfallecimiento tan grande que le pareció no podría comulgar, y consultó al Señor, según su costumbre, qué le agradaba más que hiciera. A lo que el Señor respondió benignamente: «Como el esposo saciado con diversos manjares se deleita mucho más en descansar a solas en la alcoba con su esposa que en sentarse a la mesa con ella, así también prefiero que en este caso omitas por discreción la Comunión en vez de tomarla».

A lo que ella respondió: «¿De dónde, Amantísimo Señor, te dignas afirmar que estás ahora saciado?». «Te confieso, respondió, que cada vez que te refrenaste en las palabras, y en todos tus sentidos y también en cualesquiera de tus deseos, oraciones y propósitos con los que trataste, preparándote a la recepción de mi Sacratísimo Cuerpo y Sangre, me sentí plenamente saciado de modo semejante a como si hubiese tomado platos exquisitos de abundantes manjares».

2. Al dirigirse a oír misa, muy débil, y anhelando la comunión espiritual, sucedió que el sacerdote tuvo que salir fuera del pueblo para llevar el Cuerpo de Cristo a un enfermo; y dándose ella cuenta de lo sucedido por el toque de campana, inflamada en un ardiente deseo, dijo al Señor: «Oh, Vida del alma mía, con qué gusto te recibiría ahora al menos espiritualmente, si tuviese al menos un poco de tiempo para prepararme». A lo que le respondió el Señor: «Una mirada de mi divina misericordia te preparará del modo más perfecto posible». Y al hacerlo, el Señor parecía dirigir su mirada como rayos de sol a su alma, diciendo: *«Fijos en ti los ojos, seré tu consejero»* (Sal 32,8). En estas palabras entiende que se trata de aquel triple efecto que la mirada divina obra en el alma de manera semejante al sol y también de tres modos debe prepararse el alma para conseguirla. En primer lugar, pues, la mirada de la misericordia divina igual que el sol vuelve al alma blanca y limpia de toda mancha, como si fuese más blanca que la nieve: y ese efecto se adquiere por el humilde reconocimiento de los propios defectos. En segundo lugar, la mirada de la misericordia divina ablanda el alma y la dispone para recibir los dones espirituales, como la cera se ablanda con el calor del sol y la prepara para recibir cualquier sello: este efecto lo alcanza el alma por la atención perfecta. En tercer lugar, la mirada de la misericordia divina fecunda el alma con la rica variedad de las virtudes, como el sol hace a la tierra fecunda, para producir las diversas clases de frutos: y este efecto se alcanza por la confianza inquebrantable, por la que el hombre se entrega totalmente a Dios y confía enteramente en la abundancia de su misericordia en que todas las cosas, tanto las adversas como las favorables, contribuyen a su bien.

3. Después de esto, al comulgar la comunidad en ambas misas, el Señor le mostró su presencia hasta tal punto, que le parecía distribuir de su adorable mano la Hostia salvadora a cada una de las que se acercaban a comulgar, limitándose el sacerdote a hacer el signo de la Cruz sobre cada hostia. El Señor Jesús, a cada hostia que distribuía a alguna, parecía que efectivamente bendecía a Gertrudis copiosamente. Y ella admirada de tal respuesta dijo: «Señor, ¿quién obtiene mayor beneficio, los que te reciben sacramentalmente o yo que he sido distinguida con tantas bendiciones tuyas gratuitamente?». El Señor le contestó: «¿Acaso se tiene por más rico al que se engalana con piedras preciosas y joyas, o bien al que guarda en lugar secreto gran cantidad de oro puro?».

En estas palabras del Señor se daba a entender que, aunque aquel que comulga sacramentalmente consigue indudablemente un abundante fruto de salvación, tanto para bien del cuerpo como del alma, según la enseñanza de la Iglesia, sin embargo aquel que omite recibir sacramentalmente el Cuerpo de Cristo sólo para alabanza de Dios en virtud de la obediencia y de la discreción a la vez, e inflamado por el deseo y amor de Dios comulga espiritualmente, ese tal merece recibir la bendición de la benignidad divina como si la hubiese recibido en ese momento, y se consigue ante Dios un fruto mucho más efectivo, aunque esto se escape a la capacidad de la comprensión humana.

39. PROVECHO DEL RECUERDO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Considerando su indignidad en una ocasión en la que le fallaban las fuerzas espirituales y se detuviera a descansar en el camino por el que se apresuraba en su espíritu a ir al encuentro del Señor, se inclinó él mismo hacia ella en su benignísima misericordia y le dijo: «Para sujetarse a las obligaciones matrimoniales, conviene

que dondequiera la reina tuviere que descansar, el rey acuda presto a visitarla». Por estas palabras comprendió ella que el Señor en su piedad parece obligarse a los mismos deberes para con el alma que frecuenta el recuerdo de su Pasión con devoción, según su capacidad, tanto cuanto el rey se sujeta a la reina por derecho matrimonial. De esta manera supo que había merecido aquella visita tan misericordiosa del Señor, porque dedicaba el viernes a la meditación de la Pasión del Señor. Y comprendió que aunque se entibiase su fervor de algún modo, siempre sería considerada con renovada benignidad por el Señor, si era fiel en hacer la memoria de su Pasión.

40. CÓMO EL HIJO DE DIOS APLACA A DIOS PADRE

Otra vez, cuando se esforzaba en hallar cuál de los dones con los que él en su misericordiosa largueza se había dignado enriquecerla fuese más útil dar a conocer para provecho espiritual de muchas personas, el Señor insinuándose en sus pensamientos y deseos le dio esta respuesta: «Conviene que les des a conocer que les será muy útil tener siempre presente que yo, el Hijo de la Virgen, estoy en presencia de Dios Padre intercediendo por la salvación de los hombres, y cada vez que ellos por su fragilidad humana cometen una falta en su corazón, Yo mismo ofrezco mi Corazón inmaculado al Padre en reparación por ellos. Si pecan por su boca, interpongo mis inocentísimos labios; si cometen algún pecado con sus manos, le muestro mis manos llagadas; y así, de modo similar en cualesquiera faltas que cometieren, en seguida mi inocencia aplaca a Dios Padre, para que los penitentes siempre alcancen fácilmente el perdón. Y así querría que mis elegidos cada vez que obtuvieran el deseado perdón de sus pecados, me diesen rendidas gracias por alcanzárselo con tan fácil súplica de su parte».

41. LA MIRADA DIRIGIDA AL CRUCIFIJO

1. Un viernes, al atardecer, contemplando compungida la imagen del crucifijo, le dijo al Señor: «¡Ay dulcísimo Amante de mi alma, cuántas y qué grandes cosas sufriste hoy por mi salvación, y yo tan infiel he malogrado, y así hoy mismo he olvidado,

ocupada en otras cosas, traer a la memoria con devoción lo que tú en este día sufriste en cada hora por mí, para alcanzar mi salvación eterna, que tú, Vida que todo lo vivificas, moriste por amor de mi amor» [14]. A lo que el Señor respondió desde la Cruz: «Lo que tú descuidaste yo mismo lo suplí por ti, pues en cada hora recogí en mi Corazón lo que tú debías haber meditado en tu corazón, y por eso el cúmulo ha dilatado mi Corazón que ansiaba en gran manera esta hora en que me llegaría esta súplica de tu parte y una vez hecha quiero ofrecer a mi Padre todo lo que he suplido por ti durante el día, porque sin tu petición no podría ser para ti tan provechosa para tu salvación». En esto se puede descubrir el amor tan grande de Dios al hombre, que tan sólo por esa súplica en la que el hombre entra dentro de sí y se duele de lo que descuidó hacer, alcanza el perdón de Dios Padre, y suple todo defecto de un modo misterioso y por el cual con razón merece que todo hombre le alabe.

2. En otra ocasión en que sujetaba en sus manos la imagen de Cristo crucificado con intensa devoción, entendió que si alguno contempla la imagen de la Cruz de Cristo con intensa devoción, él por su parte sería mirado por el Señor con tan gran misericordia que su alma recibiría en sí como resplandeciente espejo la imagen sumamente deleitable, gracias al amor divino, y de ahí se sigue que toda la corte celestial se deleite por ello. Y eso será para esa alma beneficio de eterna bienaventuranza en el futuro, cada vez que hiciese esto con afecto y debido recogimiento.

3. En cierta ocasión recibió esta instrucción: que cuando una persona contempla el crucifijo, considere que el Señor Jesús con voz muy dulce le dice en su corazón: «Tanto es el amor que siento por ti que por el amor que te tengo estuve colgado en la Cruz, desnudo y despreciado y herido por todo el cuerpo y dislocados todos mis miembros. Y mi Corazón ya se inclina con tal dulzura de caridad a ti, que si fuese necesario para tu salvación y no pudiese salvarte de otro modo, quisiera ahora sufrir por ti solo todo aquello que he sufrido por todo el mundo, y aunque ni siquiera supieras valorar ese gesto». De ahí que por tal meditación mueva el hombre su corazón a la gratitud, porque verdaderamente nunca ocurre que alguien contemple el crucifijo sin recibir la gracia de Dios. En cambio no carece de culpa el cristiano que sea tan ingrato que no aprecie el precio tan elevado de su salvación, pues

[14] San Agustín, *Confesiones*, 2 (Madrid ⁶1974; BAC 11), p.113-127.

nunca queda sin fruto el hecho de contemplar detenidamente el crucifijo.

42. MANOJITO DE MIRRA

1. Una noche, como el crucifijo que ella tenía junto a su lecho se inclinó mucho hacia ella, que parecía iba a caerse, se levantó y habló así con estas dulces palabras: «Oh dulcísimo Señor Jesucristo, ¿por qué te inclinas tanto?». A lo cual él respondió inmediatamente: «El amor de mi Corazón me atrae hacia ti». Entonces, tomando el crucifijo lo apretó sobre su corazón, rodeándolo de caricias y llenándolo de besos mientras decía: *«Bolsita de mirra es mi Amado para mí»* (Cant 1,13a). En seguida el Señor, cortándole la palabra, continuó: *«que reposa entre mis pechos»* (Cant 1,13b). Con lo cual daba a entender que todo hombre debiera envolver todas sus penas y adversidades, tanto las del alma como las del cuerpo, con su Pasión, como quien mete una varita en medio de un manojo. Por ejemplo cuando, por una contrariedad, el hombre se deja llevar de la impaciencia, que se acuerde de la paciencia admirable del Hijo de Dios, que llevado al sacrificio por nuestra salvación, como un manso cordero, no abrió su boca [15] para proferir una sola palabra de impaciencia. Cuando acontece al hombre la posibilidad de vengarse por palabra o por obra del mal recibido de alguno, cuide recordar la dulzura del Corazón de su Amado que jamás, devolviendo mal por mal, pronunció una sola palabra de venganza, sino que, por el contrario, premió magníficamente cuantas torturas le hicieron sufrir, redimiendo con su Pasión y Muerte a los mismos que le persiguieron hasta la muerte, y de este modo procure volver bien por mal del Señor (Hch 22,4).

Del mismo modo si alguno se enojase contra los que le hicieron algún daño acuérdese de aquella excesiva suavidad con la que el amantísimo Hijo de Dios, en medio de los atroces e indecibles dolores de su Pasión, oró por los que le crucificaban, diciendo: *«Padre, perdónalos...»* (Lc 23,34), y cuide, en unión con ese amor, orar por sus adversarios.

2. El Señor añadió: «Cualquiera que escondiera sus penas y adversidades en el ramillete de mi Pasión y cuidara de imitar los

[15] Is 53,7. Responsorio del Sábado Santo.

ejemplos de la misma, imitándome en cuanto pueda, ese tal verdaderamente mora en mi pecho (Cant 1,13) de modo que, por mi especialísimo afecto, todo lo que he merecido por mi paciencia y otras virtudes mías se lo otorgaré en aumento de sus propios méritos». Entonces ella dijo: «¿Cómo, Señor, acoges el vivo sentimiento con que algunos se aficionaron a tu Cruz?». El Señor respondió: «Yo lo acojo con satisfacción; pero aquellos que se aficionan a mi imagen y no me siguen, imitando los ejemplos de mi Pasión, por ellos tendría disposiciones análogas a las que tendría una jovencita con respecto a su madre que la arregla con diversidad de vestidos, propios de su edad, sin tener en cuenta las preferencias de su hija, antes al contrario, se niega con aspereza algunas veces a complacerla. En la medida en que la madre rechaza lo que desea la hija, ésta no estima todo lo demás que recibe, pues ve bien que la madre la reviste de otros atavíos por su propia gloria y no por sentimientos de ternura para con ella. De este modo, todo sentimiento, honor y reverencia rendidos a la imagen de mi Cruz no pueden satisfacerme plenamente si no se esfuerzan también en imitar los ejemplos de mi Pasión».

43. UNA IMAGEN DEL CRUCIFICADO

1. Tenía mucho deseo de procurarse una imagen de la Santa Cruz para poder venerarla con frecuencia por amor de su Señor. Pero al mismo tiempo se retenía por el temor de su conciencia de que este ejercicio la privase de gozar interiormente de los favores divinos. Estando en esta duda, recibió del Señor la respuesta siguiente: «No temas nada, amada mía, que esto pueda ser obstáculo a los favores espirituales, pues soy Yo el único motivo de estos ejercicios. Te confirmo que no me agrada medianamente la fervorosa devoción con que uno se aficiona a la imagen de mi Crucifixión. Y así como suele suceder algunas veces que, teniendo un rey una esposa tiernamente amada, la deja de cuando en cuando para que haga compañía a un pariente suyo muy querido, no pudiendo estar con él al mismo tiempo de continuo, y cualquier signo de regalo y amistad que la esposa manifiesta al pariente del esposo lo considera como hecho a él mismo, ya que esto lo hace la esposa no por ilícita amistad sino por casto amor a su esposo; así también me agrada la veneración que se hace a mi Cruz, pues

se hace puramente por mi amor, a no ser que el hombre se goce sólo con la posesión de la Cruz y no procure, por ese medio, recordar el amor y fidelidad con que me digné padecer por él la amargura de la Pasión, o tenga más en cuenta su propio gusto que el cuidado de imitar los ejemplos que en ella le di».

44. CÓMO LA DIVINA SUAVIDAD ATRAJO AL ALMA

1. Una noche meditaba con gran fervor sobre la Pasión del Señor y, arrastrada sin freno por este pensamiento a un abismo de deseo, sintió que el fuego ardiente de estos deseos inflamaba sus entrañas y dijo al Señor: «Mi dulce Amor, si conocieran los hombres lo que ahora siento, dirían, con razón, que me debería de abstraer de estos arranques de fervor para recobrar la salud corporal, y, sin embargo, tú, que conoces mis más ocultos sentimientos (Dan 13,42), sabes que ni con todo el esfuerzo de mi energía y de mis sentidos sería capaz de contenerme ahora de la conmoción que en mí traspasa tu dulzura». El Señor respondió: «¿Quién ignora, a menos que sea insensato, que la dulzura de mi divinidad tiene un poder incomparable que supera incomprensiblemente todo gozo humano y carnal, pues toda la dulzura de los sentidos en comparación con la dulzura de la divinidad es como una ínfima gota de rocío en comparación con la inmensidad del mar? Y, sin embargo, los hombres son tan fuertemente arrastrados por el placer humano que no pueden contenerse, sabiendo que son un peligro claro no sólo para el cuerpo, sino también para el alma. Con mayor razón, el alma que gusta la dulzura de mi divinidad es impotente para defenderse de mi amor y sabe que su fruto es la felicidad eterna».

2. Ella dijo: «Dirán algunos que habiendo profesado en una orden monástica, mi deber es moderar el ardor de mi oración de modo que pueda seguir la disciplina regular de la comunidad». De lo cual el Señor se dignó enseñarla con esta semejanza: «Si algunos servidores hubiesen recibido la orden de servir continuamente en la mesa del rey con todo respeto y, llegando el rey a los achaques de la vejez o de la enfermedad, llamara a alguno de los servidores que están delante, para apoyarse y descansar algún rato, sería una gran descortesía por parte de ese servidor dejarle caer al suelo por levantarse él de repente, con el pretexto de que ha sido nombrado para servirle a la mesa; del mismo modo, y aún peor, sería el que, atraído por mi gratuita piedad a gozar de la contemplación, se apartara de ella por seguir el rigor de la observancia regular de cualquier orden religiosa, pues yo, que soy Creador y Reformador de todo, me deleito infinitamente más en un alma que me ama que en todos los ejercicios y trabajos corporales que pudiera hacer sin amor ni pureza de intención». Y añadió el Señor: «Si alguien no es atraído con certeza por mi Espíritu al sosiego de la contemplación, ese tal se parece al que sin ser invitado se sienta con el rey a la mesa teniendo el cargo de servirle en ella, así como el criado que se sienta a la mesa del rey sin que nadie se lo ordene, no sólo no tiene honor sino más bien se atrae el desprecio que merece su irreverencia; así también el que, menospreciando la observancia regular, procura confiado en sí mismo el gozo de la contemplación divina, que nadie puede alcanzar sin especial don mío, se acarrea más daño que provecho, pues por una parte su esfuerzo no conduce a nada, y, por otra, se enfría en el cumplimiento de su propia obligación, pues el que, sin necesidad, por comodidad de su cuerpo, afloja la observancia de la orden, buscando alegrías exteriores, ese tal obraría en alguna manera como obraría el que, estando destinado al servicio de la mesa del rey, se va al establo a limpiarlo y vilmente se contamina».

45. LA REVERENCIA A LA IMAGEN DEL CRUCIFIJO

1. Un viernes, después de haber pasado toda la noche sin dormir por el fervor de sus oraciones y deseos, acordándose de la caridad que le había llevado a quitar de un crucifijo que tenía siempre consigo los clavos de hierro para poner otros odoríferos, dijo al Señor: «¡Oh, mi dulcísimo Amor! ¿Cómo aceptas el haber sacado yo los clavos de hierro y poner otros odoríferos?».

Y el Señor le respondió: «Acepté tu amoroso afecto en tan alto grado que por él derramaré en todas las llagas de tus pecados el bálsamo nobilísimo de mi divinidad, por el que eterna y maravillosamente se gozarán todos mis santos, debido al encanto que para ellos tendrán tus llagas, bañadas con tan preciosa esencia». A lo cual dijo ella: «¿Acaso, Señor mío, serán igualmente beneficiados aquellos que hagan lo mismo?». Respondió el Señor: «No todos, sino aquellos que lo hagan con el mismo afecto. En cuanto

a los que, movidos por tu ejemplo, ponen en el mismo gesto toda la elevación de que son capaces, los premiaré ampliamente, aunque no tanto como a ti».

2. Enfervorizada con estas palabras, tomó el crucifijo y lo besó dulcemente, y lo abrazaba y acariciaba de muchos modos. Sintiendo cansancio después de largo rato por no haber dormido, dejó el crucifijo y dijo: «Adiós, Amado mío, y buenas noches; permite que duerma un poco para recuperar las fuerzas, totalmente agotadas por la meditación que he tenido contigo». Dicho esto, cambió de postura para intentar dormir, y cuando así descansaba extendió el Señor su diestra desde la Cruz sobre su cuello, como si quisiera abrazarla, y juntando sus labios rosados a su oído, con suave murmullo le dijo: «Escúchame, amada mía, voy a cantarte un poema de amor, pero no en versos mundanos». Y comenzó con dulce voz en la melodía con que se canta el himno *«Rex Christe, factor omnium»* [16] y le cantó esta estrofa: «El amor mío continuo / te es muy largo penar; / y el amor tuyo suavísimo / es para mí sabroso manjar». Acabada la estrofa dijo: «Añade tú ahora, amada mía, en lugar del *Kyrie eleison* que se suele cantar después de cada verso del himno *"Rex Christe"*, la petición de cualquier cosa que desees y se te dará». Entonces ella rogó devotamente por algunos asuntos particulares y fue escuchada con gran benevolencia.

3. En seguida, el Señor cantó esa estrofa y al terminarla, la invitó de nuevo a orar, y así no la dejaba dormir, hasta que agotadas casi totalmente todas sus fuerzas le fue necesario descansar y pudo dormir un poco hasta el amanecer. Y he aquí que el Señor, que nunca se aparta de los que le aman, sino que está siempre dispuesto a socorrerlos, se le apareció en sueños, y regalándola suavemente en su sueño, parecía que le preparaba una cena muy sabrosa en la suavísima llaga de su costado y con gran delicadeza le llevaba él mismo a la boca con su mano cada bocado para que recobrase las fuerzas. Recreada agradablemente durante el sueño, se despertó y, sintiéndose toda reconfortada, dio fervorosas gracias al Señor.

[16] Himno de Vísperas atribuido a San Gregorio Magno.

46. LAS SIETE HORAS DEL OFICIO DE LA VIRGEN

1. Habiendo velado durante toda una noche en la contemplación atenta y amorosa de la Pasión del Señor, experimentó gran cansancio y como aún no había rezado los maitines y se veía falta de fuerzas, dijo al Señor: «¡Oh, Señor mío!, sabiendo que mi humana fragilidad no puede privarse en modo alguno del descanso, enséñame qué pueda presentar en obsequio y honra de tu beatísima Madre, ya que no puedo rezar su Oficio». A lo cual respondió él: «Alabarme, por mi armonioso Corazón, en atención a la pureza de esta virginidad perfecta por la que ella me ha concebido, me ha dado a luz y luego ha permanecido virgen [17]; ella ha imitado mi pureza con la que en las primeras horas de la mañana por la salvación del género humano fui preso, atado, maltratado con bofetadas y látigos y ultrajado con varias y diferentes afrentas y oprobios miserablemente y sin piedad». Lo hizo así y parecía que el Señor presentaba a la Virgen, su Madre, su deífico Corazón como una copa de oro en la que la Virgen bebiese con delicia un licor como de dulce miel, hasta quedar dulcemente satisfecha y como embriagada plenamente y penetrada hasta lo más íntimo de su ser, y parecía que se gozaba deliciosamente.

2. Entonces, uniéndose a la alabanza de la Bienaventurada Virgen, decía: «Yo te alabo y te saludo, Madre de toda felicidad, augusto santuario del Espíritu Santo, por el Corazón infinitamente dulce de Jesucristo, Hijo amadísimo de Dios Padre y tuyo: rogándote nos socorras en todas nuestras necesidades y en la hora de nuestra muerte. Amén». Comprendió, al mismo tiempo, que el que alababa al Señor, según se ha dicho, y añadiese en complemento a la alabanza de la Bienaventurada Virgen este verso: «Yo te alabo y te saludo...», parecerá presentar otras tantas veces a la Virgen Madre el dulcísimo Corazón de Jesucristo, su Hijo amantísimo, para que beba. Esta Virgen Reina lo aceptará con gran satisfacción, dispuesta a premiar a cada uno, según la generosidad de su ternura maternal.

3. Y añadió el Señor: «Para la hora de Prima alábame, por mi armonioso Corazón, a causa de aquella agradabilísima humildad con que la Virgen sin mancha se disponía cada vez más perfectamente para recibirme e imitó la humildad con que yo, *"juez de vivos y muertos"* (Hch 10,42), me digné entrar humildemente como un

[17] De las Primeras Vísperas de la Purificación.

reo, por la salvación del género humano, a la hora de Prima, ante un hombre infiel (Pilato) para ser juzgado por él».

4. «A la hora de Tercia, alábame por el inmenso fervor con que me atrajo a su seno virginal a mí, Hijo de Dios, del seno del sumo Padre, e imitó el infinito fervor de mi propio deseo que me hacía desear la salvación del género humano, por el que con gran dulzura y paciencia acepté los latigazos de la flagelación, la corona de espinas y también a esa hora hube de llevar en mis fatigados y ensangrentados hombros el peso de la ignominiosa Cruz».

5. «A la hora de Sexta, alábame por la segurísima esperanza por la que esta Virgen celeste por buena voluntad y santa intención siempre aspiraba a mi alabanza y me imitó a mí que, colgado en el árbol de la Cruz, anhelaba con todas mis fuerzas la salvación del género humano en medio de las acerbísimas angustias de la misma muerte, por lo que grité: *"Tengo sed"* (Jn 19,28) de la salvación de las almas, que si fuera necesario todavía sufriría mayores y más duros tormentos y me ofrecería voluntariamente a soportarlo todo para redimir al hombre».

6. «A la hora de Nona, alábame por el inmenso ardor mutuo entre mi divino Corazón y la Virgen sin mancha, amor que tiernamente unió la excelentísima Divinidad a la Humanidad, y juntó inseparablemente en su seno virginal. Me imitó a mí, Vida de toda vida, sometiéndome, por la redención del género humano y por exceso de amor, a una muerte afrentosísima en la Cruz, a la hora nona».

7. «A la hora de Vísperas, alábame por la perfecta constancia en la fe, con la que la Virgen santa, a la hora de mi muerte, cuando huyeron los Apóstoles y desesperaron todos, ella permaneció sola, inmóvil, en la verdadera fe [18]; ella me imitó en aquella fidelidad con que, después de muerto, bajado de la cruz, fui en busca del hombre hasta el limbo del infierno para arrancarlo de allí con la omnipotente mano de mi misericordia y llevarlo al gozo del Paraíso».

8. «A la hora de Completas, alábame por la perseverancia digna de todo elogio por la que mi dulcísima madre fue preservada hasta el fin (Mt 10,22) en todo bien y virtud; ella ha imitado el cuidado con el que he trabajado en la obra de la redención hasta el punto de haber obtenido por una muerte tan cruel la liberación perfecta de los hombres; no he olvidado, sin embargo, disponer

[18] Cf. San Gregorio, Homilía 25 sobre santa María Magdalena (Madrid ¹1958; BAC 170), p.652-660.

que mi cuerpo incorruptible fuese sepultado, como se acostumbra entre los hombres, para demostrar que nada he omitido que fuese vil por la salvación del hombre».

47. LA AMISTAD DEL SEÑOR

1. Le hastiaban en gran manera las conversaciones con los hombres (pues ordinariamente parece horriblemente doloroso al que ama a Dios todo lo que lo sitúa fuera de él), así, frecuentemente, se retiraba repentinamente, con el alma llena de fervor, al lugar de su oración, diciendo: «Señor mío, toda criatura es una carga para mí; yo no quiero más compañía que estar sola contigo. Por eso, dejándolo todo, vengo a ti, único y supremo bien, alegría de mi corazón y de mi alma». Entonces, besando las cinco llagas rojas del Señor, repetía cinco veces esta oración: «Yo te saludo, Jesús, esposo florido, con el deleite de tu Divinidad, trayéndote la veneración de todo el universo, te abrazo y así te beso en las llagas de amor», y su pena desaparecía. Cada vez que así oraba a las llagas del Señor, era recreada por la dulce alegría de la piedad.

2. Como este ejercicio le era tan familiar, pidió un día al Señor cómo lo aceptaba, pues con frecuencia lo hacía por poco tiempo. El Señor le respondió: «Todas las veces que vienes a mí de este modo, recibo tu veneración como aceptaría un amigo la hospitalidad que su amigo le ofrece al mismo tiempo que le muestra mucha afabilidad y delicadeza admirable, como signo de su amistad, con palabras, obras y gestos. Por eso, así como entre esos signos de cariño el huésped recapacita a menudo en su mente cómo podrá pagar a su amigo esos gestos, así también yo sin cesar dispongo dulce y diligentemente el modo con que te he de recompensar en la vida eterna por cada vez que en este mundo me regalas, pagándote con agasajo y amabilidad cien mil veces más, según la regia generosidad de mi omnipotencia, sabiduría y benignidad».

48. EFECTO DE LA COMPUNCIÓN

1. Temiendo la Comunidad la llegada de tropas enemigas que, según se decía, se dirigían hacia allí fuertemente armadas, se oraba en el coro un salterio, y al final de cada salmo se decía: «Oh luz

santísima» y la antífona: «Ven, Espíritu Santo». Mientras ésta se dedicaba piadosamente a esta oración con las otras, conoció interiormente que el Señor se servía de esta oración para que el Espíritu Santo tocase a ciertas almas a fin de que viesen sus propias negligencias y se arrepintiesen con el firme propósito de corregirse y de evitarlas en adelante en cuanto pudieran. En este estado de contrición vio exhalar como un vapor, que envolvía al Monasterio y sus alrededores, de los corazones tocados por el Espíritu y que alejaba a los enemigos; y cuanto más contrito estaba el corazón de cada una y más lleno de buena voluntad, más denso era el vapor que de ellas salía y lanzaba más lejos a todo el poder adversario. Entendió que, por este temor de los enemigos y por esta prueba, lo que intentaba primeramente él era atraerse las almas de una Comunidad querida a fin de que, quebrantada por la aflicción y purificada de sus faltas, se refugiasen bajo su protección paternal y encontraran allí el auxilio más provechoso de las consolaciones divinas.

2. Entendido esto, dijo al Señor: «¿Por qué, Amado Señor, es frecuente que te dignes, por tu bondad gratuita, revelarme cosas tan diferentes de las que revelas a otros, que por esto llegan algunos a conocerlas, deseando yo más ocultarlas que manifestarlas?». El Señor respondió: «Si un maestro, preguntado por hombres de diversas lenguas, respondiera a todos en una, sería indelicado y nadie le aceptaría; mas si, por el contrario, responde a cada uno en su propia lengua, al latino en latín, al griego en lengua griega, se apreciará más la sabiduría del maestro, tanto más a propósito si responde a cada uno en su lengua; del mismo modo, cuanto diferentemente comunico a cada uno mis dones, tanto más resplandece la excelencia de la insondable sabiduría con que respondo a cada uno según su propio entendimiento y revelo lo que quiero según la capacidad de sus facultades que yo les di, esto es, mostrando cada cosa a los más simples con imágenes más corporales y a los más capaces con semejanzas intelectualmente más oscuras e impenetrables».

49. LA ORACIÓN QUE AGRADÓ AL SEÑOR

1. Otra vez, en la misma necesidad, mientras la Comunidad recitaba el salmo 103: *«Bendice a Yahvé, alma mía»*, con oraciones

apropiadas a cada versículo, y ésta participaba piadosamente en el mismo ejercicio con sus hermanas, se le apareció el Señor, lleno de esplendor y de belleza, que, cuando la Comunidad postrada pedía perdón, parecía venir hacia ésta y, levantando el brazo izquierdo, le presentaba la llaga dulcísima de su costado, para que la besara, lo cual hizo varias veces y el Señor se mostró muy complacido por esto. Entonces ella dijo al Señor: «Amantísimo Señor, puesto que veo que te es muy agradable esta devoción, te pido que me enseñes una breve oración que acepte tu bondad con la misma benevolencia de cualquiera que la rece con devoción». Entendió entonces, por inspiración divina, que quien, con pureza de intención, dijera cinco veces estas oraciones: «Jesús, Salvador del mundo, escúchanos, tú para quien nada hay imposible, sino solamente el dejar de tener clemencia de los desventurados». «Tú que has redimido el mundo por tu Cruz, oh Cristo, escúchanos». «Yo te saludo, Jesús, dulce Esposo, en el suave deleite de tu divinidad, te abrazo con el afecto amoroso de todas las criaturas y beso la llaga de tu amor». *«Mi fuerza y mi cántico es Yahvé, él ha sido para mí la salvación»* (Sal 118,14; Is 12,2). Quien Señor quiera, repito, que dijera estas oraciones en honor de las llagas del Señor, besando piadosamente las rojas llagas de él y añadiendo las oraciones que más le ayudan, ofreciéndolo todo por mediación del dulcísimo Corazón de Jesucristo, órgano de la Santísima Trinidad, él se dignará aceptarlo con tanto agrado como si fuera una oración perfectamente redactada.

2. Otra vez, durante una nueva recitación del mismo salmo apareció el Señor Jesús lanzando ardientes llamas por las llagas de un crucifijo que, según costumbre, estaba colocado ante la Comunidad y las dirigía a Dios Padre en favor de ésta demostrando de este modo el inmenso y encendidísimo deseo y amor con que se abrasaba su Corazón para con Dios Padre por la salvación de la misma.

50. REGALOS DE DIOS AL ALMA

1. Preocupada por la enfermedad un día en que debía comulgar, sintiéndose sumamente debilitada y lamentando que por ello fuese menor su devoción, dijo al Señor: «¡Oh dulzura de mi alma!, ¡ay de mí! Sé que soy demasiado indigna de recibir tu Cuerpo y

tu Sangre Santísimos, y si yo pudiera encontrar fuera de ti, en cualquier criatura, una dulzura que me aliviase, me abstendría hoy de la santa comunión. Pero, de oriente a occidente, del sur al norte, no encuentro nada más que a ti en que me pueda complacer y encontrar algún alivio para mi cuerpo y mi alma. Por eso, vengo a ti, fuente de agua viva, encendida y suspirando y corriendo tras de ti, con sed ardiente». Aceptó el Señor, en su bondad, tal obsequio y volviendo a su vez el premio de tan amoroso regalo, respondió: «Así como tú me aseguras que en ninguna criatura encuentras consuelo fuera de mí, yo, a mi vez, por mi virtud divina te confirmo que, fuera de ti, jamás me complace ninguna otra criatura».

2. Reflexionando en su corazón que, si bien el Señor se había dignado en su bondad decir que no quería deleitarse en criatura alguna fuera de ella, pudiera, sin embargo, cambiarse esa dicha en infortunio. Pero el Señor cortó esos pensamientos, diciendo: «Mi querer corre parejo con mi poder, y, por lo tanto, mi poder no tiene otros límites que mi querer». Y ella repuso: «Y ¿qué, oh Amor mío dignísimo, puedes hallar en mí, desecho de todas las criaturas, que te pueda deleitar?». Él respondió: «Mi mirada divina se deleita de un modo incomparable contemplándote, pues te he creado con mis dones de gracias abundantes y diversos que te hacen a mis ojos de una belleza perfecta. Mi oído divino, como con instrumentos suavísimos de música, se deleita enormemente en todas las palabras de tu boca con que me regalas cuando oras, bien sea por los pecadores, o por las almas del purgatorio, o cuando adviertes fraternalmente a alguno o instruyes a los que lo necesitan o hablas de cualquier manera alguna palabra en alabanza mía. Y aunque ninguna utilidad o provecho se siga para alguno en lo que tú haces, sin embargo, tu acción, por tu buena voluntad y pura intención, resuena melodiosamente en mis oídos y estremece lo más profundo de mi Corazón divino. La esperanza con que suspiras sin cesar tras de mí es como un perfume deliciosamente suave para mi olfato. Todos tus suspiros y deseos son más dulces a mi gusto que todos los aromas (Cant 4,10). Tu amor, en fin, me da el gozo del abrazo más tierno».

3. Comenzó ella entonces a desear le aliviase el Señor cuanto antes la salud, para seguir con más elevación la observancia regular. El Señor le respondió benignamente: «Y ¿por qué querría mi esposa dejar de complacerme oponiéndose a mi voluntad?». A lo que ella dijo: «¿Es posible, Señor, que tengas este deseo mío como

contrario a tu querer, ya que en él, según me parece, no busco más que tu alabanza?». El Señor respondió: «Lo que ahora me dices lo considero como cosa de niñas, pero si insistes en ello, no lo aceptaría». Comprendió por estas palabras del Señor que quien desea sanar para servir sólo a Dios hace bien, pero es mucho más perfecto que el hombre se entregue a la voluntad divina y se fíe de Dios en todo lo que él ordenare con respecto a su persona, ya sea próspero o adverso; esto es salubérrimo para ella.

51. LATIDOS DEL CORAZÓN DE JESÚS

1. Viendo que las otras se disponían a ir a escuchar un sermón, dijo al Señor con amorosa queja: «Tú sabes, Amadísimo mío, cómo me gustaría ir también a escuchar el sermón, pero me veo impedida por la enfermedad». El Señor le dijo: «¿Quieres, amadísima mía, que yo te predique?». Y ella: «Con mucho gusto». Entonces el Señor la hizo reposar sobre su Corazón, de manera que el corazón de su alma tocase el Corazón divino. Y habiendo descansado dulcemente en él durante un rato, sintió dos admirables y suavísimos latidos en el Corazón del Señor, con los que él le dijo: «Cualquiera de estos latidos obra de tres maneras la salvación de los hombres. Pues el primer latido está ordenado a la salvación de los pecadores, el segundo a la de los justos. Por este latido, yo me dirijo primeramente, sin cesar, a Dios Padre, para aplacarlo mansamente en favor de los pecadores, inclinándolo a la misericordia. En segundo lugar me dirijo a todos mis santos, excusando ante ellos, con fidelidad de hermano, al pecador y moviéndolos a que rueguen por él. Y en tercer lugar hablo al mismo pecador moviéndolo piadosamente a penitencia y aguardando con deseo inefable su conversión».

2. «Por el segundo latido me dirijo en primer lugar a Dios Padre para que se alegre conmigo por haber empleado tan provechosamente el precio de mi sangre por la redención de los justos, gozándome de tener ahora tan variados deleites en sus corazones. En segundo lugar, me dirijo a toda la corte celestial para que ensalcen conmigo el laudable modo de vivir los justos y para que me den gracias por todos los beneficios a ellos concedidos y por los que se les concederán en adelante. En tercer lugar, me dirijo a los mismos justos para ayudarlos con gran ternura y animarlos a

progresar de día en día y de hora en hora sin traba alguna, y como no se para el corazón humano ni con la vista ni con cuanto oye, ni con obra alguna de manos, sino que siempre sigue latiendo, del mismo modo, ni la disposición ni el gobierno de los cielos, ni de la tierra ni de todo el universo, podrá interrumpir ni parar, ni siquiera por breve instante, hasta el fin de los siglos, los latidos de mi Divino Corazón».

52. CÓMO EL SEÑOR RECIBE LA INQUIETUD DEL AMIGO

1. Algún tiempo más tarde, habiendo pasado una noche casi entera sin dormir y encontrándose muy debilitada, casi sin fuerza, ofreció, según su costumbre, esta falta de fuerza a la alabanza eterna del Señor y por la salvación de todo el universo. Ante lo cual el Señor, con una bondad compasiva, le enseñó a invocarlo con estas palabras:

2. «Por la calma infinita de la alabanza con la que has reposado, desde toda la eternidad, en el seno de Dios Padre y por la amenísima estancia en que estuviste durante nueve meses en el seno de la Virgen, tu Madre, y por la alegría deliciosa con la que jamás te has dignado gozar en toda alma que te ama, te ruego, Dios misericordioso, te dignes concederme, no para mi propia necesidad, sino para tu alabanza eterna, un poco de reposo que ayude a los miembros fatigados de mi cuerpo a volver a su actividad».

3. Al pronunciar ella estas palabras, le parecía que subía por ellas como por unos peldaños y se acercaba al Señor. Entonces, le mostró el Señor a su derecha un cómodo asiento preparado, diciéndole: «Ven, amada mía, reposa sobre mi Corazón y prueba si mi vigilante amor te deja descansar». Se reclinó, pues, sobre el melifluo Corazón del Señor y sintiendo más claramente sus latidos, le dijo: «Oh mi dulcísimo Amor, ¿qué quieren decirme ahora estos latidos?». El Señor respondió: «Siempre y cuando alguno, cansado de velar y falto de fuerza, me suplica con la triple oración que te he enseñado a recitar para que le conceda descanso en alabanza mía y para reparar sus fuerzas, le atenderé pero no las escucharé si no se arman de paciencia y soportan humildemente su debilidad, porque de este modo lo estimará en más la bondad de mi divina

suavidad cuanto con mayores muestras de agradecimiento aceptaría un amigo de otro amigo suyo muy íntimo si, despertado este último del dulce sueño en que por ventura se hallase sumido, se levanta con alegre presteza por dar al primero el único gusto que busca de entretenerse ambos haciendo para ello duro esfuerzo; y a buen seguro goza más que con otro de sus amigos que, velando toda la noche según costumbre, granjea con ello su provecho como el del camarada. Porque me es infinitamente más acepto y agradable cuando uno, después de gastadas con la vigilia las fuerzas en una enfermedad, me ofrece ese achaque soportándolo humilde y pacientemente, que cuando otro, rebosando salud, pasa toda la noche en oración, puesto que lo puede hacer».

53. COMPLACENCIA DEL SEÑOR

1. Retenida por la enfermedad, después de sudar, unas veces la fiebre aumentaba y otras disminuía. Así una noche, en que, bañada toda en sudor, comenzó a pensar acongojada si con esto había de empeorar o mejorar, se le apareció Jesús, esplendoroso como una flor, trayendo en la mano derecha la salud y en la izquierda la enfermedad y le tendió los dos brazos para que ella escogiera lo que más deseara. Pero ella desechó ambas cosas y se dirigió con espíritu fervoroso al Corazón dulcísimo en el que sabía estaba encerrado el tesoro de todo bien, buscando sólo su laudabilísima voluntad. El Señor la acogió con ternura y tomándola dulcemente en sus brazos la atrajo hacia su Corazón para que ella descansase. Mas ella volvió su rostro del Señor, e inclinando hacia atrás su cabeza sobre el pecho deífico, dijo: «He aquí, Señor, que ahora aparto mi rostro de ti, pues deseo con todo mi corazón que no tengas en cuenta mi voluntad y que en todas las cosas realices tu laudabilísimo gusto».

2. Por todo esto se ha de notar que el alma fiel se ha de encomendar en todas sus cosas a la disposición divina con tan inquebrantable confianza, que aun se goce de no saber lo que Él obra para con ella y así se cumpla más perfectamente en ella lo que agrada a la voluntad divina. Entonces, el Señor hizo brotar de los dos lados de su dulcísimo Corazón dos chorros como de una copa llena y que a modo de arroyuelos se desbordaban en el seno de ésta, diciéndole: «Ya que tú, renunciando totalmente a tu

propia voluntad apartaste de mí tu rostro, hago yo brotar toda la dulzura y regalo de mi Corazón Divino y le dirijo hacia ti». A lo cual ella dijo: «Ya que tú, Amor mío dulcísimo, me has dado tantas veces y de muchísimos modos tu deífico Corazón, querría saber qué puesto conseguiré ahora que tan generosamente me lo otorgas». Él respondió: «¿No es de fe católica que el que una vez comulga, yo mismo me doy para su salvación con todos los demás bienes que se contienen en los tesoros de mi divinidad y humanidad? Y, sin embargo, cuanto más el hombre comulgara, más aumenta y se multiplica la medida de su bienaventuranza».

54. DELECTACIÓN SENSIBLE EN DIOS

1. Como muchas personas le aconsejaran que dejase su oración contemplativa hasta que recobrase la salud y haciendo ella, según costumbre, más caso del parecer ajeno que del suyo propio, cedió a sus persuasiones consintiendo en ellas, a condición de tener el placer externo de adornar las imágenes de la Cruz de Cristo. Esto le permitía desviarse del cuidado interior de la contemplación, como con una especie de juego, pero sin perder el continuo recuerdo de su único Amor, por la representación externa del Crucificado.

Una noche se ocupaba en pensar de qué manera dispondría al Crucificado un sepulcro bien adornado para poder colocarlo el viernes por la tarde en memoria de la Pasión del Señor. Él, que en su bondad mira más la intención que la acción del que le ama, interviniendo en sus pensamientos, le dijo: *«Ten tus delicias en Yahvé, y te dará lo que pide tu corazón»* (Sal 37,4). En cuyas palabras comprendió que cuando alguno busca contentar a Dios en cosas semejantes, se deleita el Señor en el corazón del mismo, como un padre de familia se alegra de las habilidades del humorista que divierte a sus convidados divirtiéndose también él mismo. Y es ésta la petición del corazón que se da al hombre que inocentemente se deleita de esta manera por Dios en las cosas exteriores, porque el corazón del hombre pide naturalmente, esto es, desea que Dios se deleite en él.

2. Ella dijo entonces: «Pero, amadísimo Señor, ¿qué podéis ganar de este contento, más halagüeño a los sentidos corporales que al espíritu?». Él respondió: «Así como el avaro usurero dejaría

contra su voluntad una moneda pequeña si la pudiese ganar, del mismo modo yo que he determinado tener mis gustos en ti, mucho menos permitiré se pierda ni un solo pensamiento tuyo, ni un solo movimiento de tu dedo meñique, hecho por mi amor, sin que yo lo convierta en una alabanza mía y para tu eterna salvación».

Ella dijo: «Si tu inmensa bondad se digna deleitarse tanto en estas cosas, dime cuánto te deleitas en aquel canto que compuse de los dichos de los santos para conmemorar tu adorable Pasión» [19]. El Señor respondió: «Como se goza uno en su amigo, abrazándolo dulcemente, lo lleva a un jardín muy ameno en donde se respira un olor suavísimo de leve brisa y maravillosamente se deleita con la frescura agradable de las diversas flores y se regala con la dulce armonía de suavísimo murmullo, y saborea al mismo tiempo el dulcísimo gusto de un fruto óptimo, del mismo modo Yo te recompensaré por este regalo con que me brindas, como asimismo premiaré al que con devoción me recitare con frecuencia ese himno en el camino estrecho que lleva a la vida eterna» (Mt 7,14).

55. ENFERMEDAD DE AMOR

1. Poco tiempo después, estando en el lecho enferma por séptima vez, una noche, puesto el pensamiento en el Señor, él inclinándose hacia ella con amorosísima afabilidad, le dijo: «Comunícame, amada mía, que estás enferma de amor» (Cant 5,8). Ella respondió: «¿Cómo me atreveré, en mi indignidad, a decir tal cosa, esto es, que estoy enferma de amor?». El Señor respondió: «Quienquiera que espontáneamente me ofrece su voluntad para sufrir algún trabajo por mí, puede en verdad gloriarse y anunciarme gozosamente que está enfermo de amor, ya que padece esa aflicción con paciencia y me la ofrece». Ella replicó: «¿Qué ventaja, Amado mío, puedes sacar con esa noticia?». El Señor le dijo: «Tal noticia es para mi Divinidad una alegría, un honor para mi Humanidad, una belleza para mis ojos, una alabanza para mis oídos». Y añadió: «El mensajero de tal noticia recibirá un gran consuelo. De este modo la unción de mi amor se enardece de manera tan eficaz que violentamente me obliga a sanar a los contritos de

[19] Este himno se ha perdido.

corazón, esto es, a los que desean mi gracia; a anunciar a los cautivos, esto es, a los pecadores, el perdón; a los prisioneros la liberación (Is 61,1; Lc 4,18-19), es decir, la salvación a las almas del purgatorio».

2. Dijo ella al Señor: «¡Padre de misericordia! ¿Acaso te dignarás devolverme la salud primera, después de esta séptima enfermedad?». Y le contestó el Señor: «Si en la primera enfermedad te hubiera dicho que habías de estar siete veces enferma, tal vez atemorizada te hubieras dejado llevar por la impaciencia, debido a la flaqueza humana. Asimismo si te prometiese que esta enfermedad sería la última, sin duda alguna pondrías alegre esperanza en el fin de tan trabajoso achaque y, por lo mismo, se disminuiría tu mérito. Por esto, la providencia paternal de mi sabiduría increada ha resuelto, para bien tuyo, dejarte en esta doble ignorancia, para que te obligue a suspirar con todo tu corazón hacia mí y en todas tus penas, tanto espirituales cuanto corporales, te confíes a mí, que con una fidelidad perfecta te miro y tengo cuidado de ti, no permitiendo que jamás seas agravada sobre tus propias fuerzas (1 Cor 10,13), pues conozco bien la fragilidad y la delicadeza de tu paciencia. Esto lo puedes ver claramente, pues sentiste mayor flaqueza después de la primera enfermedad que después de esta séptima; aunque esto puede parecer imposible a la razón humana, sin embargo prevalece mi omnipotencia divina».

56. MUERTE O VIDA ME ES IGUAL

Una noche en que ella manifestaba de muchos modos su ternura al Señor, le preguntó, entre otras cosas, por qué habiendo estado tanto tiempo antes enferma no había deseado saber si la enfermedad habría acabado con la muerte o con la vuelta a la salud. El Señor le respondió: «Cuando el esposo lleva a la esposa a una floresta, para que coja flores con las que entretejerse una guirnalda, se goza la esposa tanto con el dulce trato de su esposo, que nunca le dice la rosa que quiere le corte, sino que, llegados al jardín, cualquier rosa que el esposo corta y le da a la esposa para componer la guirnalda, la coge sin reparo la esposa y la coloca en ella rápidamente; lo mismo sucede al alma fiel, cuya suma alegría es mi voluntad y en ella se goza como en una floresta y le es

indiferente volver a la salud o que termine la vida, porque con gran fidelidad se entrega a mi Providencia paternal».

57. SUFRIMIENTO DEL DEMONIO

1. Otra noche, las muchas y diversas consolaciones nacidas de la presencia del Señor y sus propios esfuerzos de meditación espiritual la dejaron muy debilitada y, tomando unas uvas, se recreó con ellas, en la intención de que reconfortaba al Señor en sí misma y él lo aceptó complacidamente, diciendo: «Ahora confieso que me ha sido pagada aquella amargura que de la esponja bebí por tu amor, porque en su lugar absorbo de tu corazón una dulzura inefable, y cuanto más permanentemente recreares tu cuerpo en alabanza mía, tanto más suavemente confieso haberme recreado en tu alma».

2. Arrojando ella al patio central los hollejos y pepitas de las uvas, que tenía recogidas en las manos, se encontraba allí el demonio, enemigo de todo bien (Job 1,6), y procuraba recoger lo que ésta había tirado, como para alegar testimonio de la culpa de la enferma, por haber comido antes de maitines, contra lo prescrito en la Regla, y apenas tocó el demonio uno de los desperdicios del racimo, en el mismo instante, con intolerable tormento, dando terribles aullidos, huyó precipitado del monasterio, procurando diligentemente no tocar más los restos de las uvas con los pies, puesto que por haberlos tocado había sentido tan intolerable dolor.

58. PROVECHO DE LOS PROPIOS DEFECTOS

1. Otra noche, examinando su conciencia, reconoció en sí la falta que tenía por la costumbre de decir con frecuencia «Dios lo sabe», sin necesidad, y reprendiéndose por ello, le suplicó que se la corrigiese totalmente y que jamás pronunciase rutinariamente su Dulcísimo Nombre. A lo cual el Señor respondió benignamente: «¿Por qué quieres privarme de este honor y de perder para ti misma esta recompensa infinita, merecida todas las veces que, reconociendo en ti este defecto o cualquier otro, tomas la resolución de evitarlo en adelante? Pues el que se esfuerza por mi amor

en vencer sus defectos me manifiesta el honor y la fidelidad que el soldado tiene a su soberano por su valiente resistencia a los enemigos en el combate, los destruye y desbarata con varonil fortaleza».

2. Pareciéndole a ella que reposaba en el pecho del Señor y sentía desfallecer su corazón, le dijo: «He aquí, Amadísimo Señor, que te ofrezco mi débil corazón, con todos sus afectos y deseos, para que puedas complacerte en él según tu beneplácito». Él respondió: «Acepto tu corazón debilitado, ofrecido con tanto amor, con más gusto que cualquier otro corazón fuerte, cuanto se aprecia más una fiera cansada por las correrías que le han hecho dar los monteros que la doméstica, porque la carne de aquélla es más delicada y suave al paladar».

59. UN SERVICIO HECHO AL SEÑOR

1. Cuando sus enfermedades no le permitían ir al coro, sin embargo no dejaba de ir con frecuencia a oír el rezo de las Horas del Oficio divino, para ejercitar, al menos de este modo, su encargo en el servicio de Dios. Y reflexionando sobre que no se ocupaba de Dios con tan fervorosa devoción como ella deseaba, con abatimiento de espíritu, dijo: «¡Oh Amadísimo Señor! ¿Qué gloria puedes tener ahora, ya que yo, inútil y negligente, estoy aquí sentada sin atender apenas a una o dos palabras y notas?». A lo cual contestó el Señor en una ocasión de esta manera: «Y ¿qué provecho sería para ti si una o dos veces te diera un amigo tuyo un trago de dulcísima y recentísima agua-miel con la que esperas ser muy confortada? Pues has de saber que mayor deleite tengo Yo de cada palabra o nota del canto con las que intentas alabarme».

2. Durante la misa, como estaba muy débil, se le hacía muy dificultoso levantarse para la lectura del Evangelio y se reprendió a sí misma por esto, pues ignoraba qué provecho podía sacar de tal discreción ahorrándose ese trabajo; ya que no esperaba obtener la salud anterior, como acostumbraba, preguntó al Señor cuál de las dos cosas le era más agradable. Él le respondió: «Cuando realizas por gloria mía un acto difícil, sobre tus fuerzas, Yo lo acepto como si tuviera necesidad de ello para el aumento de mi honor. Mas cuando, absteniéndote, aceptas algún alivio corporal, manteniendo viva tu atención hacia mí, lo recibo como si, estando enfermo, en

modo alguno pudiese prescindir de ese alivio. Por eso, premiaré en ti las dos cosas, para gloria de mi divina munificencia».

60. RENOVACIÓN DE LOS SACRAMENTOS

Haciendo un día examen de conciencia, y notando algunas faltas que hubiese debido confesarlas, como no podía ir al confesor, se dirigió, según su costumbre, al Señor Jesucristo, su único apoyo, y le expuso gimiendo su impedimento. A lo cual respondió el Señor: «¿Por qué te turbas, amada mía? (Lc 24,38). Pues cada vez que deseas algo de mí, que soy el Sumo Sacerdote y verdadero Pontífice, te ayudaré y renovaré cada vez en tu alma los siete sacramentos, con mucha más eficacia que lo pudiera hacer cualquier otro sacerdote o pontífice en siete veces: porque yo te bautizaré con mi preciosa sangre, te confirmaré en virtud de mi victoria, en fe de mi amor te desposaré conmigo (Os 2,20), te consagraré en la perfección de mi vida santísima y con la piedad de mi misericordia yo te absolveré de todo lazo de pecado; y en la abundancia de mi caridad te daré a mí mismo en manjar. Así, gozando de ti, satisfaré mi gusto y penetraré todo el interior de tu alma en la suavidad de mi espíritu, con una unción tan eficaz que en todos tus sentidos y movimientos haré destilar el bálsamo de la devoción, por todo lo cual serás habilitada y santificada para la vida eterna».

61. EFECTO DE LA CARIDAD

1. Otra vez, se levantó para ir a Maitines con gran debilidad; terminado un nocturno, vino otra enferma y ella por caridad volvió a rezar de nuevo los Maitines con la enferma, con gran trabajo. Durante la misa, ocupada toda piadosamente con el Señor, se le reveló que su alma estaba magníficamente adornada con gran belleza y con piedras preciosas que brillaban esplendorosamente [20]. Divinamente instruida comprendió que había merecido todo eso por su caridad de comenzar de nuevo humildemente con la joven religiosa la recitación de una parte de los Maitines que

[20] Segundo Responsorio del Oficio de Santa Inés.

ya había rezado y por eso resplandecía tan bellamente por cada palabra que repetía. Acordándose entonces de algunas negligencias, aún no confesadas, por falta de confesor, lo propuso al Señor con voz quejumbrosa. Él respondió: «¿Por qué te preocupas por estas negligencias si yo te cubro magníficamente con el manto de la *"caridad que cubre la multitud de los pecados"* (1 Pe 4,8)?». Ella dijo: «Y ¿cómo puedo consolarme de que la caridad cubre mis culpas siendo así que yo me reconozco manchada con ellas?».

El respondió: «La caridad no solamente cubre los pecados, sino que, como el calor del sol, consume y aniquila todas las negligencias de los pecados veniales y, además, llena el alma de méritos».

62. CELO DE LA OBSERVANCIA REGULAR

Viendo un día a una persona que se comportaba con negligencia con respecto a algunos puntos de la observancia regular, temiendo incurrir en una falta ante Dios si, conociendo eso, era negligente en la corrección y temiendo, al mismo tiempo, que otras menos estrictas habían de decir que se preocupaba más de lo necesario en corregir menudencias, según su costumbre lo presentó al Señor para su eterna alabanza. Él, manifestando que lo aceptaba gustosamente, dijo: «Todas las veces que, por mi amor, tengas que soportar este reproche o cualquier otra cosa semejante, yo te protegeré firmemente y te amurallaré por todas partes contra todo lo que te pueda estorbar en algo llegarte a mí, del mismo modo que una ciudad se fortalece con fosos y murallas, y añadiré al tesoro de tus merecimientos todo el mérito que cualquiera podría ganar si humildemente obedece, con devoto empeño y en alabanza mía, tus amonestaciones».

63. FIDELIDAD DEL SEÑOR AL ALMA

1. Como ordinariamente sucede que las injurias que se reciben de un amigo son más difíciles de soportar que las que proceden de un enemigo, según aquello de que: «*Si todavía un enemigo me ultraja, podría soportarlo*» (Sal 55,13), entendiendo ella que cierta persona por la que había trabajado en el aprovechamiento de su alma con especial esmero y fidelidad, no le correspondía con la

lealtad que debía esperar, sino, al contrario, despreciaba los buenos servicios que le hacía, conturbada, buscó ayuda en el Señor, el cual consolándola le dijo benignamente: «No te entristezcas, hija mía, he permitido esa contrariedad para poder gozar con más frecuencia de ello; del mismo modo que una madre que tiene un hijo pequeño a quien ama tiernamente y desea tener siempre consigo, si el niño quiere ir a jugar con sus compañeros, le pone cerca cosas horrendas, para que, asustado, vuelva al regazo de su madre, así también yo, deseando que nunca faltes de mi lado, permito que tus amistades te sean contrarias en algo, para que no encontrando en ninguna criatura tu felicidad, acudas a mí con mayor fervor, sabiendo que en mí se encuentra la plenitud de toda alegría y felicidad».

2. Luego la tomó en su pecho como a un tierno niño y le regaló con muchas caricias y acercando su boca a sus oídos le dijo: «Como una tierna madre acostumbra a deshacer por los besos los enfados de su hijo pequeño, así también yo deseo mitigar con suave susurro de amantes palabras todos tus trabajos y contrariedades». Y después de haberse deleitado en el pecho de él con grandes consolaciones divinas, el Señor le presentó su Corazón, diciendo: «Escudriña ahora, amada mía, las intimidades de mi Corazón y examina atentamente con cuánta fidelidad dispensé y ordené todo cuanto hiciste a mi intención, para mayor utilidad y provecho de tu alma, y considera si te puedes quejar de que en algo te haya sido infiel».

Habiéndolo hecho ella, le pareció que el Señor la adornaba con la pena antes dicha como con flores de oro de un resplandor maravilloso. Acordándose entonces de que ciertas personas estaban afligidas con ciertos trabajos, dijo al Señor: «¡Oh, Señor! Con cuántas más altas recompensas y más preciosos adornos merecen ser premiados y hermoseados por tus piedras, ¡oh Padre misericordioso!, las personas que sufriendo tan pesados trabajos no son aliviadas con tales o semejantes consuelos con que yo, ¡ay de mí!, a pesar de mi indignidad soy aliviada con frecuencia y, sin embargo, no sufro con la debida paciencia cuanto me sucede contra mi gusto». El Señor le dijo: «En esto, como en todas las demás cosas, te demuestro el delicado cuidado del amor ternísimo que te tengo, como la madre que amando a su hijo pequeño de buena gana lo adornaría con plata y oro, pero, como sabe que no puede soportar el peso de este adorno, lo hace con flores sencillas que, sin agobiarle con su peso, le dan esplendor: así también yo aligero la carga

de tus tribulaciones para que no caigas bajo su peso, ni carezcas del mérito de la paciencia».

3. Considerando entonces la profundidad de la ternura divina en la obra de su salvación, prorrumpió en piadosas alabanzas por su inmensa gratitud. Comprendió también que aquellos adornos que la habían sido mostrados en recompensa de su trabajo, como tiernas pero espléndidas flores se hacían más lozanas y hermosas por aquel agradecimiento con que cantaba alabanzas a Dios por su adversidad. Además comprendió que la gracia recibida de Dios de poder alabarlo en la adversidad compensa de una manera regia lo que le falta al peso de las tribulaciones, del mismo modo que es más precioso un ornamento de oro puro que de plata sobredorada.

64. FRUTO DE LA BUENA VOLUNTAD

1. Vino al Monasterio una comisión de parte de un señor que quería algunas religiosas de nuestra Comunidad para fundar la vida monástica en otro monasterio. Cuando ella se enteró, llena de muy buena voluntad y dispuesta siempre a todo lo que a Dios pareciese ser más de su agrado, aunque entonces estaba ella muy debilitada, sin embargo, movida por el celo de la alabanza divina, ofreció a Dios, delante de un crucifijo, su corazón con gran fervor, para su eterna alabanza y obrar con el alma y con el cuerpo todo lo que fuese de su gusto. Esta ofrenda pareció agradar tanto al Señor, que se dejó caer de la cruz con grandísimo gozo y gran amor, para abrazarla suavemente exultando de alegría, como un enfermo casi desahuciado de la vida se alegra cuando le ofrecen la medicina que por tanto tiempo deseó y suspiró, con la que espera sanar completamente; así, apretándola él amorosamente contra la llaga de su costado santísimo, le dijo: «Bienvenida seas, amada mía, tú eres como el calmante y alivio suavísimo de todos mis dolores». En cuyas palabras entendió que cuando uno ofrece toda su voluntad para todo lo que Dios quiere, por grandes que sean las adversidades que prevé le han de venir, acéptalo él como si ese tal en el tiempo de su Pasión aplicase a sus llagas suavísimos ungüentos.

2. Insistiendo en la oración, ella reflexionó en su corazón varias cosas con las que, si acaso la destinaban a ella para ir a

esa fundación, quería promover y asegurar la gloria de Dios y la expansión de la vida monástica, en la medida de sus posibilidades. Estando ocupada en esos pensamientos diversos, volvió en sí y se reprochó de que perdía el tiempo inútilmente pensando en cosas que no se realizarán pues estaba tan enferma que más parecía caminar hacia la muerte que tan preparada para ir a la fundación, y, en el caso de que tuviera que ir, habría tiempo para tales cavilaciones. Entonces se le apareció Jesús como en medio de su alma con gran gloria, rodeado de hermosas rosas y lirios [21], y le dijo: «Considera cómo las resoluciones de tu buena voluntad me dan una gloria comparable al resplandor de las estrellas rutilantes y de los candelabros de oro de lo que trata San Juan en el Apocalipsis, cuando vio a uno semejante al Hijo del Hombre en medio de candelabros de oro y teniendo en la mano siete estrellas (Ap 1,13-16). En cuanto a la diversidad de pensamientos que se han presentado a tu corazón los recibo tan agradablemente como la frescura y suave fragancia de hermosas rosas y lirios».

3. Entonces dijo ella: «*"¡Roca de mi corazón!"* (Sal 72,26), ¿por qué llenas mi espíritu con tan diversos deseos irrealizables? Pues hace pocos días me sugeriste el pensamiento y provocaste el deseo de recibir sin tardar el Sacramento de la Unción y, mientras me preocupaba diversamente de esto, me alegraste con muchas consolaciones. Mas ahora, por el contrario, haces nacer en mí el deseo de partir a una fundación, con tan pocas fuerzas que apenas podría hacer el viaje». El Señor respondió: «La razón es porque, como te he dicho al comienzo de este libro, he dispuesto ponerte como luz de las naciones (Is 42,6; 49,6): es decir, para iluminar a un gran número de almas, es conveniente que en tu libro encuentren todas las personas lo que para su instrucción y consuelo más las conviene. Además agrada a los amigos tratar de muchas cosas de las que nada se siguen. Y también, a veces, un amigo propone a su amigo cosas difíciles, como para probar con ello la fidelidad que le tiene y acepta muy gustosamente las excelentes disposiciones de la buena voluntad que le demuestra. Del mismo modo me deleito en tratar con mis elegidos de diversos asuntos que nunca se realizan para probar el amor y la fidelidad que me tienen, para premiarlos en seguida por estas grandes cosas que jamás tendrán ocasión de realizar, porque veo su buena voluntad como si de

[21] Primer Responsorio de la Asunción, Sab 50,8.

hecho las realizasen. Yo provoqué en cierto modo en tu voluntad el deseo de la muerte y el darte prisa para recibir la Unción. De modo que todo lo que te sugirió tu devoción, hayan sido obras o también deseos, para prepararte a estos actos, te lo he guardado y todavía lo reservo en lo más íntimo de mi divino Corazón para tu salvación eterna, sabiendo lo que está escrito: *"El justo, aunque muera prematuramente, halla el descanso"* (Sab 4,7), y si hubieses de morir repentinamente por cualquier causa que sea, o recibir el sacramento de la Unción sin conocimiento, como suele suceder a los elegidos, ningún detrimento tendrás, pues todo lo que tú has hecho año tras año para prepararte a la muerte no se perderá, en la inmarcesible primavera de mi eternidad, por virtud de mi acción divina, sino que reverdecerá, florecerá y producirá para ti frutos de salvación».

65. EJERCICIOS QUE ALCANZAN LOS DONES DE DIOS

1. Movida por los ruegos de una persona ofreció al Señor todo cuanto por su liberal piedad se había dignado obrar en sí misma, para que aprovechase a la salvación de la que le rogaba. Inmediatamente apareció una tal persona por quien hacía oración, en pie delante del Señor, que sentado en el trono de su majestad tenía sobre sus rodillas un vestido maravillosamente adornado que extendió sobre ella, pero no se lo puso. Admirada por esto, dijo al Señor: «¿Por qué, benignísimo Dios, por cuanto hace pocos días tras semejante ofrenda elevaste sin tardanza a tan sublimes gozos del cielo al alma de una pobre persona por la que yo rogaba, ahora no vistes ese rico vestido con el que brindas a ésta que ardientemente lo desea, por esos mismos beneficios que a mí, indignísima, me otorgaste?».

Respondió él: «Cuando, por caridad, se me ofrece algo por las almas de los fieles difuntos, yo, por mi piedad natural e inclinado siempre a hacer misericordia y perdonar [22], sabiendo que estas almas ya no pueden valerse por sí mismas, teniendo compasión de su pobreza, les doy misericordiosamente lo que por ellas se ofrece en remedio y perdón de sus culpas o alivio de sus penas o también para colmo de eterna bienaventuranza suya, según el estado y mérito de cada uno. Pero, cuando por los vivos se me

[22] Oración por los fieles difuntos.

ofrecen semejantes cosas, se las guardo de verdad, en provecho de su salvación; pero, como todavía pueden ellos con obras justas, deseos y buena voluntad aumentar sus méritos, es conveniente procurar merecer con sus trabajos lo que desean alcanzar por los méritos de otros».

2. «Por esto, si la persona por quien tú oras desea ser ataviada con el vestido de las gracias que tú has recibido de mí, debe aplicarse espiritualmente a estas tres cosas:

1.ª Inclinarse con humildad y agradecimiento para recibir la vestidura, esto es, ha de reconocer humildemente que tiene necesidad de los méritos de otros y darme amorosamente acciones de gracias por mi condescendencia de suplir sus necesidades por la abundancia de otro.

2.ª Reciba el vestido con esperanza y confianza, esto es, espere en mi bondad y tenga confianza de que alcanzará por esto gran provecho para su alma.

3.ª Ponerse el vestido practicando la caridad y las demás virtudes».

3. Habiéndose hecho sangrar antes de la Cuaresma, se le ocurrió repetir con frecuencia en sus oraciones estas palabras: «¡Oh Rey excelentísimo, oh Príncipe ilustrísimo!», y otras semejantes. Y retirándose una mañana al lugar donde hacía oración, dijo: «¡Oh Amadísimo Señor! ¿Cómo quieres que sean utilizadas estas expresiones que, con frecuencia, vienen a mi espíritu y a mis labios?». Y Él le mostró en la mano un collar de oro, hecho de cuatro piezas. Estaba perpleja por no saber el significado de esas cuatro partes, y le fue inspirado divinamente que la primera figuraba la Divinidad de Cristo, la siguiente el Alma de Cristo, la tercera el alma de todos los fieles que se le han unido en su propia Sangre, y la cuarta el Cuerpo inmaculado de Cristo. Y, por el hecho de que en el collar el alma fiel apareciese pasible entre el Alma y el Cuerpo de Cristo, se daba a entender que en indisoluble trabazón de amor consolida el Señor al alma fiel con su propio Cuerpo y su Alma. Y la vista de esta joya la arrebató, de modo irresistible, y le fueron inspiradas estas palabras:

«Tú eres vida de mi alma,
únase contigo el afecto de mi corazón,
derretido por el fuego de abrasado amor;
quede sin vida para todo aquello
que sin ti entendiere.
Tú eres el esplendor de todos los colores,

el sabor de todos los gustos,
el perfume de todos los olores,
el deleite de todas las armonías,
la amenidad suave de todos los abrazos.
¡En ti está el placer delicioso!
¡De ti mana la abundancia copiosa!
¡Hacia ti, la atracción radiosa!
¡Por ti, la transposición afectuosa!
Tú eres el abismo desbordante de la Divinidad.
¡Oh dignísimo Rey de reyes,
Emperador excelentísimo,
Príncipe ilustrísimo,
Soberano de infinita dulzura,
Protector validísimo!
Tú eres la perla fecunda de humana nobleza,
Obrero de saber infinito,
Instructor suavísimo,
Consejero sapientísimo,
Ayudador benignísimo,
Amigo fidelísimo.
Tú eres dulce Salvador de total intimidad,
Caricia de infinita delicadeza,
Amor de infinito ardor,
Esposo dulcísimo,
Celador castísimo.
Tú eres hermosa flor de gran belleza.
¡Oh Hermano amabilísimo,
Joven bellísimo,
Compañero agradabilísimo,
Huésped munificentísimo,
Administrador atentísimo!
Te prefiero a todas las criaturas,
por ti renuncio a todos los placeres,
por ti afronto todas las adversidades.
En todo sólo busco tu alabanza.
Proclamo, con el corazón y con la boca,
que tú haces crecer estos y todos los bienes».

«En virtud de tu fervor, uno la intención de mi devoción a la eficacia de tu oración. Para que la pureza de esta divina unión, en donde desaparece todo instinto rebelde, me conduzca al sumo de la perfección suprema».

4. Cada una de estas aspiraciones correspondía a una de las piedras magníficas que brillaban en el collar de oro. El domingo siguiente, estando en misa para comulgar, repitió, con más fervor, las palabras antes dichas, y viendo que agradaban al Señor, le dijo: «Oh amantísimo Dios, pues veo que te deleitas tanto en estas palabras, quiero también aconsejar a cuantos pueda te las ofrezcan en sus oraciones, a modo de collar». El Señor respondió: «Ninguno me da lo que es ya mío; mas a cualquiera que las recite devotamente, le aumentaré la gracia de mi conocimiento, y dará en él, de lleno, el resplandor de mi Divinidad, que atraerá a sí por la eficacia de esas palabras, del mismo modo que el que, teniendo un trozo de oro puro contra los rayos del sol, ve en el objeto opuesto al oro el resplandor de la luz». Quedó conmovida por el efecto de estas palabras; y acabada la oración predicha, apareció el rostro de su alma ennoblecida con mayor claridad, a causa del resplandor de la luz divina, y el conocimiento que tuvo de Dios fue mucho más sabroso.

Añadiremos aquí algunas de las cosas más útiles que reveló Dios a esta virgen, que oraba por otros.

66. MUCHAS GRACIAS DERRAMADAS POR SU INTERCESIÓN

En cierta ocasión, se le apareció el Señor Jesús, pidiéndole su corazón, y le dijo: «*Dame, hija mía, tu corazón*» (Prov 23,26). Así lo hizo con gran gusto, y le parecía que el Señor lo unía a su propio Corazón, a modo de canal, extendiéndolo hasta la tierra, y derramaba copiosamente por él torrentes de su gran piedad, diciendo: «He aquí, que en adelante, me deleito siempre en servirme siempre de tu corazón como de un canal por el que derrame la abundancia de gracias que brotan de mi Corazón, lleno de dulzura, sobre todos los que se disponen para recibirlas, esto es, sobre los que acudan a ti con humildad y confianza» *.

67. HUMILLACIÓN BAJO LA JUSTICIA DE DIOS

1. Orando un día por unos que habían perjudicado al monasterio, robándole, y seguían atribulándolo, se le mostró el piadoso y misericordioso Señor, como quejándose de un brazo dolorido,

* Las páginas que siguen manifiestan algunos casos en que se han cumplido estas palabras.

tan torcido hacia atrás, que parecía se le habían encogido los nervios, y le dijo: «Considera cuánto mal me haría uno que me diera golpes con el puño en este brazo, y has de saber que de la misma manera me dañan cuantos, sin compadecerse del daño de las almas que consiguieron los que persiguen a los míos, con frecuencia manifiestan sus defectos o injurias que de ellos recibieron, sin acordarse que también ellos son miembros míos. Mas los que movidos por piadosa compasión imploran mi clemencia para que, misericordiosamente, los convierta del error a una vida mejor, devuelven mi brazo a su lugar, curándolo, como médicos hábiles, ungiéndolo con eficaces ungüentos».

2. Con gran admiración por la bondad del Señor, dijo ella: «¿Qué motivo, Dios piadosísimo, puede justificar que personas tan indignas puedan ser llamadas tu brazo?». El Señor respondió: «Porque son miembros de la Iglesia de la que yo me glorío de ser su Cabeza». Pero ella replicó: «Mi Señor, ellos están separados de la Iglesia, por un bando en que han sido declarados públicamente excomulgados, por los daños causados a nuestro monasterio». A lo cual dijo el Señor: «Como todavía pueden reconciliarse con la Iglesia por la absolución, Yo, movido por mi piedad y mirando por ellos anhelo únicamente se conviertan por la penitencia». Entonces ella rogó al Señor se dignase proteger al monasterio de las asechanzas de los tales. El Señor le dijo: «Si os humilláis bajo mi mano poderosa (1 Pe 5,6), reconociendo ante mí, en lo más íntimo de vuestros corazones, que habéis merecido el castigo por vuestras negligencias, mi paternal Misericordia os guardará intactas de todo ataque de los enemigos. Pero si, por la soberbia, os enfurecéis contra los que os dañan, o fulminando mal por mal, por la permisión de un justo decreto de mi justicia ellos prevalecerán contra vosotras y os perjudicaréis mucho».

68. DIOS ACEPTA LAS OBRAS EXTERNAS

1. Un año en que estaba la comunidad muy agobiada por una deuda, instaba mucho al Señor, con mucha devoción, pidiéndole que, por su piedad, ayudase a los procuradores del monasterio para que pagaran lo que debían. El Señor respondió con amable dulzura: «Y ¿qué ventaja sería para mí que yo les ayudase en

esto?». A lo cual dijo ella: «Para que con mayor esmero y devoción se ocupen en sus deberes espirituales». Y el Señor: «Y ¿qué provecho sacaré yo, pues no tengo necesidad de vuestros bienes (Sal 16,2) y lo mismo me da que os ocupéis en prácticas espirituales o en obras externas, con tal que la voluntad esté dirigida a mí con intención deliberada? Porque si sólo me deleitase en las prácticas espirituales, hubiera restaurado verdaderamente la naturaleza humana de modo que no necesitara comida, ni vestido, ni otras muchas cosas necesarias para la vida, por todo lo cual se afana y trabaja el hombre. Pues así como un poderoso emperador no se contenta con tener en su palacio jóvenes distinguidas y elegantes, sino que también crea príncipes, duques, militares y otros oficiales en diversos servicios, y quiere que todos en su palacio estén dispuestos para lo que pueda ocurrir; del mismo modo yo no sólo me complazco en las íntimas delicias de las almas contemplativas, sino que también los menesteres diversos de asuntos necesarios, hechos para mi gloria y para mi amor, me atraen para morar y nutrirme deliciosamente en los hijos de los hombres, porque en tales ocupaciones procuran ejercitarse ventajosamente en la caridad, en la paciencia, en la humildad y en las demás virtudes».

2. Ella vio al que más se ocupaba de los asuntos, sentado delante del Señor y como recostado en su lado izquierdo, y levantándose con trabajo frecuentemente, le ofrecía al Señor en la mano izquierda con que se apoyara una moneda de oro enriquecida con una preciosa perla. El Señor dijo a Gertrudis: «Has de saber que si aliviara el trabajo de este por quien me ruegas, carecería yo de esta perla tan preciosa, que me agrada mucho, y él se vería privado de recompensa, porque entonces me ofrecería con la mano derecha la moneda sin la perla. Pues el que en todas sus acciones cumple la voluntad divina, pero sin adversidad, me ofrece solamente una moneda ordinaria; en cambio, el que en todas sus acciones está contrariado por la adversidad y sin dejar de cumplir la voluntad divina, ofrece a Dios una moneda de oro adornada con una piedra de gran valor».

3. Pero como ella persistía en pedir más insistentemente al Señor aliviase el trabajo a los procuradores del monasterio, el Señor respondió: «¿Por qué te parece cosa dura que alguno padezca trabajos por mí, siendo yo el único amigo verdadero en el que la fidelidad no envejece? Pues cuando un hombre desamparado de toda ayuda humana y de todo consuelo se encuentra reducido a una extrema necesidad, si alguien se acuerda entonces de alguna

fidelidad que en otro tiempo ése le hiciera, hace esto con gran amargura. Pero yo, que soy el único amigo verdadero, en aquella necesidad extrema vengo al alma desolada con la florescencia primaveral de todas las obras buenas en que ese hombre se ejercitó, por pensamiento, palabra y obra, durante toda su vida, y todo esto florece en mis vestidos como rosas y lirios. Y la viva belleza de mi divina presencia hace renacer el alma en la esperanza de la vida eterna (Tit 1,2), a la cual ella se ve llamada para ser recompensada por cada una de sus obras. De aquí que, complaciéndose, el alma recibe la disposición que le permitirá, librada de la carne, recibir el don de la eterna bienaventuranza; por eso, ella verdaderamente puede prorrumpir en jubilosas alabanzas, diciendo este verso del Génesis: *"Mira, el aroma de mi hijo como el aroma de un campo, que ha bendecido Yahvé"* (Gén 27,27). Pues del mismo modo que el cuerpo tiene un conjunto de miembros diversos, así también el alma tiene pasiones que son el temor, el dolor, la alegría, el amor, la esperanza, el odio y el pudor. En la medida en que se emplee el hombre en cada una de ellas para mi alabanza, encontrará en mí una complacencia, llena de alegría incomparable, inefable e inquebrantable, y así preparado, lo hacen apto para la felicidad eterna. Pues en la futura resurrección, cuando el cuerpo mortal se revista de inmortalidad (1 Cor 15,53), cada uno de sus miembros recibirá su recompensa propia, por los méritos de todas las acciones y esfuerzos realizados en mi nombre y por mi amor. Pero el alma recibirá una nobleza más excelente por todos los santos ejercicios de sus afectos con que se movió por amor mío y se compungió y sirvió también al cuerpo».

4. De nuevo, como ella orase mucho al Señor por uno de los más fieles procuradores del monasterio para que le recompensase él, por compasión, bondadosamente todos los difíciles trabajos que le exigían los asuntos del monasterio, el Señor le respondió: «Su cuerpo fatigado por esos trabajos soportados por mí, es para mí como un cofre en el que echo una nueva pieza de plata cada vez que se emplea a proveer las necesidades de su cargo. Y su corazón es para mí como un cofre en el que, con alegría, echo una moneda de oro cada vez que, por mi gloria, su espíritu se ingenia para satisfacer atentamente a las necesidades de los que están a su cargo». Entonces, llena de admiración, dijo: «Señor, no me parece que este hombre sea tan perfecto que haga por tu gloria todo lo que él emprende, sino más bien creo que se mueve por otros motivos, como por el lucro y, consiguientemente, por el

bienestar que eso le reporta. Y entonces, ¿cómo tú, Dios mío, que eres pura dulzura, puedes tener tus delicias en su corazón y en su cuerpo?». A lo cual el Señor tuvo la gran bondad de responder: «Porque su voluntad está sometida a mi voluntad de tal modo que no dejo de ser la causa soberana de todos sus actos. Por eso, en cada uno de sus pensamientos, palabras y obras, logra un fruto inestimable. Pero se ennoblecerían éstos y todas sus obras tanto más cuanto más vale el oro que la plata. Y si procurara también dirigirme con más pura y devota intención todos sus pensamientos y cuidados, se ennoblecerían de igual forma tanto más cuanto vale más el oro brillante y refinado que el oro viejo y oscurecido».

69. MÉRITO DE LA PACIENCIA

1. Aconteció un día que una persona llegó a herirse mientras trabajaba y sintió un agudo dolor. Como ésta se compadeciese, mientras oraba por ella al Señor que no permitiera peligrase su miembro herido en aquel legítimo trabajo, el Señor le respondió afablemente: «El miembro sanará, pero este sufrimiento le dará ocasión de obtener una incomparable recompensa. Y todos los miembros que se han movido para socorrer a ése con el fin de calmar su dolor y curarle, lograrán igualmente por ello una recompensa eterna. Del mismo modo que cuando se tiñe de rojo un paño, si cae allí otra cosa recibe el mismo color, así también cuando un miembro sufre (1 Cor 12,26), todos los demás que acuden a socorrerle serán recompensados con él en la gloria eterna».

2. Ella dijo entonces: «Señor mío, ¿cómo los miembros que se sirven mutuamente pueden merecer tal recompensa, pues no lo hacen para que el herido sufra con más paciencia por tu amor, sino solamente para aliviarle el dolor?». A lo cual el Señor dio esta respuesta sumamente consoladora: «Después que el hombre puso remedio a su dolencia, el dolor que, no obstante el remedio aportado sigue y lo soporta con paciencia por mi amor, quedó santificado por aquellas palabras con que rogué al Padre en las últimas angustias de mi agonía: *"Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa"* (Mt 26,39), de suerte que por estas palabras él adquiere una recompensa y un mérito incomparables».

3. Mas ella replicó: «¿Acaso, Dios mío, no te agrada más que sufra uno con paciencia cualquier cosa que le suceda que lo que no pueda evitar?». El Señor respondió: «Esto está encerrado en lo más profundo de mis designios divinos y excede a todo entendimiento humano; pero, según lo que con él se puede discernir, son estos dos sufrimientos como dos colores de extremada viveza, que son tenidos por tan hermosos, cada uno por sí, entre los hombres, que difícilmente se puede juzgar cuál de los dos sea más digno de ser preferido». Entonces, ella deseó que el Señor diese un consuelo eficaz con esas palabras a la persona que se había herido, cuando se las diesen a conocer. Pero el Señor respondió: «No. Mas has de saber que no quiero darle, por designio secreto de mi divina sabiduría, ese consuelo, para que esa persona sea más probada y aventajada, especialmente en tres virtudes: la paciencia, la fe y la humildad. La paciencia, pues si ella experimenta la eficacia real de estas consoladoras palabras, como tú misma lo has experimentado, todo su sufrimiento se aliviaría y así sería menor su mérito. La fe, para que así crea más a otro lo que ella no siente, porque según San Gregorio Magno la fe pierde su mérito si el conocimiento resulta de un razonamiento natural [23]. La humildad, para que crea la excelencia de otro que conoce por divina inspiración lo que ella no merece conocer».

70. RECONOCIMIENTO DE LOS BENEFICIOS DE DIOS

1. Rogando por una persona a la que había oído decir, con gran impaciencia, que Dios le enviaba pruebas que no le convenían, le dijo el Señor: «Pregúntale cuáles son las pruebas que le convienen, y dile que es imposible entrar en el Reino de los Cielos sin alguna prueba; que elija las pruebas que le son más convenientes y que tenga paciencia cuando le sobrevengan». Estas palabras del Señor le hicieron comprender que la forma de impaciencia más dañosa es la de imaginarse que se tendría paciencia en otras ocasiones, pero no en las pruebas que Dios le envía; siendo así que se debe siempre estar seguro de que es más ventajoso precisamente lo que Dios envía, y que ha de humillarse cuando fuere negligente en conservar la paciencia.

[23] *Homilía* 26, en la 12.ª Lectura de la Octava de Pascua, en maitines. (Madrid [1]1958; BAC 170), p.660-668.

2. El Señor añadió, como con gran ternura amorosa: «Y a ti ¿qué te parece con respecto a ti? ¿Te envío pruebas que no te convienen?». A lo que ella respondió: «De ningún modo, Dios mío, yo verdaderamente confieso, y confesaré mientras viva, que tanto en el cuerpo como en el alma, y en todas las cosas, sean adversas o prósperas, miraste por mí de un modo tan conveniente, que ninguna otra sabiduría, desde el principio hasta el fin del mundo, fuera capaz de hacerlo, sino tu sola sabiduría increada, dulcísimo Dios mío, que llegas de un extremo a otro y dispones todas las cosas fuerte y suavemente (Sab 8,1)».

3. Entonces, el Hijo de Dios la tomó tiernamente y la presentó a Dios Padre, rogándole se dirigiese a él, y ella dijo: «Te doy gracias, Padre Santo, con todas mis fuerzas, por el que se sienta a tu derecha, por los dones que tan generosamente recibí de tu munificencia, y reconozco verdaderamente que ningún otro poder pudiera obrar sino solamente tu divina potencia, que vivifica y rige con su virtud todas las cosas creadas». De aquí la llevó al Espíritu Santo, para que se dirigiese igualmente a su bondad, y ella dijo: «Gracias te doy, Espíritu Santo Paráclito, por Aquel que, por tu cooperación, se hizo carne en el seno de la Virgen, y me preveniste a mí, indigna, tan suavemente con las bendiciones de tu gratuita dulzura, que estoy segura de que ninguna otra benignidad lo hubiera hecho jamás, sino solamente tu inefable dulzura en la cual reside, de la cual procede y con la cual juntamente se recibe todo bien».

4. Entonces el Hijo de Dios, abrazándola y besándola, dijo: «Después de esta profesión de fe, yo te recibo bajo mi especial protección, superior a la que debo a cada uno por la ley de la creación, la ley de la redención y la ley de especial elección». De aquí entendió que cuando uno engrandece, de modo semejante, a la bondad divina, confiando en ella, y se abandona con confianza y gratitud a su providencia, el Señor lo recibe bajo su especial protección, como un superior está obligado a proveer las necesidades de un súbdito después de su profesión religiosa.

71. EFECTOS DE LA ORACIÓN

1. Orando otra vez por diversas personas que le habían sido encomendadas, se acordó de una de ellas con mayor afecto y dijo

al Señor: «Escúchame, benignísimo Señor, según la dulzura de tu amor paterno a mí, que ruego por ella». El Señor le respondió: «Yo te escucho frecuentemente cuando oras por ella». Y ella dijo: «¿Por qué entonces se dirige a mí sin cesar con palabras tan dudosas, hablando de sus miserias, como si jamás recibiera de ti la menor consolación?». El Señor respondió: «Esto es un gesto delicadísimo en mi esposa, con el que conmueve mi afecto inmensamente para con ella y es un adorno muy apropiado, que mucho me agrada, que ella tiene de sí gran descontento. Y esto se le aumenta tanto más cuanto más oras por ella».

2. Del mismo modo, en otra ocasión en que oraba por la misma persona, juntamente con otra, le dijo el Señor: «Las he atraído más cerca de mí y así conviene purificarlas mejor con pruebas, como una hija más delicada que las otras, si por el cariño más tierno a su madre quiere sentarse junto a ella en una silla poco proporcionada a su madre, forzosamente ha de estar más incómoda que las otras hijas que, junto a su madre, han elegido asientos más apropiados; tampoco la madre puede dirigir su cariñosa mirada hacia esta hija como hacia las que tiene de frente».

72. PROVECHO DE LA ORACIÓN

1. Queriendo orar un día por muchas personas que, por motivos diversos, se habían encomendado a sus oraciones, se postró, con gran fervor, a los pies del Señor Jesús y, besando sus llagas salvadoras, con la mayor devoción que le era posible, le encomendó las personas y asuntos que le habían encargado. Al hacer esto, vio que salía como un arroyo del Corazón del mismo Hijo de Dios que se derramaba copiosamente en todo aquel lugar. Comprendió ella que, por ese arroyo, el Señor concedía todas las peticiones que había hecho a sus pies, y le dijo: «¿Qué ventajas, Señor mío, reciben aquellos por los que rogué, desde el momento en que no ven la realización de mis peticiones y, por lo mismo, ni lo creen ni son consolados?». A lo que el Señor le añadió esta comparación: «Cuando un rey promulga la paz después de una larga guerra, los que están lejos no pueden tener rápidamente conocimiento de ello, y hay que esperar una ocasión favorable para anunciárselo; del mismo modo los que, por su falta de confianza, o por otros defectos, están alejados de mí, no pueden sentir cuando se ruega por ellos».

2. Ella dijo: «Señor, entre los que he rogado por ellos hay algunos, como lo sé por tu mismo testimonio, que no están alejados de ti». El Señor respondió: «Es cierto, pero aquel al que el rey no quiere dar a conocer sus órdenes por sus mensajeros, sino por sí mismo, ha de esperar el momento oportuno; del mismo modo, yo me he propuesto anunciar por mí mismo el efecto de tus oraciones, en el tiempo más oportuno».

3. Rogando también, muy especialmente, por una persona que a veces la molestaba, recibió esta respuesta: «Como es imposible que uno se hiera los pies sin dolor de su corazón, del mismo modo es totalmente imposible a mi piedad paternal no mirar con afecto de misericordia al que, agobiado con el peso de sus propios excesos, reconoce que tiene necesidad de la misericordia divina y, movido por afectos de caridad, no deja de interceder por la salud de los prójimos».

4. También es humano orar por los enfermos, por lo que orando un día por uno de ellos, preguntó al Señor qué es lo que quería que pidiera por él. El Señor respondió: «No hagas por él más que dos peticiones. Primero, ruega para que tenga paciencia. Segundo, ruega para que, cada instante en que él ha de mejorar, lo haga para mayor gloria mía y aproveche más a este enfermo, según lo ha ordenado el amor de mi Corazón paternal, desde toda la eternidad, por su salud». Y añadió el Señor: «Todas las veces que repitas estas dos peticiones, se aumentarán tus méritos y los del enfermo, así como cuando el pintor retoca un cuadro resaltan más los colores».

5. Rogando por personas con cargos oficiales, entendió que agrada más al Señor que los que tienen esos cargos se consideren como si no los tuvieran (1 Cor 7,29), esto es, que usan del poder oficial como de cosa que se les otorgó por un día, o una hora, y en todo momento están dispuestos a dejarlo; sin embargo, deben preocuparse con frecuencia de que, en las obras que hacen, procuren, en cuanto esté de su parte, la mayor gloria de Dios, como si se dijeran en su corazón: «¡Ánimo, date prisa! No seas negligente en hacer eso para gloria de Dios y dejarás por fin libremente la carga del oficio, cuando, según tu posibilidad, hubieras hecho todo cuanto conociste ser laudable a Dios y útil para el prójimo».

6. Orando por una persona que, por sí y por otros se había encomendado a sus oraciones, con mucha humildad y devoción,

vio que el Señor se inclinó a esa persona con mucho amor y la rodeaba con un resplandor de luz celestial y, en ese resplandor, le infundía gratuitamente todo cuanto ella esperaba poder alcanzar, por los méritos de las oraciones de ésta. Y así fue enseñada por el Señor: siempre y cuando uno se recomienda a las oraciones de otro, confiando firmemente en que, por sus méritos, podrá alcanzar la gracia divina, el piadoso Señor le otorga, sin duda alguna, beneficios conforme al deseo y fe con que pide, aunque aquel a quien se encomienda se haya descuidado de rogar devotamente por él.

73. DIVERSAS PERSONAS DE UNA ORDEN

1. Como rogase por uno que tenía gran deseo, recibió esta respuesta: «Dile, de mi parte, que si tiene deseo de unirse a mí con un íntimo amor, debe, a imagen del águila, poner a mis pies su nido, con las ramas de su propia vileza y los sarmientos de mi dignidad, donde procure descansar, recordando constantemente su miseria, pues el hombre mortal está inclinado de por sí al mal (Gén 8,21) y es lento para el bien, a no ser que lo prevenga mi gracia. Que medite con frecuencia sobre mi misericordia, evocando con qué afecto paternal estoy siempre dispuesto a recibir al que, después de su caída, viene a mí por la penitencia. Y cuando quiere salir del nido para buscar su alimento, venga a mi regazo, donde recuerde, con amorosa acción de gracias, los diversos beneficios que le hago gratuitamente, por la sobreabundancia de mi piedad. Y si le agrada volar más alto, extendiendo las alas de sus deseos a cosas más sublimes, remóntese como águila veloz sobre sí por la contemplación de las cosas celestiales, volando a mi presencia, y levantado a las alturas, en alas de serafín, con la audacia que da la caridad, contemple al rey en su hermosura (Is 33,17) con los claros ojos del alma».

2. Pero, como no es del tiempo presente habitar largo tiempo en las alturas de la contemplación, que, según San Bernardo, apenas se consigue alguna vez, y por poco tiempo, es menester que recoja sus alas, para recordar su propia miseria y vuelva a su nido donde repose, hasta que de nuevo por la acción de la gracia se alegre de poder volar a los pastos deliciosos y llegar, como en un éxtasis del alma, a la cumbre de la divina contemplación. Y así,

en estas alternativas, ya abatiéndose unas veces por la consideración de la propia fragilidad, ya saliendo de sí para recibir mis dones, ya levantándose por la contemplación de las cosas celestiales, siempre hallará los deleites de gozos sobrenaturales».

3. Se acordó también de uno que le había sido encomendado muy devotamente, el cual, renunciando al mundo, después de haber consumido la flor de su primera juventud, se había entregado al Señor para servirle en la vida religiosa; volviéndose al Señor, le presentó su corazón, pidiéndole que, según se lo había prometido, como ya se ha dicho, se sirviera de él como canal para difundir el beneficio de las consolaciones divinas sobre aquellos que las buscaran por su mediación, se dignase llevarlo a cabo ahora, para su mayor gloria, y para consuelo y provecho de esa persona. Y al punto vio que su corazón se levantaba como un canal y se unía al Corazón infinitamente dulce del amadísimo Jesús, Hijo de Dios, que apareció sentado en su trono real.

4. Entonces vio a esa persona por quien oraba, presentarse ante el Señor y doblar la rodilla, con toda reverencia. El Señor, extendiendo benignamente su mano izquierda, dijo: «Yo lo recibiré en mi incomprensible omnipotencia, en mi inescrutable sabiduría y dulcísima benignidad». En estas palabras parecía que el Señor le presentaba tres dedos de su mano izquierda: el índice, el medio y el anular. Y dicha persona adaptaba sobre los dedos del Señor los suyos de su misma mano izquierda, esto es, el anular con el anular del Señor, el medio con el medio y el índice con el índice. Hecho esto, el Señor volvió su mano, de modo que los dedos de esa persona quedaron debajo y los del Señor encima, dando a entender por estos tres modos los modos según los cuales debía esa persona componer su vida.

5. Primero, que cada vez que quisiera emprender una obra, ha de buscar abandonarse humildemente en el poder divino y manifestar que no es más que un siervo inútil (Lc 17,10), ya que había derrochado sin provecho el vigor de la juventud, preocupándose muy poco del servicio de Dios, nuestro Señor, que lo ha creado y amado, deseando y pidiendo que los tesoros del poder divino le concedan la fuerza para obrar el bien. Segundo, que manifieste ante la sabiduría divina que es indigno de recibir las influencias del conocimiento sobrenatural, por no haber ejercitado sus sentidos desde su niñez en las cosas divinas, sino que por el contrario los usó para la vanidad humana, o vanagloria, y, abismándose en lo más profundo del valle de la humildad, se dedique con gran

cuidado a la contemplación divina y a estar desapegado de las cosas terrenas; además, cuando sobreabunde en los efluvios de la generosidad divina, cuide, según el lugar y tiempo, comunicarlos con caridad a los prójimos. Tercero, que reciba con mucho agradecimiento el don que Dios le ha concedido, tan gratuitamente, de una voluntad recta para realizar las dos disposiciones anteriores.

6. Le pareció también que en el dedo anular de la mano izquierda había un anillo de vil metal, pero adornado con una piedra preciosa de color de fuego. Comprendió que el anillo significaba la vida imperfecta del religioso, vida que él había ofrecido a Dios, renunciando al mundo y consagrándose al servicio del Señor [24]. Por el contrario, la piedra preciosa significaba la liberalidad de la divina ternura, que inclina al Señor a que, por ella, le infunda una voluntad recta, que realice perfectamente a los ojos de Dios todas sus obras. Por lo cual la voz, esto es, la intención de esa persona, no debería ser otra cosa que la alabanza y la acción de gracias por el don tan magnífico de la liberalidad divina. Entendió también que, cada vez que esta persona por el auxilio del Señor realizase cualquier buen deseo, el Señor la recibiría como un anillo precioso en su mano derecha y le mostraría toda la corte celestial al alma de ésta, como gozándose de haber recibido tal presente de su esposa. Movidos por esto, todos los ciudadanos celestiales se enternecieron con afectos tan amorosos para con esa alma como jamás pudieran mostrarse tan afables los príncipes con respecto a la esposa del rey, manifestando que le estaban tan obligados con tanto amor y fidelidad como lo están los príncipes con respecto a la esposa bienamada de su señor; así como la Iglesia triunfante debe y puede ayudar a la Iglesia militante en la tierra, lo mismo ofrecen a ésta, siempre que del mismo modo fuesen provocados por Dios.

7. Rogando con fervor por otra persona, recibió esta enseñanza para servir de norma de conducta en su propia vida. Que ella se hiciera un nido en las cavernas de la roca (Cant 2,14) de la llaga del sagrado costado del Señor Jesús, descansando en lo más íntimo de ella, saboreando la miel de la piedra (Dt 32,13), es decir, la dulzura de las aspiraciones del Corazón divino de Jesús, y que de este modo, fidelísima a lo que las Escrituras le han podido

[24] Prólogo de la *Regla* de San Benito (Madrid ²1993; BAC 406), p.63-71.

revelar del comportamiento de Cristo, se propusiese imitar su ejemplo en todo, pero de modo especial en tres cosas:

La primera es que el Señor pasaba con frecuencia la noche en oración (Lc 6,12); esta alma debería, por tanto, buscar su ayuda en la oración en toda tribulación y adversidad. Segundo, como el Señor recorría predicando ciudades y aldeas, esta persona debería aplicarse, no sólo por la predicación, sino también por todas sus obras, gestos y actitudes, a edificar al prójimo por su buen ejemplo. Tercero, así como Cristo el Señor hizo diversos beneficios a los que estaban necesitados, del mismo modo esta persona debía difundir la gracia con sus palabras y sus obras, estando siempre atenta a encomendar al Señor que por ese acto se una a toda su obra divina perfectísima, ordenada según su adorable voluntad a la sabiduría del género humano y, una vez realizado el acto, ofrecerlo de nuevo al Hijo de Dios con la misma intención de unión, a fin de que sea corregido en sus imperfecciones y sea hecho digno de ser presentado a Dios Padre para su eterna alabanza.

8. Entendió también que cuando esta persona quisiera salir de este nido, debería usar tres apoyos: uno para subir y los otros dos, a la derecha y a la izquierda, para sostenerse. El primero es una caridad ardiente que le inspira el deseo de conducir con todas sus fuerzas y por amor divino a todos los hombres a Dios, en unión del amor por el cual el Señor ha realizado la salvación universal de todo el género humano. El segundo punto de apoyo, que debe servirle a su derecha, será la humilde sumisión con que se ha de someter humildemente a todo hombre por Dios (1 Pe 2,13) y tendrá sumo cuidado de no escandalizar, ni en obras o palabras, a ningún superior o inferior. Finalmente, el tercer apoyo, sobre el que se sostendrá el lado izquierdo, ha de ser la vigilante guarda, esto es, procurará, con suma delicadeza, conservarse totalmente libre de toda mancha, en pensamientos, palabras y obras, de modo que no incurra en la más pequeña ofensa a Dios.

9. Orando por otra persona, se le reveló el estado de su vida espiritual de este modo. Se le apareció esa persona ante el trono de Dios, construyéndose uno para sí de preciosas piedras cuadradas y, por cemento, utilizaba como oro puro; sentándose de cuando en cuando, descansaba sobre el trono que construía, levantándose de nuevo para hacerlo más elevado. Entendió Gertrudis que aquellas piedras preciosas significaban las diversas tribulaciones con que se conservaba y ennoblecía el don de Dios en aquel hombre, porque el Señor conduce en esta vida a sus elegidos por

un camino áspero, no sea que deleitándose en el camino olviden los regalos de la patria celestial. El oro que une las piedras simboliza la gracia sobrenatural que tenía y con la que debía siempre juntar en provecho de su salvación, y con entera y segura confianza, todas sus tribulaciones y trabajos, tanto interiores cuanto exteriores. Si a veces descansaba y se sentaba sobre el trono, esto significa que, de cuando en cuando, se deleitaba en el gozo de las consolaciones divinas. Y, en fin, si se levanta y vuelve a construir, significa el ejercicio incesante y repetido de sus buenas obras; por lo cual, este hombre de día en día progresa y se eleva hacia la perfección.

10. Orando por otra persona, he aquí cómo le fue revelado su estado. Vio, delante del trono de la majestad divina, un árbol muy hermoso, cuyo tronco y ramas estaban lozanos y de apacible verdor y las hojas relucían con dorado resplandor; esa persona por la cual oraba subía al árbol y, con una podadera, cortaba unas ramitas que ya comenzaban a secarse; después de cortadas le ofrecían al punto otra rama, de las muchas del mismo color que rodeaban por todas partes el trono de Dios, para que la injertara en lugar de las otras; y retoñaba exuberante en seguida, de tal forma que parecía producir frutos encarnados. Los cosechó y ofreció al Señor y el Señor se deleitaba en gran manera.

11. Por el árbol hay que entender la Orden en la que esa persona por la que Gertrudis oraba había ingresado para servir a Dios. Las hojas doradas eran las buenas obras que este religioso practicaba en su Orden; estas obras, gracias a los méritos de un pariente que lo había conducido a la vida religiosa y lo había encomendado al Señor, con gran fervor en sus deseos y oraciones, eran tanto más dignas cuanto el oro aventaja a los otros metales. En cuanto a la podadera que servía para cortar las ramitas secas, simboliza la consideración de sus defectos, prometiendo repararlos por la penitencia. Las ramas que le daban del trono de Dios, para ser injertadas en el lugar de las que habían sido cortadas, significan las perfecciones de la vida santísima de Jesucristo, que por los méritos de dicho pariente suple muy adecuadamente sus defectos. Por el fruto que desgajaba y ofrecía al Señor, se significa la buena voluntad que siempre tenía para corregir sus defectos en la que se deleita grandemente el Señor, porque mucho mejor acepta la buena voluntad del corazón sincero que grandes acciones hechas sin pureza de intención.

12. Orando por dos personas que devotamente le habían sido encomendadas, de cuyo estado nada sabía, dijo al Señor: «Señor, tú conoces todos los corazones (Hch 1,24), dígnate darme a conocer, no obstante mi gran indignidad, cuál es el estado de estas dos almas, algo que te agrade y sea útil para su salvación». Entonces, el Señor, lleno de benignidad, le propuso dos revelaciones, que poco antes le habían sido hechas sobre otras dos personas por las que había rogado en aquella ocasión, de las cuales una era instruida y la otra no, pero convertida a una vida mejor como la primera, diciéndole que propusiera las mismas revelaciones de aquéllas a estas otras dos para su instrucción. Y añadió el Señor: «En las cinco revelaciones precedentes y las dos que siguen, toda persona, de cualquiera condición y estado que sea, podrá encontrar una instrucción conveniente».

13. He aquí la revelación con respecto a la persona instruida. Cuando Gertrudis oraba por ella, el Señor le respondió: «Yo la he hecho subir con los Apóstoles sobre la montaña de la nueva luz. Por esto, según la interpretación del nombre de los Apóstoles que subieron conmigo al monte, ha de procurar esa persona arreglar su vida: así, pues, Pedro significa *el que conoce;* procure ella, por tanto, en cualquier cosa que leyere, buscar con diligente cuidado el conocimiento de sí misma; por ejemplo: si lee algo sobre los vicios y virtudes, que examine con cuidado si encuentra en su alma alguna señal de vicios y si ha progresado en las virtudes. Y así, conociéndose más perfectamente, procure también con la interpretación de Santiago, que quiere decir *suplantador,* vencer en sí, luchando varonilmente, todo género de vicios, y trabaje con fidelidad por alcanzar las virtudes que le faltaren.

Y porque Juan quiere decir *aquel en quien está la gracia,* que ella se esfuerce cada día, al menos durante una hora de la jornada, por la mañana o por la tarde, o en cualquier otro momento, en abstenerse de toda ocupación externa, para recogerse interiormente, volviendo su atención sobre mí y buscando conocer mi voluntad. Y todo lo que yo entonces le inspire, bien sea que me alabe, o me dé gracias por los beneficios concedidos a ella misma y al mundo entero, o bien sea que ruegue por los pecadores, o por las almas del purgatorio, ejercítese en ello, según sus posibilidades, con gran fervor, durante el tiempo que determinó emplear».

14. He aquí la revelación con respecto a la persona menos instruida. Se entristecía por parecerle que la estorbaban para rezar los diferentes quehaceres del oficio que le había sido encomenda-

do. Rogando por ella, Gertrudis recibió del Señor la respuesta siguiente: «No la escogí para que me sirva sólo una hora al día, sino para que sin cesar esté delante de mí, esto es, para que realice continuamente todos sus trabajos, para gloria mía, con el mismo espíritu con el que ella querría dedicarse a la oración. Y además, añada este acto de piedad: en cada trabajo que ella realice en el cargo que se la ha confiado, desee siempre que, cuantos se benefician de su trabajo, no solamente se gocen en el cuerpo, sino que sean atraídos además en el espíritu a mi amor y sean confortados en todo bien. Y todas las veces que haga esto, le parecerá sazonar y preparar cada plato de sus obras y trabajos con sabrosísima salsa a mi gusto».

74. LA IGLESIA FIGURADA POR LOS MIEMBROS DE CRISTO

1. Orando por una persona, se le apareció el Rey de la Gloria, el Señor Jesús, para hacerle comprender, en la forma de su Cuerpo Místico, la Iglesia, de la cual él es Esposo y Cabeza (Ef 4,15). En el lado derecho de su Cuerpo, en efecto, parecía estar magníficamente vestido con ropaje regio, mientras que el lado izquierdo estaba desnudo y casi totalmente cubierto de llagas (Lc 16,20). Ella comprendió que el lado derecho simbolizaba a la Iglesia con todos los santos que, por el don especial de la gracia y el mérito de las virtudes, han sido prevenidos por el Señor con dulcísimas bendiciones (Sal 21,4); el lado izquierdo figura a todos aquellos a quienes sus defectos hacen todavía imperfectos. Los vestidos que adornaban el lado derecho del Señor significan los servicios que algunos, por particular devoción, procuran hacer a los que conocen están más aventajados que los otros, por especial privilegio de virtudes, o por el don de la intimidad divina. Ciertamente, hacer el bien a los santos de Dios, en atención a la gracia que ellos han recibido de Dios, es como adornar con nuevo decoro el lado derecho del Señor. Pero hay algunos que de buen grado benefician por Dios a los hombres buenos, pero reprenden con tanta aspereza los defectos de los malos o imperfectos que, algunas veces, con su impaciencia, los irritan más que los enmiendan. Y éstos parece que golpean furiosamente con los puños las llagas del Señor, de las que salta repentinamente pus a los rostros de los que, de esa manera, reprenden, afeándolos y deformándolos. Pero el Señor, lleno de bondad, vencido por su propia misericordia y provocado por el amor de sus amigos más íntimos, a los cuales estas personas han hecho bien, como ignorando lo demás, mira a los ornatos de los beneficios hechos a sus especiales amigos y, con el vestido que cubre su lado derecho, esto es, por los méritos de sus santos, limpia aquellas manchas.

2. Y el Señor añadió: «Ojalá algunos, siquiera por curar las llagas de sus amigos, se tomasen la molestia de aprender cómo han de curar las heridas de mi Cuerpo, que es la Iglesia, esto es, los defectos de los prójimos procurando corregirlos con caridad, tocándolos primero delicadamente, es decir, con suaves amonestaciones; añadiendo un poco más de rigor para que sanen cuando vean a la larga que no pueden aprovechar de otra manera. Pero hay algunos que parecen no tener cuidado de mis llagas; aquellos que, conociendo los defectos de sus prójimos, los menosprecian por ellos, sin cuidar de corregirlos ni con la palabra más pequeña, temiendo por ello alguna molestia, alegando la fútil excusa de Caín: *"¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?"* (Gén 4,9). Es como si pusiesen un parche a mis llagas, no para curarlas, sino para enconar la llaga y que se llene de gusanos, dejando crecer, por su silencio, los defectos de sus prójimos, que han podido corregir con algunas palabras».

3. «Hay otros que manifiestan los defectos de los prójimos para que se corrijan, pero si ven que no se corrigen, inmediatamente se impacientan y proponen con indignación en su corazón no manifestarlos en adelante, ni corregir a ninguno, pareciéndoles que se hace poco caso de sus palabras; pero no omiten reprenderlos ásperamente en su corazón y, a veces, empañar su fama con sus detracciones; sin embargo, no les dicen una sola palabra que pueda servirles de aviso o corrección. Éstos parece que ponen en mis llagas un emplasto que por fuera disminuye, en cierto modo, la hinchazón, pero me atormenta por dentro, desgarrando mis heridas, a manera de un tridente hecho una ascua».

4. «Los que pueden corregir, aunque sin malicia lo dejan pasar descuidadamente, parece que pisotean mis pies; y los que se van tan gozosamente tras sus gustos y, por cumplir su voluntad, no se fijan en si alguien de mis elegidos se escandaliza con tal de satisfacer sus caprichos, parece que tomando mis manos con las suyas las punzan cruelmente con leznas de fuego».

5. «Hay otros que ornan con sincero afecto a los Superiores perfectos y piadosos y, con razón, los reverencian y estiman, tanto con palabras como con hechos; pero a los Superiores imperfectos y díscolos los desprecian y denigran todos sus actos, juzgándolos severamente con un corazón impaciente. Es como si adornasen el lado derecho de mi cabeza con piedras preciosas y perlas y, por el contrario, el lado ulceroso izquierdo lo apartan de sí y mientras yo deseaba, para alivio mío, descansar sobre ellos, ellos además le dan finamente puñetazos. Hay otros también que adulan las cosas mal hechas de los superiores, para que ganándose por ese medio su amistad les permitan seguir su propia voluntad; y éstos parece que con rigor tuercen hacia atrás mi cabeza e, insultando ignominiosamente mi dolor, en cierto modo se deleitan de los gusanos que hay en ella».

6. En esta revelación, el Señor Jesús parece que se identifica con la Iglesia, como si los buenos fueran los que están al lado derecho de su Cuerpo y los malos al lado izquierdo; todo cristiano debe vigilar con gran cuidado su manera de servir al Cuerpo de Cristo, sea sano o enfermo. Sería cosa abominable exasperar con puñadas las heridas de su amigo, o curarlas con emplastos ponzoñosos, o apartar desdeñosamente la cabeza inclinada sobre él o retorcida por detrás. Por esto, cada uno ha de tener gran cuidado en su espíritu, si considera que ha ofendido más que servido a su Señor y Dios, Creador y Redentor, con crueldad tan inhumana, y trabaje por acomodar sus costumbres de manera que más parezca ser útil que contrario [25] a su fiel remunerador, en todas las cosas según sus posibilidades, haciendo para gloria de Dios, en servicio de los más perfectos, cuantos beneficios pudiese, para que con ellos se muevan al bien; y procurando, con todo empeño, atender en lo que puedan a los imperfectos, para que se corrijan. Además, debe estar sometido a sus superiores con piadoso afecto [26], obedeciéndoles y secundándolos en todo lo bueno, y soportando benignamente sus defectos. Se abstendrán de adular sus faltas, y lo que no pueden corregir con palabras [27] se esforzarán, en la medida de lo posible, en poner remedio perseverantemente, dirigiéndose íntimamente a Dios con sus deseos y oraciones.

[25] *Regla* de San Benito, 64, ibid., p.174-177.
[26] *Regla* de San Benito, 7, ibid., p.90-100.
[27] *Regla* de San Benito: 28, ibid., p.122-123.

75. DEL PROVECHO ESPIRITUAL

1. Habiéndose recomendado con mucha devoción a ella cierta persona, Gertrudis, como solía hacer antes de ponerse en oración, deseaba obtener del Señor que esta alma participase de todo el bien que él se dignaba realizar por ella, no obstante su indignidad, en sus vigilias, ayunos, oraciones y otros ejercicios de piedad. El Señor le respondió: «Sí, yo le comunicaré todo el provecho que la bondad sin medida de mi divinidad realice gratuitamente en ti y no dejaré de realizar». Ella dijo: «Puesto que tu santa Iglesia Católica recibe ya la participación de todo este provecho que, en mí y por mí indigna, como por lo demás por todos tus santos, te dignas realizar, ¿en qué esta alma será objeto de un don más especial de tu bondad, para responder a la instancia especial que me hace desear su participación en todos los favores recibidos por mí de ti?». El Señor respondió: «A semejanza de una joven noble, hábil en hacer valiosos vestidos, adornados vistosamente con piedras preciosas y perlas, con los cuales ella y su hermana se atavían, dan con ello gloria y honra a sus padres y a todos sus familiares; sin embargo, la que se compone con collares y pulseras por sí misma preparados, logra alabanza grande y aplauso del vulgo, y por igual razón, alcanza mayor gloria la hermana predilecta a quien engalanó con joyas semejantes a las suyas, aunque no tan preciosas, diferentes de las demás hermanas; así también, aunque la Iglesia participe de todos los beneficios otorgados a cualquier fiel, logra, sin embargo, mayor provecho el que particularmente los recibe, y, por lo mismo, aquel a quien con afecto especial quisiese ese tal comunicarlos, recibe consiguientemente mayor fruto y aprovechamiento».

2. Entonces Gertrudis propuso al Señor esta misma persona que, con frecuencia, durante la enfermedad de piadoso recuerdo de la cantora doña M. (Santa Matilde) a la que había auxiliado. No obstante se quejaba amargamente de haberla servido poco, y se dolía, además de eso, de haber hablado pocas veces con ella de la salvación de su alma por temor a importunarla. A lo cual respondió el Señor: «La buena voluntad con que regaló frecuentemente, con generosa liberalidad, a mi elegida, y de bueno hiciera más por ella, me sirve aún esta persona cada día a la mesa como un ilustre príncipe a su señor, el emperador; porque yo me deleito en todo lo que me sirvió ella (Santa Matilde), merced a las fuerzas que recobró con los agasajos que esa tal persona le hizo (Gertru-

dis), así en manjares como bebidas y otras cosas semejantes, así como en todos los pensamientos, palabras y obras con que se aplicó a aliviar a esta mi elegida en todo lo necesario. Pero el defecto de que se queja, esto es, de haber hablado pocas veces con ella, yo le supliqué, al modo que un esposo enamorado, viendo a su muy delicada esposa, que algunas veces, por vergüenza, deja de pedir lo que ardientemente desea, le da el doble de lo que deseaba, ocurriendo oportunamente a sus ayunos, del mismo modo yo supliré por mí mismo cuanto en ella hubo de menos».

3. «Además, por la alegría con que felicita, devota y cordialmente, a mi elegida, por todos los dones que de mí obtuvo, su alma recibirá eternamente en los Cielos, con deleite inefable, del alma de mi esposa, el resplandor de todos los beneficios por mí otorgados, destellos que mi claridad divina hace brillar en ella, al modo que el sol, dando de lleno en el agua, refleja en la pared; así el fulgor de mis beneficios, resplandeciendo en las almas de aquellos a quienes agracié en la tierra con especiales prerrogativas y con bendiciones de mi dulzura (Sal 20,4), refleja eternamente hermoso esplendor en las almas de los que, con particular contento, les dan la enhorabuena y tan aventajadamente cuanto el espejo, bien limpio y bruñido, representa más detallada y clara la imagen de lo que tiene delante».

76. PROVECHO DE LA TENTACIÓN

Orando al Señor por una persona tentada, recibió esta respuesta: «La he sometido a esta tentación y la he permitido, a fin de que reconociendo un defecto y doliéndose de él, procure repararlo y si no lo logra, se humille; de este modo se borran algo ante mis ojos otros defectos que ella no reconoce. Suele suceder a algunos que, al ver en sus manos una mancha, se las lavan y de este modo se limpian también de otras suciedades que no hubieran sido limpiadas si no les impulsara la otra mancha más evidente».

77. LA COMUNIÓN FRECUENTE AGRADA A DIOS

1. Cierta persona, animada de un gran celo de la justicia, censuraba a otras que consideraba insuficientemente preparadas

y piadosas y veía que se acercaban con frecuencia a la Comunión. Y oponiéndose abiertamente a ello, algunas ya no se atrevían a comulgar. Gertrudis rogó al Señor le manifestase cuál era su opinión sobre todo esto y le respondió: *«"Tengo mis delicias en estar con los hijos de los hombres"* (Prov 8,31), y es por un amor grande por lo que yo les he dejado este sacramento, para que en él se meditase y se me recordase, y habiéndome obligado a guardarme en él hasta el fin del mundo (Mt 28,20) con los fieles, es cosa cierta que cualquiera que a alguien exento de pecado grave aparta con palabras o consejos de este sacramento, impide o interrumpe, en cierto modo, los deleites que de tales personas pudiera gozar: éste es parecido al maestro severo que, con rigor, refrena o aparta al hijo del rey de la compañía y diversiones de sus camaradas menos nobles o más pobres, de cuyo trato goza mucho, juzgando le conviene más a su joven alumno gozar de la autoridad real que jugar con sus semejantes en la plaza a la pelota u otros juegos parecidos». Entonces dijo ella: «Señor, si este hombre propone en adelante no cometer esa falta ¿le perdonarás lo que hasta ahora haya cometido?». El Señor respondió: «No sólo se lo perdonaré, sino que aceptaré su cambio de proceder de tan buen grado como le agradecería el hijo del rey a su maestro que con dulzura y benevolencia lo dejase ir a jugar con sus íntimos compañeros de los que antes tan ásperamente le había alejado».

78. PROVECHO DEL CELO

1. Orando por una persona que estaba obsesionada por el temor de haber ofendido a Dios, a veces por sufrir con demasiado dolor las negligencias de algunas personas, cuyo mal ejemplo pensaba dañaba al progreso de la vida regular y de su observancia, recibió del mejor de los maestros esta enseñanza: «Si alguien desea que su celo sea para mí un sacrificio de alabanza infinita y que sirva lo más posible al progreso de su alma, ha de aplicarse con gran esmero a tres cosas: primera, mostrar a esa persona que, por humanidad y por deber, es conveniente señalar las negligencias con un rostro lleno de serenidad y adaptar a sus necesidades las palabras y obras de caridad; segunda, evitar hablar de esas negligencias cuando de esa divulgación no se sigue ninguna corrección, ni en la persona culpable, ni en las que lo oyen por contada;

tercera, cuando en conciencia cree que es necesario corregir algún descuido, no lo calle por ningún respeto humano, sino que, por la gloria de Dios y bien de las almas, busque las ocasiones de corregir los defectos con caridad y utilidad. Entonces será premiada según su trabajo, y no según el fruto que consiguió; porque si no se sigue ningún provecho, no será verdaderamente en daño suyo, sino de los que no aceptaron o contradijeron sus advertencias».

2. Rogando, de igual modo, por dos personas que porfiaban entre sí: una que parecía defender la justicia y la otra promover la caridad paterna. El Señor respondió: «Cuando un buen padre ve a sus hijos jugando y como querellándose amistosamente, a veces disimula y ríe, pero, si uno se muestra duro contra el otro, se levanta y reprende enérgicamente al culpable. De igual manera, yo que soy Padre de Misericordia, mientras las veo porfiar pacíficamente con buena intención disimulo, aunque me gustaría más que ambas gozasen de entera paz del corazón. Pero, si una se enardece demasiado contra la otra, no podré dejar la vara de la justicia paternal que corrija el mal».

79. PROVECHO FUTURO DE LA ORACIÓN

Una persona se afligía con frecuencia de que no sentía provecho de las oraciones que por ella se hacían. Gertrudis lo propuso al Señor y le preguntó la causa de ello, a lo cual le respondió el Señor: «Pregunta a esa persona qué tendría por más ventajoso para su hermano joven, o cualquier otro familiar, a quien deseara mucho le diesen algún beneficio en una iglesia: que le otorgasen el beneficio perpetuamente, o el capital entero del mismo, dejándole en libertad de disponer de él según sus deseos siendo aún estudiante. Según la prudencia humana, no se puede responder de otro modo sino que sería más provechoso dar al joven ese beneficio, de modo que llegado a los años de la discreción pueda abundar en bienes, y no darle todo el fruto del beneficio junto, pues lo malgastaría inútilmente como propio de su edad y luego se quedaría como antes, pobre y miserable. Según esto, confíe de mi divina piedad y sabiduría, pues soy padre, hermano y enamorado suyo, que con mayor solicitud y fidelidad procuro el provecho de su alma y de su cuerpo que ella el de cualquier pariente suyo y que de verdad tengo reservado diligentemente en depósito el fruto de todas sus

oraciones y deseos, que por su salvación me ha dirigido, hasta el tiempo oportuno y determinado por mí, ya que se lo daré todo de una vez cuando por ninguna importunidad se pueda disminuir o menoscabar. Creyendo de este modo que es más provechoso esto que si, después de haber hecho alguien oración por ella, yo le comunico alguna suavidad que acaso ofuscara con la vanidad, o marchitara con la soberbia, o si le doy alguna prosperidad terrena que pudiera ser ocasión de una caída en ella».

80. PROVECHO DE LA OBEDIENCIA

Mientras recitaba la hebdomadaria la lectura breve de memoria, en maitines, se le reveló a Gertrudis que hacía esto para obedecer lo prescrito en la Regla [28] y por ello había de ganar un mérito especial, como si rogaran por ella en la presencia de Dios tantas personas cuantas palabras había pronunciado por ese trabajo. Lo cual hizo comprender a Gertrudis cómo, según San Bernardo, en la agonía dicen las obras al hombre acongojado: «Tú nos hiciste, obras tuyas somos, no te abandonaremos, siempre estaremos contigo y te acompañaremos en el Juicio» [29]. Entonces, mostrándose Dios propicio, todas las obras de obediencia, a semejanza de personas honradas, le consolarán e intercederán por él ante Dios, de modo que cualquier obra buena de obediencia, hecha con buena intención, alcanzará al hombre el perdón de alguna negligencia. Y esto será un gran alivio para el agonizante.

81. LA HEBDOMADARIA QUE LEÍA EL SALTERIO

Otra hebdomadaria que debía recitar los Salmos establecidos por la comunidad, había solicitado a Gertrudis que rogase por ella. Así lo hizo y vio interiormente al Hijo de Dios que conducía a esta hebdomadaria ante el trono de Dios Padre y le pedía diese a esa persona la intención del amor y felicidad con que él mismo, Hijo de Dios, había deseado su alabanza y la salvación del género humano, para que lograse con este favor esa alma cuanto deseaba.

[28] *Regla* de San Benito, 12, ibid., p.105.
[29] Texto apócrifo.

Mientras hacía esa petición, la hebdomadaria apareció engalanada con la misma vestimenta que el Señor.

De modo que, como se dice que el Hijo de Dios está ante el Padre intercediendo por la Iglesia, así Gertrudis, como la reina Ester, estaba ante Dios Padre con su Hijo suplicando por su pueblo, esto es, por su comunidad, y cuando en tal estado cumplía con su obligación de recitar el Salterio, el Padre celestial acogía sus palabras de dos modos, es decir, como un señor acepta que el fiador pague las deudas en lugar de sus deudores y como agradece a su mayordomo le traiga el dinero que quiere repartir a sus amigos más queridos. Parecía también que el Señor concedía a dicha persona (Gertrudis) todo lo que deseaba obtener para su comunidad y que la colocaba ante sí para entregar a los miembros de la misma lo que por ellos pidiera siempre.

82. PROVECHO DE LA SUMISIÓN

Como orase por la imperfección de un superior, para que el Señor lo corrigiese, recibió esta respuesta: «¿No sabes tú que no solamente esa persona, sino todos los que presiden en esa comunidad, tan querida para mí, no dejan de tener algunas imperfecciones? Por otra parte, ahí abajo nadie es absolutamente perfecto y, si yo lo permito, es en virtud de mi inmensa ternura divina, dulzura y amor por esa comunidad preferida, a fin de que aumenten maravillosamente sus méritos. Es mayor virtud, en efecto, obedecer a un superior cuya imperfección es patente, que a otros cuyas obras parecen enteramente buenas». A lo cual ella dijo: «Aunque, Señor mío, yo me gozo con los méritos de los súbditos, también deseo que los superiores estén libres de faltas en que temo algunas veces caigan por su imperfección». El Señor respondió: «Como conozco los defectos que hay en ellos, permito que, con la diversidad de los cuidados, se manifiesten; y de otro modo no tendrían tanta humildad. Por eso, así como crece el mérito de los súbditos o con los defectos, o con los méritos de los superiores, así también se aumenta el mérito de los superiores con las faltas y virtudes de los súbditos, pues en un mismo cuerpo, todos los miembros concurren al progreso común». En estas palabras comprendió cómo se manifestaba la inmensa piedad de la sabiduría divina, que tan hábilmente dispone la salvación de los elegidos,

permitiendo haya defectos para que contribuyan a un mayor progreso. Y vio esto tan claramente que si la bondad de Dios sólo resplandeciese en otra cosa más que en ésta, sería insuficiente la alabanza que pudieran darle todas las criaturas.

83. DE LA FIEL PURIFICACIÓN DEL HOMBRE

1. Orando por una persona afligida, Gertrudis recibió esta respuesta: «Ten confianza, Yo no permito jamás que mis elegidos sean afligidos sobre sus fuerzas y siempre estoy junto a ellos para ayudarlos. Cuando una madre pone a su hijo al fuego para calentarlo, siempre pone la mano entre el fuego y su cuerpo; del mismo modo, conociendo que es conveniente purificar a mis elegidos por el sufrimiento, no lo hago para aniquilarlos, sino para probarlos y salvarlos».

2. En otra ocasión, oraba por una persona que había visto faltar y, en el ardor de su deseo, dijo al Señor: «Señor, aunque soy la más pequeña de tus criaturas, sin embargo, en alabanza tuya, ruego por este hombre, y tú, que eres omnipotente, Señor de todas las cosas, ¿por qué no me escuchas?». El Señor respondió: «Así como mi omnipotencia me hace Señor de todas las cosas, mi insondable sabiduría me hace juez de todas las cosas y no obro cosa que no convenga. Aunque un rey de la tierra tenga un gran poderío, tanto en fuerza corporal como en voluntad, para tener su caballería limpia, no lo hace, en modo alguno, con sus manos, porque no sería decoroso; de igual forma, Yo a ninguno saco del mal en que cayó por su propia voluntad si él mismo haciéndose violencia no cambia la voluntad, mostrándose de este modo digno de mi amor y decentemente preparado».

84. EL SEÑOR SUPLE POR EL HOMBRE

Considerando una vez que una persona daba vuelta en el coro, durante los maitines, para indicar a otras las normas que debían tener en cuenta, pues por su descuido se perturbaba la salmodia, preguntó al Señor cómo aceptaba cada cual esa advertencia. A lo cual respondió el Señor: «Todo el que por mi gloria cuida evitar las negligencias en el Oficio divino y lo advierte a otros, por éste

supliré yo lo que él mismo haya faltado en la debida atención y devoción».

85. DEL OFRECIMIENTO DE NUESTRAS CONGOJAS

1. Orando por una persona afligida, a causa de la enfermedad de algún familiar suyo, que temía perderlo bien pronto, fue instruida por el Señor con estas palabras: «Cuando el hombre teme perder o perdió a algún amigo predilecto, de quien recibía no sólo el consuelo de la amistad sino también el consejo útil para el provecho de su alma, si me ofrece con toda su voluntad esa contrariedad, de tal modo que, aunque pudiera retener a aquel amigo, de buena gana careciera de él por mi gloria, prefiriendo se cumpla mi voluntad en perder el amigo a la suya en conservarlo, por lo que ha de estar cierto de que al menos durante una hora puede forzar su corazón a querer esto, después de ese tiempo conserva mi benignidad dicho ofrecimiento con aquella perfección que por entonces tuvo en su corazón. Y toda angustia que sufre después, por flaqueza humana, le servirá para el provecho de su salvación, de modo que todos los pensamientos que amargan su corazón, esto es, el pensar en tal o cual consuelo, ayuda o alivio que de ese hombre pudiera tener ahora, consuelo de que le es forzoso carecer por el momento, tales y semejantes pensamientos que angustian al hombre por fragilidad humana, después del dicho ofrecimiento, causan tal efecto en el alma que dan lugar en ella al consuelo divino; porque yo quiero verdaderamente infundir en el alma tantas alegrías cuantas aflicciones permití entrasen en su corazón, después de dicha ofrenda. Y quiero irrevocablemente hacerlo como por necesidad y como obligado por mi bondad natural, como el artífice se ve como obligado a colocar en la joya de oro o plata que fabricó tantas piedras preciosas cuantos engastes puso en ella. Mi consuelo divino se compara a las piedras preciosas, por cuanto se dice que algunas de ellas tienen particular virtud; de modo semejante, toda consolación divina que el hombre adquiere al precio de una aflicción es de gran valor, que ningún hombre jamás pudo dejar cosa tan grande en el mundo a quien el consuelo divino no haya restituido el ciento por uno (Mt 19,29) en esta vida y mil veces más en la otra».

86. DESLUSTRES DE LA VIRGINIDAD

Otra vez, oraba por una persona que deseaba mucho tener ante Dios el mérito de la virginidad, pero que temía haber caído por fragilidad humana en alguna mancha. Apareció esa persona en los brazos del Señor, vestida de blanquísimas vestiduras, hermoseadas con bellos pliegues. Y el Señor la instruyó con estas palabras: «Si, por fragilidad humana, alguno empaña su virginidad y recurre a la penitencia sincera, mi bondad hace que ésta sirva de adorno al alma, disponiendo aquellos lunares de la virginidad como los pliegues en el vestido. No obstante, la palabra de la Escritura es siempre verdadera: *"La incorruptibilidad hace estar cerca de Dios"* (Sab 6,19); pero podrían contraerse todas las manchas de pecados tan grandes, que ciertamente pondrían obstáculos a la suavidad del amor divino, como las muchas vestiduras estorban de algún modo en la esposa los abrazos del esposo».

87. IMPEDIMENTO DEL PROPIO SENTIDO

Orando por un alma que deseaba conocer la gracia de las consolaciones divinas, recibió Gertrudis esta respuesta del Señor: «Es ella misma la que pone obstáculo a la recepción de la dulzura de mi gracia, pues yo atraigo a mis elegidos con el efluvio de la sabrosa intimidad del amor; el que se obstina en su propio sentido, se crea él mismo un obstáculo, del mismo modo que el hombre que se tapase la nariz con la ropa para no percibir el suave aroma de los perfumes. Al contrario, el que por amor a mí renuncia a su sentido y se somete al de otro, acumula más mérito cuanto más se vence a sí mismo; porque en esto no hay solamente signo de humildad, sino también el valor de la victoria. De ahí el Apóstol: *"No recibe la corona si no ha competido según el reglamento"* (2 Tim 2,5)».

88. PUREZA DE INTENCIÓN, OBRA BIEN HECHA

Orando también por una persona a la que la obediencia que se le había impuesto causaba gran trabajo, recibió ella (Gertrudis) esta respuesta del Señor: «Si alguno acepta por mí emprender cualquier trabajo, aunque lo considere duro y en el que teme

encontrar menoscabo de su devoción y, con todo, pospone el fervor de su alma al cumplimiento de mi voluntad, considero Yo esto de tanto valor, que lo tengo por obra perfecta, aunque nunca llegue a hacerlo y ni siquiera lo comience; tiene esa persona ante mí tal fruto como si hubiera realizado todo el trabajo sin cometer negligencia alguna».

89. NO PREFERIR LO EXTERNO A LO INTERNO

Orando por otra persona muy afligida por ciertas cosas que se habían hecho por su consejo, recibió (Gertrudis) esta respuesta: «Por estas aflicciones yo la purifico de la imperfección que hizo siguiendo un parecer humano en gran manera, con lo cual antepuso lo exterior a lo interior». A lo cual dijo Gertrudis: «Ya que nosotros no podemos vivir sin la ayuda de las cosas externas, ¿en qué falló ésta, procurando las cosas que, por su cargo, debía proveer?». El Señor respondió: «Una hija noble, por su dignidad y por elegancia, lleva al interior diversos forros de pieles debajo de su capa, pero si la voltea afuera, lo que primero le daba honra y gracia se convierte en afrenta y fealdad, a tal punto que, no pudiendo sufrir la madre el escarnio de su hija, procurará cuanto pueda cubrirla con un manto, para que no la tomen por loca; del mismo modo, Yo, amando tiernamente a esta hija mía, cubro ese defecto suyo con varios trabajos que permito le sobrevengan con frecuencia, sin culpa suya. Además, por la paciencia que tiene, la visto con especial decoro. Porque mandé en el Evangelio buscar primeramente, esto es, principalmente el Reino de Dios y su justicia (Lc 12,31), es decir, el provecho interior, y en cuanto a las cosas exteriores, no dije que se buscasen en segundo lugar, sino que prometí darlas por añadidura».

Considere bien la importancia de estas palabras todo religioso que desea ser especial amigo de Dios.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN
DE «MENSAJE DE LA MISERICORDIA
DIVINA», DE LA BIBLIOTECA DE
AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA
15 DE NOVIEMBRE DE 2016,
FESTIVIDAD DE SAN AL-
BERTO MAGNO, OBIS-
PO Y DOCTOR DE
LA IGLESIA, EN
LA IMPRENTA
AFANIAS

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

Clásicos de espiritualidad

Muy numerosas y de gran valor son las obras de espiritualidad que conocidos especialistas modernos siguen escribiendo hoy día. Pero ninguno de ellos lo hace aisladamente, todos siguen las huellas que otros dejaron en el camino del encuentro con Dios. Esta colección de *Clásicos de espiritualidad* pretende acercar al público en general los escritos más significativos de aquellos que, por su experiencia interior, se convirtieron en modelos de referencia. No se recogen en esta serie obras que teoricen sobre la vida del espíritu, sino verdaderos testimonios de un camino espiritual, de una experiencia que podemos llamar *mística*.

Otros títulos publicados

HISTORIA DE UN ALMA
Santa Teresa de Lisieux

AUDI, FILIA
San Juan de Ávila

ESCRITOS ESPIRITUALES
Orígenes

LIBRO DE ORACIÓN
Fray Luis de Granada

TRATADO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN
San Pedro de Alcántara

EN LA ESCUELA DEL AMOR
San Bernardo

EXPERIENCIA Y TEOLOGÍA DEL MISTERIO
San Buenaventura

LIBRO DE LA VIDA
Santa Teresa de Jesús

OBRAS COMPLETAS
Pseudo Dionisio Areopagita

AVENTURA Y DEFENSA DE LA FE
Raimundo Lulio